



UNIVERSIDAD AUTONOMA
DE
NUEVO LEON
ESCUELA PREPARATORIA No. 2



DESARROLLO HUMANO
+ LECTURAS +

FACILITADORA: MTRA. ALICIA DE LA GARZA
(M.A Y M.D.O.)

DIPLOMADO

PRIMER MODULO

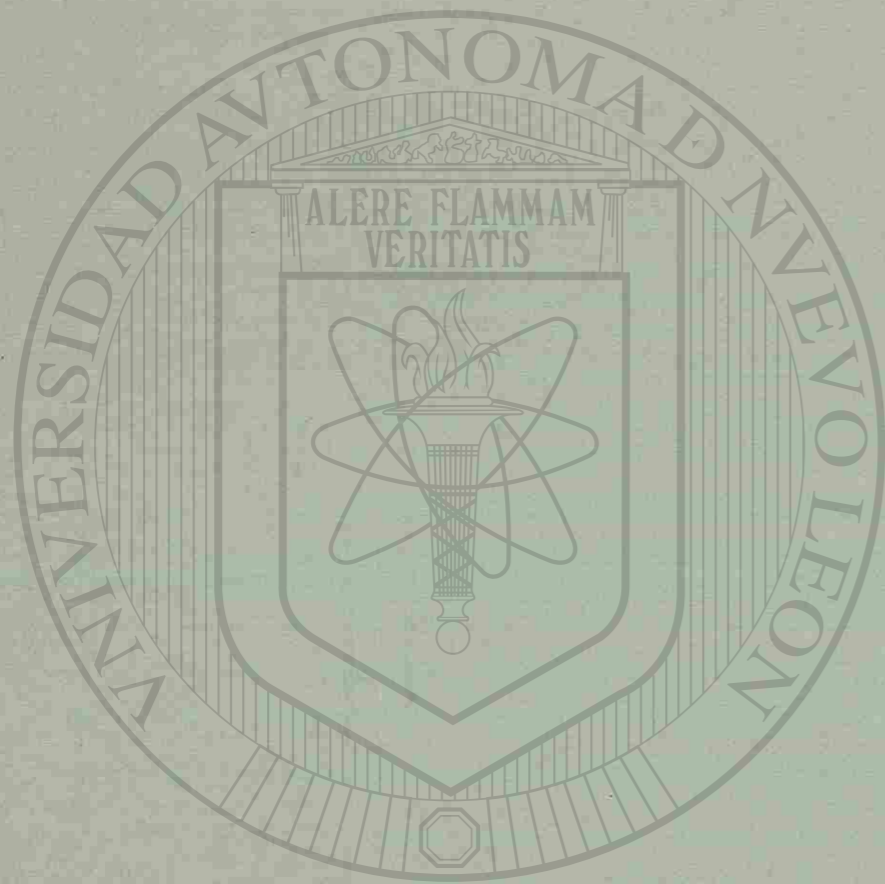
DIRECTOR

DR. ROGELIO GONZALEZ CASTILLO

BF 71

.5

.D4



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

32230

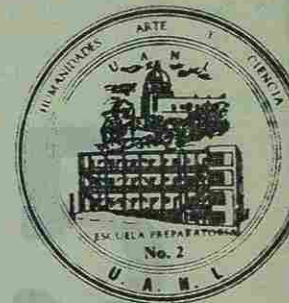
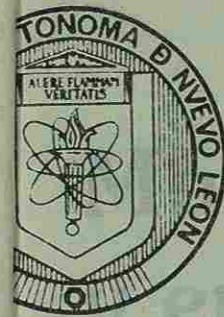
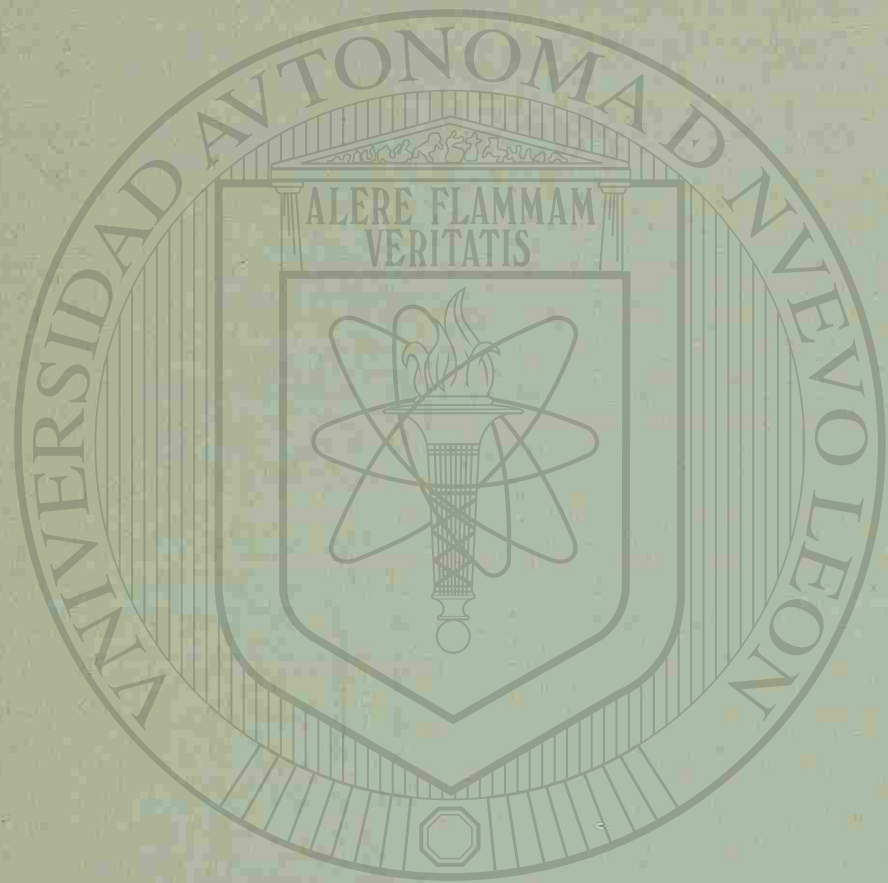
FACILITADORA MARIBEL ALICIA DE LA GARZA V

m

BF713

.5
.D4

983495



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
PREPARATORIA No. 2

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO UNIVERSITARIO

37530

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mar. 17 - 05
EH

TEMATICA

Para ver la manipulación de la motivación...
 - MOTIVACION Y EMOCION
 - LA CONDUCTA
 - ACTITUDES
 - LA ADOLESCENCIA

FACILITADORA: MASTER ALICIA DE LA GARZA V. 151

Motivación y emoción

5

Para ver la manipulación de la motivación y la emoción en un nivel refinado, podemos recordar aquí una historia de detectives. Al inicio todo mundo sabe que se ha cometido un asesinato: después de comer con su familia, la anciana y afable señora Rivas se desploma y muere por envenenamiento con estricnina. “¿Pero quién querría matarla?” se preguntan todos. La policía plantea la misma pregunta con otras palabras: “¿Quién tenía un *motivo* para asesinarla?” En una buena historia de misterio la respuesta será “Prácticamente todos”.

La hermana menor, ahora de 75 años, todavía monta en cólera al recordar aquel trágico día hace 50 años en el cual la señora Rivas le robó a su novio. El vecino que vive al lado, y que con frecuencia acudía a cenar en casa de la difunta, varias veces había dicho que si el perro de lanas de ella volvía a pisar sus peonías, él no vacilaría en... El nieto de la señora Rivas, uno de los principales herederos, ha contraído enormes deudas. Su sirvienta tiene un secreto que la difunta sabía. Esas cuatro personas se hallaban en la casa la noche en que envenenaron a la señora Rivas. Y todos ellos tenían fácil acceso a la estricnina, que se usaba para matar las ratas del sótano de la casa. Y también mostraban ante ella reacciones emocionales: envidia, ira, vergüenza y sentimientos de culpabilidad.

Y esas son las primeras cosas que se nos ocurren cuando pensamos en una novela de misterio. Pero examinemos algunos hechos ordinarios en la misma historia. Motivada por el hambre, la familia se reúne a la hora de comer. El vecino que vive al lado se siente solo y visita a la familia porque desea compañía. La sirvienta tiene un secreto relacionado con su impulso sexual. La presencia del perro de lanas en las peonías puede deberse a su necesidad de defecar o a mera curiosidad. Cuando muere la señora Rivas, la tragedia reúne a la familia; su necesidad de afiliación les hace buscarse uno al otro. Y sin embargo pronto empiezan a sentir miedo; el impulso de la autopreservación los lleva a preguntarse si el otro es el asesino. También en estos actos menos impresionantes se encuentran presentes la motivación y la emoción.

Como se deduce de la historia de la señora Rivas, la motivación y la emoción están estrechamente conexas y es difícil trazar las distinciones entre ellas. Un motivo suele referirse a una necesidad, deseo o exigencia que energiza y dirige el comportamiento hacia alguna meta. La emoción suele designar la experiencia de sentimientos como el miedo, alegría, sorpresa e ira. A semejanza de los motivos, las emociones también afectan la conducta y le proporcionan energía, aunque la meta resulta menos ostensible que la de los motivos. Si alguien tiene hambre, cabe suponer que bus-

Motivo Necesidad o deseo específicos, como el hambre, sed o logro, que energiza y dirige la conducta orientada a una meta.

Emoción Un sentimiento, como el miedo, alegría o sorpresa, que energiza y dirige la conducta externa.

Impulso primario Motivo no aprendido de origen fisiológico; por ejemplo, el hambre.

cará algo que comer. Pero si alguien siente alegría o sorpresa, no siempre es claro el efecto que ejercerá sobre su comportamiento.

Lo importante de los motivos y emociones consiste en que nos impulsan a cierta clase de acción, que puede ser tan terrible como el asesinato o tan trivial como tamborilear los dedos contra una mesa por sentirse uno nervioso. Las motivaciones tienen lugar, sin importar si las advertimos o no. No es preciso que sepamos que tenemos hambre para ir al refrigerador o que advertamos la necesidad de obtener buenas calificaciones en el examen. No es necesario que sepamos que tenemos miedo para retirarnos de un precipicio ni que sepamos estar enojados para levantar la voz ante alguien. Y la misma motivación o emoción pueden provocar conductas distintas en las personas. A una la ambición puede motivarla para inscribirse en la escuela de derecho y a otro a unirse a una pandilla criminal. El sentimiento de tristeza hará que un individuo lllore y a otro le hará buscar un amigo. Por otra parte, el mismo comportamiento puede provenir de diferentes motivos o emociones. Quizá compremos hígado porque nos gusta, porque es barata o porque el cuerpo "sabe" que necesitamos hierro. Quizá vayamos al cine porque estamos alegres, deprimidos o aburridos. El mecanismo de los motivos puede ser muy intrincado, según veremos en el resto del presente capítulo. Comenzamos viendo diferentes tipos de motivos y luego nos concentraremos en las emociones y en la manera de expresarlas.

Impulsos primarios

Todos los motivos son desencadenados por alguna clase de estímulo: una necesidad orgánica como el hambre o la sed, o bien por una señal ambiental como la imagen de una deliciosa hamburguesa o un licuado de leche. Cuando se desencadena un motivo, el resultado es una conducta dirigida a una meta, quizá un viaje al restaurante más cercano de servicio rápido. Por tanto, uno o más estímulos dan origen a un motivo y éste a su vez activa y dirige el comportamiento (véase la figura 5-1). Pero los motivos difieren en la clase de estímulos que los provocan y también en sus efectos sobre el comportamiento.

Algunos motivos son no aprendidos y son comunes a todos los animales, entre ellos el hombre. Se les llama **impulsos primarios**. Estos impulsos, entre los cuales se cuentan el hambre, la sed y el sexo, reciben un fuerte influjo de los estímulos procedentes del interior del cuerpo. Forman parte del estado de alerta biológico que contribuye a la supervivencia del organismo o, en el caso del sexo, a la supervivencia de la especie. El comportamiento resultante de los impulsos primarios suele dirigirse, por lo menos en parte, a atenuar el estado de alerta. Y puede ser consecuencia del aprendizaje,

Figura 5-1

Un motivo es desencadenado por alguna clase de estímulo (una necesidad corporal o una señal en el ambiente). Y a su vez el motivo activa y dirige la conducta.



pero los impulsos son no aprendidos (congénitos). A los niños no hay que enseñarles a sentir hambre o sed, pero pueden aprender a comer ciertos alimentos y a ingerir determinados líquidos en momentos también determinados.

Hambre

Cuando uno siente hambre, se pone a comer. Si no puede comer, la necesidad del alimento aumentará con el tiempo en que esté privado de ella. Pero el apetito, o sea la sensación de hambre, no aumenta necesariamente. Supongamos que decide omitir el almuerzo para jugar tenis. La necesidad de comida no desaparecerá, y se intensificará en el transcurso del día. El hambre se hará presente en algunos momentos y en otros desaparecerá. Probablemente sienta hambre al acercarse la hora de comer; y luego quizá disminuya durante el juego del tenis. Pero es seguro que a la hora de comer la preocupación primordial será ingerir alimento. El estado psicológico del hambre no es, pues, lo mismo que la necesidad biológica de la comida, aunque a menudo lo desencadenan procesos biológicos.

Ahora sabemos que dos centros del cerebro controlan el hambre. Uno, el *centro del hambre*, estimula la ingestión de alimento; en cambio, el otro, llamado *centro de saciedad* ("saciedad" significa estar totalmente satisfecho), reduce la sensación de hambre. Ambos están situados en una parte del cerebro llamada hipotálamo.

Desde el decenio de 1950 los científicos han aprendido más sobre cómo funcionan esos dos centros. Si las neuronas en uno de ellos son estimuladas, las neuronas del otro harán descargas menos frecuentes. Así pues, si el centro del hambre "nos dice" que sentimos hambre, obtendremos algunas señales del centro de saciedad que contradicen este mensaje (véase la figura 5-2). También se ha descubierto que esos dos centros no son los únicos que regulan el hambre. Las neuronas que pasan por ellos hacia otras partes del cerebro también tienen cierta influencia. Y lo mismo sucede con otra parte del cerebro cercana al hipotálamo, llamada amígdala, pero su función precisa no se ha dilucidado con exactitud (Rosenzweig y Leiman, 1982).

¿Cómo saben estas áreas del cerebro cuándo hacer señales de hambre? Al parecer, el cerebro vigila la concentración de un azúcar simple, llamado glucosa en sangre. Cuando la concentración de glucosa desciende, los nervios en el centro del hambre son estimulados, mientras que los del

Glucosa Azúcar simple que es la fuente principal de energía corporal.



Una señal externa, como la vista de una succulenta pizza, puede desencadenar el impulso del hambre en cualquier momento del día.

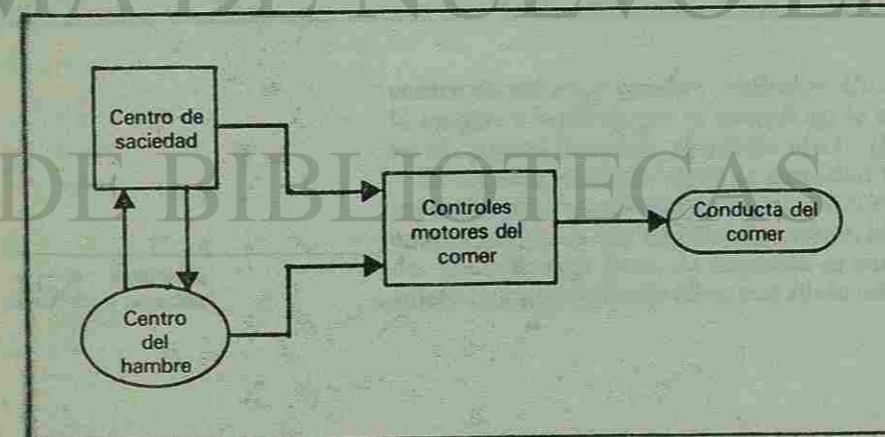
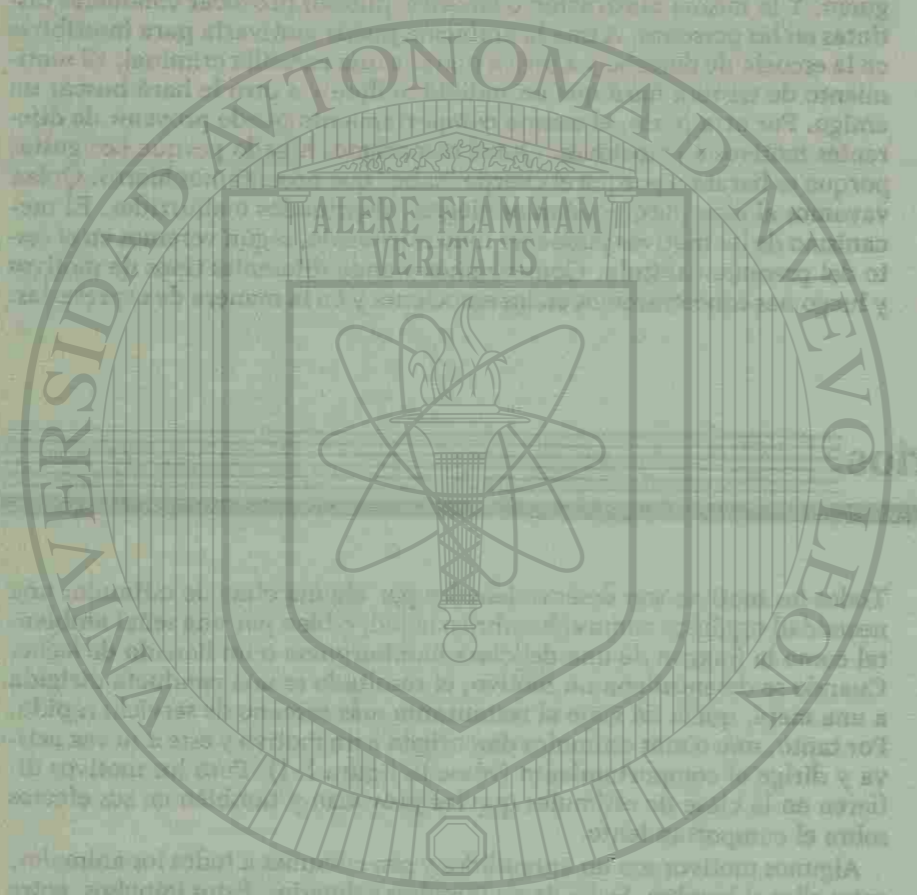


Figura 5-2 Diagrama de dos mecanismos cerebrales que regulan el hambre y la ingestión de alimento. El centro del hambre emite señales cuando el sujeto tiene hambre y estimula el apetito. El centro de saciedad aminora la sensación de hambre y el deseo de comer.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una obsesión que abrumba a los norteamericanos es la aptitud física; por eso se preocupan mucho por la celulitis, como antes se preocupaban por la yerba mala. Está de moda la figura esbelta, y las generosas proporciones tan admiradas antaño por artistas como Rubens y Renoir han pasado de moda.

Pero sin importar si la obesidad está de moda o no, muchos siguen teniendo exceso de peso y algunos en proporciones tales que pueden considerarse gordos. ¿Por qué engorda la gente? La cosa no es tan sencilla como se piensa; es decir, no se debe sólo a la ingestión de calorías. Dos personas igualmente activas pueden ingerir exactamente la misma cantidad de calorías y, sin embargo, una ganará peso y la otra no (Rodin, 1981). Las causas de la obesidad son múltiples y complejas, y recalcan la hipótesis de que comer es algo más que una simple respuesta a un desequilibrio químico en la sangre.

En parte, los factores biológicos contribuyen a la obesidad. Algunos nacen con un exceso de células grasas, estado que aumenta la capacidad del organismo a acumular calorías en exceso. También la herencia provoca anomalías en la regulación de la digestión y el almacenamiento de energía.

Las experiencias en la alimentación durante los primeros años de vida también influyen en el peso corporal. Las personas que desde la lactancia fueron alimentadas en exceso conservan células adiposas que los acompañan en la edad adulta. Los malos hábitos en la ingestión de alimentos adquiridos en la niñez a veces persisten en la edad adulta. El niño que de pequeño siempre tomaba dulces de la jarra, al pasar el tiempo será un adulto obeso, sin haber perdido esa costumbre nunca.

También los factores socioculturales intervienen en el peso corporal. Una proporción más alta de pobres que de personas ricas están gordas. Ello puede deberse en parte a que el segundo grupo siente una presión mayor a conservar una figura

esbelta y en parte a los patrones alimentarios de las subculturas de los pobres que contribuyen a la obesidad.

Por último los psicólogos han propuesto varias teorías de la obesidad que se centran en la sensibilidad ante las señales internas y externas del hambre. Una de las más influyentes de las teorías es la formulada por Schachter (1971a, 1971b). Según Schachter, los obesos son menos sensibles que las personas de peso normal a las señales internas del hambre como los dolores agudos del hambre y el azúcar sanguíneo en bajas concentraciones. Como les es difícil distinguir cuando tienen hambre y cuando no, esas personas ejercen menos control sobre la cantidad de comida que ingieren. Además, Schachter afirma que suelen ser muy sensibles a los estímulos ambientales relacionados con la comida y que su conducta de comer está controlada fundamentalmente por esos estímulos. Estímulos como la vista y el olor de la comida desencadenan el hambre en todos nosotros, pero Schachter piensa que los obesos son muy vulnerables a tales señales.

Investigaciones más recientes arrojan duda sobre algunas partes de la teoría de Schachter. La generalidad de la gente, y no sólo los gordos, tienen problemas al interpretar las señales internas del cuerpo que determinan cuánta comida realmente necesita el cuerpo (Speigel, 1973; Wooley, 1971). Más aún, los experimentos que muestran que los obesos son más sensibles a las señales externas de comida han resultado difíciles de repetir. Y cuando se ha logrado hacerlo, la relación entre el peso y la sensibilidad a los estímulos externos alimentarios ha resultado débil. Sin embargo, la sensibilidad a dichos estímulos sí parece favorecer la obesidad, aun cuando muchos que son sensibles a ellos no llegan a engordar. Ello se debe a que también todas las demás causas antes mencionadas pueden aumentar y disminuir la cantidad de alimentos ingeridos y la ganancia de peso (Rodin, 1981).

centro de saciedad quedan inhibidos. Un aumento en el nivel de grasas en la sangre, a medida que el cuerpo agota el suministro de la energía de reserva, parece producir el mismo efecto (Rosenzweig y Leiman, 1982).

El cerebro también vigila la cantidad y el tipo de alimento que hemos ingerido. Los receptores situados en el estómago pueden captar no sólo cuanto alimento hay en él sino también cuantas calorías contiene la comida. Un estómago lleno de ensalada es mucho menos satisfactorio para el sujeto que un estómago lleno con filete mignon y todos sus aderezos. Des-

de estos receptores se envían señales al cerebro, donde estimulan el centro de saciedad, produciéndose entonces una sensación de menor hambre. Además, se sabe que cuando el alimento llega al estómago se libera una hormona hacia la corriente sanguínea, la cual lo lleva al cerebro donde estimula también el centro de saciedad (Smith y Gibbs, 1976).

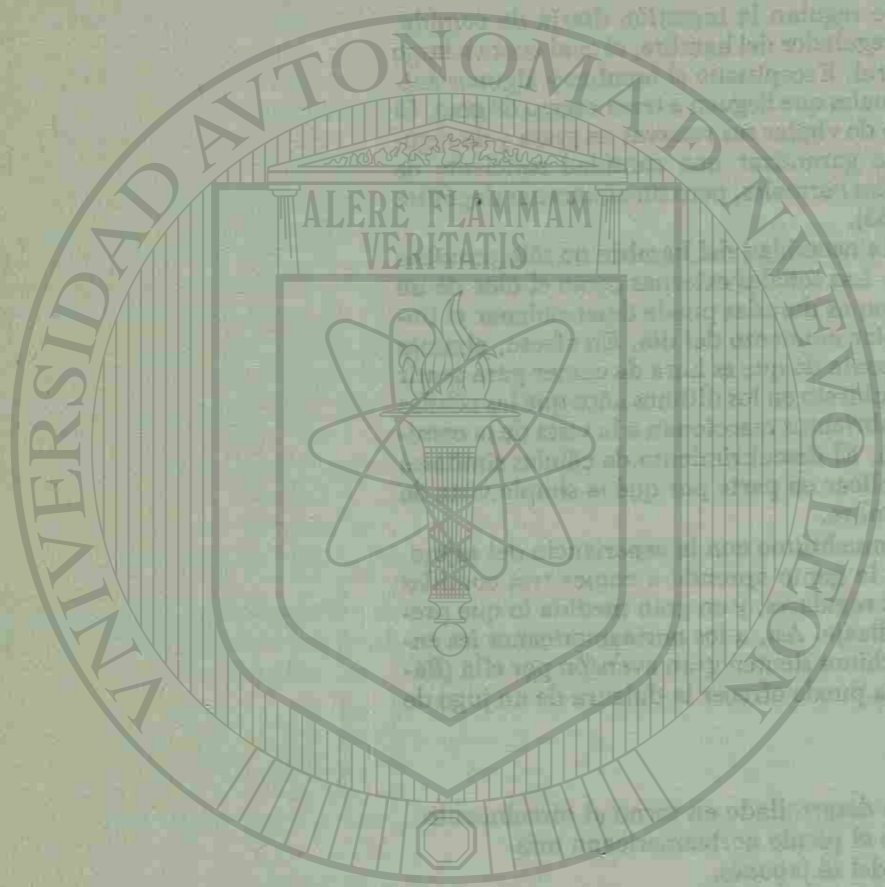
Estos mecanismos del hambre regulan la ingestión diaria de comida. Pero también parece haber otro regulador del hambre, el cual opera a largo plazo para regular el peso corporal. Exceptuado el hombre y algunos animales domésticos, hay pocos animales que lleguen a tener exceso de peso. El cuerpo tiene al parecer un medio de vigilar sus reservas de grasa y de regular la ingestión de comida para garantizar una cantidad suficiente de energía que conserve las actividades normales, pero sin almacenar depósitos excesivos de grasa (Kennedy, 1953).

Según hemos señalado antes, la necesidad del hambre no sólo proviene de las necesidades nutricionales. Las señales externas como el olor de un pastel en el horno y la vista de papas doradas puede desencadenar el impulso del hambre casi en cualquier momento del día. En efecto, algunas veces basta ver el reloj y darse cuenta de que es hora de comer para sentir hambre. Los psicólogos han descubierto en los últimos años que las células del hipotálamo de los monos hambrientos reaccionan a la vista de la comida (Rosenzweig y Leiman, 1982). El descubrimiento de células similares en el cerebro humano podría explicar en parte por qué la simple vista de la comida puede provocar el hambre.

La respuesta al hambre varía muchísimo con la experiencia del sujeto. Por ejemplo, la mayor parte de la gente aprende a comer tres comidas diarias, a intervalos más o menos regulares, y en gran medida lo que prefieren comer depende del aprendizaje. Así, a los norteamericanos les encanta la leche, mientras que los chinos sienten gran aversión por ella (Balagura, 1973). Un refresco de cola puede ofrecer la dulzura de un jugo de

Todo tipo de ocasión social se ha desarrollado en torno al ofrecimiento y la aceptación de comida, desde el picnic norteamericano más informal hasta el riguroso ritual del té japonés.





naranja y la estimulación del café, pero seguramente el lector no lo tomará con tocino y huevos en el almuerzo. Las emociones también pueden afectar al hambre. Quizá uno sienta un hambre atroz cuando se sienta a la mesa, pero entonces oye un comentario sobre un accidente automovilístico que le quita el apetito. Asimismo los factores sociales pueden hacer de la comida una verdadera ceremonia, y se han desarrollado rituales en torno al ofrecimiento y aceptación de comida.

Sed

La fisiología de la sed se parece mucho a la del hambre. Cuando se siente hambre, el estómago gruñe. De manera similar, cuando uno siente sed, la boca se reseca y en la garganta se presenta una sensación irritante. Sin embargo, como en el caso del hambre, el impulso de la sed va más allá. Lo controlan dos equilibrios delicados dentro del cuerpo; la concentración de líquidos fuera de las células corporales y la concentración de los que se hallan dentro de las células.

Un regulador de la sed vigila el nivel del líquido dentro de la célula corporal. La sal hace que el agua salga de las células, y una alta concentración de sal en la sangre hará por eso que las células se deshidraten. Cuando el nivel de sodio sanguíneo alcanza cierto punto, lo cual indica que los tejidos necesitan más agua, un centro de sed en el hipotálamo es estimulado, activando así el impulso de la sed. Bebemos hasta haber consumido suficiente líquido para reponer el agua en los tejidos; pero los científicos aún no descubren cómo sabemos cuándo dejar de beber (Rosenzweig y Leiman, 1982). Normalmente dejamos de ingerir líquido mucho antes de que el nuevo suministro de agua llegue a los tejidos. Una teoría sostiene que las células receptoras del intestino delgado envían un mensaje al cerebro cuando hemos tomado suficiente líquido (Rolls, Wood y Rolls, 1980).

Los científicos creen que un segundo regulador vigila la cantidad de líquido presente en el exterior de las células. Cuando la concentración del líquido extracelular disminuye, a los riñones llega menos sangre. Y entonces los riñones liberan una sustancia hacia la corriente sanguínea, que la lleva al cerebro donde desencadena el impulso de la sed (Epstein, Fitzsimmons y Simons, 1969). En condiciones normales, los dos reguladores parecen interactuar y fortalecerse uno al otro, aunque cada uno funciona sólo si el otro está dañado.

Los factores culturales, aprendidos e individuales también pueden influir en la manera de responder ante el impulso de la sed. En un caluroso día de verano, ver un vaso de limonada seguramente nos provocará sed. Y lo que bebemos recibe el fuerte influjo del aprendizaje y la experiencia. El agua es siempre agua, pero en un restaurante elegante la gente paga hasta \$2 por agua importada de Francia. Algunas personas se abstienen de beber café pues se les ha enseñado desde pequeños que los estimulantes son nocivos. Y como indican los anuncios de las revistas, la autoimagen está vinculada a nuestra preferencia por ciertas bebidas: se dice que una cerveza es atractiva "para el que tiene sed", que otro lo es para alguien que desea "beber con moderación".

Sexo

A semejanza del hambre y la sed, el sexo es un impulso primario. Da origen al comportamiento reproductor. Y como otros impulsos puede ser desencadenado e inhibido por condiciones biológicas del cuerpo y por señales del ambiente. La excitación sexual puede provenir de fantasías eróticas.

ticas, de la vista de la persona amada, de la fragancia de un perfume o de una loción para después de afeitarse. Lo mismo que en el caso de los otros impulsos, también en éste la experiencia determina la respuesta. El comportamiento sexual está moldeado por las ideas sobre lo que es ético, apropiado y placentero. El sexo se asemeja mucho a otros impulsos en esos aspectos y sin embargo se distingue de ellos en uno muy importante: el hambre y la sed son indispensables para la supervivencia del individuo, en tanto que el sexo lo es sólo para la supervivencia de la especie.

FACTORES BIOLÓGICOS DE LA EXCITACIÓN. El impulso sexual recibe una influencia profunda de las hormonas, o sea los mensajeros químicos segregados hacia la corriente sanguínea por varias glándulas endocrinas. * El sistema circulatorio lleva hormonas hacia los sitios del cuerpo donde actúan. Tanto en el hombre como en la mujer, la testosterona es el principal factor biológico que influye en el impulso sexual (Masters, Johnson y Kolodny, 1982). Una disminución en la concentración de testosterona en uno u otro sexo provoca una merma en el deseo sexual. A los varones en ocasiones les resulta difícil lograr y conservar la erección (Kolodny, Masters y Johnson, 1979). Por el contrario, un exceso de esa hormona suscita un intenso interés en el sexo. Es importante tener presente que el deseo sexual no depende únicamente de su nivel. Aun con concentraciones bajas de ella, algunos no pierden su interés por el sexo. Según veremos luego, en el hombre los factores psicológicos son por lo menos tan importantes como los biológicos.

También existe la posibilidad de que el impulso sexual en el ser humano, igual que en otros animales, sea afectado por olores sutiles. Muchos animales segregan sustancias llamadas feromonas que, cuando son olfateadas por el sexo opuesto, influyen en su reacción sexual. Algunos datos revelan de modo indirecto que el ser humano secreta esas sustancias a través de las glándulas sudoríferas de las axilas y también a través de los órganos genitales (LeMagnen, 1952; Michael y otros, 1974). Sin embargo, no hay en absoluto consenso entre los estudiosos respecto a la existencia de las feromonas ni a su influencia en la reacción sexual.

El sistema nervioso también ejerce controles sobre el impulso sexual. Una vez iniciada la excitación en el ser humano, adquiere importancia la estimulación de los genitales y de otras partes del cuerpo. En el varón, se envían señales hacia el "centro de erección" localizado en la parte inferior de la columna vertebral. Y este centro a su vez transmite mensajes nerviosos a los músculos que controlan una erección. Un centro semejante de reflejo, situado más arriba en la médula espinal, estimula la eyaculación, sólo que este proceso está sujeto a un control en parte voluntario. Poco se sabe sobre cómo mecanismos similares pueden afectar al impulso sexual en la mujer (Hyde, 1982).

Como cabe suponer, el cerebro ejerce una influencia poderosa sobre el impulso sexual. El modo en que lo hace todavía no se dilucida bien, aunque algunos hechos señalan que el sistema límbico, localizado en lo profundo del cerebro, influye en la excitación sexual. † Cuando los experimentadores implantaron electrodos en el sistema límbico de un grupo de monos machos, encontraron tres áreas que al ser estimuladas provocaron erecciones (Hyde, 1982). Se observó intenso placer sexual en dos sujetos humanos, en cuyo sistema límbico se habían puesto electrodos por motivos terapéuticos, cuando los electrodos fueron estimulados eléctricamente (Heath, 1972).

* El sistema endocrino se explica de modo pormenorizado en el capítulo 2.
 † Véase el capítulo 2 para una exposición más completa del sistema límbico.

Testosterona Hormona que es el factor principal del impulso sexual en hombres y mujeres.

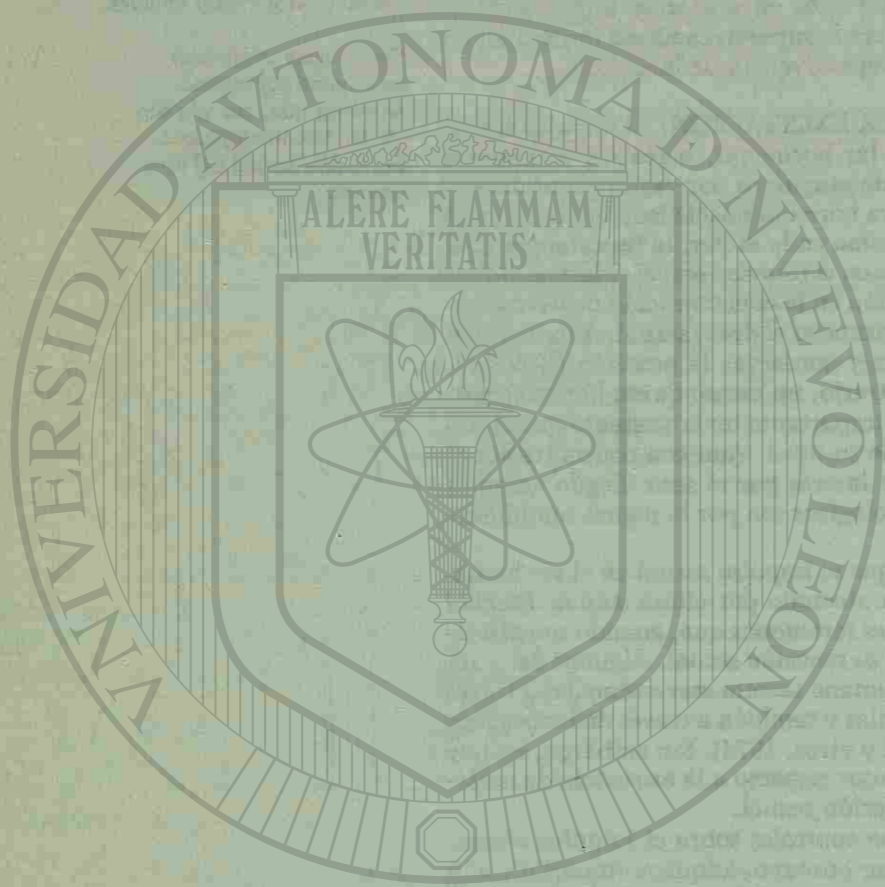
Feromonas Sustancias secretadas por algunos animales que, cuando son olfateadas, intensifican la excitación sexual del sexo opuesto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE BI

Motivación
y emoción

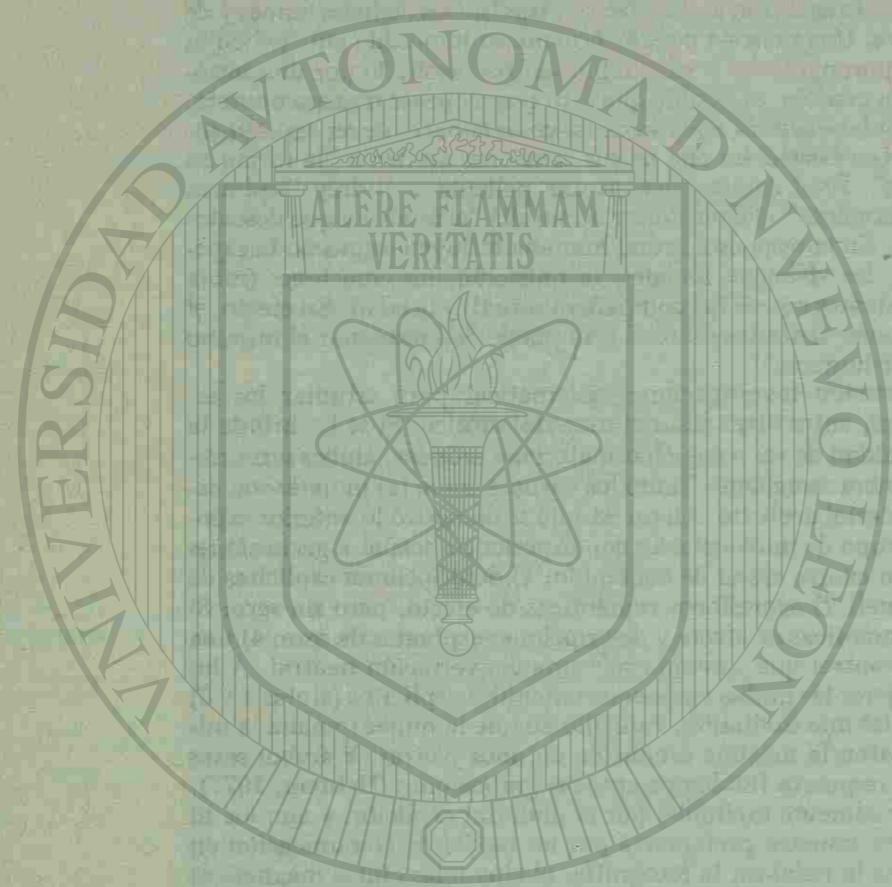
ción sexual Pérdida o
o de las respuestas
ordinarias de la función

FACTORES PSICOLÓGICOS DE LA MOTIVACIÓN SEXUAL. Tanto en el ser humano como en otros animales el impulso sexual recibe el influjo de las hormonas y del sistema nervioso. Pero la motivación sexual humana, especialmente en las primeras etapas de la excitación, depende mucho más de la experiencia y el aprendizaje. En efecto, el número de estímulos capaces de activar y moldear el impulso sexual en el ser humano es casi infinito.

¿Qué tipo de estímulo produce ese efecto? No necesariamente ha de ser algo tan inmediato como el compañero sexual. La gente emite una reacción erótica ante las fantasías, imágenes, palabras y cosas que ve, toca o escucha. Las revistas subrayan los efectos afrodisiacos de luces tenues y de la música suave. Una persona puede permanecer impasible ante películas abiertamente pornográficas y en cambio sentirse excitado por una historia de amor; en cambio, es posible que otro reaccione de manera opuesta. La música popular encierra muchas de las cosas capaces de ser sexualmente atractivas. Los Beatles en una de sus canciones aluden a "la forma en que te mueves". Fred Astaire dice en una película a Audrey Hepburn: "Amo tu cara graciosa". Y Cole Porter admiraba "el modo en que desentonas al cantar". En la respuesta sexual humana influyen asimismo la experiencia sexual, las vivencias sociales, la nutrición, las emociones (sobre todo los sentimientos acerca del compañero sexual) y la edad. En efecto, el sólo pensar o tener fantasías sobre el sexo puede desencadenar el impulso sexual en el ser humano.

Se han efectuado investigaciones sistemáticas para estudiar los estímulos sexuales, entre otras cosas el material erótico. Si se les brinda la misma oportunidad de ver o escuchar materiales eróticos, ambos sexos responden de manera semejante. Tanto los varones como las mujeres son excitados por material explícito. En un estudio se demostró lo anterior exponiendo a un grupo de universitarios con experiencia sexual a grabaciones magnéticas con cuatro clases de contenido: 1) descripciones explícitas de sexo heterosexual; 2) expresiones románticas de efecto, pero sin sexo; 3) expresiones románticas de afecto y descripciones explícitas de sexo; 4) una grabación de control que contenía sólo una conversación neutral. A los hombres y mujeres las grabaciones con contenidos explícitos (cintas 1 y 3) les parecieron las más excitantes. Aquellas en que la mujer tomaba la iniciativa provocaron la máxima excitación en unos y otras. Y ambos sexos emitieron una respuesta fisiológica ante las grabaciones (Heiman, 1977). Aunque son igualmente excitables por el material explícito, y aunque ni uno ni otro sexo muestra preferencia por un medio de comunicación en particular —sea la palabra, la fotografía, el cine o las cintas magnéticas (Byrne, 1977)— los dos tienden a preferir una clase diferente de contenido. Al varón parecen gustarle sobre todo los acercamientos de la actividad sexual, mientras que las mujeres responden a los detalles de estilo, al ambiente y al estado de ánimo (Masters, Johnson y Kolodny, 1982).

DISFUNCIÓN SEXUAL. La pérdida del impulso sexual puede deberse a causas biológicas y psicológicas a la vez. Entre 10 y 20% de los casos de disfunción sexual se originan en problemas físicos. Las enfermedades del sistema circulatorio, la diabetes y el daño del centro de erección en la columna vertebral pueden minar la capacidad de lograr la erección. Y el mismo efecto causa a veces la fatiga. De manera análoga, la enfermedad severa, la fatiga y las depresiones favorecen en ocasiones la disfunción sexual en la mujer. Con todo, por lo regular el trastorno nace de causas psíquicas. Como su impulso sexual dependen en gran medida de factores psicológicos, el ser humano es vulnerable en extremo a los problemas sexuales. En algunos casos el impulso se reduce por cosas que el sujeto ha aprendido sobre el sexo en épocas pasadas y en otros la causa se remonta a hechos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

ocurridos durante un encuentro sexual (Kaplan, 1974). Algunas veces, a raíz de un hecho traumático como el estupro, un intento de seducción por parte de un pariente o el castigo impuesto por los padres a la actividad erótica, la persona aprende a asociar el miedo o la ansiedad con el sexo; esas emociones pueden interferir con la motivación sexual. He aquí otras causas capaces de contribuir a la reducción del impulso sexual: el temor al fracaso, el bloqueo de sensaciones eróticas, la falta de comunicación entre las dos personas sobre lo que es placentero, la hostilidad hacia el otro y el temor a la intimidad que el contacto sexual produce (Hyde, 1982). Las disfunciones sexuales se examinan con más detalle en el capítulo 14.

Estímulo motivante Motivo no aprendido, como la curiosidad o la actividad, que depende más de los estímulos externos que de los estados fisiológicos internos.

Estímulo motivante

El estímulo motivante parece que en gran medida no se aprende, pero en todas las especies este motivo se basa aún más en los estímulos externos (o sea cosas existentes en el mundo circundante) que los impulsos primarios. Más aún, a diferencia de éstos, su función primordial va más allá de la mera supervivencia del organismo o de la especie y se centra en un fin mucho menos específico: ocuparse de la información referente al ambiente en general. Motivos como la *actividad*, *curiosidad*, *exploración*, *manipulación* y *contacto* nos impulsan a investigar y, a menudo, a cambiar el ambiente. Las más de las veces, los estímulos externos ponen en movimiento tales motivos. Y nosotros respondemos con un comportamiento de búsqueda de estímulos.

Actividad

Las personas necesitan ser activas. Casi todas se aburren cuando están confinadas en un espacio pequeño sin nada que hacer: se ponen a dar vueltas, tamborilean los dedos sobre la mesa o examinan detenidamente las grietas de la pared. Desde luego la edad, el sexo, la salud, la estructura genética y el temperamento afectan a la necesidad de *actividad* en diversos grados. Una persona puede estar cómoda sentada en la misma posición durante horas, mientras que otra empezará a inquietarse al cabo de 5 minutos.

Si bien todos los animales necesitan actividad, los científicos no están seguros si se trata de un motivo o bien de una combinación de motivos. La mayor parte de los experimentos tendientes a determinar si existe un "motivo de actividad" separado se han hecho con ratas. Se mete una rata en una jaula tan pequeña que el animal no puede ir y venir; una vez liberado mostrará más actividad de la normal (Hill, 1956). Pero antes de concluir que la actividad es un motivo no adquirido, hemos de considerar otros experimentos. Con la privación de comida aumenta la actividad, pero la carrera es afectada más que otros tipos de conducta inquieta (dar zarpazos, trepar, vagar sin rumbo). Los experimentos con ratas hembras (Wang, 1923) muestran que la actividad máxima coincide con la mayor receptividad sexual. De ahí que todavía no sepamos si la necesidad de actividad es un motivo aparte o simplemente el resultado de otros.



Este mono muestra un comportamiento de búsqueda de estímulos al aprender a abrir la cerradura de una ventana para ver el novedoso espectáculo de un tren eléctrico en el otro lado.

Exploración y curiosidad

¿A dónde lleva ese camino? ¿Qué cosa es esa pequeña tienda a oscuras? ¿Cómo funciona el televisor? ¿Para qué sirve aquella herramienta? Contestar estas preguntas no tiene una ventaja evidente para nosotros. Nadie espera que el camino lo lleve a cualquier sitio a donde necesita ir, ni que la tienda contenga todo lo que desea comprar. Y cuando alguien se formula la tercera pregunta, no pretende en absoluto abrir un taller de reparación de televisores. Y la herramienta, cuya finalidad nos interesa, quizá nunca la usemos. En todos estos casos sólo queremos *conocer* las cosas. La exploración y la curiosidad parecen ser motivos activados por lo nuevo y lo desconocido, sin que tengan otra meta específica que la de "descubrir algo". Incluso los animales aprenderán un comportamiento con tal que se les permita explorar el ambiente. El perro de la familia correteará por la casa nueva, olfateando y explorando el ambiente antes de ponerse a comer su cena.

Los animales parecen preferir la complejidad, quizá por que las formas más intrincadas requieren más tiempo para ser conocidas y, en consecuencia, resultan más interesantes (Dember, Earl y Paradise, 1957). Al ser puesta dentro de un laberinto pintado de color negro, una rata lo explorará y aprenderá a recorrerlo. La siguiente vez que se la introduzca en él, si puede escoger entre un laberinto negro y uno blanco, escogerá el blanco (Dember, 1965). Por lo visto lo desconocido tiene mayor atractivo. La rata parece sentir la curiosidad de ver cómo es el nuevo laberinto (véase la figura 5-3).

Desde luego se dan excepciones. Algunas veces lo desconocido nos parece más molesto que estimulante; otras veces las cosas complejas (un argumento de teatro, una sinfonía o un juego de ajedrez) nos parecen demasiado complejos. Un niño de corta edad acostumbrado únicamente a estar con sus padres se alejará de una nueva cara y gritará de miedo si la persona no se ha rasurado. La ropa estrafalaria o una obra muy original de arte serán objeto de rechazo, desprecio y hasta ataque. Pero también aquí el aprendizaje es importante. Con la familiaridad el rostro, la ropa o la sinfonía perderán su carácter inaceptable y se tornarán novedosos e interesantes. Un niño, que a los 2 años sólo canta una sencilla ronda infantil, aprenderá a gustar la complejidad de una canción popular a los 12 años y quizá un concierto de Mozart cuando cumpla 22 años. A medida que vamos aprendiendo

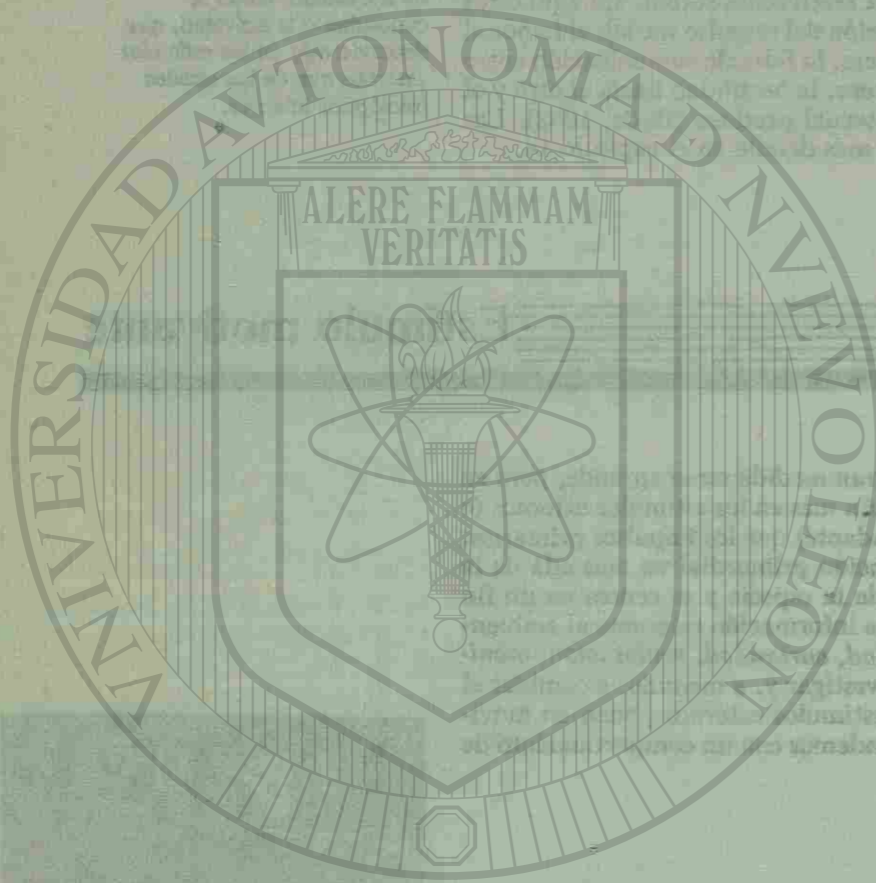


El estímulo motivante depende de los estímulos externos que nos impulsan a investigar lo nuevo y lo desconocido.

Figura 5-3

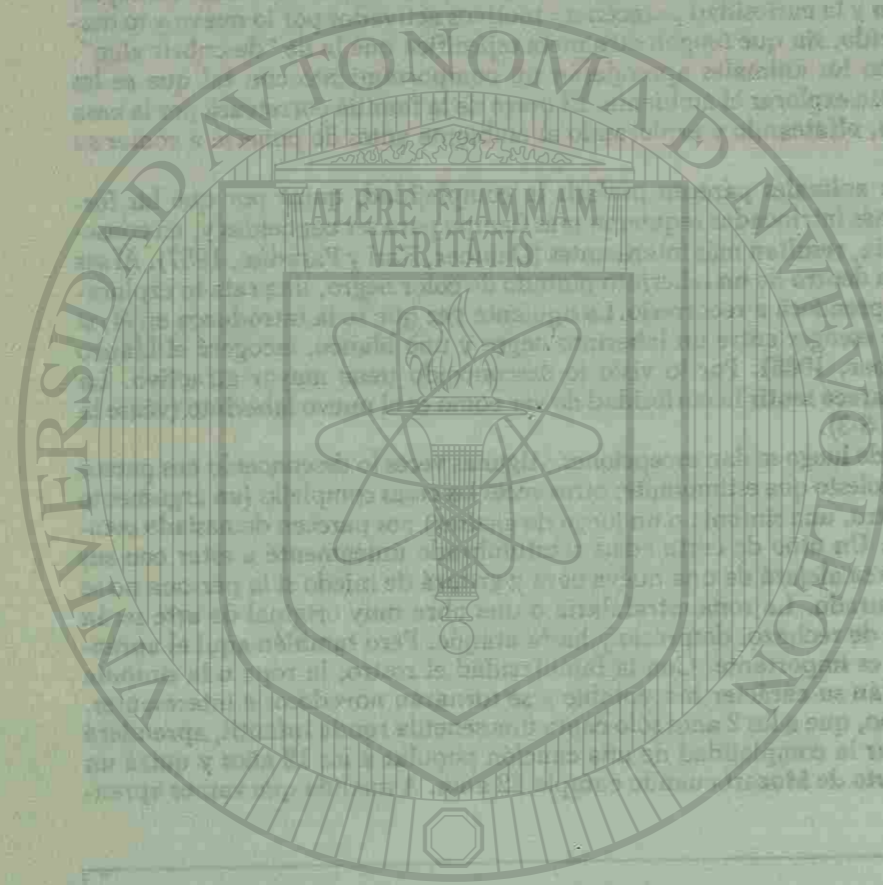
En el primer intento, una rata explora uno de los brazos negros del laberinto al azar. En el segundo intento, la rata escogerá siempre el brazo desconocido se se le da a elegir entre un brazo blanco y uno negro.

(Según W. N. Dember, 1965.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

¿Es el trabajo un estímulo motivante?

Los estudios señalan que las ratas, pichones y niños en ocasiones trabajan para ganar premios aun cuando puedan conseguirlos sin trabajar (D'Aмато, 1974):

Las ratas recorrerán un pasillo pasando sobre cientos de trozos de alimento con tal de obtener una pildora idéntica puesta en la caja meta... y los pichones picotearán una llave, incluso en programas intermitentes de refuerzo, a fin de conseguir exactamente la misma comida que está a su alcance en una taza cercana. Si se les da la opción de recibir canicas con sólo esperar un tiempo equivalente de tiempo a obtenerlas, los niños prefieren oprimir una palanca... para conseguir las mismas canicas (p. 95).

¿Por qué los animales y el hombre trabajan por la comida u otros premios cuando pueden lograr lo mismo sin necesidad de trabajar? ¿Existe una tendencia innata a conseguir todo "gratis"? Por lo visto sucede todo lo contrario: parece haber una

necesidad congénita a trabajar. Hombres y animales prefieren ganarse sus premios. En efecto, las recompensas externas pueden hasta minar la motivación *intrínseca* de realizar una tarea. En un experimento, un grupo de monos manipuló rompecabezas sin recibir premio alguno hasta que se puso como premio una uva pasa. Al darse cuenta de que podían conseguir la pasa con sólo manipular el rompecabezas, perdieron todo interés en el rompecabezas sin ese premio (de Charms, 1968).

¿Por qué el hombre y los animales prefieren trabajar por una recompensa? Hacerlo puede servir para controlar el ambiente. Tal control es necesario para la supervivencia y es indispensable para el ser humano y los animales. En varios experimentos, los animales que no podrían controlar sus premios y castigos se volvieron pasivos, apáticos y sencillamente "desistieron". Esta "desesperanza aprendida" ha sido objeto de gran atención en los últimos años como una explicación de ciertos casos de depresión severa (véase el capítulo 13).

diendo más cosas, y al explorar sin cesar el ambiente, mejoramos nuestro umbral de lo nuevo e intrincado, volviéndose mucho más ambiciosas nuestras exploraciones y curiosidad.

Manipulación

¿Por qué cree usted que en los museos haya por doquiera letreros con la inscripción "No tocar"? Pues porque el personal de administración *sabe* por experiencia personal que el impulso de tocar las cosas es irresistible. A diferencia de la curiosidad y la exploración, la manipulación se dirige a un objeto concreto que hemos de tocar, manejar, sentir y jugar con él para sentirnos satisfechos. La manipulación es un motivo que parece ser exclusivo de los primates, provistos como están de dedos ágiles en las manos y piernas.

El deseo de manipular parece relacionarse con dos cosas: una necesidad de tener conocimiento de una cosa en el nivel táctil y, en ocasiones, la necesidad de ser consolado. Un ejemplo de este segundo tipo de manipulación son las llamadas "cuentas de preocupación" de los griegos: un conjunto de cuentas ensartadas en una cadena corta que se mueven hacia adelante y atrás durante la conversación. En momentos de tensión, la gente "juguetea" con un cigarrillo, una servilleta de papel o una pluma fuente. Los niños siempre están manipulando los objetos circundantes. Los anteojos, los aretes, las flores, la cola de un perro son algunas de las cosas que les gusta tocar y hacerlas parte de sus juegos. Cuanto más brillante sea el objeto, cuanto mayor gama de colores ofrezca y cuanto más irregular sea su forma, mayor atracción tendrá como objeto manipulable.

Un mono con una de las "madres sustitutas" de Harlow: una hecha de alambre y la otra de tela afelpada. El mono abraza a la "madre" de tela afelpada aun cuando la otra le ofrezca alimento y calor.



Motivo social Motivo aprendido que se asocia a las relaciones de las personas, entre ellas la necesidad de afiliación, la del logro y la del poder.

Agresión Comportamiento tendiente a causar daño a los demás; también, el motivo de actuar en forma agresiva.

Contacto

Las personas también sienten la necesidad de tocar a los otros. La necesidad del contacto físico es más amplia y universal que la de manipular las cosas. Más aún, no se limita al simple tocar con los dedos, sino que abarca el cuerpo entero. La manipulación es activa pero el contacto puede ser pasivo.

En una famosa serie de experimentos (Harlow, 1958; Harlow y Zimmerman, 1959), a un grupo de monos se les separó de sus madres y se les dieron madres "sustitutas". Una y otra eran del mismo tamaño, pero una estaba hecha de alambre y no presentaba superficies blandas. La otra era suave: estaba cubierta con hule espuma y con tela afelpada. Un biberón se ponía en la "madre" de alambre, y ambas "madres" eran calentadas por medio de una lámpara eléctrica colocada en su interior. Y así la "madre" de alambre satisfacía dos impulsos fisiológicos de los monos: la necesidad de comida y la de calor. Pero los animales se dirigían a la "madre" de tela afelpada, la cual no proporcionaba alimento. Cuando tenían miedo, corrían y se asían a ella como si fuera una madre de verdad. Por estar calentadas ambas madres, parece que la necesidad de afecto, mimos y contacto estrecho va más allá de la simple exigencia de calor.

Motivos aprendidos

Las personas que realizan un comportamiento agresivo desean infligir castigo físico o psicológico. En Estados Unidos, la agresión es demasiado frecuente en la familia y entre los extraños.

Todos nacemos con todos nuestros motivos intactos. Ya hemos visto que hasta los motivos que parecen ser no aprendidos (entre ellos el hambre, la sed y el sexo) en realidad en parte se adquieren. A medida que crecemos, nuestra conducta empieza a ser gobernada por nuevos motivos que casi en su totalidad son aprendidos. Aunque se trata más bien de motivos adquiridos que innatos, pueden ejercer casi el mismo control sobre el comportamiento que los impulsos y motivos no aprendidos.

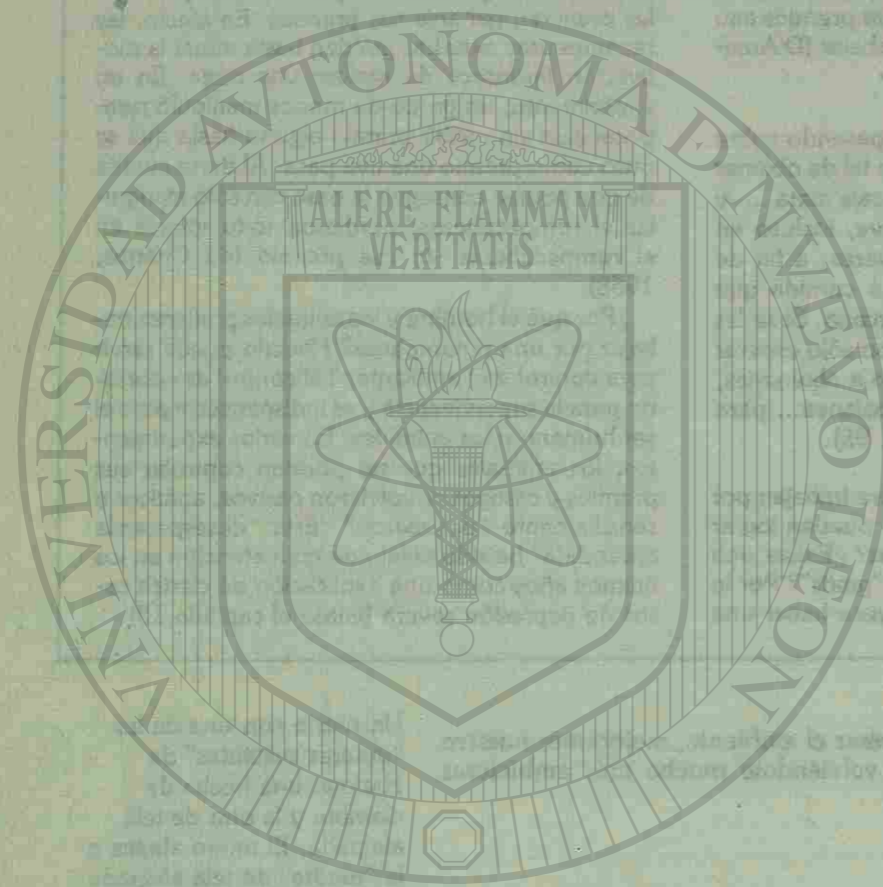
Un motivo aprendido de suma importancia es la agresión. Otra clase muy importante, los motivos sociales, giran en torno a las relaciones con los otros. Nos ocuparemos primero de la agresión y luego examinaremos los más importantes motivos sociales.



Agresión

En el ser humano la agresión comprende todos los comportamientos cuya finalidad es infligir daño físico o psíquico a los demás. La intención es un elemento importante de la agresión (Beck, 1978). Si accidentalmente atropellamos a un peatón con el auto, habremos causado daño físico pero sin la intención de hacerlo. Pero si vemos a un hombre que la semana pasada se burló de nosotros y tratamos de lastimarlo con el auto cuando aquél cruza la calle, estaremos haciendo intencionalmente algo malo. Y a este acto se le llama agresión.

A juzgar por las estadísticas, la agresión es lamentablemente muy común en Estados Unidos. En 1981, 22,500 personas fueron asesinadas en ese país. También es frecuente la violencia no mortal. En un estudio sobre 2,000 matrimonios, los investigadores descubrieron que más del



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

Motivo social Motivo aprendido que se asocia a las relaciones de las personas, entre ellas la necesidad de afiliación, la del logro y la del poder.

Agresión Comportamiento tendiente a causar daño a los demás; también, el motivo de actuar en forma agresiva.

Contacto

Las personas también sienten la necesidad de tocar a los otros. La necesidad del contacto físico es más amplia y universal que la de manipular las cosas. Más aún, no se limita al simple tocar con los dedos, sino que abarca el cuerpo entero. La manipulación es activa pero el contacto puede ser pasivo.

En una famosa serie de experimentos (Harlow, 1958; Harlow y Zimmerman, 1959), a un grupo de monos se les separó de sus madres y se les dieron madres "sustitutas". Una y otra eran del mismo tamaño, pero una estaba hecha de alambre y no presentaba superficies blandas. La otra era suave: estaba cubierta con hule espuma y con tela afelpada. Un biberón se ponía en la "madre" de alambre, y ambas "madres" eran calentadas por medio de una lámpara eléctrica colocada en su interior. Y así la "madre" de alambre satisfacía dos impulsos fisiológicos de los monos: la necesidad de comida y la de calor. Pero los animales se dirigían a la "madre" de tela afelpada, la cual no proporcionaba alimento. Cuando tenían miedo, corrían y se asían a ella como si fuera una madre de verdad. Por estar calentadas ambas madres, parece que la necesidad de afecto, mimos y contacto estrecho va más allá de la simple exigencia de calor.

Motivos aprendidos

Las personas que realizan un comportamiento agresivo desean infligir castigo físico o psicológico. En Estados Unidos, la agresión es demasiado frecuente en la familia y entre los extraños.

Todos nacemos con todos nuestros motivos intactos. Ya hemos visto que hasta los motivos que parecen ser no aprendidos (entre ellos el hambre, la sed y el sexo) en realidad en parte se adquieren. A medida que crecemos, nuestra conducta empieza a ser gobernada por nuevos motivos que casi en su totalidad son aprendidos. Aunque se trata más bien de motivos adquiridos que innatos, pueden ejercer casi el mismo control sobre el comportamiento que los impulsos y motivos no aprendidos.

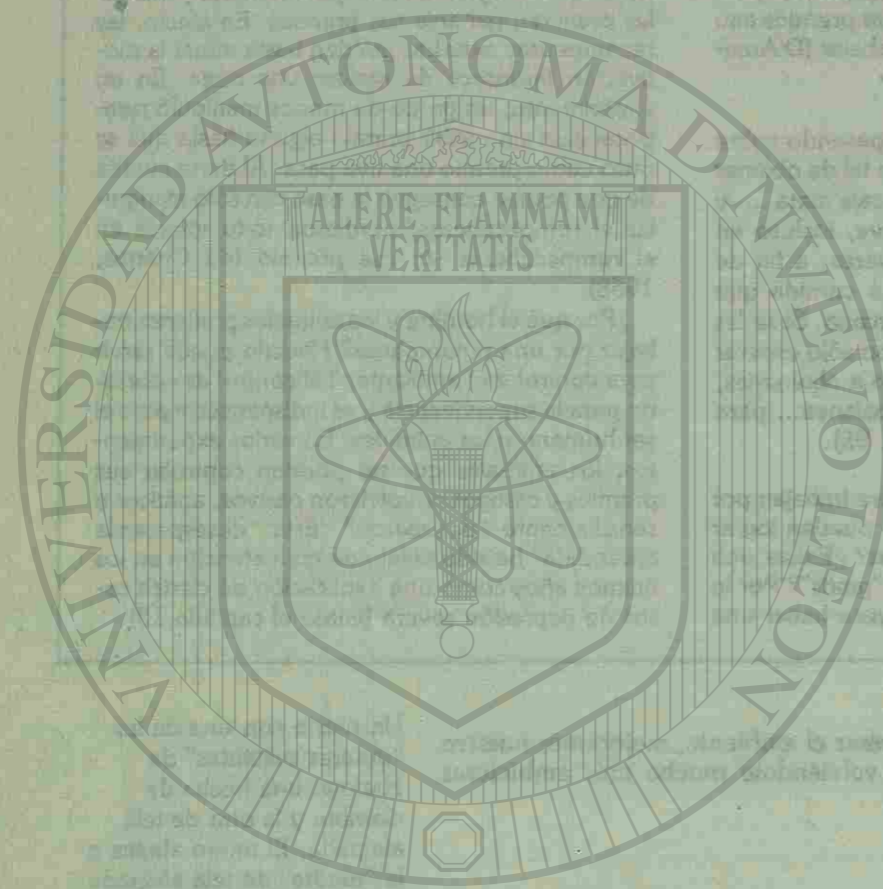
Un motivo aprendido de suma importancia es la agresión. Otra clase muy importante, los motivos sociales, giran en torno a las relaciones con los otros. Nos ocuparemos primero de la agresión y luego examinaremos los más importantes motivos sociales.



Agresión

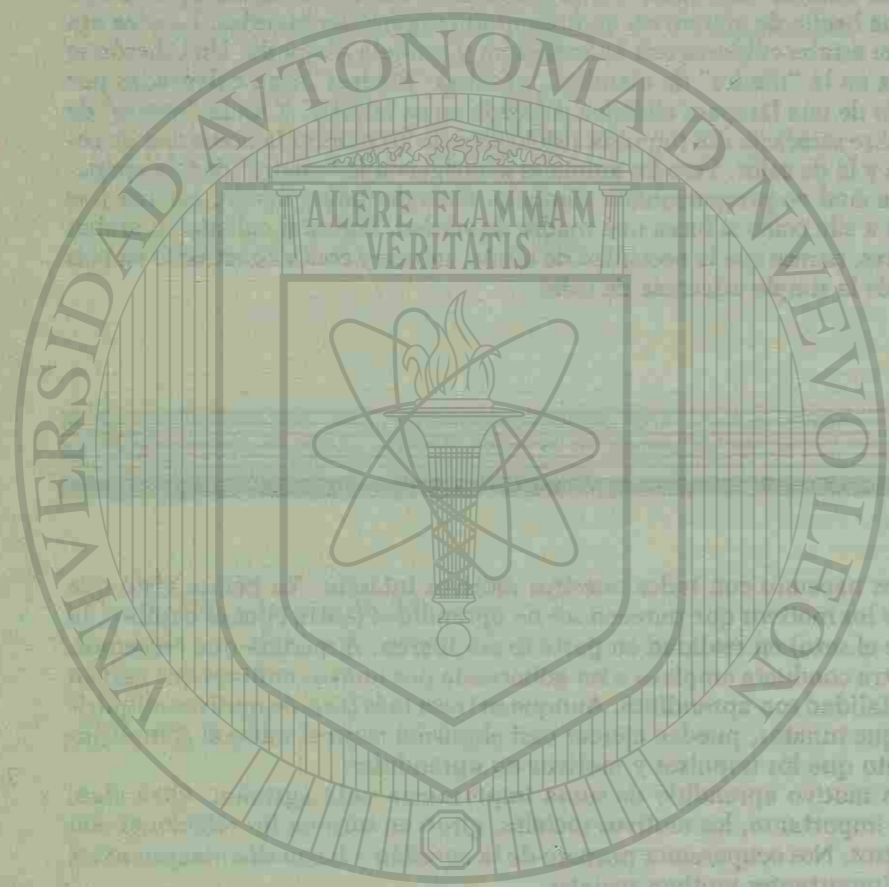
En el ser humano la agresión comprende todos los comportamientos cuya finalidad es infligir daño físico o psíquico a los demás. La intención es un elemento importante de la agresión (Beck, 1978). Si accidentalmente atropellamos a un peatón con el auto, habremos causado daño físico pero sin la intención de hacerlo. Pero si vemos a un hombre que la semana pasada se burló de nosotros y tratamos de lastimarlo con el auto cuando aquél cruza la calle, estaremos haciendo intencionalmente algo malo. Y a este acto se le llama agresión.

A juzgar por las estadísticas, la agresión es lamentablemente muy común en Estados Unidos. En 1981, 22,500 personas fueron asesinadas en ese país. También es frecuente la violencia no mortal. En un estudio sobre 2,000 matrimonios, los investigadores descubrieron que más del



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



25% de aquellos a los que interrogaron habían incurrido en alguna modalidad de violencia física en su vida matrimonial (Straus, 1977). Muchas veces la agresión se comete en el niño: miles de niños son objetos de maltrato cada año, y éstos son sólo los casos que se denuncian (Kempe y Kempe, 1978). El asesinato, la violencia en la familia y el maltrato de los niños son sin duda actos de agresión evidente. Un acto menos palpable es el estupro, motivado fundamentalmente por la agresión, no por la sexualidad. El estupro es una expresión del odio y del deseo de infligir daño, no de la lujuria (Brownmiller, 1975). A semejanza del maltrato del niño, el estupro es muy común. Según estimaciones del FBI cerca de 500,000 estupros ocurren fuera del matrimonio cada año (Gager y Schurr, 1976).

La agresión humana está tan difundida, que al parecer se trata de una parte inevitable de la existencia humana. En efecto, algunos etólogos están convencidos de ello: la agresión en el hombre es parte del instinto congénito de matar y destruir, un vestigio de nuestros orígenes remotos (Lorenz, 1968).

También Freud sostuvo que la agresión es un impulso congénito, si bien no trató de explicarlo en la forma en que lo haría un etólogo. Para él y sus seguidores, el impulso agresivo (lo mismo que el sexual) proviene de los procesos orgánicos y debe liberarse periódicamente. De lo contrario causará tensión, sufrimiento y conducta irracional. Freud pensaba que una importante función de la sociedad consiste en encauzar la expresión de este impulso hacia metas constructivas y socialmente aceptables como los deportes, debates y varias formas de competencia.

Las ideas freudianas sobre la agresión todavía conservan su vigencia, pero la mayor parte de los psicólogos modernos afirman que se trata de una respuesta aprendida. Lazarus (1974) observó, por ejemplo, que ninguna investigación importante ha demostrado que el hombre posee un instinto congénito e incontrolable de luchar y matar. Más aún, las pruebas señalan que la manifestación de la agresión no siempre reduce la agresividad, como pensaba Freud. Se sabe que, cuando a una persona enojada se le alienta a expresar su ira, se torna menos agresiva y pierde parte de su enojo. Pero si a una persona que no esté enojada se le alienta para que exprese agresividad, esto no le afecta en absoluto o se muestra más agresiva (Doob y Wood, 1972).

Otros factores además de la ira intervienen en la liberación de la agresión. Parece que la agresión puede ser desencadenada en parte por la frustración, en especial cuando ésta es inesperada o arbitraria. En un experimento los miembros de un grupo se volvieron sumamente agresivos cuando alguien daba la impresión de estar obstruyendo de manera intencional una tarea que había sido asignada al grupo. Pero su agresividad era mucho menor cuando el trabajo era obstaculizado de manera no intencional (Worchel, 1974).

Estudios como el antes citado indican la existencia de un nexo entre la frustración y la agresión, si bien no siempre es así. Ante la frustración, algunos buscan ayuda y apoyo, otros se alejan de la fuente de la frustración y otros se refugian en las drogas o en el alcohol. En otras palabras, parece que la frustración genera agresividad sólo en quienes han aprendido a recurrir a esta para sortear situaciones desagradables (Bandura, 1973). Más aún, la agresión tal vez se adquiere en respuesta a varios estímulos distintos. Según Berkowitz (1983), las investigaciones indican que casi cualquier acontecimiento desagradable puede dar origen a ella. Se ha comprobado que los malos olores, la alta temperatura ambiente, la información capaz de causar miedo, el humo del cigarrillo y las escenas molestas intensifican la hostilidad en el sujeto humano. De ahí que la frustración no sea más que uno de los muchos tipos de experiencias desagradables capaces de provocar agresión.

En opinión de Bandura y Berkowitz, aunque la conducta agresiva de

Motivo de logro Necesidad de sobresalir, de superar obstáculos, es un motivo social.

Necesidad del logro Necesidad de alcanzar éxito (véase Motivo de logro).

los animales inferiores puede explicarse partiendo de los "impulsos" instintivos agresivos, la agresividad del ser humano es un impulso aprendido. Una forma importante de aprenderlo es observando a modelos agresivos. Por ejemplo, los estudios de las relaciones de progenitor-hijo han mostrado de manera constante que los niños a quienes se castiga con dureza se convierten al crecer en adultos dados a la violencia (Aronso, 1980). Según veremos en el capítulo 6, cuando los padres castigan a sus hijos sirven de modelos del comportamiento agresivo y muestran la eficacia que puede tener la agresividad.

¿Pero qué sucede si el modelo agresivo no obtiene buenos resultados o si hasta él recibe castigo? El concepto en que se funda la antigua costumbre de las ejecuciones y castigos públicos como la flagelación es que ver el castigo de alguien que ha incurrido en actos agresivos disuadirá a los espectadores para que no incurran en ellos. En un estudio, a un grupo de niños se les proyectó una película en la cual un personaje agresivo recibía su castigo. A otro grupo se le proyectó una película en la cual ese personaje recibía un premio por la misma conducta. Un tercer grupo vio una película en que no había la menor violencia. Y después a todos los niños se les brindó la oportunidad de obrar agresivamente en circunstancias parecidas a las de las películas violentas. Los que habían visto al modelo agresivo ser castigado mostraron menos agresividad que los que lo habían visto ser premiado, pero ambos grupos fueron más agresivos que el que no había visto ningún modelo agresivo en absoluto. El simple hecho de ver a un modelo agresivo parece intensificar la agresión entre los niños, sin importar si se castiga o premia al modelo (Aronso, 1980).

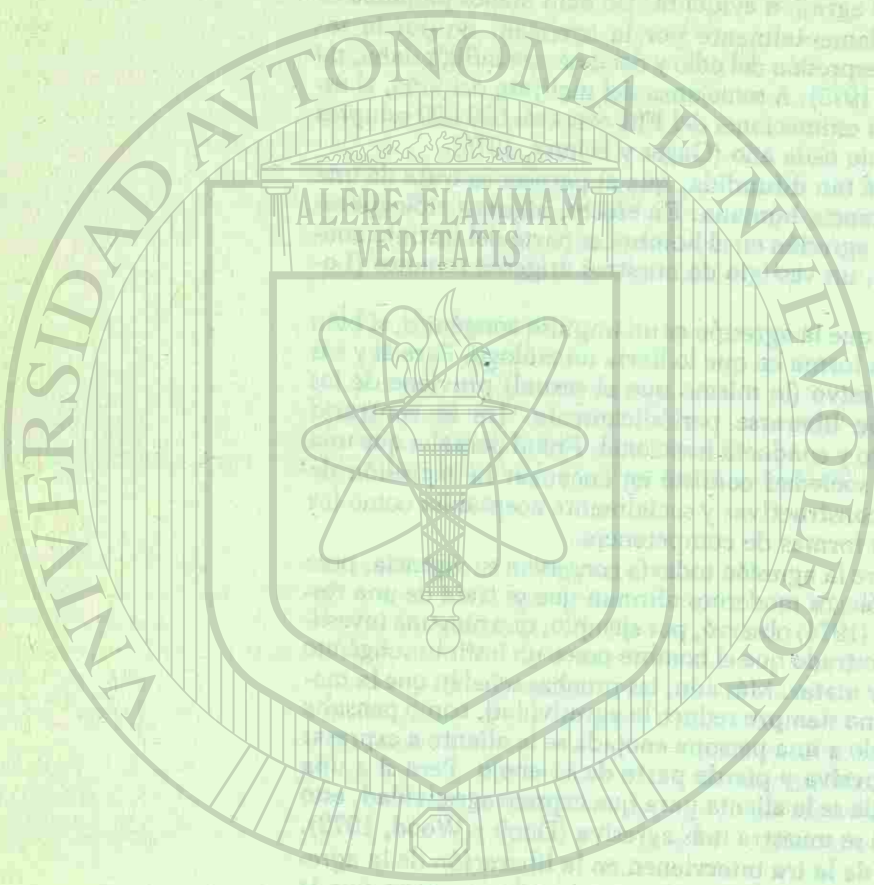
La agresión puede también "desaprenderse". Por ejemplo, puede ignorarse la agresión y premiarse la conducta no agresiva. Davitz (1952) se valió de este método con dos grupos de juego de niños. A uno lo premiaba por conducta constructiva y al otro por conducta agresiva. A continuación los niños de ambos grupos eran sometidos deliberadamente a una experiencia de frustración, situación que de ordinario desencadenaría la agresión. Los que habían sido recompensados por su conducta constructiva externaron mucho menos agresividad que los del otro grupo.

Los datos anteriores corroboran la idea de que la agresión es un motivo aprendido. También varios motivos sociales muy importantes parecen ser adquiridos, y de ellos nos ocuparemos en los apartados siguientes.

Logro

Escalar el Everest "simplemente por el deseo de hacerlo", enviar misiles al espacio, obtener un título académico de gran renombre, llegar a ocupar la presidencia de una gran empresa son acciones que probablemente incluya una mezcla de motivos latentes. Pero en todas ellas se da el deseo de sobresalir, "de superar obstáculos, de ejercitar el poder, de esforzarse por hacer algo difícil lo más rápidamente posible (Murray, 1938, pp. 80-81). Y es éste interés por el logro en sí que ha impulsado a los psicólogos a afirmar la existencia de un motivo de logro.

Como en el caso de los motivos aprendidos, la necesidad del logro, cuya abreviatura es nL, varía muchísimo según la persona. McClelland (1958) ha ideado medios para medirla con técnicas experimentales. Una de ellas se sirve de las respuestas dadas al test de apercepción temática (véase el capítulo 12). Por ejemplo, en la prueba en una foto aparece un adolescente sentado ante su pupitre. Un libro se encuentra abierto ante él, pero la mirada del adolescente se dirige hacia el espectador. Se pide a los sujetos inventar historias sobre el dibujo. Uno de ellos contestó: "El muchacho



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIE

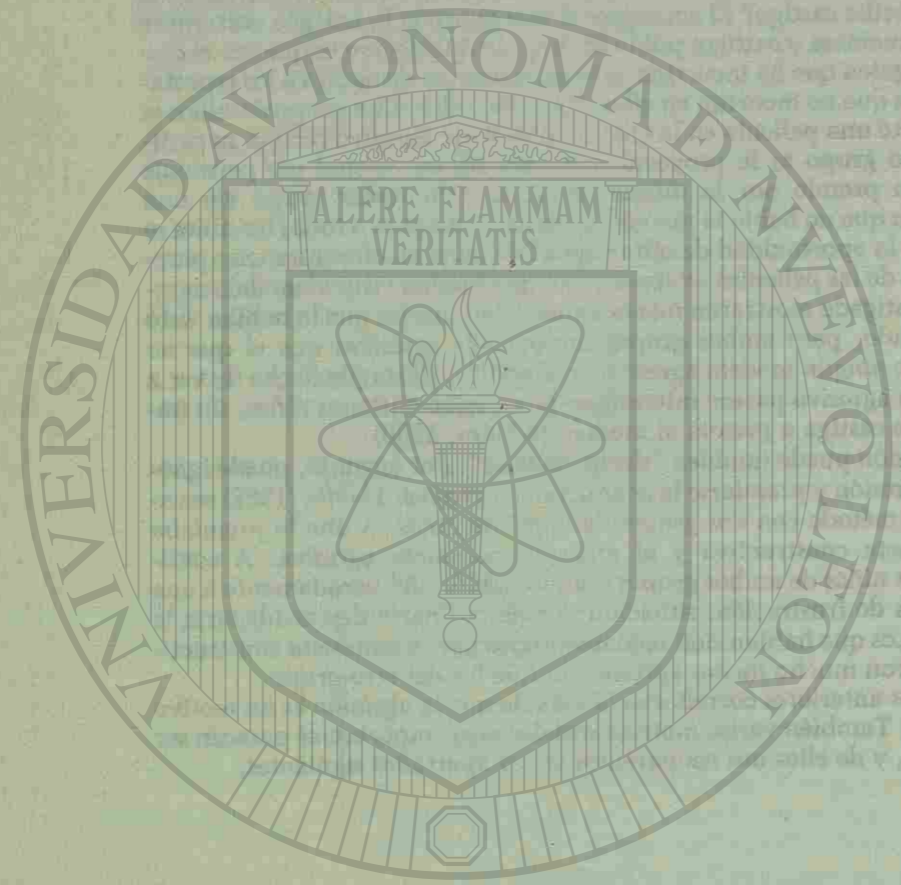
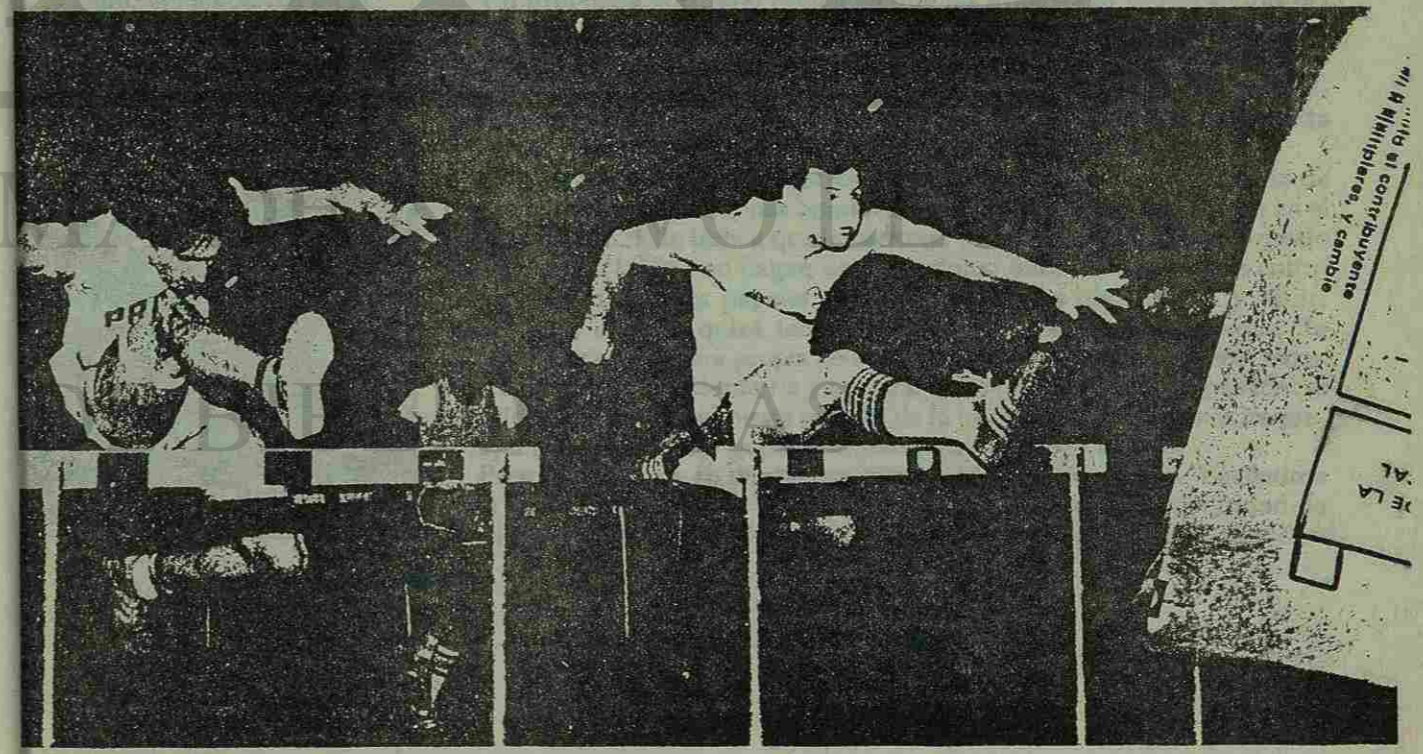
de la foto está tratando de conciliar la filosofía de Descartes con la de Santo Tomás de Aquino, a la tierna edad de 18 años. Ha leído varios libros de filosofía y siente el peso del mundo sobre sus hombros". Otro contestó en forma diametralmente opuesta: "Eduardo está pensando en irse de casa algunas semanas con la esperanza de que así presionará a sus padres para que ya no riñan tanto." La primera respuesta parece ser la de alguien que obtuvo altas calificaciones en la necesidad del logro y la segunda, la de alguien que recibió calificaciones bajas (Atkinson y Birch, 1970; Atkinson y Raynor, 1975).

¿Por qué algunos tienen una gran necesidad de logro? McClelland y colegas (1953) aducen dos razones. Primero, en su niñez esas personas vieron que sus acciones o esfuerzos podían cambiar el mundo y mejorarlo. Segundo, el éxito de sus actos fue medido y reforzado por las normas de excelencia de los adultos. Los niños que tuvieron contacto con esos niveles aprenderán pronto a distinguir un buen rendimiento y un rendimiento deficiente. Saben que serán elogiados por su logro y ello los lleva a desear sobresalir.

Basándose en tests y en historias personales, los psicólogos han descubierto algunos rasgos generales de los que tienen un alto sentido del logro. Se trata de individuos que dan su mejor rendimiento en situaciones de competencia y que aprenden pronto. Los impulsa menos el deseo de la fama o la fortuna que la necesidad de alcanzar un rendimiento de alto nivel que ellos mismos se imponen. Tienen seguridad en sí mismos, asumen la responsabilidad propia con entusiasmo y son bastante resistentes a las presiones sociales externas. Son dinámicos y no permiten que nada se interponga en sus caminos. Pero también propenden ser tensos y a sufrir problemas psicossomáticos.

¿Qué relación hay entre la necesidad del logro y la elección de una profesión u ocupación? En un estudio de 55 universitarios graduados cuyos niveles de logro se probaron mientras estudiaban en la universidad, McClelland (1965) observó que 83% de los que habían alcanzado elevadas puntuaciones en esa variable se dedicaron a "ocupaciones empresariales". (p. 394). Estas ocupaciones, que engloban ventas, poseer y dirigir un negocio, asesoría de administración y actividades semejantes, se caracteri-

El deseo de superar obstáculos es una característica del motivo del logro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

zan por alto grado de riesgo y desafío, por la responsabilidad de tomar decisiones y por una retroalimentación objetiva del rendimiento en el trabajo. McClelland también comprobó que 70% de los que escogían profesiones de otro tipo recibían bajas calificaciones en la *necesidad del logro*.

Evitación del éxito

¿Existe un motivo de *evitación* del éxito? La respuesta es afirmativa por extraño que nos parezca. Según Matina Horner (1969), hombres y mujeres adquieren la necesidad del logro, pero las mujeres también contraen el miedo al éxito. Horner pidió a un grupo de estudiantes no graduados de la Universidad de Michigan terminar una historia que principiaba así: "Después de los exámenes finales, John se encuentra en el primer lugar de su grupo de la escuela de medicina". Las estudiantes recibieron la misma historia, sólo que "Anne" sustituía a "John". Apenas 10% de los varones manifestaron duda o miedo al éxito. En cambio, las mujeres se preocuparon por el rechazo social, imaginándose a Anne como una mujer "que sufría acné", solitaria y sin novio, totalmente asexual.

Este miedo lo atribuyó Horner al tipo de educación que se imparte a la mujer en la sociedad moderna. Una mujer desde niña oye que las mujeres que sobresalen fuera del ámbito doméstico son "asexuales", "poco femeninas" o "duras", de manera que el éxito (o la posibilidad de conseguirlo) le hace sufrir sentimientos de culpabilidad y de ansiedad. Horner piensa que, si esos sentimientos no se resuelven, la mujer no aprovechará al máximo sus oportunidades.

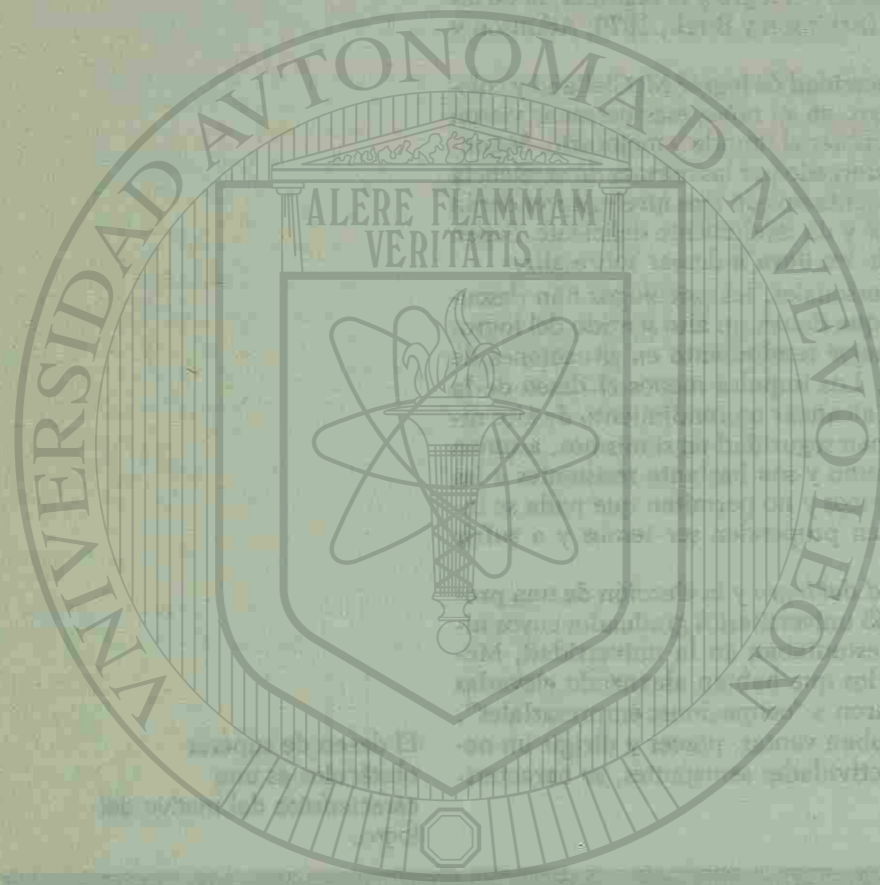
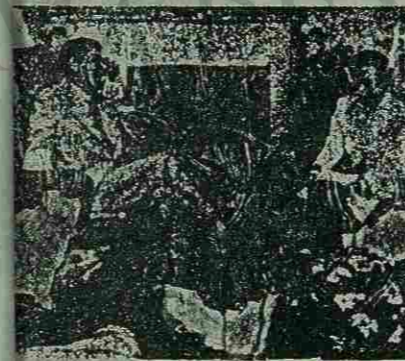
Se ha dado mucha publicidad al trabajo de Horner, aunque algunos de sus métodos y conclusiones han sido puestos en tela de juicio. Tresemer (1974) notó el tamaño pequeño de la muestra de Horner y varias incongruencias y problemas en la codificación del miedo al éxito (ME). También manifestó su escepticismo ante la conexión que la investigadora hizo entre las imágenes relacionadas con ese temor y el comportamiento real de las mujeres. Afirmó que el trabajo de Horner no prueba que el miedo al éxito sea un motivo claro de la falta de éxito en muchas mujeres. Así, las imágenes sin relación con el éxito en algunas de ellas tal vez representen "el miedo a la inadecuación de los papeles sexuales" y no "el miedo al éxito".

Un problema más serio radica en que las situaciones provocadoras del motivo de evitación del éxito nunca han sido identificadas. ¿Ocurren sólo cuando las mujeres compiten con el hombre o sólo cuando los papeles sociales intervienen en ellas? ¿O bien ese motivo se presenta en cualquier situación donde es posible conquistar el éxito? Los estudios realizados hasta hoy fueron inconcluyentes (Zuckerman y Wheeler, 1975).

Es interesante señalar que otros estudios en que se utilizó la historia de Anne revelaron que algunos hombres recibían una alta clasificación en el miedo al éxito. Ello indica que los varones y mujeres con un elevado grado de ese miedo tal vez no hagan sino reaccionar ante los estereotipos culturales referentes a los papeles sexuales apropiados (de Charms y Muir, 1978). Las mujeres quizá temen abrazar la carrera médica porque "la medicina es una carrera propia de los hombres"; y a su vez los varones temerán dedicarse a la enfermería y carreras afines porque estas actividades se consideran tradicionalmente propias de la mujer. A estas personas les preocupa más invertir los papeles sexuales que el miedo al éxito.

Prescindiendo de su causa, ese temor empieza a cambiar. Valiéndose otra vez de un grupo de estudiantes no graduados de la Universidad de Michigan, Hoffman (1974) repitió el estudio de Horner varios años des-

Los estereotipos culturales acerca de los roles sexuales apropiados para la mujer explican en parte un motivo adquirido que impulsa a evitar el éxito. Pero esto posiblemente esté empezando a cambiar a medida que las mujeres observan más modelos de roles, los cuales demuestran el valor del logro. Aquí aparece en la Casa Blanca Sandra Day O'Connor, la primera mujer en ocupar el puesto de Juez de la Suprema Corte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

pués y los resultados fueron sorprendentes. Descubrió que cerca del 65% de las mujeres manifestaban miedo al éxito (más o menos el mismo porcentaje de Horner). Sin embargo, el 77% de los hombres también expresaron el mismo sentimiento, notable incremento respecto al trabajo de Horner. Según Hoffman ello, puede deberse al hecho de que los hombres cuestionan el valor del logro, cosa que difícilmente habrían hecho dieciséis años antes. Más aún, la amplia publicidad que se dio al estudio originario de Horner tal vez haya influido en los sujetos que participaron en trabajos posteriores (de Charms y Muir, 1978).

Motivo de poder Necesidad de conquistar el reconocimiento de los demás o de influir en los individuos o grupos; es un motivo social.

Necesidad de poder Necesidad de obtener poder sobre los demás (véase Motivo de poder).

Poder

Otro importante motivo adquirido es el motivo de poder, o necesidad de poder (nP). Puede definirse como la necesidad de obtener el reconocimiento de otras personas o grupo o bien la necesidad de influir en ellos y controlarlos. A semejanza del motivo de logro, éste puede calificarse a partir de historias escritas al ver las figuras del test de apercepción temática. Las imágenes que se refieren a acciones vigorosas, a una conducta que afecta profundamente a los demás y al interés por la reputación o posición producen altas puntuaciones en este tipo de motivo (Winter, 1973).

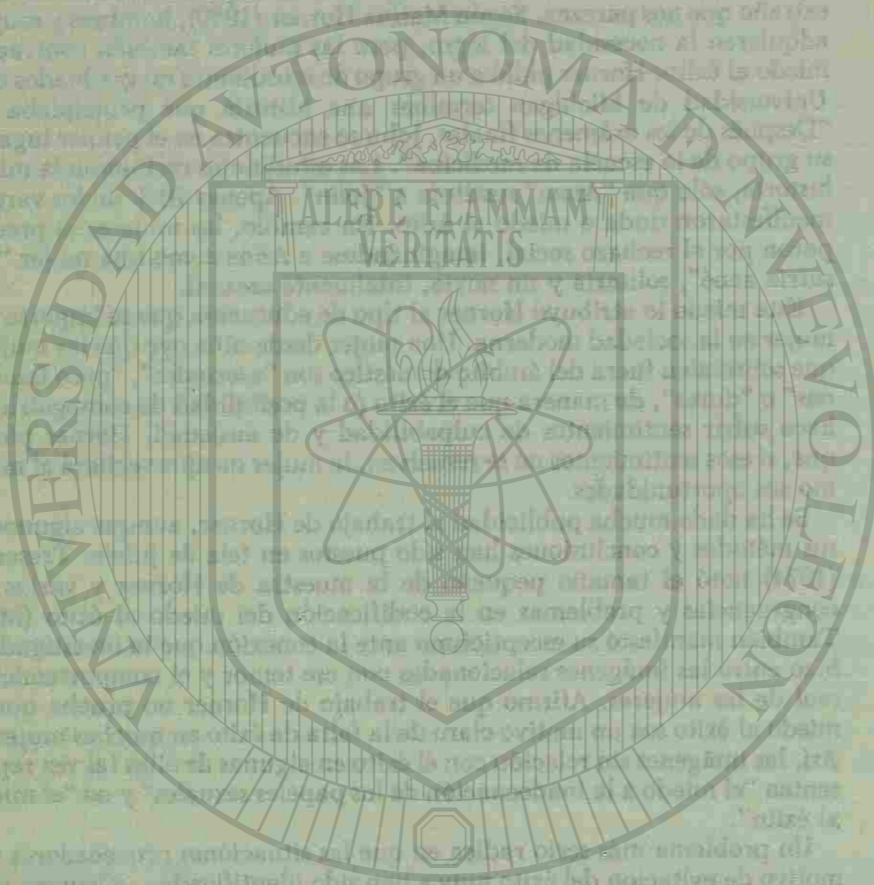
Los universitarios que consiguen altas calificaciones en la necesidad de poder tienden a ocupar "posiciones de poder" como las de funcionarios en las asociaciones estudiantiles, posiciones de asesoría y cargos en comités importantes. Suelen participar en deportes donde hay contacto físico entre los competidores. Y también tienden a interesarse por carreras como la enseñanza, la psicología y la administración de empresas (Beck, 1978).

Winter (1973) estudió los motivos de poder de 12 presidentes estadounidenses, desde Theodore Roosevelt hasta Richard Nixon. Clasificó las preocupaciones, aspiraciones, temores y planes de acción de cada presidente como se reflejan en su discurso de toma de posesión. Los que lograron puntuaciones mayores en cuanto a los impulsos de poder fueron Theodore Roosevelt, Franklin Roosevelt, Harry Truman, Woodrow Wilson, John Kennedy y Lyndon Johnson. Exceptuado Theodore Roosevelt, todos pertenecieron al partido demócrata y su gestión se orientó a la acción. También obtuvieron altas puntuaciones en la necesidad del logro. En cambio, los presidentes republicanos (entre ellos Taft, Hoover y Eisenhower) fueron más reprimidos y sus puntuaciones en la motivación de logro y en la motivación de poder fueron mucho más bajas. En opinión de Winter, el efecto de esta clase de puntuación no uniforme de logro/poder consiste en una tendencia a vacilar en el ejercicio del poder. Winter (1976) estudió a Jimmy Carter cuando todavía era candidato presidencial y descubrió que su motivo de poder era regular y que su necesidad de logro superaba un poco al nivel medio, más o menos el mismo que la de Theodore Roosevelt. Winter menciona varias e interesantes relaciones entre el motivo de poder y las decisiones de política presidencial y las acciones:



John F. Kennedy se cuenta entre los seis presidentes recientes de Estados Unidos que han obtenido las máximas puntuaciones en el motivo de poder. Kennedy también logró calificaciones altas en la necesidad del logro.

1. Los presidentes durante cuya gestión el país entró en guerra tendían a lograr altas calificaciones en el motivo de poder.
2. Las puntuaciones de los presidentes en este motivo parecen relacionarse con la adquisición o pérdida de territorio durante las guerras, expansiones, tratados y luchas por la independencia.
3. Los presidentes con altas puntuaciones en el motivo de poder tendían a tener la máxima rotación de personal en su gabinete.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Motivo de afiliación
Necesidad de estar con los demás.

Afiliación

Algunas veces queremos alejarnos de todo lo cotidiano: pasear una noche o un fin de semana, leer un poco, pensar o simplemente estar solo. Pero por lo regular la gente tiene una necesidad de afiliación, una necesidad de estar con otros. Si el individuo se aísla de todo contacto social durante largo tiempo, puede sufrir ansiedad. ¿Por qué las personas se buscan unas a otras? ¿Cómo se forman los grupos y por qué un puñado de individuos aislados se convierten en un grupo?

Ante todo, el motivo de afiliación se suscita cuando uno se siente amenazado o en peligro. El espíritu de equipo, o sea el sentimiento de formar parte de un grupo empático, tiene gran importancia en una tropa que marcha al campo de batalla. Las palabras de aliento del entrenador de un equipo antes del partido son también muy importantes para los jugadores. En ambos casos se pretende que los individuos sepan que están trabajando para una causa común o que van a enfrentarse con un enemigo común.

A menudo el comportamiento de afiliación resulta de otro motivo. Por ejemplo, quizá demos una fiesta para celebrar la obtención de un empleo y queramos ser felicitados por el logro. Se ha dicho que el temor y la angustia guardan una vinculación estrecha con el motivo de afiliación. Cuando se pone a las ratas, monos o seres humanos en situaciones productoras de ansiedad, la presencia de un miembro de la misma especie que no

Motivos inconscientes

Se hace la publicidad a un nuevo automóvil, y un hombre decide que le gustaría tener uno. ¿Por qué? Quizá nos diga que su auto viejo ya no corre rápido y que el nuevo le parece "excelente". Pero puede haber otros motivos que expliquen por qué quiere comprarlo y que él no advierta.

Las teorías de la *motivación inconsciente* son diversas. Sin duda la de Freud es la más extremista. Freud pensaba que todo acto, por insignificante que parezca, proviene de una multitud de motivos inconscientes. Un freudiano verá en la elección del auto el deseo de conquistar un objeto sexual, deseo estimulado por los anuncios que lo presenta como "suave", "zumbante" y "lleno de potencia". La teoría freudiana también señala que la agresión es una posible razón de ese deseo: el hombre puede sentir la necesidad de lanzarse a toda velocidad por la calle principal.

Algunos psicólogos mantienen que no sólo el comportamiento es influido por motivos inconscientes, sino que además algunas modalidades de conducta se presentan sólo cuando no tenemos conciencia de los motivos (Brody, 1980). Esto corresponde a lo afirmado por la teoría freudiana sobre el inconsciente.

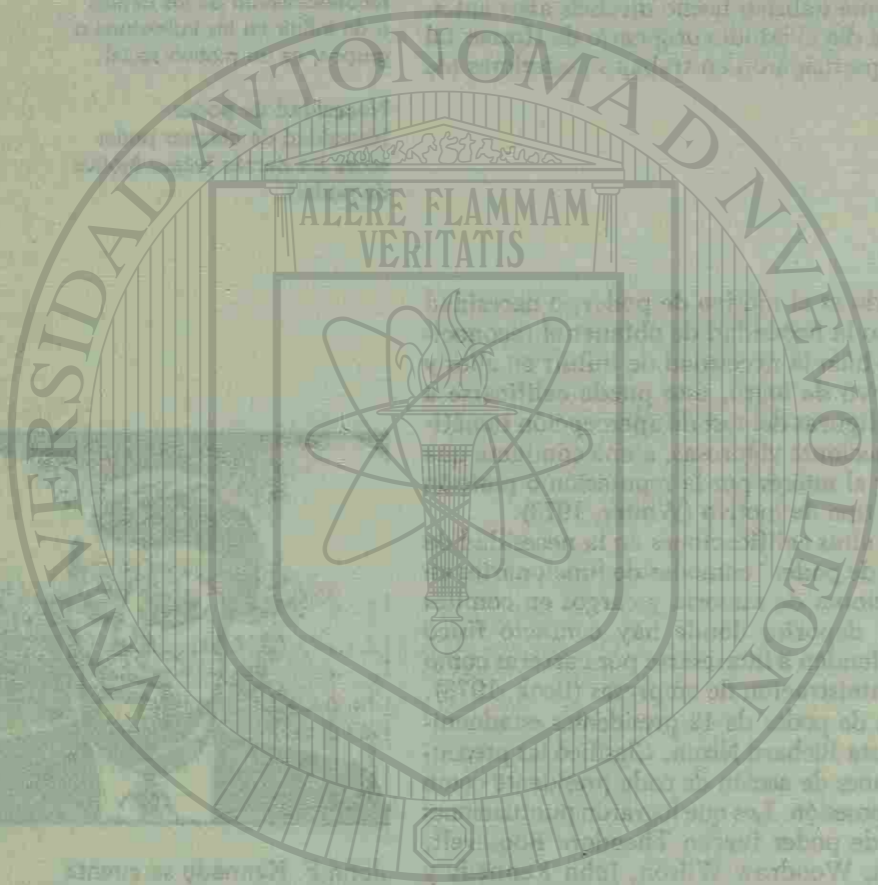
Pero no necesitamos explicar todos los actos en términos freudianos para percatarnos de que surgen de motivos inconscientes. El hombre que adquiere cierto automóvil puede estar manifestando un deseo de aprobación social ("Ser el primero de su barrio en po-

ser este modelo") o es posible que esté premiándose a sí mismo por trabajar muy duro. También cabe la posibilidad de que desee proyectar una autoimagen de suma importancia o consolarse por no haber sido ascendido o porque lo abandonó su novia.

Conviene recalcar que los motivos inconscientes no constituyen una clase particular de motivos, como los fisiológicos, los aprendidos o los estímulos motivantes. Según señalamos en páginas anteriores al hablar de los impulsos fisiológicos, no necesitamos tener conciencia del hambre ni de la sed para actuar y satisfacer ambos impulsos. Un motivo inconsciente es aquel que estamos tratando de satisfacer sin saber exactamente por qué.

Es difícil conocer esta clase de motivos pues hemos de confiar en lo que los otros nos dicen acerca de los suyos. Por ejemplo, cuando una persona comunica sus motivos, recuerda algo que ya sucedió y su evocación puede ser inexacta. La gente experimenta además las cosas en diversos niveles de conciencia, y tales vivencias pueden ser demasiado sutiles como para ponerlas en palabras.

Así, en un experimento se hipnotizó a un grupo de individuos y se les dijo que no iban a sentir dolor. Más tarde dijeron que no habían sentido dolor, pero otros comportamientos indicaron que sí hubo dolor (Hilgard, 1973, 1977).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

sufre ansiedad atenuará el miedo del que sí la experimenta. Si alguien viaja en avión y éste tiene oscilaciones o vaivenes, quizá se sienta nervioso. De ser así, entablará conversación con la mujer de aspecto sereno sentada a su lado, pues al parecer el vuelo errático del avión no le preocupa.

¿Cómo se desarrolla en el hombre el motivo de afiliación? Muchas conclusiones al respecto son todavía tentativas, pero el deseo de estar con otros sin duda tiene su origen en la familia, el primer grupo a que pertenecemos. Se ha comprobado (Sarnoff y Zimbardo, 1981) que el primogénito o el hijo único sienten motivos más profundos de afiliación que los nacidos después, porque se acostumbraron a recibir más atención de sus padres en los primeros años. Aquellos a quienes se ha educado para que sean dependientes o que se criaron con fuertes nexos familiares, muestran motivos más profundos de afiliación que aquéllos cuyas familias estimulan la independencia desde muy tierna edad.

Una jerarquía de los motivos

Sin duda habrá usted notado que nuestra exposición se ha ido desplazando gradualmente de los motivos primitivos, compartidos por todas las criaturas, a los más refinados, complejos y humanos. Maslow (1954) los ordenó todos en esa jerarquía, desde los inferiores hasta los más altos. Los primeros son relativamente sencillos: nacen de los estados corporales que *es preciso* satisfacer. Ha medida que se asciende por la jerarquía, los motivos surgen de otras cosas: el deseo de vivir lo más cómodamente posible en el ambiente, a tener el trato más adecuado con nuestros semejantes y causar una impresión óptima a los demás. La jerarquía de motivos de Maslow aparece en la figura 5-4.

Según esta teoría, los motivos superiores hacen su aparición sólo después de quedar satisfechos los más básicos. Y ello se observa en la escala evolutiva y en la individual. Si uno tiene hambre, seguramente no le preocupará lo que la gente piense de sus modales en la mesa.



Figura 5-4

Una pirámide que representa la jerarquía de Maslow de los motivos. En orden ascendente, las etapas corresponden a lo fundamental que los motivos son para la supervivencia y al momento en que aparecen en la evolución de la especie y en el desarrollo del individuo. En opinión de Maslow, los motivos más básicos han de satisfacerse antes que aparezcan los más altos.

(Según A. H. Maslow, 1954.)

sufre ansiedad atenuará el miedo del que sí la experimenta. Si alguien viaja en avión y éste tiene oscilaciones o vaivenes, quizá se sienta nervioso. De ser así, entablará conversación con la mujer de aspecto sereno sentada a su lado, pues al parecer el vuelo errático del avión no le preocupa.

¿Cómo se desarrolla en el hombre el motivo de afiliación? Muchas conclusiones al respecto son todavía tentativas, pero el deseo de estar con otros sin duda tiene su origen en la familia, el primer grupo a que pertenecemos. Se ha comprobado (Sarnoff y Zimbardo, 1981) que el primogénito o el hijo único sienten motivos más profundos de afiliación que los nacidos después, porque se acostumbraron a recibir más atención de sus padres en los primeros años. Aquellos a quienes se ha educado para que sean dependientes o que se criaron con fuertes nexos familiares, muestran motivos más profundos de afiliación que aquéllos cuyas familias estimulan la independencia desde muy tierna edad.

Una jerarquía de los motivos

Sin duda habrá usted notado que nuestra exposición se ha ido desplazando gradualmente de los motivos primitivos, compartidos por todas las criaturas, a los más refinados, complejos y humanos. Maslow (1954) los ordenó todos en esa jerarquía, desde los inferiores hasta los más altos. Los primeros son relativamente sencillos: nacen de los estados corporales que *es preciso* satisfacer. Ha medida que se asciende por la jerarquía, los motivos surgen de otras cosas: el deseo de vivir lo más cómodamente posible en el ambiente, a tener el trato más adecuado con nuestros semejantes y causar una impresión óptima a los demás. La jerarquía de motivos de Maslow aparece en la figura 5-4.

Según esta teoría, los motivos superiores hacen su aparición sólo después de quedar satisfechos los más básicos. Y ello se observa en la escala evolutiva y en la individual. Si uno tiene hambre, seguramente no le preocupará lo que la gente piense de sus modales en la mesa.



Figura 5-4

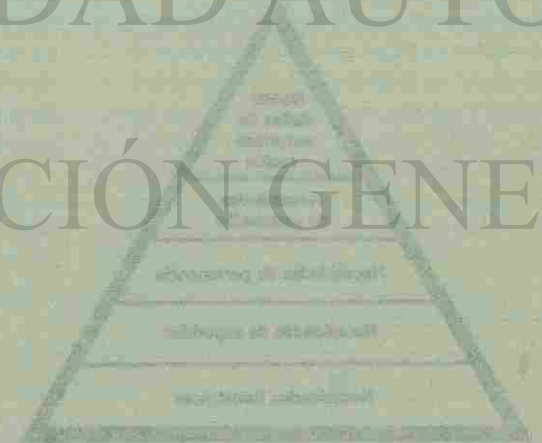
Una pirámide que representa la jerarquía de Maslow de los motivos. En orden ascendente, las etapas corresponden a lo fundamental que los motivos son para la supervivencia y al momento en que aparecen en la evolución de la especie y en el desarrollo del individuo. En opinión de Maslow, los motivos más básicos han de satisfacerse antes que aparezcan los más altos.

(Según A. H. Maslow, 1954.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Maslow estaba convencido de que el motivo más "evolucionado" en la jerarquía es el de autorrealización. Se define como el deseo de realizar al máximo las potencialidades personales. No se refiere al respeto de los demás ni a su opinión sobre nosotros, sino más bien a lo que deseamos ser. La gente difiere en la importancia que concede a la autorrealización tiene en su conducta, pero en cierta medida todos estamos motivados para vivir conforme a lo que sea necesario para nuestro crecimiento personal. Los que logran la autorrealización óptima, dice Maslow, se consideran a sí mismos como seres íntegros, no como parcelas de hambre, miedo, ambición y dependencia.

Si bien la teoría de Maslow es útil como forma de concebir los motivos, resulta difícil en extremo de probar (Wahba y Bridwell, 1976). La investigación ha puesto en tela de juicio sobre todo la evidencia que apoya la clasificación de las necesidades humanas en cinco categorías separadas, así como la colocación de ellas en una estructura jerárquica.

Emociones

En la primera parte de este capítulo vimos que los motivos pueden suscitar y dirigir el comportamiento. Lo mismo podemos decir de las emociones. "Gritó de alegría" es una frase que oímos a menudo, cuando estamos muy enojados decimos: "Me enojó tanto que quisiera estrangularlo". El hecho de que las emociones provoquen y moldeen la conducta proporciona una rica fuente de utilidades para las agencias de publicidad. Manipulando las emociones del público, los publicistas hacen que compremos cualquier cosa, desde un coche hasta su desodorante.

En cierta medida podemos clasificar las emociones según que nos hagan acercarnos o alejarnos de los objetos (Arnold, 1960). Con este criterio, parece haber tres categorías fundamentales de ellas. Imagine el lector que incidentalmente escuchó esta conversación entre tres personas cuyo televisor acaba de apagarse en una noche de tormenta de verano:

- A. ¡Y precisamente en la parte más interesante de la película! Yo quería ver esta película desde hace mucho y ahora sucede esto. *(Trata de arreglar el aparato pero en vano; lo apaga con un gesto de frustración.)*
- B. Odio las tormentas desde que era niño. ¿Crees que debemos apagar todas las luces para que no atraigamos los relámpagos? Mi abuela solía encerrarse en el closet hasta que pasaba la tormenta, y le doy toda la razón. Decía que las tormentas son la venganza de Dios por nuestros pecados.
- C. *(Asomándose a la ventana.)* Miren esto, es realmente fantástico cómo los relámpagos iluminan todo. Le dan un aspecto nuevo al mundo. Siempre me han encantado las tormentas: son terriblemente alegres. Me hacen sentir liberado y transportado a otro mundo.

"A" está frustrado e irritado. Esta categoría de emociones nos lleva a acercarnos a algo, pero en forma agresiva u hostil. "B" tiene miedo y manifiesta ansiedad. Esas dos emociones nos hacen evitar las cosas. "C" está alegre y siente una alegría liberadora. Estas emociones nos hacen acercarnos a algo de modo positivo.

Las emociones, al igual que los motivos, pueden iniciar una cadena de conductas bastante complejas que van más allá de la simple aproximación (acercamiento) o evitación. Si algo nos provoca ansiedad, podemos reunir información sobre ello, hacer preguntas y luego decidir acercarnos o alejarnos de esa cosa. También podemos permanecer allí y luchar. Leeper (1948) da el ejemplo de una familia que se ha enterado de que un pirómano se encuentra en el barrio. Primero averiguó cómo esto se relacionaba con ellos, descubriendo que una de las piezas era una trampa en caso de incendios. Después se informó de los posibles dispositivos de protección y los instaló. La ansiedad de la familia ante el fuego dictó todas esas acciones.

En ocasiones las emociones se parecen a los invitados no deseados. A alguna vez hemos estado en situaciones donde desesperadamente queríamos pensar en forma racional pero sin conseguirlo porque las emociones impedían la concentración. ¿En qué circunstancias la emoción obstaculiza lo que hacemos y en qué circunstancias nos ayuda? No hay una respuesta sencilla que se aplique a todos los casos. Se trata en esencia de una cuestión de grado: de la intensidad de la emoción de la dificultad de la tarea. La Ley de Yerkes-Dodson formula esto así: cuanto más intrincada sea la tarea, más bajo será el nivel de emoción que puede tolerarse sin que interfiera con la actividad. Uno puede sentirse muy enojado al hervir un par de huevos y el estado de ánimo no influirá en absoluto; pero el mismo grado de emoción deteriorará la capacidad de conducir bien. Más aún, pese a que un buen rendimiento requiere un nivel mínimo de excitación emocional, un nivel muy alto perjudicará el rendimiento (véase la figura 5-5).

Ley de Yerkes-Dodson
Establece que, cuanto más compleja sea una tarea, menor será el nivel de emoción tolerable antes que se deteriore el rendimiento.

Experiencias emocionales básicas

Según vimos antes, las emociones pueden agruparse en general según el modo en que afectan al comportamiento: según que nos motiven para acercarnos a algo o para evitarlo. Pero en estos grupos generales, ¿cuántas emociones diferentes hay?

Uno de los intentos más importantes por identificar y clasificar las emociones es el de Robert Plutchik (1980). Propuso que los animales y el ser humano experimentan ocho categorías básicas de emociones que nos ayu-

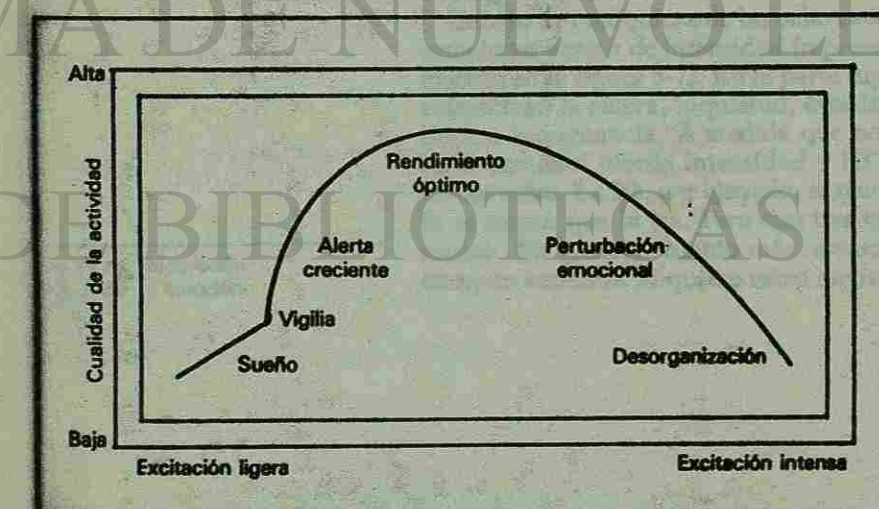


Figura 5-5
Gráfica que ilustra la ley de Yerkes-Dodson. Cierta cantidad de excitación se necesita para la actividad, pero un excesivo grado de ella dificulta la actividad. El nivel de la excitación tolerable es mayor en el caso de una tarea sencilla que en el de una muy compleja.
(Según Hebb, 1955.)

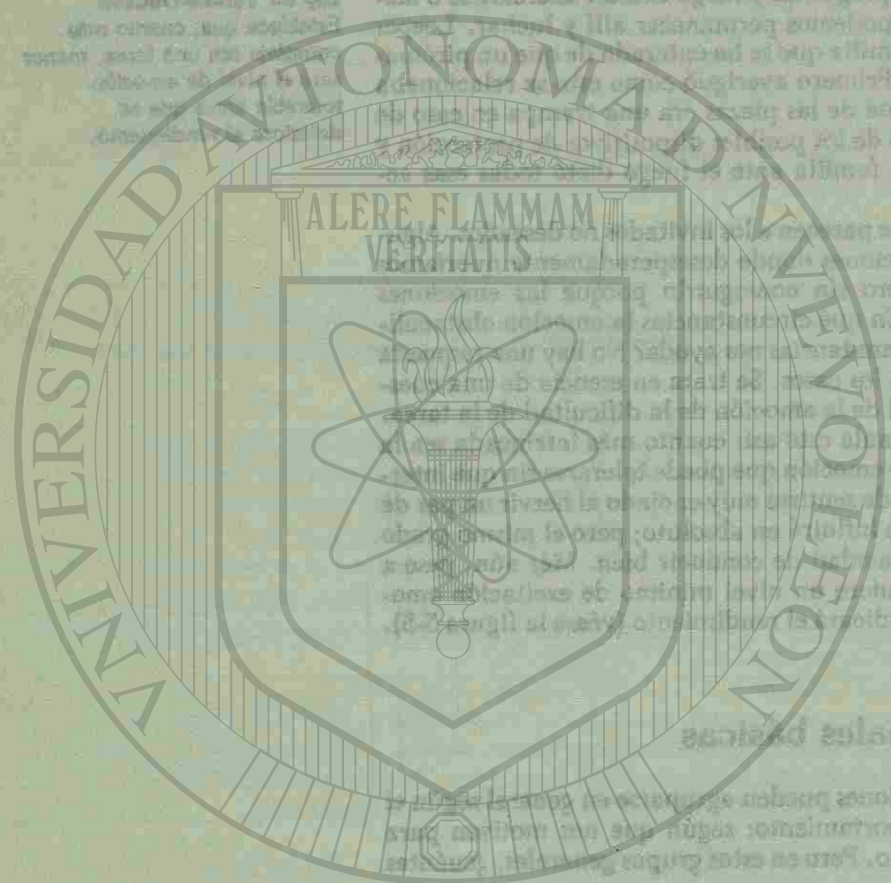
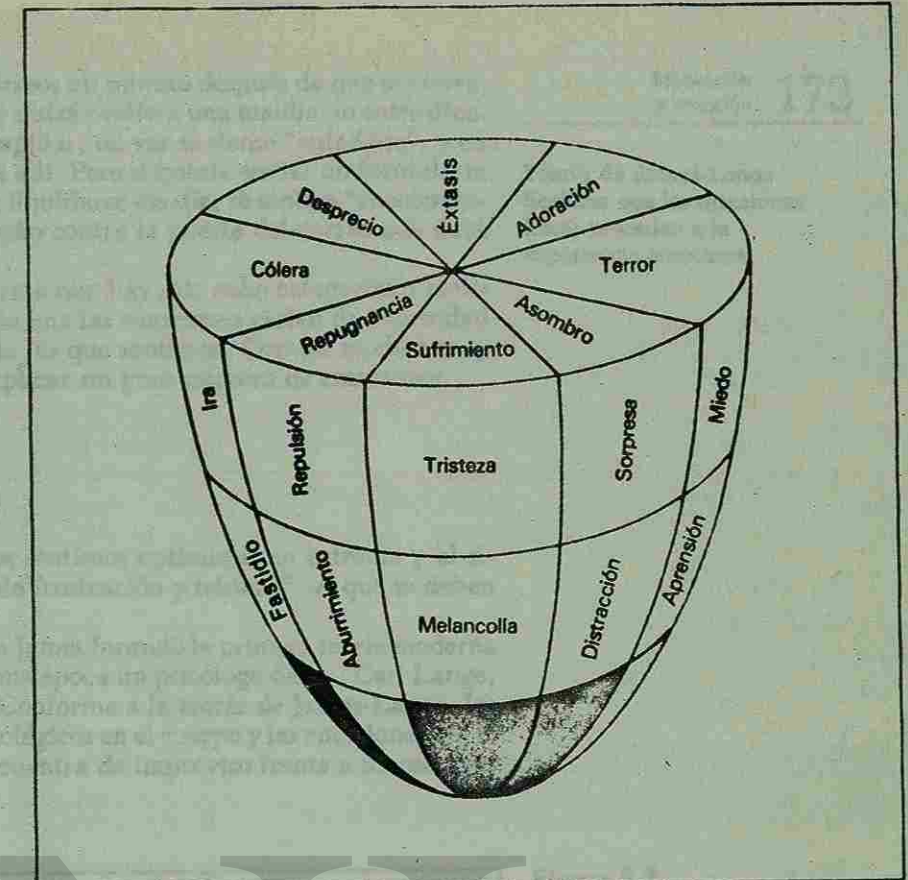


Figura 5-6

Robert Plutchik identifica ocho categorías básicas de la emoción. Las emociones que se encuentran cercanas entre sí en este "círculo" de emociones se parecen más unas a otras que las que se hallan en el lado opuesto o lejanas entre sí. Cuando las contiguas se combinan, producen emociones nuevas aunque afines. Por ejemplo, la tristeza al combinarse con la sorpresa origina decepción.

(R. Plutchik, 1962.)



dan a motivar diversas clases de comportamiento de adaptación. Miedo, sorpresa, tristeza, repulsión, ira, anticipación, alegría y aceptación nos ayudan a ajustarnos a las exigencias del ambiente, si bien en formas distintas. El terror, por ejemplo, se relaciona con la huida, emoción que sirve para proteger a los animales contra sus enemigos; en cambio, la cólera se relaciona con el ataque y la destrucción.

Las emociones cercanas entre sí en el "círculo" se parecen más que las que se halla en lados opuestos o más alejadas unas de otras (véase la figura 5-6). El asombro tiene mayor semejanza con el terror que con la cólera. El éxtasis y la adoración se parecen más entre sí que a la repugnancia. Más aún, conforme al modelo de Plutchik, varias emociones se combinan para producir una gama aún más amplia de experiencia. La anticipación y la alegría, por ejemplo, se combinan para convertirse en optimismo. La alegría y la aceptación nos hacen sentir amor. La decepción es una mezcla de sorpresa y tristeza.

Dentro de cualquiera de las ocho categorías propuestas por Plutchik, las emociones varían de intensidad (representada por la dimensión vertical del modelo en la figura 5-7). En la parte superior (el más intenso) del modelo se encuentran la cólera, inquietud, éxtasis, adoración, terror, asombro, sufrimiento repugnancia. A medida que nos aproximamos a la parte inferior, cada emoción pierde intensidad y las distinciones entre ellas se vuelven menos netas. La ira, por ejemplo, es menos intensa que la cólera, y el fastidio lo es menos que la ira. Pero esas tres emociones guardan estrecha relación mutua. En general, cuanto más intensa sea una emoción, más motivará el comportamiento. Si quiere usted enviar por correo una carta muy impor-

Teoría de James-Lange
Sostiene que las reacciones físicas preceden a la experiencia emocional.

tante y si llega a la oficina de correos un minuto después de que se cierra, su emoción básica será la "ira", y quizá prefiera una maldición entre dientes. Si sólo quería comprar estampillas, tal vez se siente "enfadado", y en este caso se limitará a alejarse de allí. Pero si quería enviar un formulario de pago de impuestos que deben liquidarse ese día, se sentirá "encolerizado" y terminará golpeando el puño contra la puerta del correo o le dará un puntapié.

Así pues, aunque Plutchik afirma que hay sólo ocho categorías o familias de emociones, dentro de cada una las emociones varían de intensidad y ello amplía mucho la gama de las que sentimos. Con un modelo muy sencillo como éste, es posible explicar un gran número de emociones.

Teorías de la emoción

¿Por qué en un momento nos sentimos optimistas en extremo y al siguiente pasamos por una terrible frustración y tristeza? ¿A qué se deben las experiencias emocionales?

En la década de 1880 William James formuló la primera teoría moderna de la emoción, y casi por la misma época un psicólogo danés, Carl Lange, llegó a conclusiones idénticas. Conforme a la **teoría de James-Lange**, los estímulos provocan cambios fisiológicos en el cuerpo y las emociones son el resultado de ellos. Si uno se encuentra de improviso frente a un oso gris,

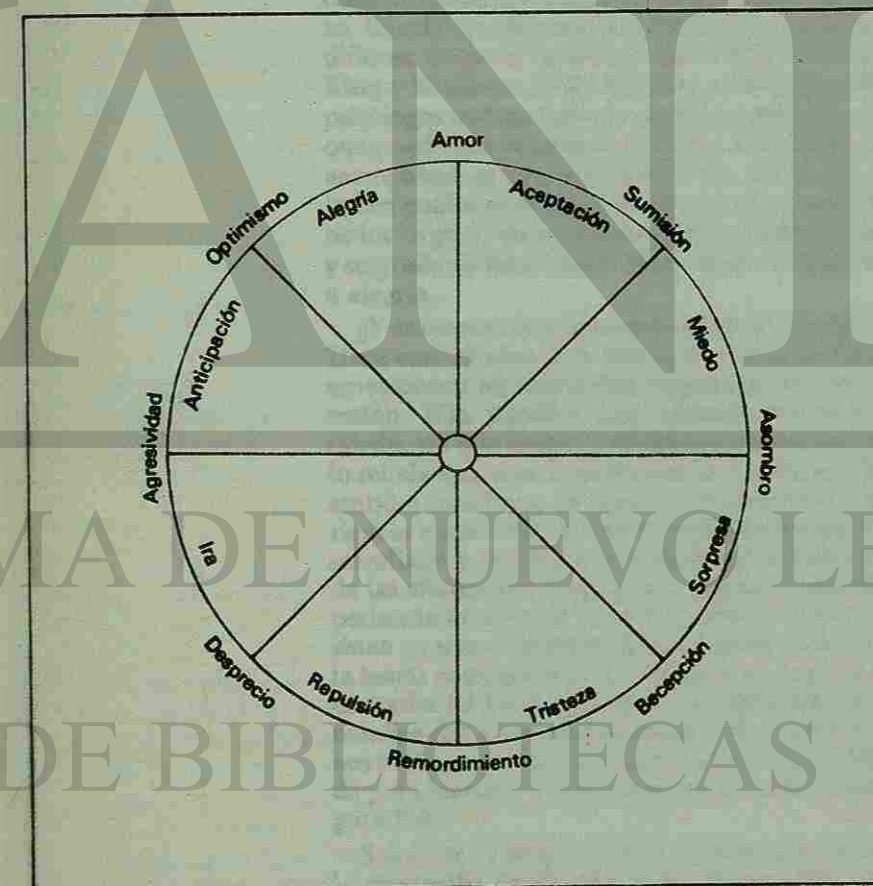


Figura 5-7

Modelo tridimensional de Plutchik para las ocho emociones básicas. Dentro de cualquier categoría, las emociones varían de intensidad. La intensidad se representa en la dimensión vertical del modelo, fluctuando entre la intensidad máxima en la parte superior y un estado de sueño profundo en la parte inferior. El modelo va adelgazándose hacia adentro en la parte inferior para indicar que las emociones son menos distinguibles entre sí en las intensidades bajas.

(R. Plutchik, 1980.)

Teoría de Cannon-Bard
Afirmar que la experiencia de una emoción ocurre simultáneamente con los cambios biológicos

Teoría cognoscitiva
Establece que la experiencia emocional depende de la percepción del individuo o de su juicio sobre la situación donde se encuentra.

la percepción del estímulo (el oso) hace que los músculos, la piel y las vísceras (órganos internos) pasen por cambios: aumento de la frecuencia cardíaca, dilatación de las pupilas, respiración más profunda o ligera, enrojecimiento del rostro, mayor sudación, sensación de hormigueo en el estómago y sensación de carne de gallina y se paran los pelos del cuerpo. La emoción del miedo no es otra cosa que la conciencia de tales cambios (Strongman, 1978). Todo ello sucede casi en forma instantánea y de manera refleja o automática.

Sabemos que esta concepción de la emoción es, al menos en parte, verdadera. Resulta evidente que los cambios periféricos del organismo son importantes en la experiencia de la emoción. Cuando a 25 hombres con lesiones en la espina dorsal se les pidió describir sus sentimientos de ira, sexo y miedo, dijeron que esos *sentimientos* habían perdido fuerza aunque podía *actuar* emocionalmente (Hohmann, 1966). Uno de los sujetos había quedado atrapado en un bote de pesca que iba zozobrando y relató así su experiencia: "Sabía que me iba sumergiendo y en verdad sentía miedo: pero no sentía el pánico de estar atrapado que sabía haber experimentado antes". Otro sujeto explicó que ya no sentía la misma ira que antes de la sección de la espina dorsal: "Ahora ya no siento la excitación física; se trata más bien de una ira fría. Algunas veces me enoja ver alguna injusticia. Grito y digo maldiciones y armo un gran escándalo, pues si no lo hace uno he aprendido que la gente se aprovecha de usted; pero ahora ya es menos fuerte que antes. Es una especie de ira mental" (Carlson, 1980, p. 506).

Pero si los cambios periféricos del cuerpo bastan para *causar* emociones específicas, deberemos ser capaces de identificar los cambios orgánicos de cada emoción. Quizá la sensación de hormigueo en el estómago nos produzcan miedo y el rubor da origen a sentimientos de culpa o de vergüenza. Se sabe que los cambios fisiológicos conexos con el miedo y la ansiedad difieren un poco de los asociados a la ira y la agresividad (Funkenstein, King y Drolette, 1953; McGeer y McGeer, 1980). Pero aparte de esto los psicólogos no han logrado descubrir estados corporales bien diferenciados que pudieran ocasionar todas las emociones. Por ejemplo, las intensas se acompañan de una alta frecuencia del pulso. Pero este fenómeno no nos indica cuáles emociones fuertes estamos experimentando. La mayor parte de los "signos" de emociones indican sólo que alguna de ellas está presente y su grado de intensidad. No pueden revelarnos si estamos sintiendo terror o alegría.

¿Y entonces cómo podemos explicar las diferencias entre las emociones? Hace casi 70 años otra teoría, la **teoría de Cannon-Bard**, propuso que las emociones y las respuestas corporales ocurren simultáneamente, no en sucesión. Ello significa que, cuando vemos al oso, corremos y sentimos miedo, sin que ninguna de las dos reacciones preceda a la otra. Este modelo señala una cosa importante: lo que vemos (oímos o percibimos con otro sentido) interviene de manera importante en la determinación de la experiencia emocional. En años recientes los psicólogos cognoscitivos han desarrollado y ampliado esta hipótesis, señalando que la percepción o juicio de las situaciones (cognición) es absolutamente indispensable para la experiencia emocional (Lazaruz, 1982). Todos los estados emocionales consisten en una excitación difusa y general del sistema nervioso. Conforme a la **teoría cognoscitiva**, la situación en que nos hallamos al momento de ser excitados (el ambiente) nos suministra señales que nos permiten saber qué nombre dar a ese estado general de excitación. Así pues, las cogniciones nos indican cómo etiquetar los sentimientos difusos en una forma apropiada para las ideas y pensamientos actuales respecto al ambiente (véase la figura 5-8).

Schachter y Singer (1962) probaron la interacción de la cognición y de la excitación fisiológica, a fin de estudiar cómo se designan los estados

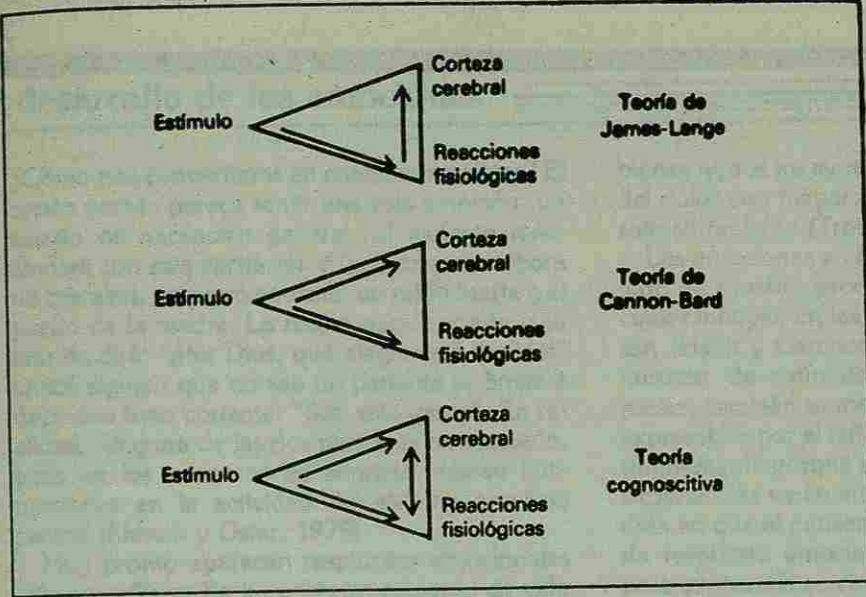


Figura 5-8

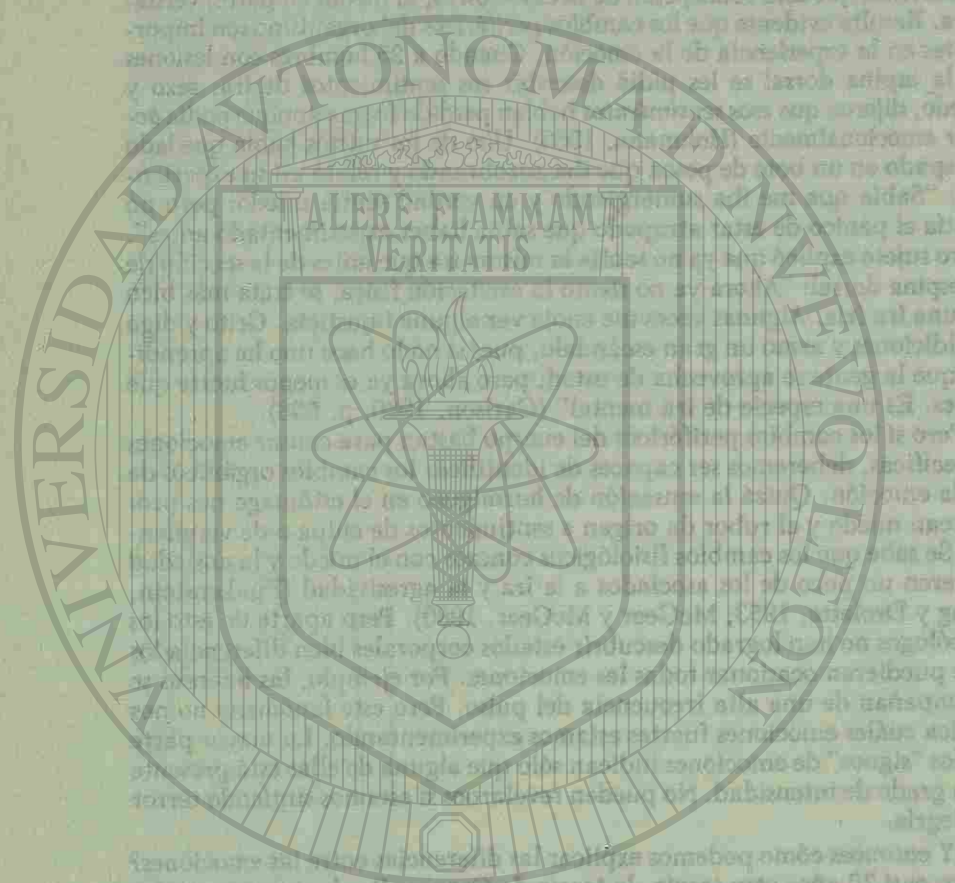
Síntesis de las tres grandes teorías de la emoción. Conforme a la teoría de James-Lange, el cuerpo primero emite una reacción fisiológica ante el estímulo y luego la corteza cerebral decide cuál emoción está siendo experimentada. En la teoría de Cannon-Bard, los impulsos serían enviados simultáneamente a la corteza cerebral y al sistema nervioso periférico. Así pues, la reacción al estímulo y la emoción se sienten al mismo tiempo, pero de modo independiente. La teoría cognoscitiva sostiene que la corteza cerebral y el sistema nervioso periférico actúan conjuntamente para determinar las emociones que experimentamos.

emocionales. Ambos experimentadores dijeron a un grupo de sujetos que iban a recibir una inyección de "Suproxin", vitamina ficticia que afecta a la visión, y que se probarían los efectos de la sustancia. Dividieron a los sujetos en dos grupos. A un grupo le dieron un placebo que no produjo efecto fisiológico alguno. Después inyectaron al resto de los sujetos adrenalina (epinefrina) que ocasiona una excitación fisiológica semejante a la de los estados emocionales intensos. A estos sujetos los dividieron en tres subgrupos. Al primero le comunicaron los efectos reales de la adrenalina. Al segundo no le dijeron nada. Y al tercero le brindaron información falsa, explicándoles que debían esperar efectos secundarios que la adrenalina en realidad no produce. Al grupo que recibió el placebo no se le dijo que habría efectos secundarios.

A continuación los experimentadores pusieron a cada sujeto en contacto con un cómplice de ellos, que fingía una conducta eufórica y amistosa o bien irritable y ofendida. Los experimentadores observaron a los sujetos mediante un espejo que permite ver en una dirección para averiguar en qué medida adoptaban el estado emocional del cómplice. Después, les administraron un cuestionario introspectivo para averiguar su grado de enojo e irritación o de alegría y satisfacción.

Schachter y sus colegas descubrieron que los que desconocían los efectos de la adrenalina —Suproxin o que recibieron información falsa sobre ellos manifestaron una excitación emocional más profunda (o sea estaban más eufóricos o enojados) que los que sabían lo que el medicamento produciría y sabían qué esperar. Los datos anteriores apoyan la hipótesis de Schachter de que, si hay poca diferencia fisiológica entre los estados emocionales, las cogniciones (percepciones y expectativas) deben indicarnos cuáles emociones sentimos.

Más apoyo a la teoría de Schachter viene del hecho de que las personas tienen que aprender de otros las emociones que ocurrirán cuando se fuma marihuana. En cierto modo, la marihuana se parece a la adrenalina. Origina una excitación fisiológica vaga y difusa que les es difícil describir a quienes la fuman por primera vez. Los principiantes aprenden a clasificar sus síntomas fisiológicos como "placenteros", es decir, otros les enseñan a nombrarlos e interpretarlos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

El desarrollo de las emociones

¿Cómo nos convertimos en criaturas emotivas? El recién nacido parece sentir una sola emoción: un estado de excitación general. El lactante reaccionará con esta excitación difusa ante una vibración de cascabel, un perro enorme, un ruido fuerte o el pecho de la madre. La recién nacida sonríe y su feliz tía dirá: "¡Por Dios, qué alegre está la niña!" Quizá alguien que no sea un pariente se limite a decir con tono cortante: "Son sólo gases". En realidad, ninguna de las dos personas ha acertado, pues en los neonatos las sonrisas indican fluctuaciones en la actividad del sistema nervioso central (Ekman y Oster, 1979).

Muy pronto aparecen respuestas emocionales más específicas. En las primeras semanas de vida los niños comunican interés, sufrimiento y repulsión por medio de sus expresiones faciales. Mucho antes de que aprenda a hablar, ya han enriquecido su repertorio con otras emociones: alegría, enojo, sorpresa, timidez y miedo (Trotter, 1983). Se ha comprobado que todas ellas corresponden a expresiones faciales especiales, las cuales son reconocidas por los integrantes de todas las culturas (Izard, 1971). Tal universalidad revela que la expresión facial de esas emociones forma parte de la capacidad innata del sistema nervioso del hombre.

El orden en que emergen las emociones a medida que el lactante madura quizá también está programado por los genes. En opinión de Carroll Izard, una eminente autoridad en las emociones infantiles cuyo trabajo mencionaremos en este capítulo, el desarrollo de la emoción está gobernado por una especie de reloj biológico. Al lactante simplemente le es imposible manifestar algunas emociones mientras su sistema nervioso no haya alcanzado suficiente madurez. Por ejemplo, Izard observó que los niños de 2 meses tendían a reaccionar a una inoculación manifestando dolor o malestar físico. Cuando tenían 9 meses, habían adquirido ya la capacidad de expresar ira, que se manifestaba casi siempre junto con el dolor. Izard

piensa que la ira ayuda al niño a sortear la fuente del dolor con mayor agresividad y eficacia que el solo sufrimiento (Trotter, 1983).

Las emociones en lactantes y adultos son resultado de muchos procesos simultáneos, todos los cuales influyen en las emociones que se exteriorizan (Haith y Campos, 1977). Al ir creciendo el número de estímulos capaces de desencadenarlas, también aumenta la gama de emociones expresables por el niño. Gran parte de esto ocurre simplemente porque su capacidad de conectar las experiencias va en aumento constante. En la medida en que el pensamiento precede a determinada respuesta emocional, la capacidad del niño para expresarla se vincula al desarrollo de sus capacidades cognoscitivas. No obstante, algunas emociones entre las cuales se cuentan el sentimiento de culpabilidad quizá dependan de intrincadas representaciones mentales de las relaciones del pequeño con su ambiente social. Así pues, mientras el niño no adquiera la facultad de manipular bien los símbolos, quizá no logre sentir culpabilidad ni algunas otras emociones (Lazarus, 1982).

Un hito en el desarrollo emocional infantil lo constituye la capacidad de ocultar las emociones en ciertas circunstancias. El niño aprende que a veces es incorrecto exteriorizar la ira, la repugnancia u otras emociones que se sienten. A fin de ocultar una emoción, es preciso adquirir control sobre los músculos faciales. Algunos aprenden a hacer esto mejor que otros y, por lo mismo, son más diestros en el ocultamiento de sus sentimientos. Una teoría sostiene que el niño aprende el dominio de sus emociones al interactuar con un progenitor. Por ejemplo, las madres al inicio imitan las respuestas emocionales del niño, pero con el tiempo tienden a limitar esa imitación exclusivamente a una gama de emociones más adultas. Al imitar a la madre, el pequeño aprende cuales respuestas emocionales se juzgan apropiadas (Goleman, 1981).

Una prueba sumamente interesante de la teoría cognoscitiva fue realizada por Spiesman (1965). A un grupo de personas les exhibió una película con escenas sangrientas, la cual suscitó fuertes respuestas emocionales, medidas por las reacciones autonómicas como la frecuencia cardiaca y la conductividad de la piel, que fueron comunicadas en las entrevistas.

Spiesman decidió explorar cómo las diversas clases de pistas sonoras afectarían al nivel de la respuesta emocional ante esta película productora de estrés, midiéndola por medio de la conductividad de la piel. Comparó

los efectos de excitación de la película original silenciosa y los de tres pistas sonoras. A la primer pista la llamó pista traumática. Esta pista se limitaba a narrar lo que sucedía en la pantalla. La segunda pista era intelectual. Su descripción era fría y clínica; permitía al espectador conservar la distancia emocional con lo que sucedía en la pantalla. La tercera pista era de negación. Tendía a comentar, negar o hablar en términos altisonantes acerca de lo que se describía.

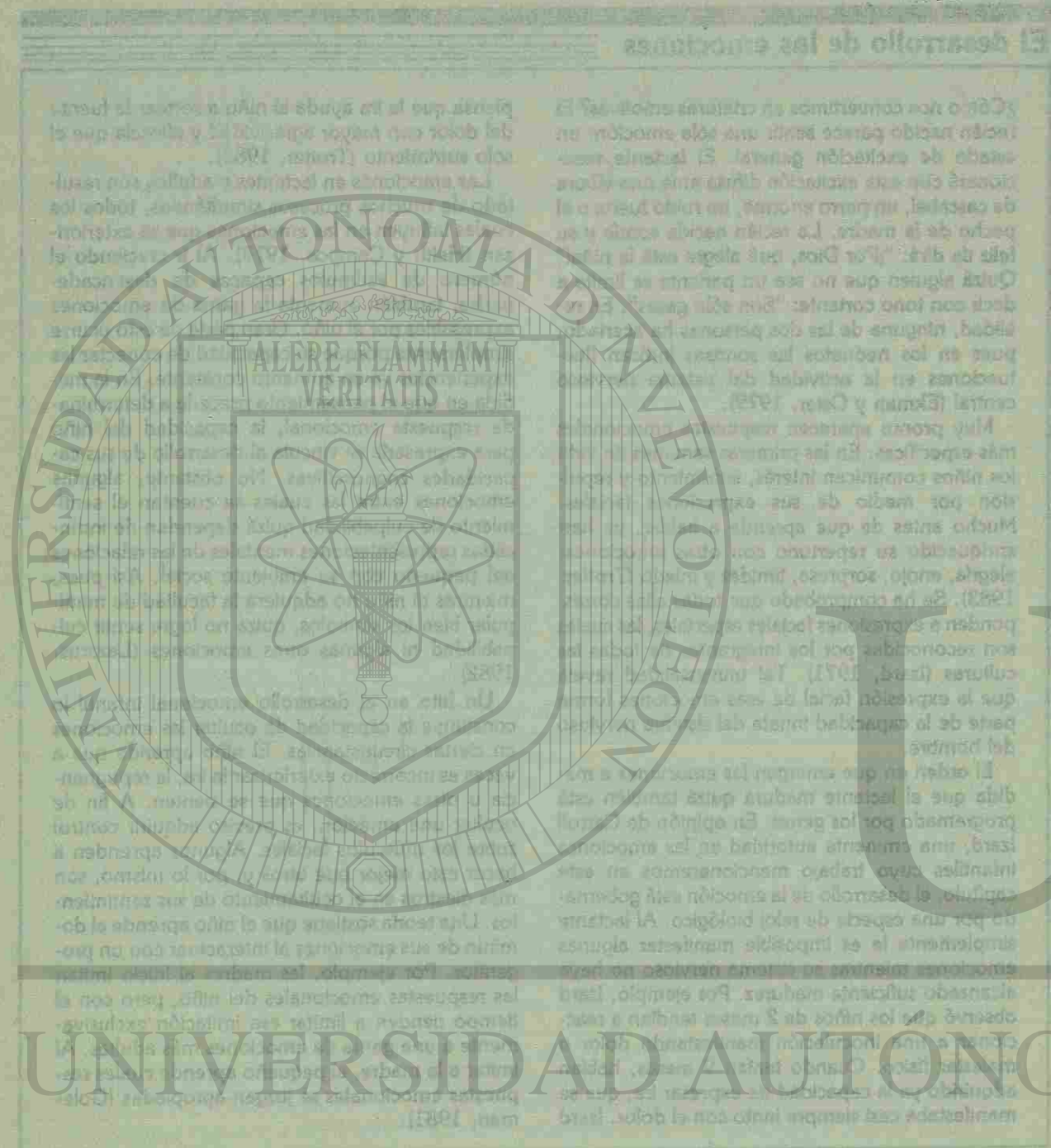
Los sujetos fueron seleccionados de dos grupos: universitarios y ejecutivos de empresas. Cada persona veía sola la película, sentada en una butaca cómoda, con un aparato para medir la conductividad cutánea del que no se separaba durante la exhibición. Los resultados mostraron sin lugar a dudas que los diferentes ambientes verbales creados por cada pista sonora incidían en la respuesta emocional de los espectadores. Los que escucharon la pista traumática externaron una emotividad más profunda que los que vieron la película sin la narración. Los que oyeron las pistas intelectual y de negación expresaron una emotividad mucho menor. Los resultados precedentes revelan con mucha claridad que las respuestas emocionales reciben un influjo directo y neto de cómo se interpreta una situación.

C. E. Izard (1971) ideó una teoría que pone en tela de juicio algunas de las suposiciones de la teoría cognoscitiva. Esta sostiene que los lactantes no sienten emociones bien definidas por no haber aprendido todavía a interpretar la excitación fisiológica que las acompaña. Sin embargo, Izard piensa que los niños nacen con diez emociones básicas y diferenciadas, que se parecen mucho a las ocho emociones fundamentales de Plutchik. La capacidad de sentir las es innata y ha ido evolucionando a lo largo de las generaciones porque le ayudan al niño y al adulto a sobrevivir. Así, la repugnancia facilita extraer de la boca objetos potencialmente peligrosos.

En contra de la teoría cognoscitiva, Izard señala asimismo que las emociones pueden sentirse sin la intervención de la cognición. Desde su punto de vista, una situación como la separación o el dolor provoca un patrón peculiar de movimientos y posturas corporales. Esos patrones no son adquiridos, sino el resultado de la actividad del sistema nervioso que puede ser totalmente independiente del pensamiento consciente (Trotter, 1983). Cuando la información concerniente a las expresiones faciales y a la postura llega al cerebro, de manera automática sentimos la emoción correspondiente. Experimentos sorpresa, por ejemplo, una vez que un patrón complejo de actividades musculares (y especialmente faciales) le ha "dicho" al cerebro que sentimos sorpresa y no ira o vergüenza. Según Izard, la teoría de James-Lange fue correcta en lo esencial al señalar que la experiencia emocional nace de las reacciones corporales. Pero también recalca el carácter decisivo de la postura corporal y de rostro en esa experiencia, mientras que la teoría de James-Lange ponía de relieve las reacciones viscerales. Si Izard está en lo cierto, un elemento importante al determinar la experiencia emocional es el comportamiento expresivo, el cual es el siguiente y último tema del presente capítulo.

Expresión de la emoción

Algunas veces tenemos una conciencia vaga de que alguien nos hace sentirnos incómodos. Cuando insisten en que seamos más específicos, podríamos decir: "Uno nunca sabe lo que realmente está pensando esa persona". Pero con ello no queremos decir que nunca conozcamos su opi-



DIRECCIÓN GENERAL DE...
176

los efectos de excitación de la película original silenciosa y los de tres pistas sonoras. A la primer pista la llamó pista traumática. Esta pista se limitaba a narrar lo que sucedía en la pantalla. La segunda pista era intelectual. Su descripción era fría y clínica; permitía al espectador conservar la distancia emocional con lo que sucedía en la pantalla. La tercera pista era de negación. Tendía a comentar, negar o hablar en términos altisonantes acerca de lo que se describía.

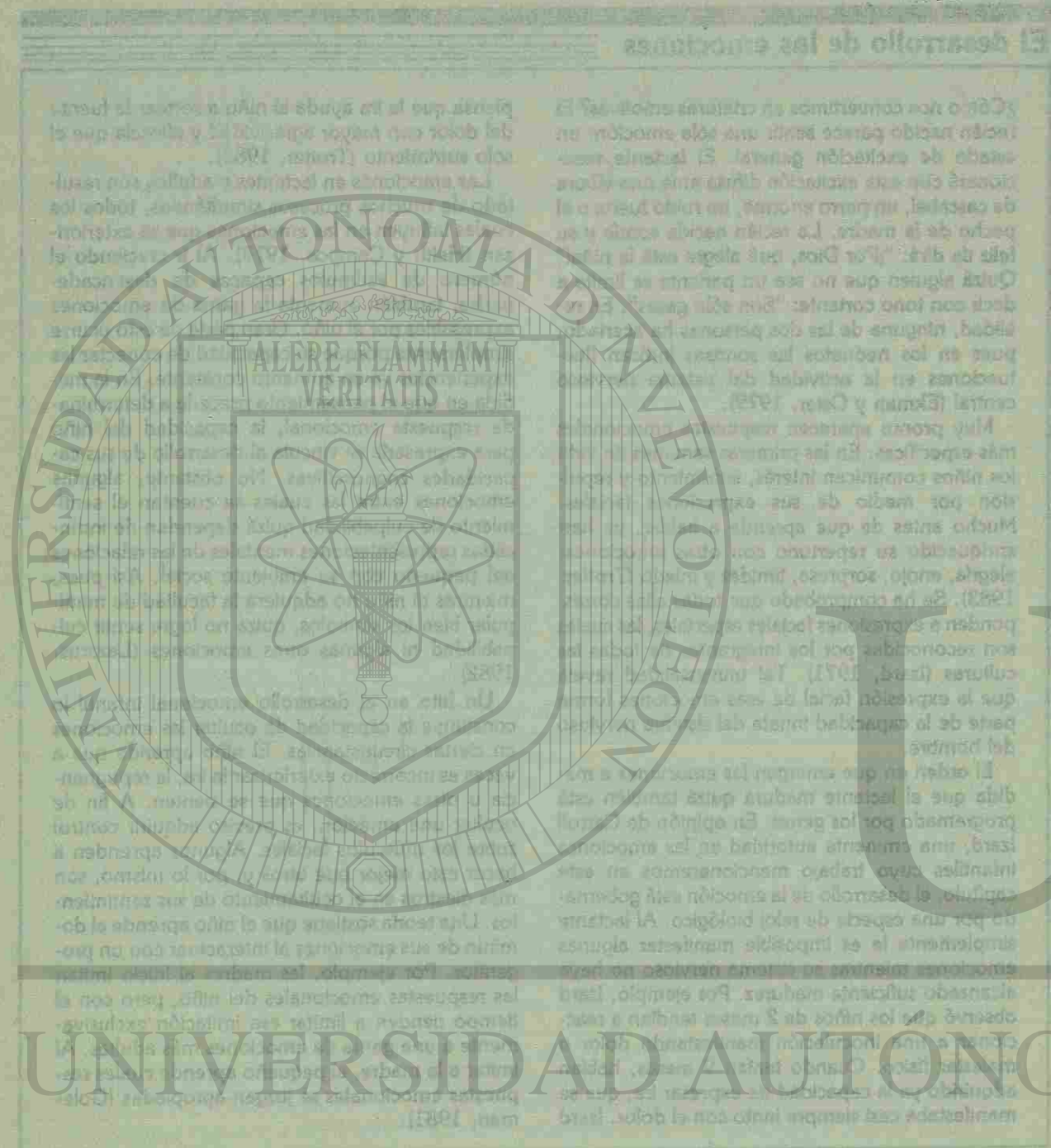
Los sujetos fueron seleccionados de dos grupos: universitarios y ejecutivos de empresas. Cada persona veía sola la película, sentada en una butaca cómoda, con un aparato para medir la conductividad cutánea del que no se separaba durante la exhibición. Los resultados mostraron sin lugar a dudas que los diferentes ambientes verbales creados por cada pista sonora incidían en la respuesta emocional de los espectadores. Los que escucharon la pista traumática externaron una emotividad más profunda que los que vieron la película sin la narración. Los que oyeron las pistas intelectual y de negación expresaron una emotividad mucho menor. Los resultados precedentes revelan con mucha claridad que las respuestas emocionales reciben un influjo directo y neto de cómo se interpreta una situación.

C. E. Izard (1971) ideó una teoría que pone en tela de juicio algunas de las suposiciones de la teoría cognoscitiva. Esta sostiene que los lactantes no sienten emociones bien definidas por no haber aprendido todavía a interpretar la excitación fisiológica que las acompaña. Sin embargo, Izard piensa que los niños nacen con diez emociones básicas y diferenciadas, que se parecen mucho a las ocho emociones fundamentales de Plutchik. La capacidad de sentir las es innata y ha ido evolucionando a lo largo de las generaciones porque le ayudan al niño y al adulto a sobrevivir. Así, la repugnancia facilita extraer de la boca objetos potencialmente peligrosos.

En contra de la teoría cognoscitiva, Izard señala asimismo que las emociones pueden sentirse sin la intervención de la cognición. Desde su punto de vista, una situación como la separación o el dolor provoca un patrón peculiar de movimientos y posturas corporales. Esos patrones no son adquiridos, sino el resultado de la actividad del sistema nervioso que puede ser totalmente independiente del pensamiento consciente (Trotter, 1983). Cuando la información concerniente a las expresiones faciales y a la postura llega al cerebro, de manera automática sentimos la emoción correspondiente. Experimentos sorpresa, por ejemplo, una vez que un patrón complejo de actividades musculares (y especialmente faciales) le ha "dicho" al cerebro que sentimos sorpresa y no ira o vergüenza. Según Izard, la teoría de James-Lange fue correcta en lo esencial al señalar que la experiencia emocional nace de las reacciones corporales. Pero también recalca el carácter decisivo de la postura corporal y de rostro en esa experiencia, mientras que la teoría de James-Lange ponía de relieve las reacciones viscerales. Si Izard está en lo cierto, un elemento importante al determinar la experiencia emocional es el comportamiento expresivo, el cual es el siguiente y último tema del presente capítulo.

Expresión de la emoción

Algunas veces tenemos una conciencia vaga de que alguien nos hace sentirnos incómodos. Cuando insisten en que seamos más específicos, podríamos decir: "Uno nunca sabe lo que realmente está pensando esa persona". Pero con ello no queremos decir que nunca conozcamos su opi-



DIRECCIÓN GENERAL DE...
176

nión sobre una película o sobre las últimas elecciones. Sería sin duda más exacto decir que nunca sabemos lo que *siente*. Casi todos ocultamos nuestras emociones un poco para proteger la autoimagen o para conformarnos a las convenciones sociales. Pero por lo regular hay algunos indicios que nos sirven para conocer las emociones ajenas.

Comunicación verbal

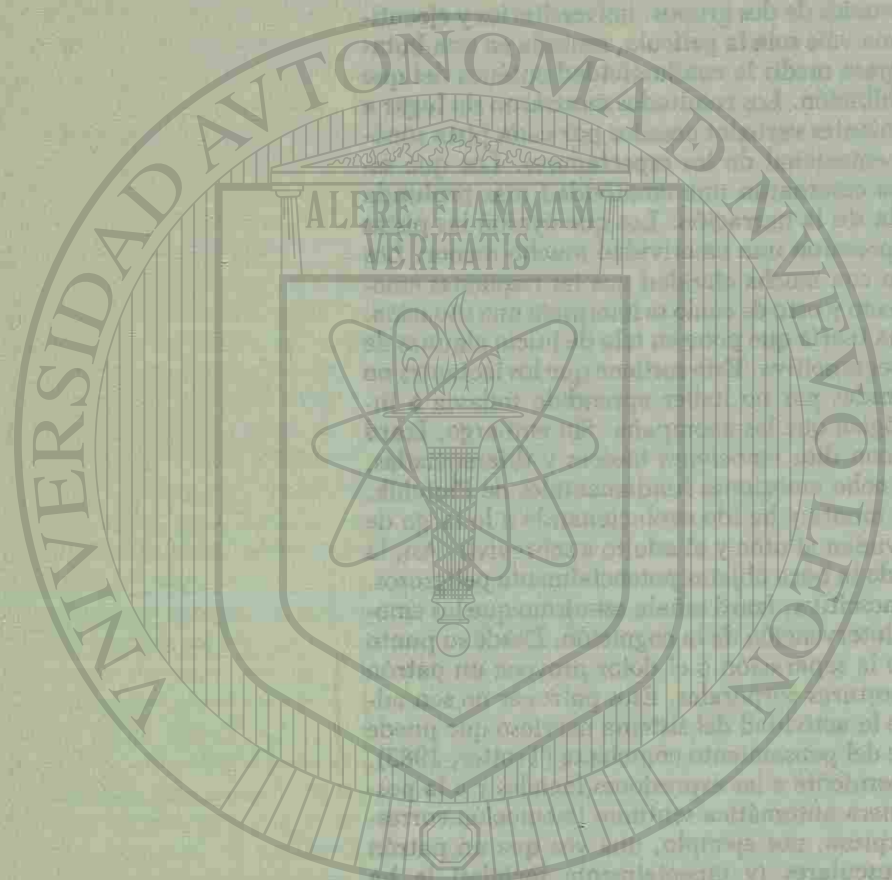
Desde luego, lo más sencillo es preguntarle a la gente cuáles son sus sentimientos. Y en ocasiones lo hacemos, con resultados variables. Si el compañero de cuarto termina de lavar los platos y dice con sarcasmo: "Me gusta que disfrutes tu novela", sus palabras son harto claras, pero sabemos que está tratando de decirnos otra cosa. Si nos dijera "Me enoja que no me ofrezcas ayuda" estaría dándonos una relación exacta de sus emociones en ese momento.

Por muchas razones, a veces no queremos o no podemos comunicar las emociones con precisión. En algunas circunstancias el individuo simplemente no las conoce. Un padre que maltrata a su hijo posiblemente le profesa un sincero afecto y sin embargo actúa de una manera que refleja otro tipo de emociones latentes en su conciencia. Aun cuando conocemos nuestras emociones, a veces disminuimos el grado en la que sentimos, como al decir que "nos preocupa un poco" el examen inminente, cuando en realidad estamos aterrorizados. Otras veces negamos del todo la emoción, sobre todo si es negativa. Ello puede hacerse por cortesía o por protegernos a nosotros mismos, como cuando afirmamos que alguien nos simpatiza porque no queremos lastimarlo o porque pensamos que tiene algún poder sobre nosotros.

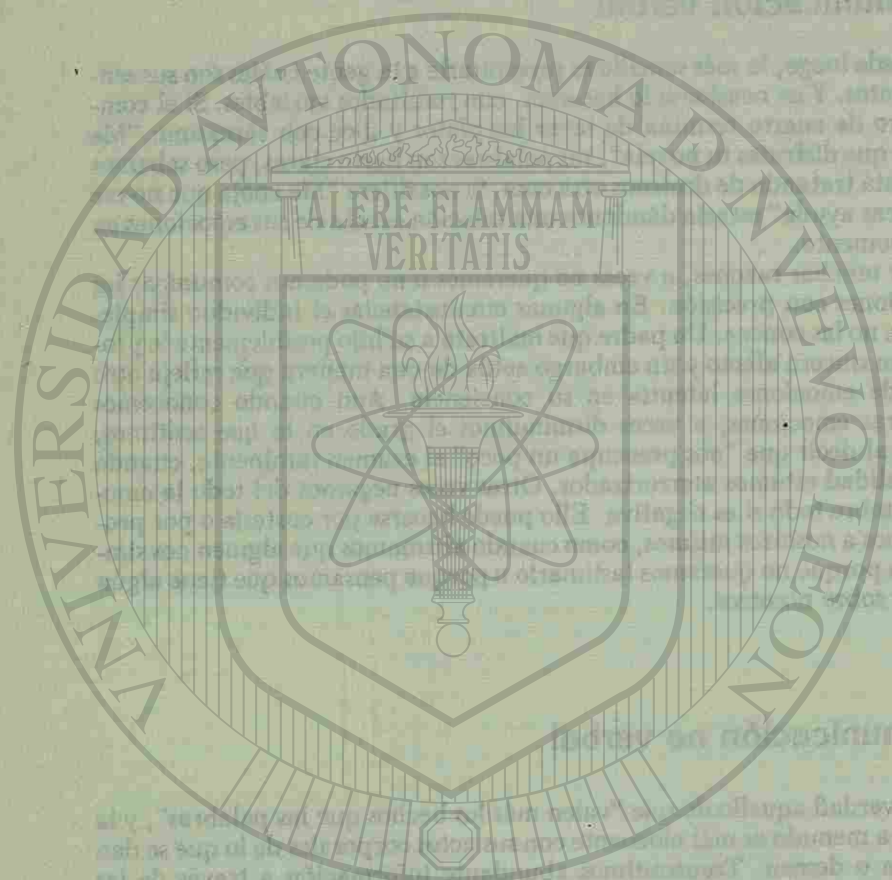
Comunicación no verbal

Es verdad aquello de que "valen más los hechos que las palabras", y la gente a menudo es más elocuente con sus actos corporales de lo que se dan cuenta o desean. Transmitimos abundante información a través de las expresiones faciales, las posturales corporales, la entonación y la distancia física. En efecto, el cuerpo en ocasiones envía mensajes que desmienten lo que decimos con palabras.

En una feria, en una reunión política o en una competencia deportiva, los carteristas hacen de las suyas. Se colocan detrás de la víctima y con mucha destreza se preparan para sacarle la cartera. Con lentitud la mano se mueve hacia el bolsillo posterior y, cuando está a punto de tocar el preciado objeto, repentinamente saca vacía su mano. El carterista pasa en medio de la multitud con la mayor tranquilidad del mundo, silbando con alegría. ¿Qué sucedió? ¿Qué cosa le dio al ladrón una señal de que la víctima estaba a punto de meter la mano en el bolsillo para sacar la cartera? Pudo haber sido uno de tantos signos que sabe leer el carterista hábil que nunca ha sido capturado por la policía. Es posible que el pelo del cuello de la víctima se haya parado en forma súbita, quizá se contrajo uno de sus músculos de la espalda, quizá hubo un ligero movimiento en el cuello un cambio apenas perceptible en el color de la piel o una gotita de sudor. Tal vez la víctima no se haya dado cuenta de que estaban a punto de robarle la cartera, pero esas señales fisiológicas mostraron el conocimiento de que algo andaba mal.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



Expresión del enojo en diversas culturas

Algunos estadounidenses alzan la voz y agitan las manos cuando están enojados. Otros hablan en voz baja y empuñan la vara típica del maestro irritado. Sin embargo, la mayor parte de nosotros reconocemos sin dificultad cuándo alguien está enojado, lo cual indica que ciertas características del enojo son comunes a todas las manifestaciones del mismo. Algunos investigadores han estudiado las variaciones en la expresión de emociones, pero sus conclusiones a veces son contradictorias, en parte porque emplearon métodos distintos.

El psicólogo Otto Klineberg (1938) cultivó un gran interés en las diferencias culturales de la expresión emocional ideando un método muy original para examinarlas. En su método "original", tomó varias obras clásicas y modernas de ficción producidas en China y analizó cómo las emociones de los personajes se representaban en las descripciones físicas. Descubrió semejanzas y diferencias con los estilos occidentales de manifestar la emoción.

Por ejemplo, el miedo se describe de manera análoga en la literatura china y occidental. He aquí algunos ejemplos de la literatura china: "Todos temblaron y su rostro tomó el color del barro" y "Los pelos se les pusieron de punta y en todo su cuerpo la piel parecía la carne de gallina".

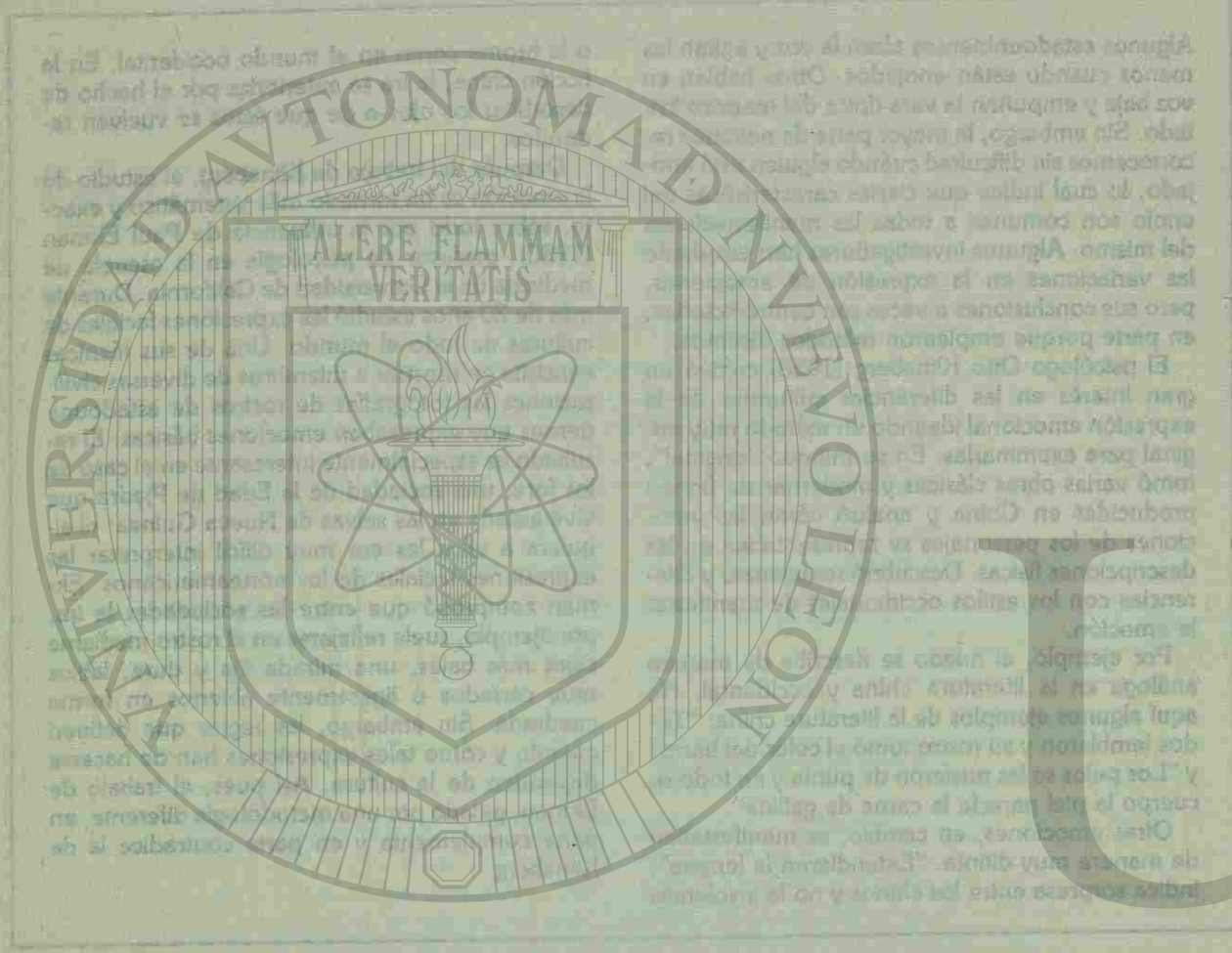
Otras emociones, en cambio, se manifestaban de manera muy distinta. "Extendieron la lengua", indica sorpresa entre los chinos y no la insolencia

o la broma como en el mundo occidental. En la ficción china, la ira se exterioriza por el hecho de desorbitar los ojos o de que éstos se vuelvan redondos.

Después del trabajo de Klineberg, el estudio de la emoción se ha tornado más sistemático y exacto, sobre todo por la influencia de Paul Ekman (1980), profesor de psicología en la escuela de medicina de la Universidad de California. Durante más de 20 años estudió las expresiones faciales de culturas de todo el mundo. Una de sus técnicas consistía en mostrar a miembros de diversas civilizaciones las fotografías de rostros de estadounidenses que expresaban emociones básicas. El resultado es especialmente interesante en el caso de los fore, una sociedad de la Edad de Piedra que vive aislada en las selvas de Nueva Guinea: ni siquiera a ellos les era muy difícil interpretar las expresiones faciales de los norteamericanos. Ekman comprobó que entre las sociedades la ira, por ejemplo, suele reflejarse en el rostro mediante cejas más bajas, una mirada fija y dura, labios muy cerrados o ligeramente abiertos en forma cuadrada. Sin embargo, las reglas que definen cuándo y cómo tales expresiones han de hacerse dependen de la cultura. Así pues, el trabajo de Ekman, guiado por una metodología diferente, en parte complementa y en parte contradice la de Klineberg.

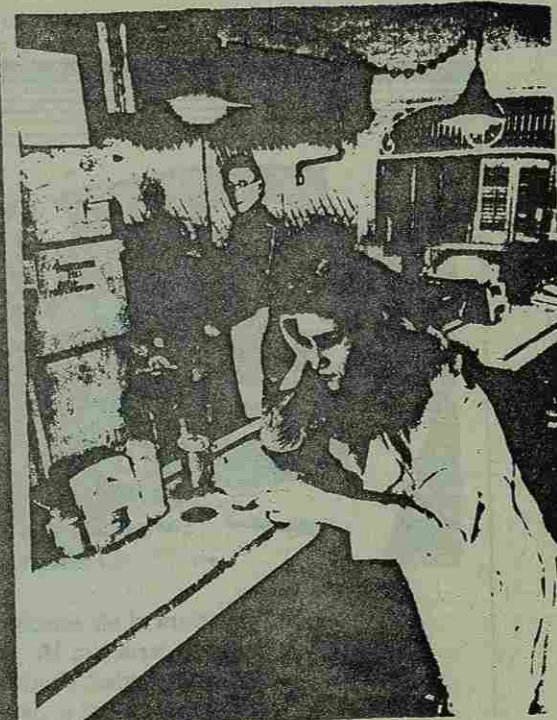
Según dijimos en páginas anteriores, estos cambios fisiológicos rara vez se encuentran bajo control. Tienden a funcionar independientemente de nuestra voluntad y, con frecuencia, en contra de ella. Las expresiones faciales son el indicador más ostensible de las emociones. Podemos saber mucho sobre el estado emocional de alguien con sólo observar si está sonriendo, llorando, riéndose o frunciendo el ceño. Muchas expresiones faciales son innatas, no adquiridas. Los niños que nacen sordos y ciegos utilizan los mismos gestos faciales para manifestar las mismas emociones que los niños normales. Charles Darwin observó que la mayor parte de los animales comparten un patrón de movimientos musculares del rostro. Así, los perros, tigres y el hombre enseñan los dientes cuando están encolerizados. Algunas expresiones faciales de emociones en el hombre son universales; otras son peculiares de determinadas culturas (Izard, 1971).

Si bien la mayoría de la gente puede identificar emociones muy distintas por las expresiones faciales, tienden a confundir algunas, como el temor con la sorpresa (Tomkins y McCarter, 1964). Thompson y Meltzer (1964) diseñaron un experimento para ver si ciertas emociones son más fáciles de expresar con el rostro que otras. Descubrieron que la generalidad de las personas no tienen problema en manifestar amor, miedo, determi-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE N

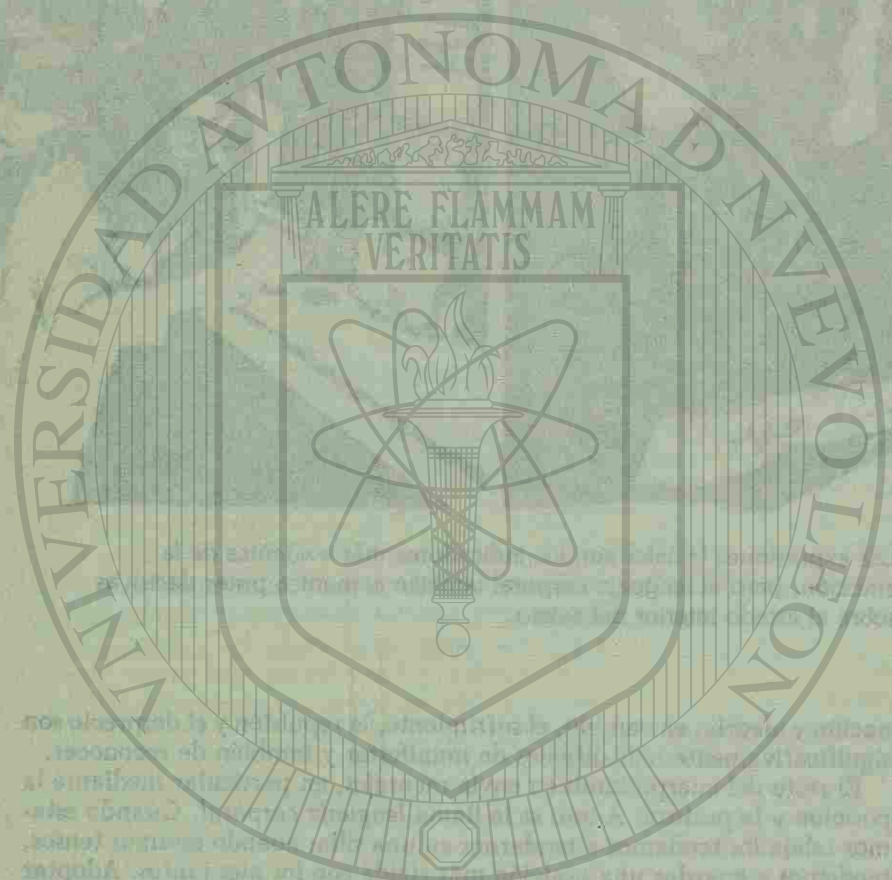
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLI



Las expresiones faciales son los indicadores más evidentes de la emoción, pero el lenguaje corporal también comunica pistas decisivas sobre el estado interior del sujeto.

nación y alegría; en cambio, el sufrimiento, la repulsión y el desprecio son significativamente más difíciles de manifestar y también de reconocer.

El resto del cuerpo también envía mensajes, en particular mediante la posición y la postura. A esto se le llama *lenguaje corporal*. Cuando estamos relajados tendemos a tendernos en una silla; cuando estamos tensos, tendemos a guardar una posición más rígida con los pies juntos. Adoptar una postura descuidada, cruzar brazos y piernas, mantener erguida la espalda son pistas sobre cuáles emociones está uno experimentando. Birdwhistell (1952) hizo del estudio del lenguaje humano una ciencia llamada *cinésica*. Piensa que todo movimiento del cuerpo está dotado de significado, que ningún movimiento es accidental y que todos nuestros gestos y movimientos significativos se adquieren con el tiempo. Más aún, estos gestos corporales pueden contradecir a los mensajes verbales referentes a lo que estamos sintiendo (Birdwhistell, 1974). Por ejemplo, en una familia podríamos advertir primero que la madre verbalmente muestra deferencia por su esposo e hijos pues pide su consejo y lo toma en cuenta. Pero, al observar las cosas con mayor detenimiento, descubrimos que ella es el verdadero jefe cuando cruza las piernas y todos los demás miembros de su familia la imitan sin darse cuenta (Fast, 1970). Y en algunos casos no logramos comunicar bien las emociones por no ser muy hábiles en el control deliberado de su expresión. Beier (1974) hizo videotapes de sujetos que manifestaban seis emociones: ira, miedo, seducción, indiferencia, alegría y tristeza. Observó que la mayor parte de ellos podía externar dos de seis emociones, pero el resto de sus representaciones no reflejaba sus intenciones. Una muchacha parecía estar enojada sin importar la emoción que tratase de proyectar; otra invariablemente parecía seductora.



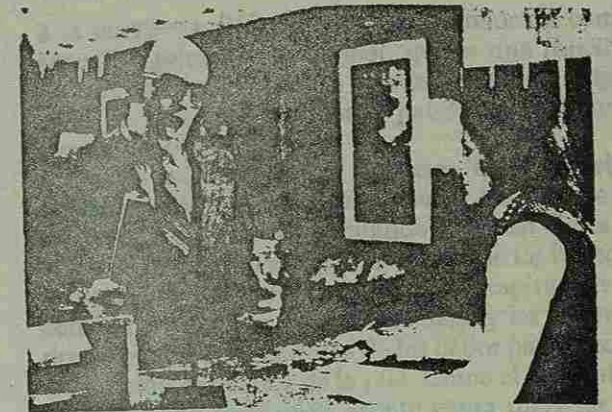
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

El enojo: ¿debe reprimirse o externarse?

Por lo menos desde la década de 1960 la sabiduría popular recomienda a los que sienten ira desahogar su hostilidad, ya que reprimirla no hace más que perjudicar la salud. En efecto, varios estudios indican que contener la ira favorece la aparición de úlceras, alta presión arterial, cardiopatía y, posiblemente, los estados de severa ansiedad.

Por desgracia, ahora parece ser que liberar la ira también puede ocasionar problemas. Leonard Berkowitz (1973) señala que el terapeuta que premia a los pacientes por exteriorizar su ira en el consultorio atenúa en realidad la ansiedad al disminuir las inhibiciones. Pero al recompensar la conducta hostil, esos terapeutas quizás enseñen a esas personas, sin proponérselo, a ser demasiado agresivas. Más aún, expresar la ira a menudo no nos libera de la fuente de ella, y en algunos casos no reduce tampoco la presión sanguínea. Por último, Carol Tavris (1982) propone que el simple hecho de hablar sobre la hostilidad la refuerza y puede intensificar la ira.

¿Qué hemos de hacer, pues, cuando nos enojamos? Tavris y otros coinciden en que primero se determina el motivo del enojo y luego se decide si ésta es la respuesta apropiada. Seguramente nos daremos cuenta de que no vale la pena excitarse por muchas de las ofensas. Otra estrategia consiste en reinterpretar la situación que nos provoca coraje. Tavris (1982) llama a esto método de revalorización. Una forma de aplicarlo consiste en reírse del asunto. También puede superarse ese estado de ánimo sintiendo empatía por la conduc-



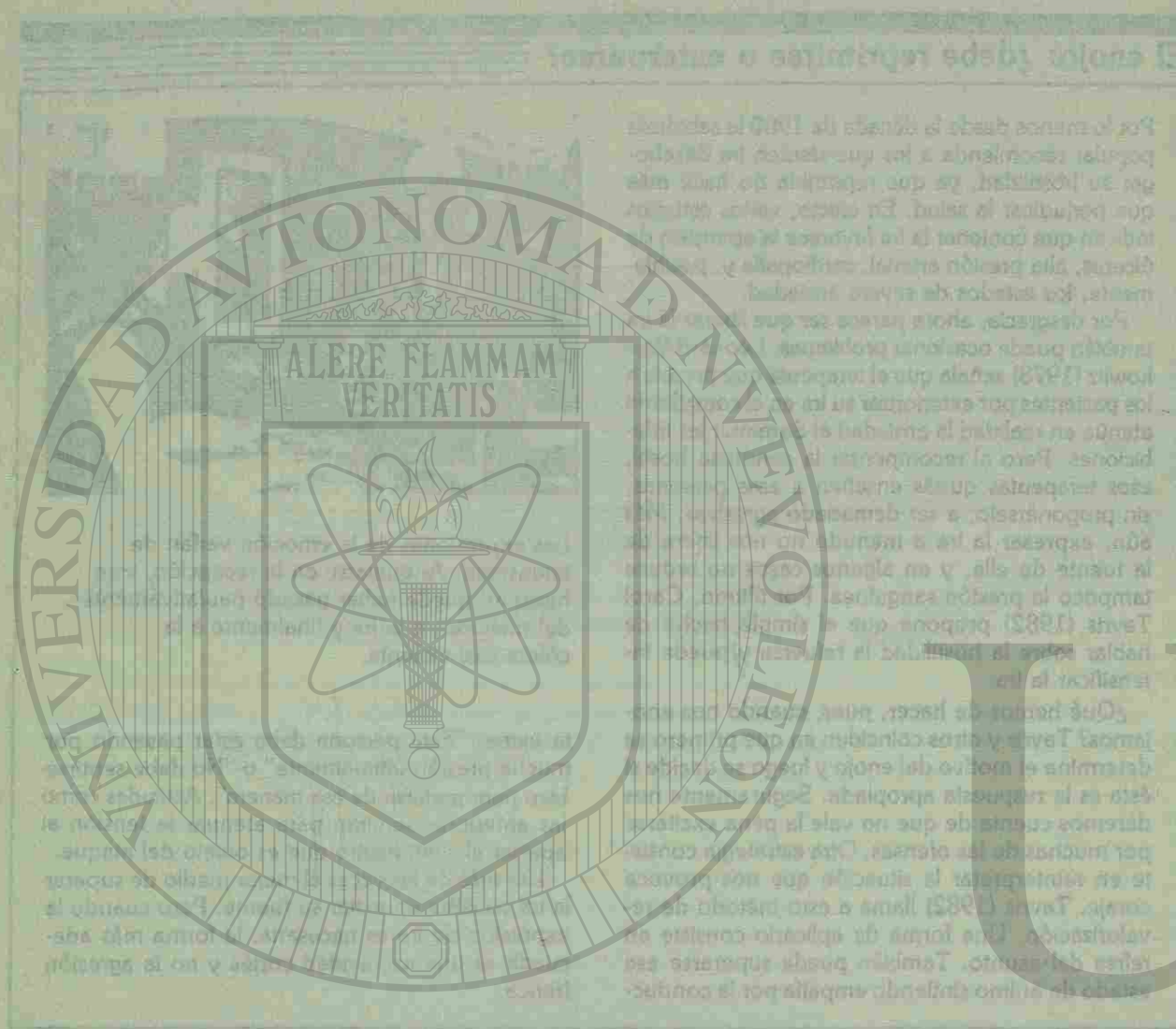
Las expresiones de la emoción varían de intensidad. Al quejarse en la recepción, este huésped puede haber pasado paulativamente del malestar, a la ira y finalmente a la cólera casi violenta.

ta ajena. "Esta persona debe estar pasando por mucha presión últimamente" o "No debe sentirse bien para portarse de esa manera". Actitudes como las anteriores servirán para atenuar la tensión al apartar el sentimiento que es objeto del ataque.

Las más de las veces el mejor medio de superar la ira consiste en evitar su fuente. Pero cuando la expresión de ira es necesaria, la forma más adecuada es una asertividad cortés y no la agresión franca.

Del mismo modo que la gente transmite mensajes complejos y contradictorios de carácter emocional, también puede externar una gran variedad en su capacidad de interpretarlos. Rosenthal y sus colegas (1974) inventaron un test de sensibilidad a señales no verbales (el perfil de sensibilidad no verbal) que estima la capacidad de juzgar el significado de entonaciones y de los movimientos faciales y corporales. En el test los sujetos ven una película en que un actor o actriz encarnan diversos estados emocionales. Algunas veces la representación se acompaña de parlamentos, pero ciertos tonos y ritmos que los identifican como palabras distintas han sido suprimidos. El espectador escoge entonces una de dos posibles interpretaciones de la escena.

El estudio demostró que las mujeres eran siempre mejores que los varones en la comprensión de las señales no verbales, aunque en las profesiones que requieren apoyo afectivo (psiquiatría, psicología, trabajos de ayudante en hospitales psiquiátricos y la docencia), junto con los artistas, actores y diseñadores, ellos lograron calificaciones tan altas como las de las mujeres. El estudio demostró asimismo que la sensibilidad a las señales no verbales aumenta con la edad, quizá porque al ir envejeciendo acumulamos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Aplicación

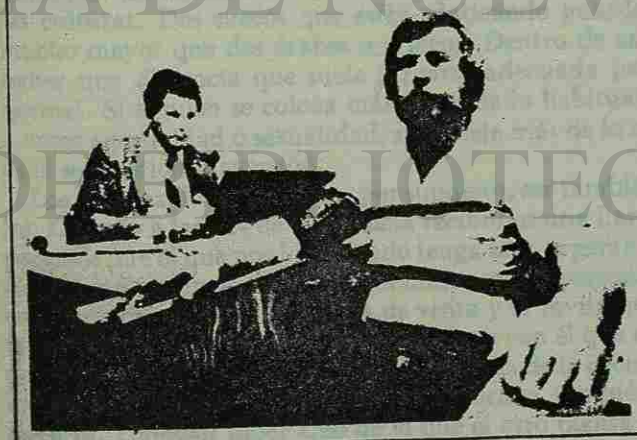
La verdad está más allá del grosor de la piel: el detector de mentiras

Al ir disminuyendo la credibilidad y la confianza en la sociedad norteamericana, el detector de mentiras ha empezado a adquirir mayor difusión. Limitado antaño a aplicaciones de tipo legal, el detector (llamado también polígrafo) se utiliza hoy ampliamente en empresas, bancos e incluso en cadenas de restaurantes de servicio rápido para conocer la honradez de los candidatos en trabajos anteriores. Y en 1983 el presidente Reagan ordenó hacer pruebas de polígrafo en algunos empleados federales, con objeto de descubrir a los que comunicaban a la prensa información confidencial o delicada.

El uso creciente del detector de mentiras ha dado origen a una pregunta muy debatida que ocupa hoy el primer plano: ¿Qué es lo que mide un detector de mentiras? ¿Es el simple hecho de decir una mentira lo que produce los patrones específicos de las agujas con tinta sobre la gráfica? ¿O pueden acaso otros factores, como las reacciones emocionales ante el contenido de las preguntas o la situación misma de la prueba hacer que las personas veraces parezcan mentirosas?

El detector de mentiras se basa en el hecho de que las emociones y los conflictos internos se acompañan de cambios fisiológicos. Cuando alguien miente, se dan alteraciones en la presión sanguínea, en la respiración y en la resistencia de la piel

Los detectores de mentiras se valen del hecho de que las emociones internas suelen acompañarse de cambios fisiológicos mensurables.



a la corriente eléctrica, respuesta conocida como *reacción galvánica de la piel*, que es una función de la sudación. No hay un patrón de respuesta típica de la mentira, sino que el patrón varía de una persona a otra.

En un examen típico, fracasar en la prueba puede acarrear serias consecuencias. De ahí que el sujeto esté muy nervioso cuando le ponen el manguito de la presión sanguínea en uno de los brazos, los sensores diseñados para medir la respiración se colocan en el tórax y en el estómago y los electrodos se ponen en las puntas de los dedos para medir la reacción galvánica de la piel. Como el manguito de la presión sanguínea pronto causa malestar al sujeto, el examen debe durar poco: de 3 a 4 minutos.

La forma y la combinación de preguntas constituye la clave del examen. Un conjunto característico de ellas incluye unas cuantas decisivas: "¿Tomó usted dinero de la caja en la noche del 21 de julio?" El resto lo forman preguntas de control, destinadas a ser contestadas con mentiras aun cuando el sujeto diga la verdad sobre las más importantes. Por ejemplo, a una pregunta de control como: "¿Has robado alguna vez algo en su vida?" hasta las personas más veraces preferirán mentir en esas circunstancias, pues todo mundo ha robado alguna vez algo. Los examinadores suponen que una persona, veraz en otras situaciones, reaccionará más intensamente a las preguntas de control, mientras que los mentirosos lo harán con las preguntas más relevantes (Meyer, 1982).

Los detectores de mentiras distan mucho de ser infalibles, y cuando cometen un error suelen favorecer a la justicia. Las cifras al respecto varían mucho, pero según una estimación los exámenes de campo identificaron correctamente 75% de los que mentían. Por desgracia el 49% de los que decían la verdad fueron identificados como mentirosos (Horvath, 1977). Una causa fundamental de error es el hecho de que la reacción galvánica de la piel cambia ante todo tipo de emociones, no sólo ante las vinculadas con el engaño (Lykken, 1975). Cuando a alguien se le pregunta si ha cometido un asesinato, el detector de mentiras saltará. Desde luego, ello puede indicar sentimientos de culpabilidad pero también puede indicar angustia, miedo o repulsión (tres reacciones posibles al interrogatorio referentes a un asesinato). Si al sospechoso se le preguntase en torno a sus problemas conyugales, a las relaciones con sus padres e incluso a sus actitudes frente al trabajo, el polígrafo también saltaría en la respuesta emocional sin importar si el sos-



pechoso dice la verdad o miente (Stern y otros, 1981).

Es también fácil engañar al detector de mentiras, si se tiene un conocimiento preciso de su funcionamiento. Pero algunas tácticas no dan resultado. Es esfuerzo deliberado por no sudar ni alterar en lo más mínimo los patrones respiratorios será en vano. Tampoco se logrará intensificar la respuesta a las preguntas de control, digamos apretando fuertemente los dientes (Waid y Orne, 1982). Ingerir tranquilizantes no parece reducir la respuesta fisiológica a la mentira. Y tampoco el hecho de no prestar atención a las preguntas. En un experimento, los sujetos contaron hacia atrás de siete en siete, a fin de distraerse de las preguntas y con ello pudieron evitar la detección de mentiras más a menudo (Waid y otros, 1981).

Los factores personales y sociales también afectan a las señales fisiológicas controladas por la máquina. La reacción galvánica de la piel de algunos cambia de manera espontánea a una velocidad alta, aumentando así las probabilidades de que sus respuestas verídicas aparezcan como mentiras. Por último, el grado en que el examinador y el sujeto

coinciden en el sexo, edad, raza y etnicidad también influyen en la situación. En un estudio, el detector de mentiras lograba el menor resultado cuando el examinador y los sujetos compartían la etnicidad, posiblemente porque en tal caso éstos se sentían más tranquilos (Waid y Orne, 1981).

Es posible mejorar la exactitud del polígrafo haciendo pruebas sólo en busca de "un conocimiento culpable", es decir, el conocimiento de los detalles del delito que sólo el culpable puede conocer. Por ejemplo, si se lee una lista de bancos, el culpable reaccionará más fuertemente ante el nombre del banco que robó. Sin embargo, en muchos de los 500,000 al 1 000,000 de exámenes que cada año se realizan en Estados Unidos, no se aplican los métodos más refinados al formular las preguntas o al interpretar los resultados, en parte porque la gran mayoría de los 4,000 a 8,000 examinadores no han recibido una buena formación fisiológica ni psicológica (Lykken, 1975).

más experiencia sobre cómo juzgar los tonos de voz y observar los movimientos corporales.

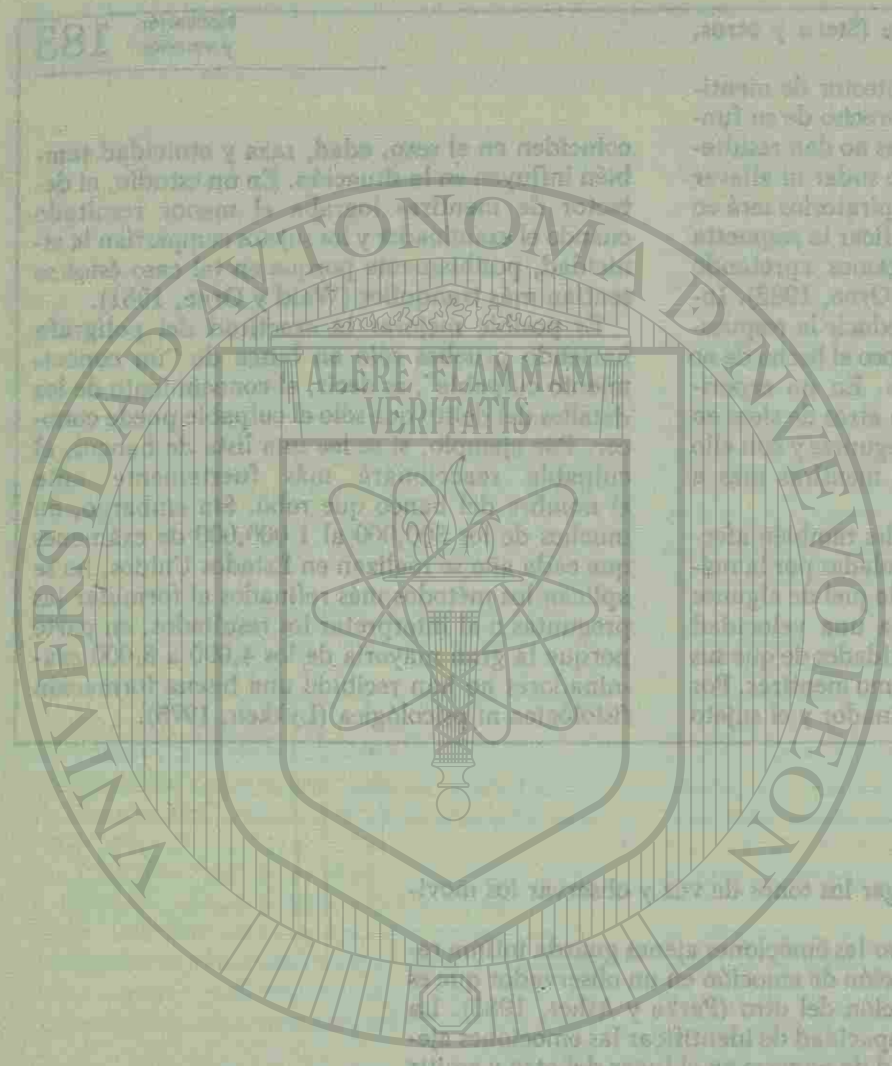
Con la capacidad de interpretar las emociones ajenas guarda íntima relación la *empatía*, o sea la excitación de emoción en un observador que es una respuesta vicaria a la situación del otro (Parke y Asher, 1983). La empatía depende no sólo de la capacidad de identificar las emociones ajenas, sino también de la capacidad de ponerse en el lugar del otro y emitir una respuesta emocional apropiada (Parke y Asher, 1983). Al igual que la sensibilidad a las señales no verbales aumenta con la edad, también sucede lo mismo con la empatía: las capacidades cognitivas y perceptuales necesarias para la empatía se desarrollan sólo a medida que el niño madura.

Aparte del lenguaje corporal, otra clase de comunicación verbal es la *distancia*. La distancia normal entre las personas difiere netamente entre las culturas. Dos suecos que estén platicando guardarán una distancia mucho mayor que dos árabes o griegos. Dentro de cada cultura, parece haber una distancia que suele juzgarse adecuada para la conversación normal. Si alguien se coloca más cerca de lo habitual, su actitud indica a veces agresividad o sexualidad; si se aleja más de lo ordinario, ello indicará separación o aversión.

Los *actos* explícitos pueden, por supuesto, ser también señales no verbales. Cuando a las dos de la mañana recibimos una llamada telefónica, esperamos que el que nos ha llamado tenga algo urgente que comunicarnos. Cerrar con violencia la puerta nos indica que la persona que acaba de salir está enojada. Si un amigo llega de visita y lo invitamos a la sala, seguramente es porque tenemos menos confianza con él que con aquel a quien le decimos que se siente con nosotros en la mesa de la cocina. Los *gestos*, digamos un golpecito sobre la espalda o un abrazo, también manifiestan sentimientos. Podemos saber algo de lo que el otro piensa de nosotros cuando

nos estrecha la mano breves momentos, largo tiempo, con firmeza o con apretarnola mucho.

Aquí conviene hacer una advertencia. Aunque la conducta externa puede ser una señal de la emoción, no siempre resulta infalible. Reír y llorar parecen gestos semejantes, lo mismo que mostrar los dientes al sonreír y gruñir. El llanto puede "significar" dolor, alegría, enojo, nostalgia o que estamos cortando cebollas. Más aún, igual que en el caso de los informes verbales, siempre cabe la posibilidad de que alguien exteriorice señales falsas. Y todos hemos hecho en alguna ocasión algo de manera inconsciente (dar la espalda, fruncir el ceño porque en ese instante estamos pensando en otra cosa, reír en el momento menos oportuno) que ha ofendido a los demás, porque tales actos se interpretaron como expresión de una emoción que, de hecho, no sentíamos entonces.

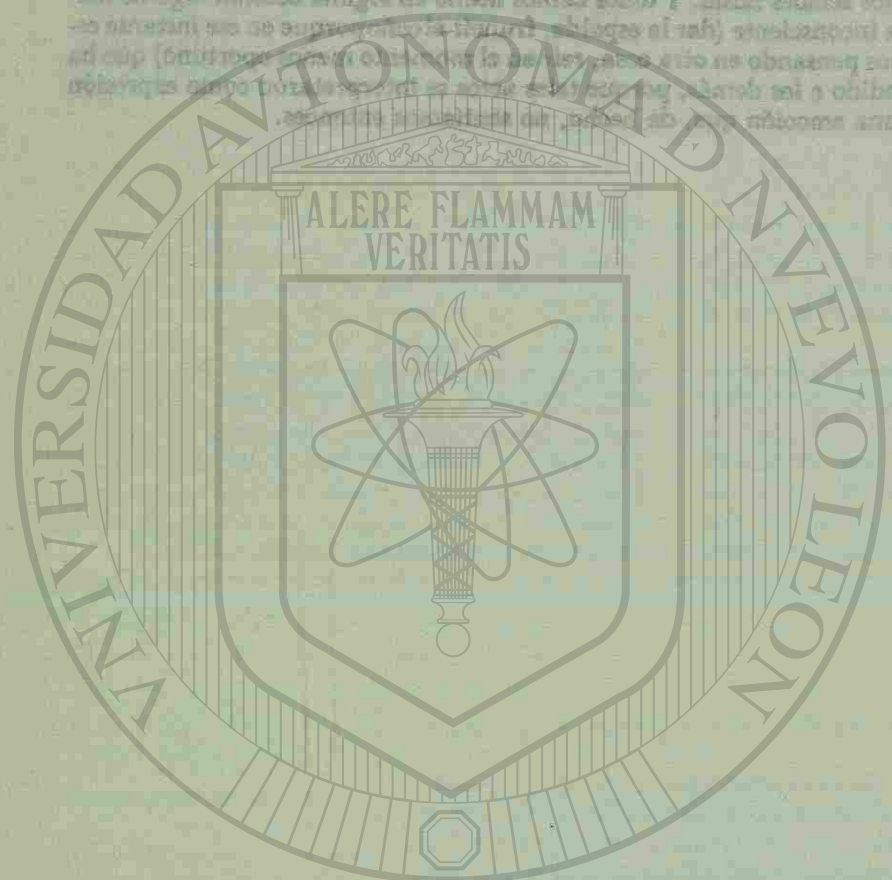


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

102111716

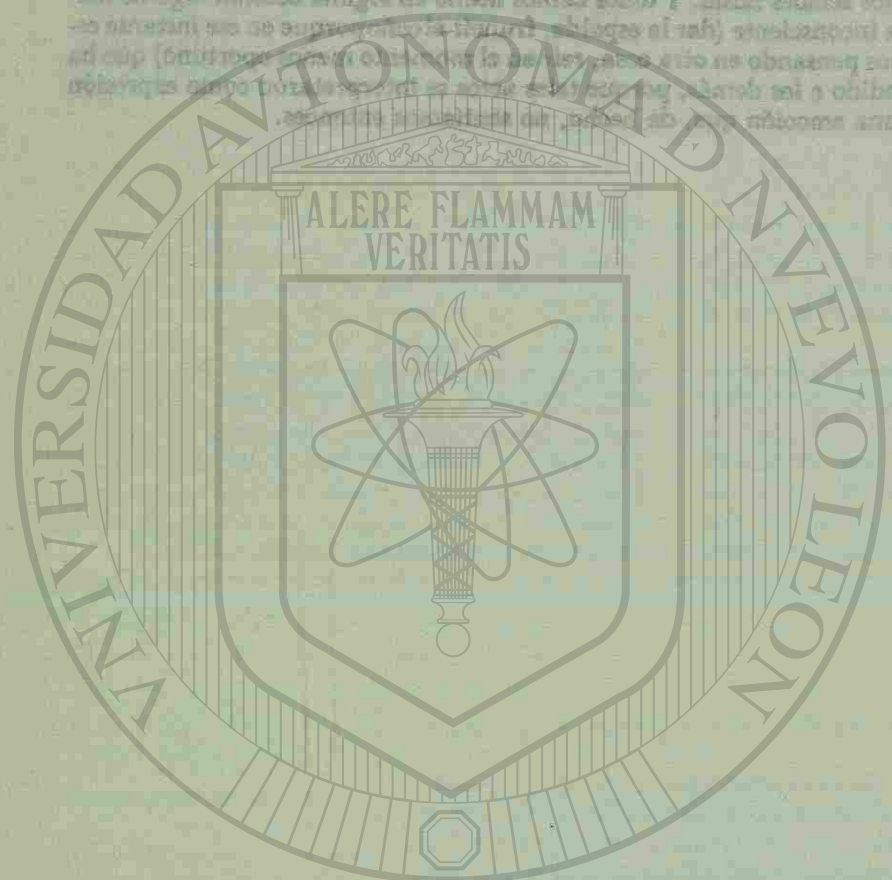




UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

Resum

1. Los motivos y emociones energizan y dirigen el comportamiento humano. Unos y otros están estrechamente conexos y pueden activarnos aun sin que lo advirtamos. El *motivo* suele designar necesidades o deseos específicos que nos impulsan a obtener cierta meta. Las metas a menudo son menos evidentes en las *emociones*, que casi siempre se refieren a sentimientos complejos como ira, miedo, amor.
2. Los *impulsos primarios* son motivos no aprendidos comunes a todos los animales. Entre ellos figuran el hambre, la sed y el sexo. Estos impulsos son desencadenados por estímulos fisiológicos y también por señales internas y externas. Todos ellos están sujetos al aprendizaje y la experiencia.
3. El *hambre* está regulada por dos centros situados en el cerebro. El *centro del hambre* estimula el deseo de comer (apetito), en tanto que el *centro de saciedad* indica cuándo interrumpir la ingestión de alimentos. El centro del hambre es estimulado al descender la concentración de *glucosa* en la sangre o al elevarse la de grasas en la sangre. Los receptores del estómago envían señales al cerebro, donde estimulan el centro de saciedad. Otro regulador del hambre opera a largo plazo para controlar el peso del cuerpo.
4. El impulso de la sed se relaciona con el equilibrio de líquidos en el interior del organismo. Un regulador de la sed vigila el nivel de los líquidos dentro de las células corporales y un segundo regulador indica cuándo disminuye el nivel de los líquidos fuera de ellas. Bebemos hasta haber ingerido suficiente líquido para restaurar el agua de los tejidos, pero todavía no se precisa cómo sabemos cuándo dejar de ingerir líquido.
5. El deseo sexual recibe el influjo de las hormonas, sobre todo el de la *testosterona*; también es afectado por la estimulación sensorial y por la de una parte del cerebro llamada sistema límbico. En el hombre, lo mismo que en otros animales, es influido por el olor de *feromonas*. Materiales eróticos, la fantasía y una gran diversidad de otras señales aprendidas pueden asimismo desencadenar el impulso sexual en el hombre. La *disfunción sexual*, o sea la pérdida o deterioro de la función sexual ordinaria en hombres y mujeres se debe en ocasiones a factores orgánicos pero más a menudo se debe a factores psíquicos.
6. Un segundo grupo de motivos que en parte son innatos dependen más de los estímulos externos que de los estados fisiológicos internos. Estos *estímulos motivantes*, como curiosidad, actividad, exploración, manipulación y contacto, nos impulsan a investigar menudo a alterar el ambiente.
7. Todos los animales parecen necesitar actividad, pero no sabemos si ésta es un motivo en sí o una combinación de otros motivos. La *exploración* y *curiosidad* parecen ser desencadenadas por lo nuevo y lo desconocido y estar rígidas a descubrir algo. La manipulación dirige a un objeto específico que ha de tocarse, manejarse, sentirse y ser objeto de juego. La necesidad de *contacto* con otros es más amplia y universal que la necesidad de manipulación. Puede referirse al cuerpo entero y ser pasiva.
8. Algunos motivos se aprenden a medida que maduramos. La *agresión* incluye toda la conducta tendiente a infligir daño físico o psíquico a otros. Supone la intención de hacer daño. Algunos teóricos, entre ellos Lorenz y Freud, pensaban que la regresión es un impulso innato, pero la mayor parte de los psicólogos modernos, entre ellos Bandura y Berkowitz, sostienen que el hombre aprende la agresión cuando siente frustración u otros estímulos aversivos. Se deduce que la agresión también puede desaprenderse.
9. Los *motivos sociales* también se aprenden entre ellos: el logro, el poder y la afiliación. La necesidad de logro, abreviada nL, es el deseo de destacar, de superar obstáculos, de buscar el éxito por sí mismo. Un alto porcentaje de mujeres sienten un *motivo de evitar el éxito*, que puede ser temor al éxito o el simple deseo de evitar un comportamiento juzgado inapropiado para su sexo. El *motivo de poder* es la necesidad de controlar a los otros o de influir en individuos o en grupos. Por último, el *motivo de afiliación*, o sea la necesidad de estar con otros, suele suscitarse cuando el sujeto se siente amenazado. Temor y ansiedad guardan íntima relación con el motivo de afiliación.
10. Abraham Maslow propuso que todos los motivos pueden ordenarse en una jerarquía, desde los más bajos hasta los más altos. Los segundos aparecerán sólo después de quedar satisfechos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

Resum

1. Los motivos y emociones energizan y dirigen el comportamiento humano. Unos y otros están estrechamente conexos y pueden activarnos aun sin que lo advirtamos. El *motivo* suele designar necesidades o deseos específicos que nos impulsan a obtener cierta meta. Las metas a menudo son menos evidentes en las *emociones*, que casi siempre se refieren a sentimientos complejos como ira, miedo, amor.
2. Los *impulsos primarios* son motivos no aprendidos comunes a todos los animales. Entre ellos figuran el hambre, la sed y el sexo. Estos impulsos son desencadenados por estímulos fisiológicos y también por señales internas y externas. Todos ellos están sujetos al aprendizaje y la experiencia.
3. El *hambre* está regulada por dos centros situados en el cerebro. El *centro del hambre* estimula el deseo de comer (apetito), en tanto que el *centro de saciedad* indica cuándo interrumpir la ingestión de alimentos. El centro del hambre es estimulado al descender la concentración de *glucosa* en la sangre o al elevarse la de grasas en la sangre. Los receptores del estómago envían señales al cerebro, donde estimulan el centro de saciedad. Otro regulador del hambre opera a largo plazo para controlar el peso del cuerpo.
4. El impulso de la sed se relaciona con el equilibrio de líquidos en el interior del organismo. Un regulador de la sed vigila el nivel de los líquidos dentro de las células corporales y un segundo regulador indica cuándo disminuye el nivel de los líquidos fuera de ellas. Bebemos hasta haber ingerido suficiente líquido para restaurar el agua de los tejidos, pero todavía no se precisa cómo sabemos cuándo dejar de ingerir líquido.
5. El deseo sexual recibe el influjo de las hormonas, sobre todo el de la *testosterona*; también es afectado por la estimulación sensorial y por la de una parte del cerebro llamada sistema límbico. En el hombre, lo mismo que en otros animales, es influido por el olor de *feromonas*. Materiales eróticos, la fantasía y una gran diversidad de otras señales aprendidas pueden asimismo desencadenar el impulso sexual en el hombre. La *disfunción sexual*, o sea la pérdida o deterioro de la función sexual ordinaria en hombres y mujeres se debe en ocasiones a factores orgánicos pero más a menudo se debe a factores psíquicos.
6. Un segundo grupo de motivos que en parte son innatos dependen más de los estímulos externos que de los estados fisiológicos internos. Estos *estímulos motivantes*, como curiosidad, actividad, exploración, manipulación y contacto, nos impulsan a investigar menudo a alterar el ambiente.
7. Todos los animales parecen necesitar actividad, pero no sabemos si ésta es un motivo en sí o una combinación de otros motivos. La *exploración* y *curiosidad* parecen ser desencadenadas por lo nuevo y lo desconocido y estar rígidas a descubrir algo. La manipulación dirige a un objeto específico que ha de tocarse, manejarse, sentirse y ser objeto de juego. La necesidad de *contacto* con otros es más amplia y universal que la necesidad de manipulación. Puede referirse al cuerpo entero y ser pasiva.
8. Algunos motivos se aprenden a medida que maduramos. La *agresión* incluye toda la conducta tendiente a infligir daño físico o psíquico a otros. Supone la intención de hacer daño. Algunos teóricos, entre ellos Lorenz y Freud, pensaban que la regresión es un impulso innato, pero la mayor parte de los psicólogos modernos, entre ellos Bandura y Berkowitz, sostienen que el hombre aprende la agresión cuando siente frustración u otros estímulos aversivos. Se deduce que la agresión también puede desaprenderse.
9. Los *motivos sociales* también se aprenden entre ellos: el logro, el poder y la afiliación. La necesidad de logro, abreviada *nL*, es el deseo de destacar, de superar obstáculos, de buscar el éxito por sí mismo. Un alto porcentaje de mujeres sienten un *motivo de evitar el éxito*, que puede ser temor al éxito o el simple deseo de evitar un comportamiento juzgado inapropiado para su sexo. El *motivo de poder* es la necesidad de controlar a los otros o de influir en individuos o en grupos. Por último, el *motivo de afiliación*, o sea la necesidad de estar con otros, suele suscitarse cuando el sujeto se siente amenazado. Temor y ansiedad guardan íntima relación con el motivo de afiliación.
10. Abraham Maslow propuso que todos los motivos pueden ordenarse en una jerarquía, desde los más bajos hasta los más altos. Los segundos aparecerán sólo después de quedar satisfechos

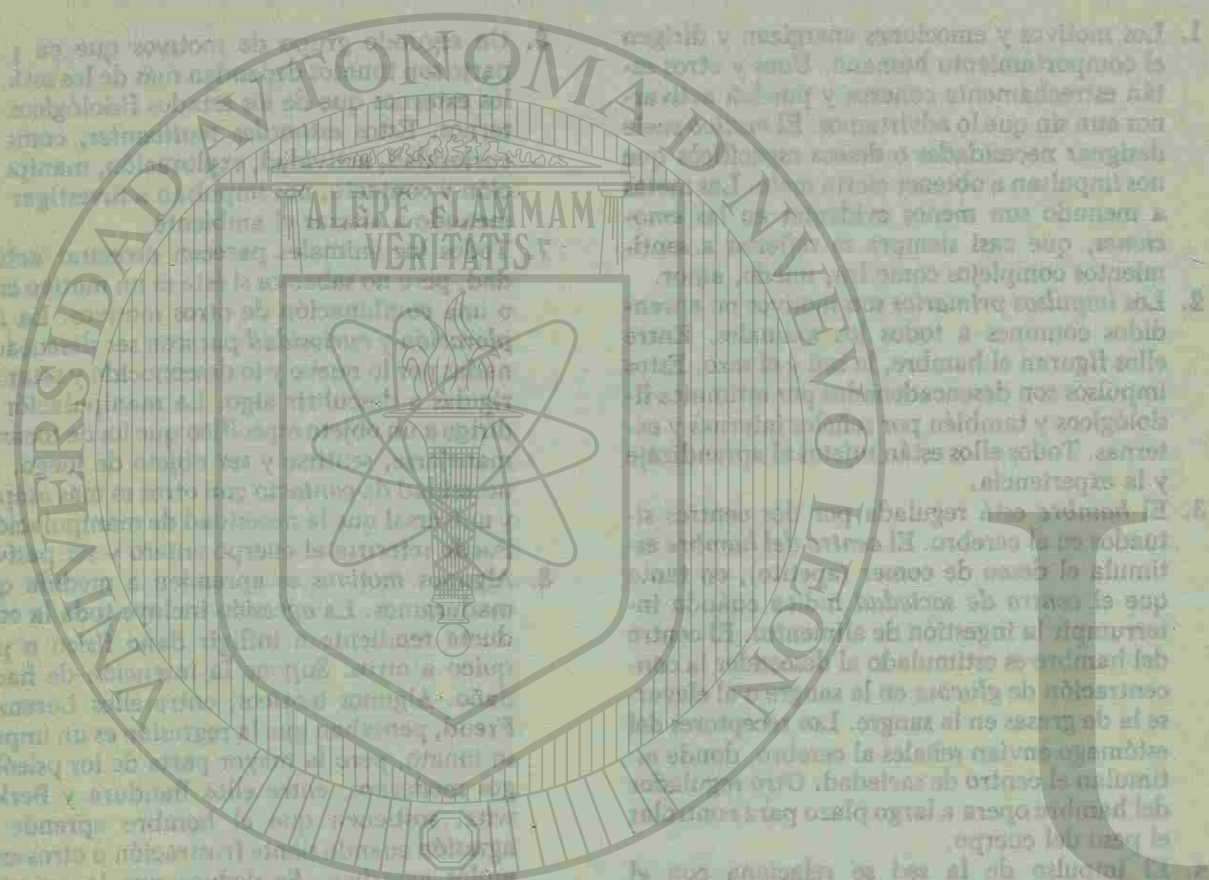
los primeros. La autorrealización constituye el motivo más evolucionado en la jerarquía de Maslow.

- 11. Las emociones, como los motivos, provocan y dirigen el comportamiento. Podemos clasificarlas según que nos hagan evitar algo (miedo), aproximarnos a algo de modo agresivo (ira) o acercarnos a algo con aceptación (alegría, amor). Las emociones pueden ayudarnos en el rendimiento un obstaculizarlo. La ley de Yerkes-Dodson establece que, cuanto más compleja sea una tarea, más bajo será el nivel de la emoción que puede tolerarse antes de que disminuya el rendimiento.
- 12. Robert Plutchik propuso una clasificación más pormenorizada de ocho emociones básicas, cada una de las cuales le ayuda al individuo a adaptarse al ambiente en cierto modo. Las emociones varían de intensidad. Las emociones básicas pueden combinarse como los colores primarios para producir emociones más intrincadas.
- 13. Hay tres teorías fundamentales sobre la emoción. La teoría de James-Lange establece que la emoción es el resultado de reacciones viscerales o periféricas. La percepción de un estímulo hace que el cuerpo pase por ciertos cambios fisiológicos que son la causa de la emoción.
- 14. La teoría de Cannon-Bard, a diferencia de la anterior, sostiene que las emociones y las respuestas corporales ocurren simultáneamente, no una después de otra. Así pues, la percep-

ción de la situación influye de manera profunda en la vivencia emocional. Esta teoría es precursora de las teorías cognoscitivas.

- 15. Las teorías cognoscitivas afirman que la emoción resulta de la interacción de los procesos cognoscitivos y fisiológicos. La mayor parte de los estados emocionales son difusos, y muchas emociones se acompañan de reacciones fisiológicas esencialmente idénticas, que interpretamos para crear la emoción.
- 16. Izard puso en tela de juicio la teoría cognoscitiva, proponiendo a su vez que el ser humano nace con la capacidad de experimentar varias emociones bien diferenciadas. En su punto de vista, las situaciones evocan un patrón especial de expresiones faciales y de posturas corporales, que el cerebro traduce en una experiencia emocional apropiada.
- 17. Los informes verbales no siempre ofrecen un panorama completo de lo que el sujeto está sintiendo, pues quizá no pueda o no quiera comunicar fielmente sus emociones.
- 18. La comunicación no verbal (expresiones faciales, postura, posición, distancia entre las personas, actos explícitos y gestos) pueden ser señales útiles para identificar la emoción. A menudo la comunicación no verbal contradice el mensaje oral del individuo. Muchas expresiones faciales al parecer no son aprendidas sino universales en el ser humano. El resto del cuerpo también transmite mensajes mediante su posición y postura, un lenguaje llamado lenguaje corporal. Las mujeres, por lo regular, tienden a comprender las señales no verbales mejor que los varones.

Resumen



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

37530





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

por pura reflexión; el conocimiento que se alcanza está, a su vez, socialmente condicionado.

g) Porque el hombre es el único de los seres vivos que puede pensarse a sí mismo como objeto, utilizar el pensamiento, concebir símbolos universales, crear un lenguaje, prever y planificar su acción, utilizar instrumentos y técnicas que modifican su propia naturaleza. Aun formando parte de la naturaleza, puede en cierta medida ser independiente de ella. Todo esto está en estrecha relación con su posibilidad —distinta a la de todos los animales— de producir sus medios de subsistencia.

h) Que la producción de esos medios de subsistencia crea la matriz fundamental de todas las relaciones humanas.

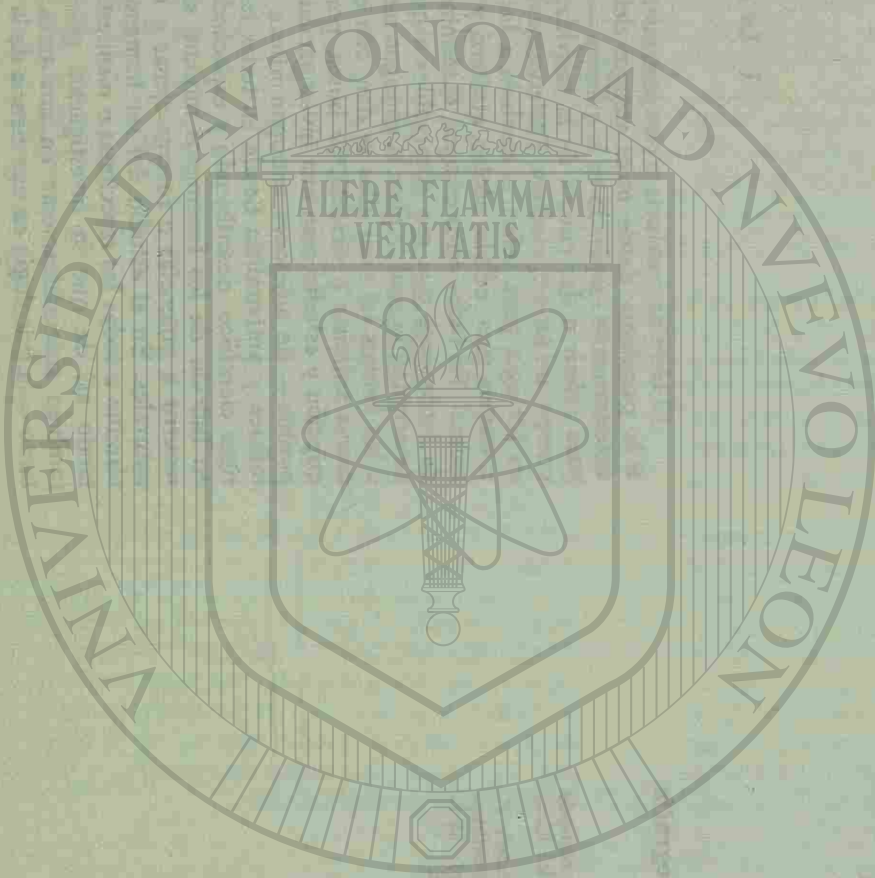
José Bleger

1. La conducta en psicología

El término conducta o comportamiento ha sido incorporado a la psicología desde otros campos del conocimiento; fue ya anteriormente empleado en la química —y lo sigue siendo aún— para referir o dar cuenta de la actividad de una sustancia, un cuerpo, un átomo, etcétera. Posteriormente, Huxley lo introdujo en biología para referirse también a las manifestaciones de la sustancia viva: célula, núcleo, etcétera; y Jennings, en psicología animal. En todos estos campos, el término se refiere al conjunto de fenómenos que son observables o que son factibles de ser detectados, lo cual implica la consigna metodológica de atenerse a los hechos tal cual ellos se dan, con exclusión de toda inferencia animista o vitalista. Se busca, por lo tanto, que su descripción y estudio sean una investigación libre —o lo más libre posible— de adiciones antropomórficas. Esta posición antimitafísica y antivitalista tiende en todas las ciencias a un mayor rigor científico, describiendo y explicando todos los fenómenos en función de los fenómenos mismos, sin tener necesidad de recurrir a potencias o fuerzas ajenas y distintas a los sucesos naturales. En el estudio del ser humano también se aplica el término a todas las reacciones o manifestaciones exteriores, tratando así de que la investigación psicológica se convirtiera también sistemáticamente en una tarea objetiva, y —por lo tanto— la psicología en una ciencia de la naturaleza.

Bibliografía

Las referencias completas de las citas bibliográficas de cada capítulo se encontrarán en la bibliografía general que se inserta al final del libro.
Brown, J. A. C.; Bubor, M.; Cassirer, E.; Dujovne, L.; Engels F. (e); Favez Boutonier (a); Foucault, M.; Goldstein, K. (a, b); Groethuyzen, B.; Kardiner, A.; Marx, C. (a, b); Marx, C., y Engels, F. (a); Merleau Ponty, M. (b); Plejanov, J.; Politzer, G. (a); Rosenthal, M.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

El término conducta, aplicado a las manifestaciones del individuo, tiene siempre la connotación de estar dejando de lado lo más central o principal del ser humano: los fenómenos propiamente psíquicos o mentales. Estos últimos serían realmente los fenómenos más importantes, dado que originan la conducta; y si estudiamos únicamente esta última, nos estamos ocupando sólo de productos y derivados, pero no del fenómeno central. Etimológicamente la palabra conducta es latina y significa conducida o guiada; es decir, que todas las manifestaciones comprendidas en el término de conducta, son acciones conducidas o guiadas por algo que está fuera de las mismas: por la mente. De esta manera, el estudio de la conducta, considerada así, asienta sobre un dualismo o una dicotomía cuerpo-mente, sobre la tradición del más puro idealismo, en el que la mente tiene existencia de suyo y es el punto de origen de todas las manifestaciones corporales; según esta perspectiva, el cuerpo es solamente un instrumento o un vehículo del que se vale la mente (alma) para manifestarse. La raíz religiosa de este esquema es fácil de deducir.

En la historia del concepto de conducta en psicología, tiene importancia el artículo de Watson publicado en 1913, que inicia la corriente o escuela llamada Conductismo o Behaviorismo, en el que sostiene que la psicología científica debe estudiar sólo las manifestaciones externas (motoras, glandulares y verbales); aquellas que pueden ser sometidas a observación y registro riguroso, tanto como a verificación. Ya antes que Watson, Pillsbury había definido la psicología como la ciencia de la conducta y Angell —integrante de la escuela funcionalista— anticipaba el replazo de la mente por la conducta como objeto de la psicología. Posiblemente entre los más importantes, en lo que respecta a la conducta como objeto de la psicología, haya que contar los estudios de P. Janet y los de H. Piéron. Este último formuló desde 1908, una psicología del comportamiento, y P. Janet hizo importantes aportes al tema de la psicología de la conducta, en la que incluía la conciencia, considerada como una conducta particular, como una complicación del acto, que se agrega a las acciones elementales. El mismo autor estudió la evolución de la conducta, describiendo una jerarquía de operaciones, compuesta de cuatro grupos: conducta animal, intelectual elemental, media y superior.

Pero aun con estos antecios, el behaviorismo de Watson fue una verdadera proclama consciente y abierto, de una psi-

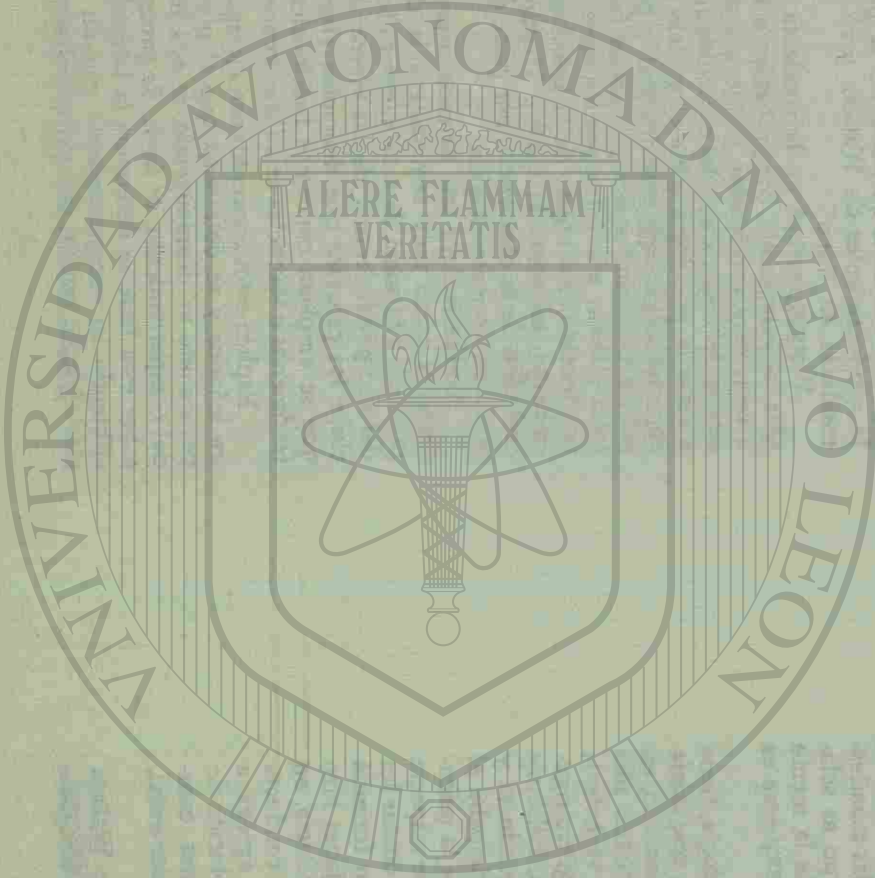
ción-materialista en psicología; lo es, aun considerando todas sus limitaciones mecanicistas y los reparos puestos por diferentes autores a la verdadera paternidad de Watson sobre el concepto de conducta y —entre otros— las objeciones de H. Piéron, para quien el behaviorismo, como psicología específicamente norteamericana, sólo tiene de específico "sus exageraciones frecuentemente pueriles".

Sin entrar en esta polémica de la prioridad sobre el concepto de conducta en psicología, interesa saber que fue Watson el que promovió una de las escuelas que hicieron tambalear, aún más, el edificio de la psicología clásica y que —de distintas maneras y con diferentes valores— aportó elementos que conducen a nuevas posibilidades de la psicología. Tolman dice que, indiscutiblemente, se habló de la psicología como ciencia de la conducta antes de Watson, pero este último transformó la conducta en "ismo".

Watson incluyó en la conducta todos los fenómenos visuales, objetivamente comprobables o factibles de ser sometidos a registro y verificación, y que son siempre respuestas o reacciones del organismo a los estímulos que sobre él actúan. Intentó asentar la psicología sobre el modelo de las ciencias naturales, con una sólida base experimental, y por ello presentó una sistemática oposición a dos postulados fundamentales de la psicología clásica: a la introspección como método científico, y a la conciencia como objeto de la psicología. Sobre esto último, sin embargo, tal como lo sugiere Tilquin, quedan dudas de si la exclusión de la conciencia, por parte de Watson, es de carácter ontológico o metodológico.

Koffka incluye una división tripartita de la conducta, que presenta como muy semejante a la de Mr. Dougall; denomina procesos a la suma de movimientos observables, distinguiéndola del comportamiento y de las vivencias. El comportamiento incluye los procesos que denomina efectivos o reales y para los que se emplean conceptos funcionales, mientras que para los fenómenos o vivencias se utilizan conceptos descriptivos.

Explica estos conceptos con ejemplos sencillos. Si se observa un leñador y se determina que el número de lenos que parte por minuto va disminuyendo, se está haciendo una observación del comportamiento, es decir, de procesos efectivos o reales; si sobre esta base se determina la fatiga del leñador, se está describiendo su comportamiento con un concepto funcional. En otro ejemplo similar, una persona desconocida pierde algo en la



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

José Bleger

calle y yo lo recojo y se lo entrego; si al día siguiente vuelvo a encontrarla, esa persona reacciona de otro modo; describo su comportamiento diciendo que me ha reconocido o que me recuerda, utilizando un concepto descriptivo.

Las vivencias o fenómenos están constituidos por los sentimientos u opiniones que cada sujeto puede expresar. El lector puede decir que está fatigado, y el desconocido de ayer, que me reconoce. Pero puede haber contradicción o una falta de paralelismo entre la descripción funcional de su comportamiento y las vivencias que realmente tienen esos individuos. La conducta externa y la conducta interna están "no sólo acopladas por fuerza y accidentalmente, sino emparentadas por esencia y unidades objetivamente".

Según Koffka, Thorndike también emplea la palabra conducta de la misma manera o con la misma extensión, es decir, incluyendo el aspecto fenoménico.

Jaspers es otro de los autores que intentó unificar los fenómenos que estudia la psicología, ordenándolos en cuatro grupos, según el grado de perceptibilidad de los mismos; el primero es el de los fenómenos vivenciados; el segundo, el de las funciones o rendimientos objetivos (memoria, inteligencia, trabajo, etcétera); el tercero, el de las manifestaciones corporales concomitantes; y el cuarto, el de las objetividades significativas (expresiones, acciones, obras).

Lagache ha dedicado mucha atención a este tema y define la conducta como la totalidad de las reacciones del organismo en la situación total. Reconoce en ella: 1) la conducta exterior, manifiesta; 2) la experiencia consciente, tal como ella es accesible en el relato, incluyendo las modificaciones somáticas subjetivas; 3) modificaciones somáticas objetivas, tal como ellas son accesibles a la investigación fisiológica; 4) los productos de la conducta: escritos, dibujos, trabajos, tests, etcétera.

El término conducta se ha convertido así, en la actualidad, en patrimonio común de psicólogos, sociólogos, antropólogos, sin que por este solo empleo se esté filiado en la escuela del behaviorismo; inclusive se ha convertido en un término que tiene las ventajas de no pertenecer ya a ninguna escuela en especial y de ser lo suficientemente neutral como para constituir o formar parte del lenguaje común a investigadores de distintas disciplinas, campos o escuelas.

De esta manera, el empleo que vamos a hacer nosotros del término está fuera de los límites de la escuela conductista o de

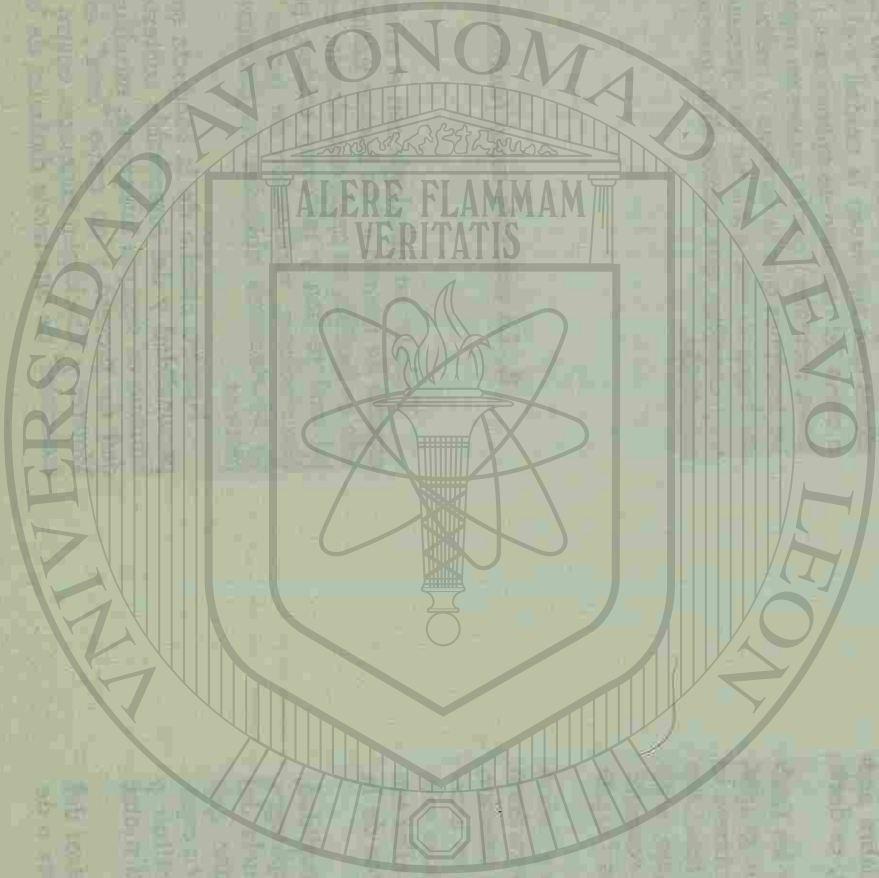
alguna de sus variantes, por otra parte resume y recoge las consecuencias, para la psicología, de la revuelta watsoniana, tanto como las de la Gestalt y el psicoanálisis. Incluimos así, bajo el término conducta, todas las manifestaciones del ser humano, cualesquiera sean sus características de presentación, ampliando de esta manera el concepto a sectores mucho más vastos que los que caracterizan al conductismo. Es lo que han hecho, entre otros, Koffka, Janet, Lagache y —entre nosotros— E. Pichon Rivière. Al conjunto de manifestaciones del ser humano que llamamos conducta, está dedicado el presente estudio.

Adoptamos, como punto de partida, las definiciones que da Lagache sobre conducta, como "el conjunto de respuestas significativas por las cuales un ser vivo en situación integra las tensiones que amenazan la unidad y el equilibrio del organismo"; o como "el conjunto de operaciones (fisiológicas, motrices, verbales, mentales) por las cuales un organismo en situación reduce las tensiones que lo motivan y realiza sus posibilidades". En el ser humano este conjunto de operaciones tiene una estructura muy compleja que iremos distinguiendo en el curso de nuestra exposición.

2. La conducta como fenómeno central en la psicología

Trabajar en psicología con el concepto de conducta es una especie de retorno a "los hechos mismos", en la medida en que esto es factible en cualquier ciencia; este atenerse a los hechos, tal cual se dan y tal como existen, permite confrontación de observaciones, verificación de teorías y comprensión unitaria de aportaciones ubicadas en distintos contextos o encuadres teóricos.

Nuestro estudio de la conducta se hace en función de la personalidad y del inseparable contexto social, del cual el ser humano es siempre integrante; estudiamos la conducta en calidad de proceso y no como "cosa", es decir, dinámicamente. Mowrer y Kluckhohn enumeran cuatro proposiciones "mínimas esenciales" de una teoría dinámica de la personalidad, a saber:



DIRECCIÓN GENERAL

- José Bleger
1. La conducta es funcional. Por funcional se entiende que toda conducta tiene una finalidad: la de resolver tensiones.
 2. La conducta implica siempre conflicto o ambivalencia.
 3. La conducta sólo puede ser comprendida en función del campo o contexto en el que ella ocurre.
 4. Todo organismo vivo tiende a preservar un estado de máxima integración o consistencia interna.

Coinciden en estos cuatro puntos el psicoanálisis, la antropología social y la psicología del *learning*. El psicoanálisis ha demostrado la continuidad entre los fenómenos normales y patológicos de conducta; la antropología social tuvo una gran influencia en esta aceptación de la conducta, como estructura unitaria, al romper la distinción categórica entre sociedades "civilizadas" y "salvajes"; la psicología del *learning* ha contribuido a integrar nuestra comprensión de los atributos y capacidades, vistos como únicamente "humanos", y las características de conducta manifestadas por el mundo "animal".

Los aportes con que se cuenta en la psicología contemporánea son copiosos y contradictorios. Aquí desarrollamos nuestra perspectiva de que la conducta es la unidad de estudio de toda la psicología y de todas las escuelas; no que lo será, sino que ya lo ha sido. Sean cuales fueren los fundamentos teóricos y los "modelos" de pensamiento empleados, todas las corrientes y todos los campos psicológicos han estado estudiando consciente o inconscientemente la conducta. Esa unidad de la cual todos han partido es multiforme y contradictoria, en constante devenir. Por ello, lo que intentamos en nuestro estudio presente es una dialéctica de la conducta, de la que las distintas escuelas han tomado sólo fragmentos diferentes y con ello han distorsionado las relaciones reales entre los momentos del proceso dialéctico único.

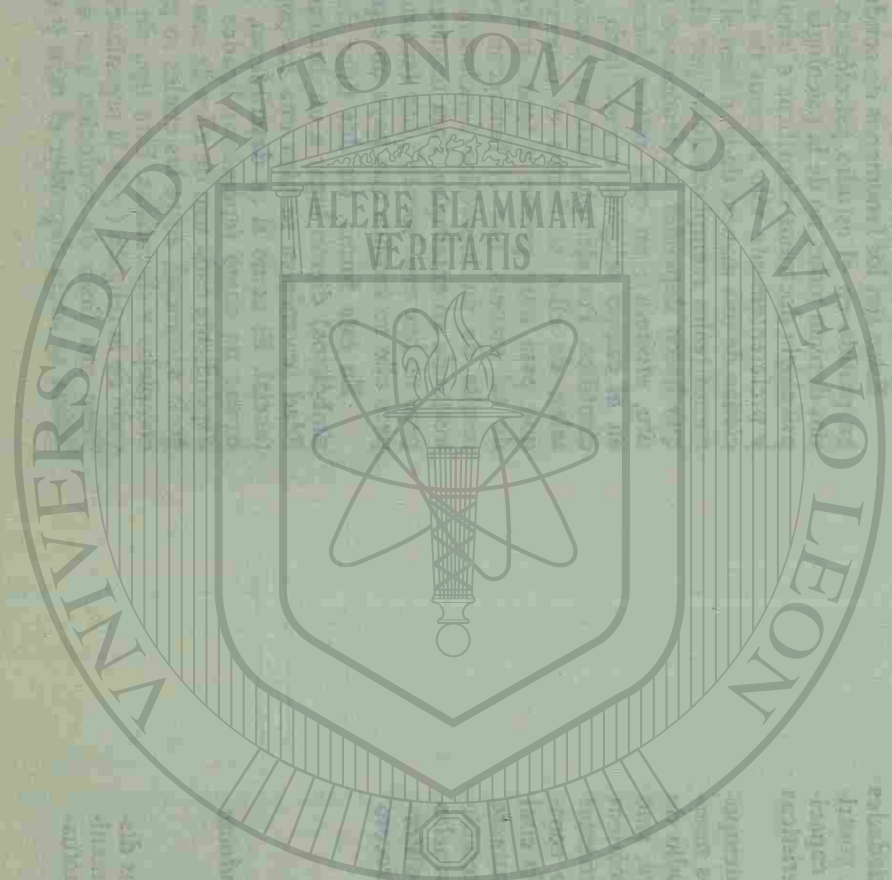
3. Unidad y pluralidad fenoménica de la conducta

Desde antiguo se reconocen en el ser humano dos tipos distintos de fenómenos, a los que pueden reducirse todas sus manifestaciones. Uno es concreto, aparece en el cuerpo y en actua-

ciones sobre el mundo externo, aunque nunca puede existir una acción sobre un objeto sin que concomitantemente ocurra una modificación o movimiento del cuerpo, puede suceder que uno u otro sean, en momentos distintos, lo más importante. Así, consideramos una conducta concreta corporal cuando se trata, por ejemplo, del enrojecimiento o palidez de la cara, mientras que calificamos de conducta concreta en el mundo externo a, por ejemplo, concurrir a un sitio, conducir un automóvil, aunque para ello se necesite lógicamente de las modificaciones corporales. Otro tipo de conducta incluye todas aquellas manifestaciones que no se dan como acciones materiales y concretas sino de manera simbólica; estas últimas son los fenómenos reconocidos como mentales.

Estos son los fenómenos de conducta de los que siempre se ha partido en el estudio psicológico. Las diferencias doctrinarias derivan todas, no de la psicología misma, sino de aplicar a la psicología doctrinas científicas e ideológicas que toman selectiva y preferentemente sólo algunos de estos fenómenos y los relacionan de una manera dada, o bien olvidan o postergan los fenómenos reales reemplazándolos por abstracciones o entes de los que hacen depender los fenómenos menos reales (alma, espíritu, etcétera); en esta última forma se procede no ya sólo en el campo religioso o metafísico, sino en el mismo campo científico. Por ejemplo, existen fenómenos que llamamos mentales; de ellos se deriva el concepto abstracto de "mente", que pasa muy pronto a tener independencia y vida propia, de tal manera que el fenómeno concreto está contenido o resulta de un hipotético funcionamiento de una abstracción, instituida en entelequia. Para nosotros hay fenómenos mentales, pero no hay una "mente"; hay fenómenos y valores espirituales, pero ello no implica que haya un espíritu.

En esta forma, los dos tipos de fenómenos (concretos y simbólicos) dieron lugar a un dualismo sustancial; de la pluralidad fenoménica se hizo una trasposición a un dualismo sustancial. Es como si se describieran, por ejemplo, el rayo y el trueno no como fenómenos ligados a un mismo suceso, sino dependiente cada uno de ellos de una especial y particular categoría sustancial, entre las cuales se postulan correlaciones muy complejas y discutidas. Este tipo de trasposición idealista procede de la religión (y de la organización social que la sustenta); tiene una línea de evolución que está ligada a la mitología, donde se hacía depender el rayo y el trueno cada uno de un



dios particular, y la aparición de los fenómenos se describía no como fenómenos, sino como una lucha entre el dios del rayo y el dios del trueno.

Para nosotros, la pluralidad fenoménica tiene su unidad en

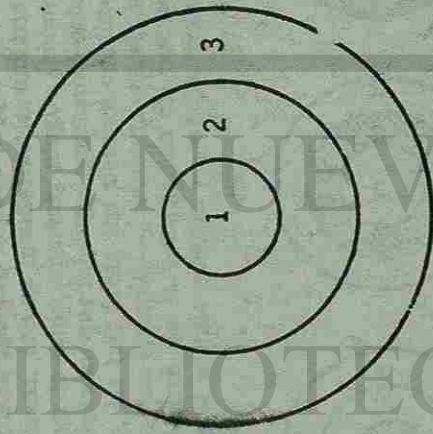


Fig. 1. Areas de la conducta: 1) área de la mente; 2) área del cuerpo; 3) área del mundo externo.

el fenómeno de la conducta misma, en el funcionamiento altamente perfeccionado del sistema nervioso central, y en el ser humano considerado siempre como persona en cada una de sus manifestaciones, vinculado en su condición humana al medio social.

Siguiendo a Pichon Rivière, representamos los tres tipos de conducta como tres círculos concéntricos y los enumeramos como uno, dos y tres, que corresponden respectivamente a los fenómenos mentales, corporales y los de actuación en el mundo externo. El mismo autor, estudiando muy detalladamente este esquema y su dinámica en psicología y psicopatología, ha llamado a estos círculos las *Areas de la conducta*.

Mowrer y Kluckhohn refieren que los psicólogos se hallan polarizados fundamentalmente en dos grupos: los mecanicistas y los finalistas (teleologistas); para los primeros los estímulos producen movimientos y centran el estudio en esta relación, mientras que los finalistas están interesados por el estudio de la

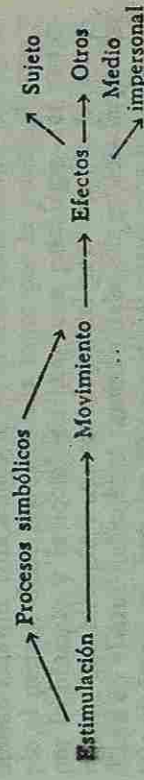
relación entre los movimientos del cuerpo y los efectos resultantes. Los autores nombrados integran esta divergencia en un esquema único de estudio:



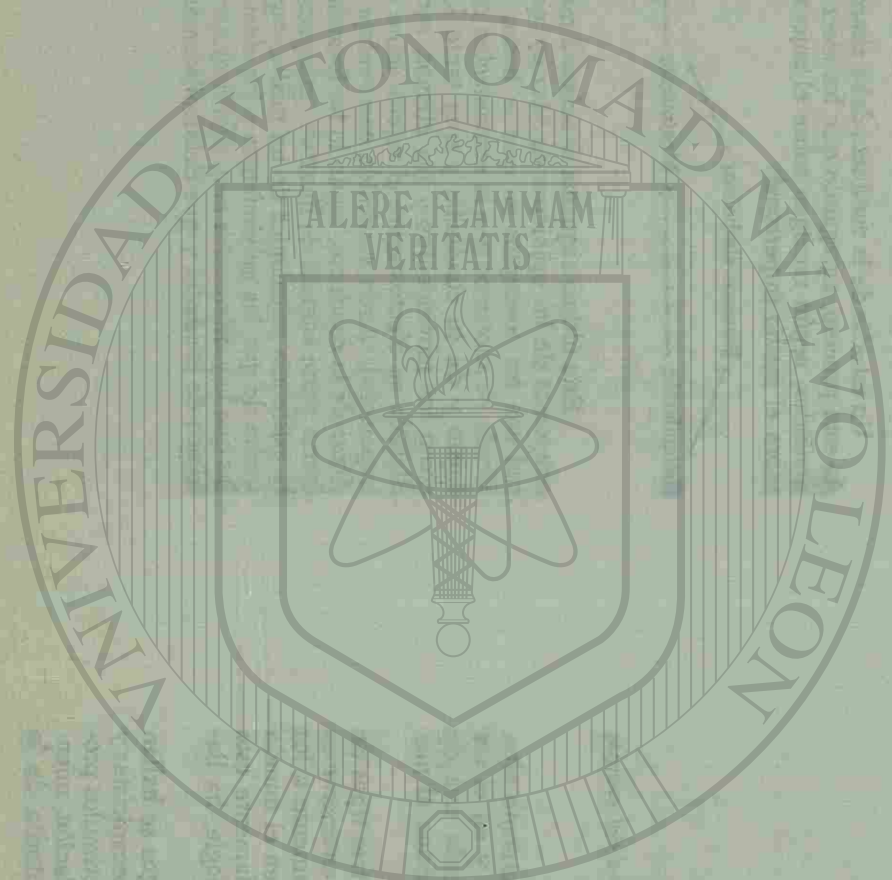
Pero, además, entre la estimulación y el movimiento intercalan la existencia de los procesos simbólicos (razonar, planificar, imaginar, considerar, pensar, etcétera), con lo que el esquema es el siguiente:



Un estudio de la conducta debe abarcar todos los momentos de este proceso, agregando que los efectos también pueden ser divididos, según recaigan sobre el sujeto mismo, sobre otros o sobre el medio impersonal:



Este último esquema se aclarará más adelante cuando nos ocupemos de las opiniones de Murray, que tienen cierta similitud con los conceptos en que se basan Mowrer y Kluckhohn. Desde ya anotemos que la estimulación no es independiente del sujeto y de su conducta, y que tanto los procesos simbólicos como los movimientos y los efectos, son todos conductas. La división en efectos sobre el sujeto, sobre otros y sobre el medio impersonal, queda sustituida con ventaja por el esquema de las *Areas de la conducta*, según lo ha formulado E. Pichon Rivière; forma parte además de nuestras tesis principales el no reconocer la existencia psicológica de un medio impersonal, tanto como el hecho de que los movimientos y los efectos son conductas entre las que hay diferencias muy significativas que tocan al concepto básico de conducta y que desarrollaremos más adelante.



José María
4. Coexistencia y preponderancia de las áreas de la conducta

La conducta siempre implica manifestaciones coexistentes en las tres áreas; es una manifestación unitaria del ser total y no puede, por lo tanto, aparecer ningún fenómeno en ninguna de las tres áreas sin que implique necesariamente a las otras dos; por lo tanto, las tres áreas son siempre coexistentes. El pensar o imaginar —por ejemplo— (conductas en el área de la mente) no pueden darse sin la coexistencia de manifestaciones en el cuerpo y en el mundo externo y —respectivamente— también a la inversa.

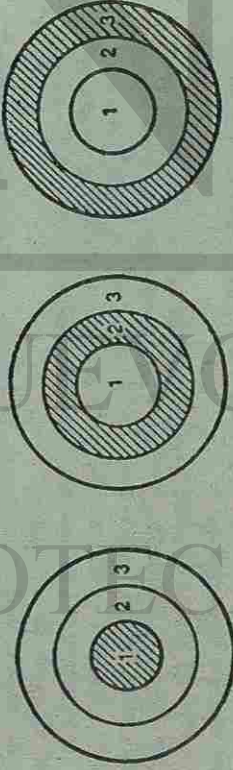


Fig. 2. Preponderancia y coexistencia de las áreas de la conducta.

Esta permanente coexistencia de las tres áreas no excluye el predominio de alguna de ellas en un momento dado, predominio que permite calificar a la conducta como perteneciente a cada una de las tres áreas.

5. Ciencias de la conducta

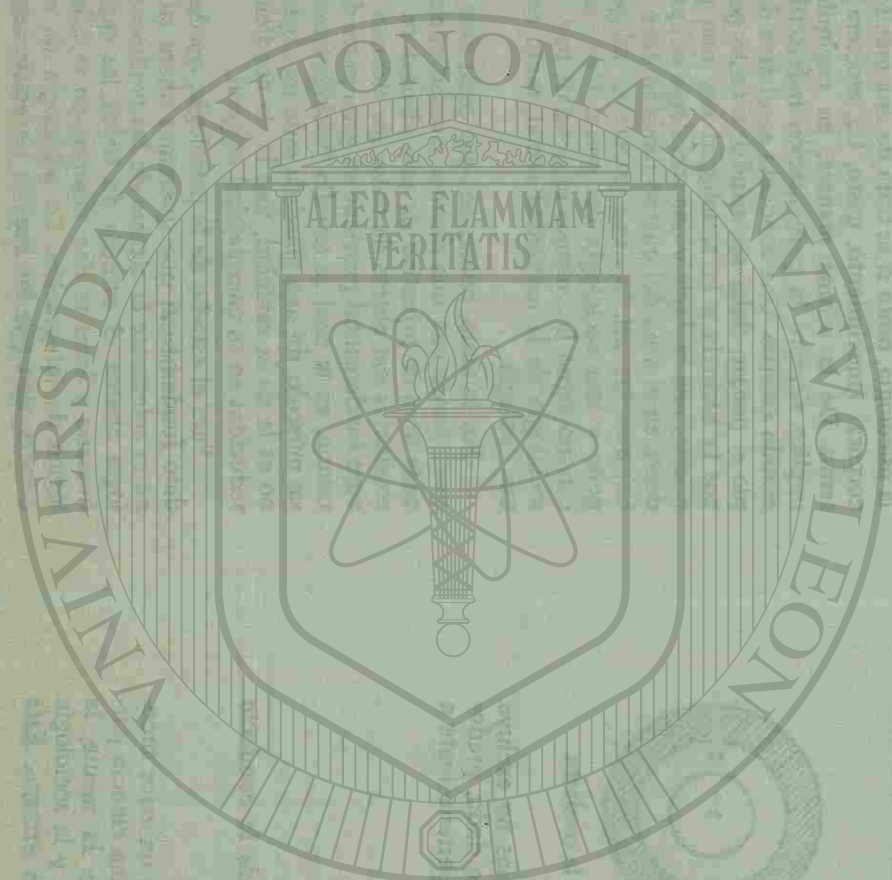
Conviene desde ya adelantar que constituye un error suponer que a cada área de conducta corresponda una ciencia particular, a saber: la psicología para el área de la mente, la biología para la conducta en el área del cuerpo y la sociología para las manifestaciones en el área del mundo externo. Este

criterio tan erróneo ya no puede ser en la actualidad seriamente sustentado por nadie. Estas tres ciencias se pueden y deben aplicar a todas las manifestaciones del ser humano, sea cual fuere el área de predominio o de manifestación, de la misma manera que un mismo objeto puede ser estudiado tanto por la física como por la química; no hay, por lo tanto, en el ser humano sucesos que deban ser estudiados exclusivamente por una ciencia o que sean del dominio exclusivo de un solo campo científico.

Toda manifestación del ser humano se da siempre en el nivel psicológico, y es por lo tanto factible de ser estudiada por la psicología, tanto si se trata de una manifestación mental como corporal (movimiento, gesto, tic, etcétera) o en el mundo externo. De la misma manera, en cualquier área la conducta implica siempre la participación indefectible del cuerpo y del mundo externo. Una conducta en el área de la mente, por ejemplo el pensar, debe ser estudiada tanto por la psicología como por la biología y la sociología: hay una psicología del pensamiento, una biología y una sociología del pensamiento. Una conducta en el área del cuerpo también debe ser estudiada por las tres ciencias; así, hay una psicología del gesto, una biología del gesto y una sociología del gesto. Una conducta en el mundo externo sigue las mismas exigencias; hay —por ejemplo— una sociología de la movilidad social, tanto como una psicología y una biología.

Por lo tanto, reiteramos que *cada área de la conducta no se corresponde con una distinta entidad sustancial y que tampoco cada área es privativa de una ciencia en particular*. Todas las conductas son objeto de todas las ciencias. Al respecto, el equívoco fundamental proviene en gran parte de la biología de laboratorio, en la cual se estudia fisiológicamente el movimiento de un músculo, de una glándula o de un órgano, pero esta biología no es la de la realidad, sino la de condiciones artificiales, muy reducidas en su complejidad original.

Para el estudio de la psicología, queda con esto anotado un dato fundamental que queremos ahora subrayar: *la psicología no es solamente la ciencia de los fenómenos mentales*, la psicología abarca el estudio de todas las manifestaciones del ser humano y éstas se dan siempre, en realidad, en el nivel psicológico de integración. La psicología no excluye ninguna otra ciencia, sino que las implica necesariamente. Sin psicología



hay un conocimiento total del ser humano. Tampoco lo hay con la psicología sola.

6. *Áreas de la conducta y las "partes del alma"*

Platón distinguió tres partes del alma, y en esta forma designó, en realidad, tres tipos de fenómenos psíquicos: la parte concupiscente, la irascible y la racional, cada una de las cuales tenía un lugar propio en el cuerpo: el vientre, el corazón y la cabeza, respectivamente. Al respecto, ya Demócrito había creído que el pensamiento asienta en la cabeza, la ira en el corazón y los apetitos en el hígado.

Aristóteles reconoce también tres partes en el alma: vegetativa, sensitiva e intelectual; la primera es común a todos los seres vivos, la segunda a toda la serie animal y sólo la tercera es peculiar y privativa del hombre. Esta división de Aristóteles es la que se sigue en toda la Edad Media, y su influencia perdura aún en nuestros días.

Kant, basado en Tetens y Mendelssohn, dividió las actividades psíquicas en: conocimiento, sentimiento y voluntad, y esta división predomina aún en la actualidad: intelecto, afecto y voluntad.

Si se examina con cierto detenimiento, veremos que cada una de esas partes del alma, del psiquismo, no significan otra cosa que las distintas áreas de la conducta. Y no puede ser de otra manera, porque todas estas divisiones han partido siempre de la conducta real y concreta, de la experiencia del ser humano y de su quehacer social.

Este volver a los fenómenos reales de donde se han originado las abstracciones, ha insumido siglos del progreso científico; ha necesitado del desarrollo del materialismo en forma cada vez más consecuente y —para ello— del desarrollo de las condiciones de vida de los seres humanos (organización social), que permite la formación y emergencia de estructuras con las que se puede tomar conciencia de la subversión en que se ha incurrido al tomar las abstracciones como entes, de los cuales se hace depender, a su vez, los fenómenos reales (idealismo).

La afirmación de que se hallan presentes siempre las tres áreas en toda manifestación de conducta, corresponde al hecho de que no se pueden dar fenómenos afectivos sin los intelectuales y volitivos, y viceversa. Aclaremos, nuevamente, que **no**

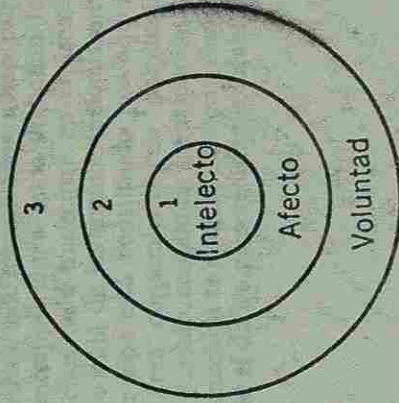
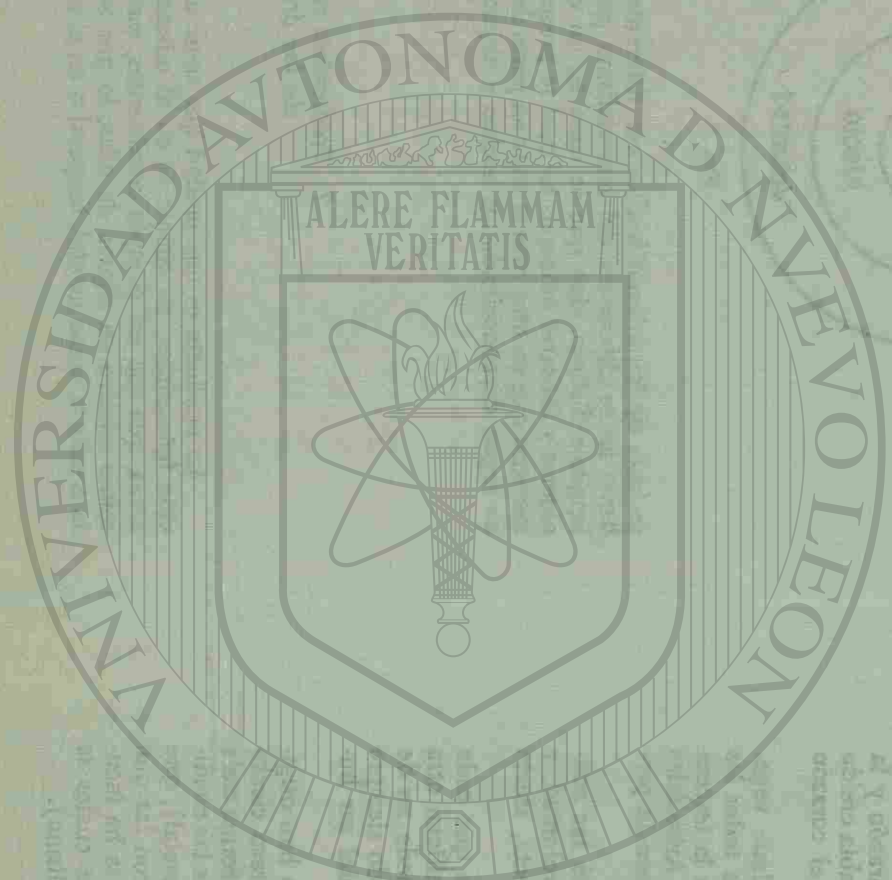


FIG. 3

se trata de los mismos hechos con diferente lenguaje. El idealismo no se diferencia del materialismo por el empleo de un lenguaje distinto, sino que se trata en un caso de conocer los objetos y los seres humanos tal cual se presentan en la realidad, mientras que en otro caso se trata en parte de conocer y en parte de seguir desconociendo los hechos y objetos reales.

7. *Predominio sucesivo o alternante de las áreas de la conducta*

La conducta es una unidad que tiene una triple manifestación fenoménica, en cuanto se da al mismo tiempo en las tres áreas, que son así siempre coexistentes, aunque con un predominio relativo en alguna de ellas, lo que nos permite calificar la conducta como mental, corporal o en el mundo externo. Pero



este predominio es relativo, en el sentido de que puede alternar o sucederse con el predominio en otra de las áreas. Se puede, por ejemplo, reaccionar con ansiedad frente a una situación dada (área de la mente); posteriormente, en otro momento, puede ceder totalmente esta manifestación y aparecer en su lugar palpitations (área del cuerpo), o bien ser ambas remplazadas por una conducta inestable en una actividad (área del mundo externo). Esta alternancia puede hacerse en todas las direcciones y tener siempre el mismo significado, es decir, ser una misma reacción (ansiedad) a una situación dada. Pero en esa alternancia o sucesión de las áreas puede haber una progresiva modificación del sentido de la conducta: a las manifestaciones en el área uno, puede suceder una conducta en el área tres, que modifica la situación y a su vez modifica, ulteriormente, la conducta en el área uno.

La alternancia del predominio puede significar un proceso estereotipado, como en el caso de que el significado de la conducta sea siempre el mismo, o bien puede ser un proceso dialéctico, como en el caso del pensar y realizar en concordancia; a su vez la realización modifica el pensar, y así sucesivamente.

8. Predominio estable de un área de la conducta

Por otra parte, el predominio de una de las áreas puede ser permanente, en el sentido de que las otras dos están muy poco desarrolladas o no se emplean como áreas de expresión de la conducta. Sobre esta base se puede estructurar o construir una verdadera tipología que, por otra parte, coincide con tipologías o clasificaciones de la personalidad, ya desarrolladas por otros autores. En todo caso, lo que interesa no es una nueva tipología, sino señalar nuevamente cómo, con mayor o menor consecuencia, en psicología se ha tomado siempre como punto de partida la observación y estudio de la conducta.

Las personas clasificadas como esquizoides tienen un predominio estable del área de la mente, en la que se manifiesta toda su conducta en forma preponderante, con escasa o nula intervención de reacciones o manifestaciones corporales, tanto como

de actividad o actuación en el mundo externo. Tal vez sería mejor decir que los que presentan esta modalidad de expresión de la conducta han sido clasificados como esquizoides, introvertidos. En contraposición a éstos se hallan los "hombres de acción", en quienes todo transcurre en el área tres, con intervención escasa o nula de las manifestaciones mentales y corporales. Un tercer tipo está constituido por aquellos en quienes predomina el área corporal: tienen palpitations si tienen miedo, apetito si están contentos, constipación si están frustrados, acidez estomacal si se enojan, etcétera. Constituyen el grupo reconocido como el de las personalidades infantiles.

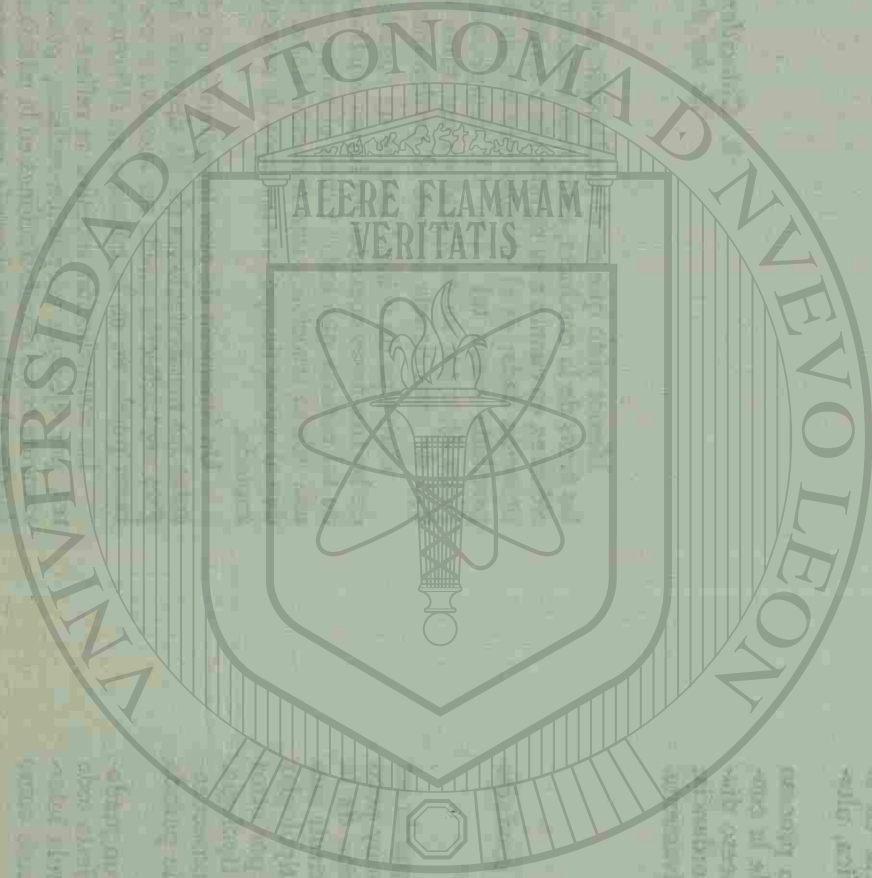
9. Coincidencia y contradicción de las áreas de la conducta

Hemos visto que en el predominio sucesivo o alternante de las áreas de la conducta, estas manifestaciones pueden ser coincidentes, en cuanto a su significado o sentido, en respuesta a una situación dada; es el ejemplo que hemos dado de la ansiedad, percibida como tal (área 1), remplazada por palpitations (área 2), o por inestabilidad en una tarea (área 3). Este es un tipo de coincidencia cuando el predominio alterna.

Otro tipo de coincidencia se da cuando las manifestaciones de las tres áreas coexisten en forma relativamente equivalente y de tal manera que todas tienen el mismo sentido o constituyen una misma reacción a una situación dada. Es el caso en que se dan al mismo tiempo los tres tipos de reacción del ejemplo antes anotado.

Un fenómeno de gran importancia es el de la contradicción entre las manifestaciones de las distintas áreas de la conducta. Esta contradicción puede ser sucesiva o coexistente y en ambos casos puede ser en la misma o en diferentes áreas.

La contradicción sucesiva se refiere a que conductas polares, por ejemplo aceptación-rechazo, pueden aparecer sucesivamente como manifestaciones en la misma o en diferentes áreas (sentir el rechazo y después actuar aceptando).



La contradicción coexistente en la misma unidad de la conducta en un mismo momento, es un fenómeno de enorme interés para la psicología y la psicopatología, que rompe necesariamente con los cuadros del formalismo lógico y en el cual una cosa puede ser y no ser al mismo tiempo. Esto sólo se puede comprender con la introducción del pensamiento dialéctico, que reconoce como real la contradicción en la unidad. Como fenómeno fue descrito y estudiado por Freud, aunque derivando de ello consecuencias teóricas no del todo correctas por falta del instrumento necesario (el pensamiento dialéctico). Freud se esforzó por hacer entrar sus descubrimientos en el cuadro del pensamiento formal, sin reparar en que lo que descubría rebasaba y hacía entrar en crisis, también en la psicología, al pensamiento formal.

Respecto del fenómeno que reseñamos, la duda es un ejemplo de la existencia de manifestaciones contradictorias en una misma área al mismo tiempo; esto puede darse en el área del cuerpo y del mundo externo en forma de vacilación e inseguridad, respectivamente.

La contradicción en distintas áreas ocurre, en un mismo momento, también tanto en condiciones normales como patológicas, cuando por ejemplo se desea concurrir a una entrevista y al mismo tiempo se llega después de la hora fijada (contradicción entre áreas uno y tres); cuando se desea ser cordial y al mismo tiempo se está tenso (áreas uno y dos), cuando se actúa afectuosamente y al mismo tiempo se está con el cuerpo tenso (áreas tres y dos).

Estas contradicciones entre las manifestaciones en las distintas áreas de la conducta, que se presentan en forma simultánea, corresponden al fenómeno más general de *disociación de la conducta* o *división esquizoide*, cuyo grado o magnitud puede ser muy variable.

El carácter contradictorio o conflictivo de la conducta fue estudiado muy detalladamente por Freud y constituye un aporte fundamental de la escuela psicoanalítica, pero Freud, que no mantuvo la teoría en el plano de la conducta concreta, se vio llevado a la hipótesis de la existencia de una segunda mente o una parte especial de la mente, que ya no era de carácter consciente, sino inconsciente, y que estaba con la parte consciente en un juego recíproco, de cuyos vaivenes dependía la conducta concreta. Estamos, otra vez, ante el fenómeno del "mentalismo"

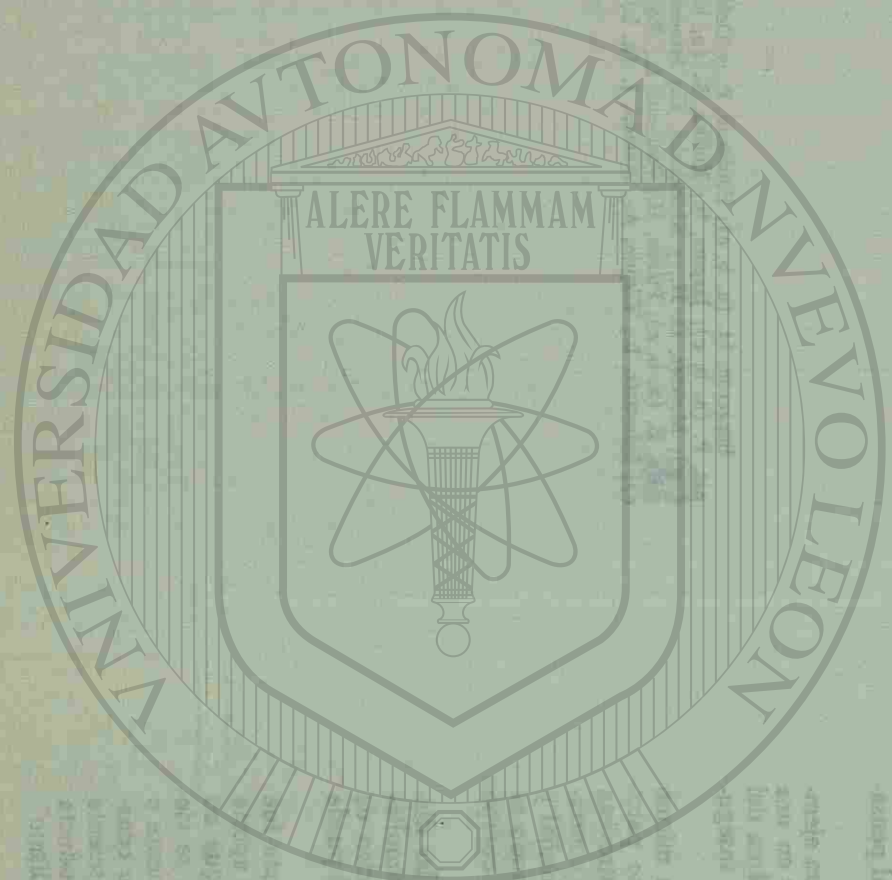
José Bieger

que antes reseñamos como una de las variantes o modalidades del idealismo en psicología.

Si la disociación o la división esquizoide no se mantiene, ocurre otro fenómeno ya estudiado también atentamente por Freud; el de la conducta como transacción entre ambos términos en conflicto. Una disociación de la conducta (división esquizoide) evita la aparición del conflicto aunque, por supuesto, sin resolverlo, mediante una división y separación de los términos opuestos o antinómicos.

Bibliografía

Bergeron, M. (a, b, c); Foulqué, P., y Delédalle, G.; Geach, P.; Jaspers, P. (a, b, c); Jaspers, R.; Koffka, K. (a, b); Lagache, D. (a, c, d, e); Mowrer, D. H.; y Kluckhohn, C.; Muenzinger, K. F.; Pichón Riviére, E. (a, b, c); Piéron, H.; Postman, L.; Tolman, E.; Schilder, P. (b, c); Schwartz, L.; Tilquin, A.; Watson, J. (a, b); Balint, M.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Actitud Organización bastante estable de creencias, sentimientos y tendencias conductuales dirigidas a un objeto como una persona o grupo.

cortesía indiferente y luego de lisonja abierta, estaríamos inclinados a simpatizar con ella más que si al principio hubiera empezado a elogiarnos y lo hiciera siempre que nos encontramos con ella. Sucede lo contrario: tendemos a sentir mayor antipatía por aquellos cuya opinión de nosotros era buena al inicio pero luego se vuelve negativa que por aquellos que siempre manifiestan una opinión negativa desde la primera vez.

RECIPROCIDAD. La gente tiende a simpatizar con aquellos que sienten simpatía por ella. Según Gouldner (1960), una vez que la persona A expresa simpatía por la persona B, ésta se siente obligada a corresponder. Por ello, no es extraño que varios estudios hayan demostrado que las personas se sienten atraídas hacia aquellas que comparten esa actitud (por ejemplo, Backman y Secord, 1959).

Actitudes

La frase "No me gusta su actitud" es reveladora en extremo. A menudo se nos dice "cambia tu actitud". ¿Qué quieren decir con ello? ¿Qué son las actitudes? ¿Cómo se forman? ¿Cómo pueden ser cambiadas?

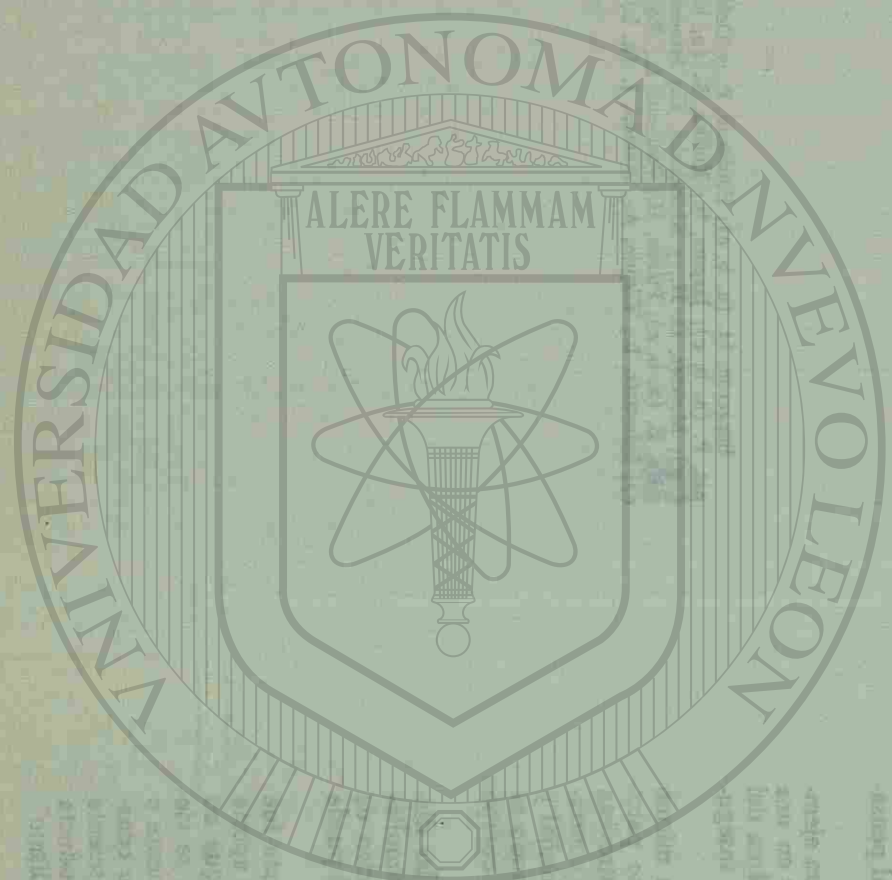
Naturaleza de las actitudes

Una actitud hacia algo tiene tres componentes principales: *ideas* acerca del objeto, *sentimientos* hacia él y las *tendencias* conductuales a él. Las ideas incluyen hechos, opiniones y el conocimiento general sobre el objeto. Entre los sentimientos figuran el amor, odio, simpatía, aversión y otros sentimientos afines. Las tendencias conductuales comprenden las inclinaciones a obrar de determinada manera ante el objeto: acercarse a él, rehuirlo, etc. Por ejemplo, la actitud ante un candidato político incluye las opiniones referentes a él: sus cualidades y postura frente a cuestiones de suma importancia, las expectativas respecto a cómo votará en tales cuestiones. También albergamos ciertos sentimientos hacia el candidato (simpatía, aversión, confianza o desconfianza) y estamos inclinados a observar ciertas conductas con él: votar por él o en contra de él, aportar dinero para su campaña, asistir o no a las reuniones con él, etc.

Como veremos en seguida, existe una fuerte tendencia a que estos tres aspectos de la actitud sean compatibles entre sí. Por ejemplo, si alguien nos inspira sentimientos positivos, tendremos también ideas positivas por él y nos comportaremos en forma positiva. Pero ello no significa que nuestro comportamiento refleje exactamente nuestra actitud. Examinemos más a fondo el nexo entre ambas.

Actitudes y conducta

La relación entre actitudes y conducta no siempre es sencilla. En un conocido estudio efectuado a principios de la década de 1930, R. T. LaPiere (1934) recorrió Estados Unidos con un matrimonio oriental, en una época en que el prejuicio contra los orientales era todavía muy fuerte en el país.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Actitud Organización bastante estable de creencias, sentimientos y tendencias conductuales dirigidas a un objeto como una persona o grupo.

cortesía indiferente y luego de lisonja abierta, estaríamos inclinados a simpatizar con ella más que si al principio hubiera empezado a elogiarnos y lo hiciera siempre que nos encontramos con ella. Sucede lo contrario: tendemos a sentir mayor antipatía por aquellos cuya opinión de nosotros era buena al inicio pero luego se vuelve negativa que por aquellos que siempre manifiestan una opinión negativa desde la primera vez.

RECIPROCIDAD. La gente tiende a simpatizar con aquellos que sienten simpatía por ella. Según Gouldner (1960), una vez que la persona A expresa simpatía por la persona B, ésta se siente obligada a corresponder. Por ello, no es extraño que varios estudios hayan demostrado que las personas se sienten atraídas hacia aquellas que comparten esa actitud (por ejemplo, Backman y Secord, 1959).

Actitudes

La frase "No me gusta su actitud" es reveladora en extremo. A menudo se nos dice "cambia tu actitud". ¿Qué quieren decir con ello? ¿Qué son las actitudes? ¿Cómo se forman? ¿Cómo pueden ser cambiadas?

Naturaleza de las actitudes

Una actitud hacia algo tiene tres componentes principales: *ideas* acerca del objeto, *sentimientos* hacia él y las *tendencias* conductuales a él. Las ideas incluyen hechos, opiniones y el conocimiento general sobre el objeto. Entre los sentimientos figuran el amor, odio, simpatía, aversión y otros sentimientos afines. Las tendencias conductuales comprenden las inclinaciones a obrar de determinada manera ante el objeto: acercarse a él, rehuirlo, etc. Por ejemplo, la actitud ante un candidato político incluye las opiniones referentes a él: sus cualidades y postura frente a cuestiones de suma importancia, las expectativas respecto a cómo votará en tales cuestiones. También albergamos ciertos sentimientos hacia el candidato (simpatía, aversión, confianza o desconfianza) y estamos inclinados a observar ciertas conductas con él: votar por él o en contra de él, aportar dinero para su campaña, asistir o no a las reuniones con él, etc.

Como veremos en seguida, existe una fuerte tendencia a que estos tres aspectos de la actitud sean compatibles entre sí. Por ejemplo, si alguien nos inspira sentimientos positivos, tendremos también ideas positivas por él y nos comportaremos en forma positiva. Pero ello no significa que nuestro comportamiento refleje exactamente nuestra actitud. Examinemos más a fondo el nexo entre ambas.

Actitudes y conducta

La relación entre actitudes y conducta no siempre es sencilla. En un conocido estudio efectuado a principios de la década de 1930, R. T. LaPiere (1934) recorrió Estados Unidos con un matrimonio oriental, en una época en que el prejuicio contra los orientales era todavía muy fuerte en el país.



La actitud hacia un candidato político incluye las convicciones personales, los sentimientos y tendencias conductuales por él. Estos tres factores suelen ser congruentes entre sí.

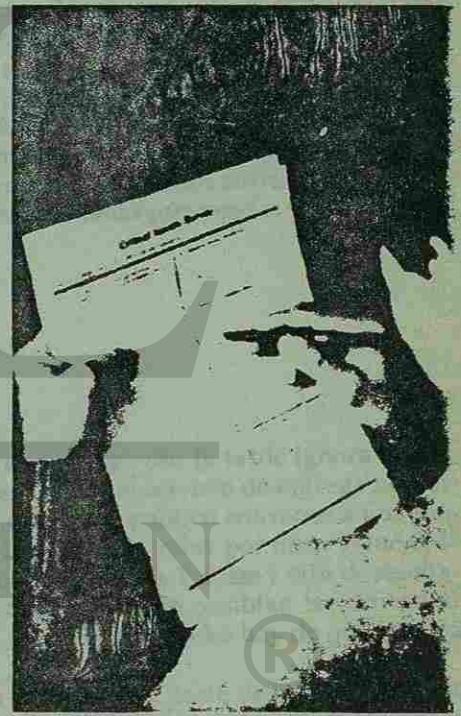
LaPiere descubrió que les negaron servicios sólo en 1 de los 250 hoteles y restaurantes que visitaron. Al cabo de seis meses, LaPiere envió un cuestionario a esos establecimientos, preguntándoles si darían servicio a los chinos. La mayor parte contestó que no lo darían. Llegó a la conclusión por eso que las actitudes no son predictores confiables del comportamiento verdadero. Esta conclusión la apoyaron otros trabajos posteriores dedicados a la relación existente entre actitudes y conducta (Wicker, 1969).

Pero Fishbein y Ajzen (1975) señalan que el débil nexo entre unas y otras puede deberse a una medición incorrecta de las actitudes, de las conductas o de las dos. Así, LaPiere midió las actitudes ante los chinos en general y luego se valió de los resultados para predecir una conducta específica. Si hubiera preguntado acerca de las actitudes hacia determinados chinos que viajaban con él y no acerca de ese grupo étnico en general, hubiera sido mayor la correlación entre ambas variables.

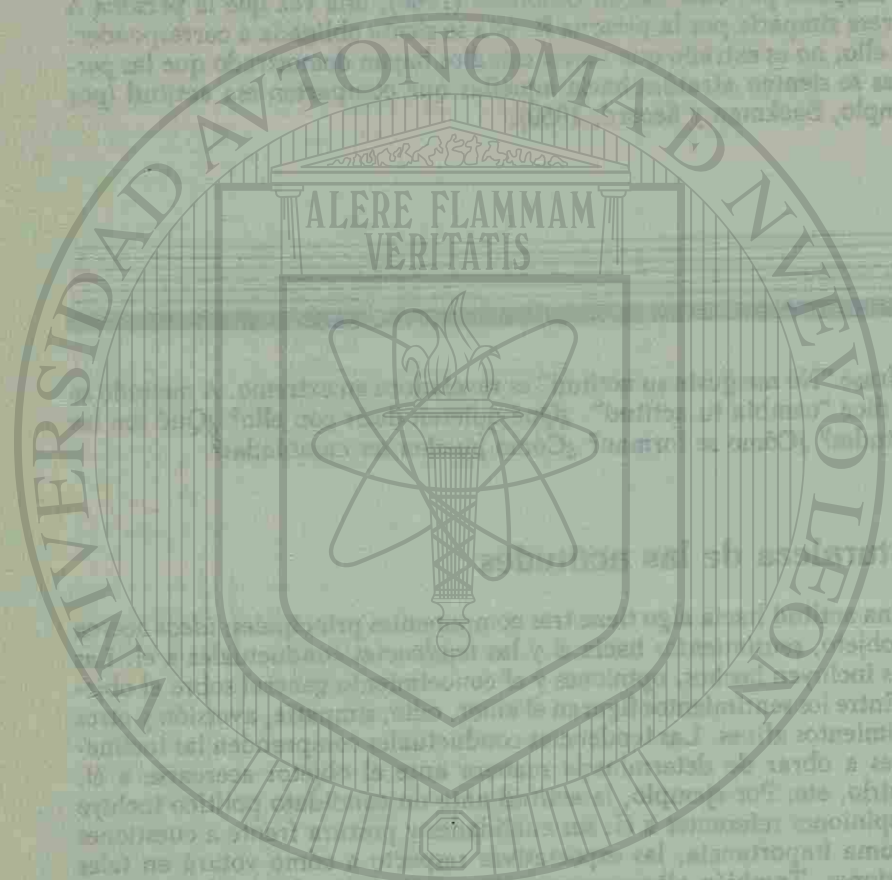
Otros investigadores señalan que el comportamiento recibe el influjo de muchos factores además de las actitudes. Por ejemplo, Ajzen y Fishbein (1980) afirman que el comportamiento guarda estrecha relación con las intenciones del sujeto. Y éstas a su vez no son más que una parte de sus actitudes; reflejan asimismo su aceptación de las normas, entre ellas las presiones sociales para realizar o no una acción.

Los rasgos de la personalidad son igualmente importantes. Algunos individuos ajustan sus acciones a sus actitudes (Norman, 1975). Otros tienden a contradecir su actitud a fin de portarse debidamente en una situación determinada. De ahí que las actitudes no predigan el comportamiento con igual seguridad entre todas las personas (Snyder y Tanke, 1976).

Así pues, puede predecirse el comportamiento a partir de las actitudes, pero los psicólogos han aprendido que muchas otras variables afectan al nexo existente entre uno y otras. Las intenciones, las normas sociales y el deseo de pasar sobre las propias actitudes no son más que algunos de tantos factores.



Las actitudes no predicen muy bien el comportamiento real, a menos que ambos se midan en el mismo nivel de especificidad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Desarrollo de las actitudes

¿Cómo adquirimos una actitud? ¿De dónde proviene? Muchas de las actitudes centrales proceden de la experiencia personal en los primeros años de vida. A los niños se les premia con un estímulo positivo cuando agradan a sus padres; se les castiga con la desaprobación cuando no los agradan. Estas vivencias crean en el niño actitudes positivas y negativas de gran persistencia frente a los objetos (Oskamp, 1977). Las actitudes también se forman por imitación. Los niños remedan los actos de sus padres y compañeros, con lo cual adquieren actitudes aun cuando no se trate de influir en sus ideas.

Pero los padres no constituyen la única fuente de las actitudes, y con frecuencia ni siquiera son las fuentes más persistentes en la vida de sus hijos. Los maestros, amigos e incluso los personajes famosos pueden ser más importantes. Así, si un joven se une a un grupo estudiantil, posiblemente modele su comportamiento y actitudes ajustándolos a los de los miembros. Si una joven idolatra a una de sus maestras, tal vez adopte muchas de las actitudes de ella respecto a cuestiones debatidas, aun cuando van en contra de la opiniones de sus padres.

También la televisión y la prensa ejercen profundo impacto sobre la formación de actitudes en la sociedad moderna. La televisión nos bombardea con mensajes y no sólo mediante comerciales sino en formas más sutiles: la violencia como parte de la vida normal... las mujeres están subordinadas al hombre... sin posesiones la vida es vacía y así nos imponen otros estereotipos. De manera análoga, Hartmann y Husband (1971) han demostrado que sin experiencia personal, los niños toman sus actitudes sociales a partir de lo que ven en la televisión. Observaron que los niños de raza blanca en Inglaterra que tenían poco contacto con personas de otra raza tendían a asociar las relaciones con los conflictos y hostilidad más a menudo que los que vivían en vecindarios integrados. El primer grupo no tenía más información que la que proporcionaban los noticieros de la televisión, los cuales se centraban en los problemas provocados por la integración.



Las actitudes resultan a veces de la imitación. Los hijos con frecuencia adoptan las actitudes de sus padres, aun cuando éstos no hagan el menor intento por influir en sus opiniones.

Cambio de actitud

Un hombre que ve la televisión el domingo por la tarde ignora los numerosos comerciales de cerveza, pero anota el servicio de entrega nocturna que ve en los anuncios. El mismo discurso político convence a una mujer de votar por un candidato y a la vecina de votar por otro. ¿Qué es lo que hace que un intento de modificar las actitudes fracase y otro dé resultado? En términos más generales ¿cómo y por qué cambian las actitudes? ¿Cuándo resistimos al cambio? ¿Y qué probabilidades hay de que nuestra resistencia tenga éxito?

Las respuestas a tales preguntas dependen en parte de la técnica que se utilice para cambiar nuestras actitudes. Primero examinaremos los intentos de modificarlas con diversas clases de mensajes persuasivos.

ENFOQUE INFORMACIONAL. Aunque todos somos bombardeados por tentativas de modificar nuestras conductas ante cosas que incluyen desde el aborto hasta la pasta dental, pocos de los métodos aplicados por los grupos de interés y las agencias de publicidad llegan a tener éxito. Ello se debe ante todo a nuestra capacidad de desatender lo que no queremos

dir. Brock y Balloun (1967) descubrieron que los sujetos tendían a escuchar los mensajes de apoyo que los de no apoyo. Kleinhehlik y Edwards (1975) fueron un poco más allá. Observaron que la gente escucha incluso el segundo tipo de mensajes mientras sean fáciles de rebatir. Pero desatienden los que les cuesta mucho rechazar.

Aun cuando presten atención a un mensaje, depende de varios factores la probabilidad de que cambien sus actitudes. En parte la eficacia del mensaje se basa en su fuente. La credibilidad de la fuente es especialmente importante. Una fuente puede tener mayor experiencia o confiabilidad que otra y ser más creíble (Hass, 1981). Por ejemplo, hay menores probabilidades de que cambiemos nuestra actitud ante los esfuerzos de la industria petrolera si el presidente de una gran refinería nos habla de ellos que si oímos la misma información de una comisión imparcial designada para estudiar el problema.

La investigación reciente indica que la credibilidad de la fuente reviste la máxima importancia cuando no estamos inclinados a prestar atención al mensaje (Petty y Cacioppo, 1981; Cooper y Croyle, 1984). En los casos en que nos interesa el mensaje, éste influye mucho en la posibilidad de que modifiquemos las actitudes. Por ejemplo, cuantas más razones aporte en favor de una posición, mayor será su eficacia (Calder, Insko y Yandell, 1974). Por otra parte, las audiencias que están familiarizadas con un tema parecen responder mejor a argumentos ligeramente nuevos que los que los han escuchado ya muchas veces.

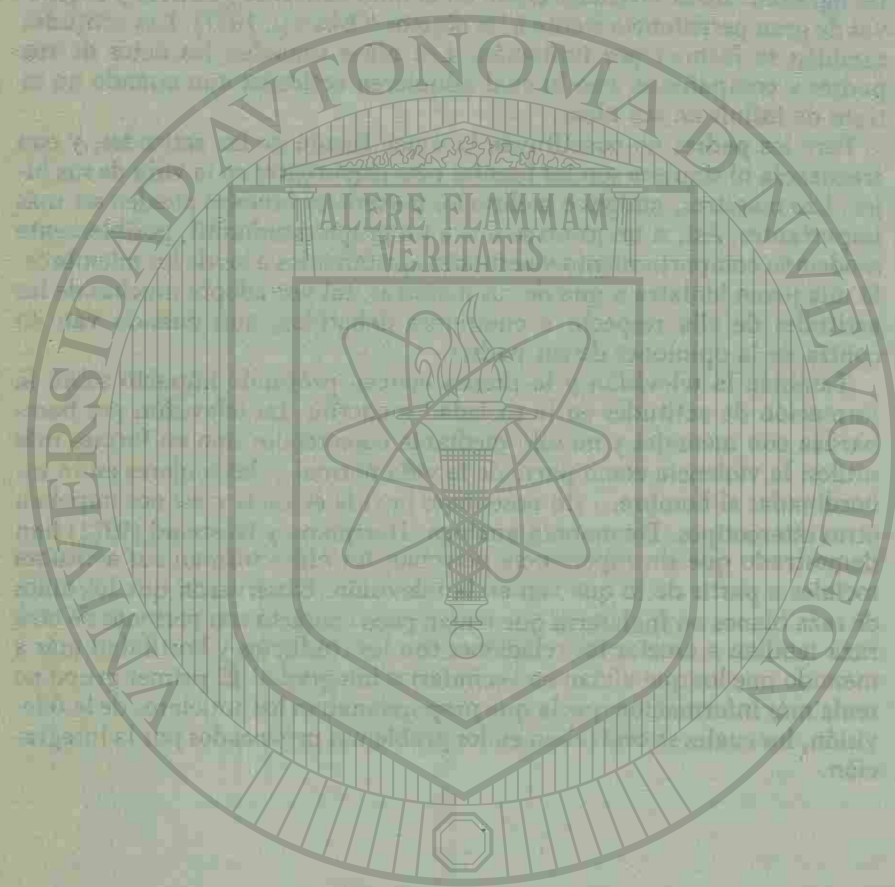
Otro importante aspecto del mensaje es el miedo. La investigación ha demostrado que éste es un elemento eficaz en los esfuerzos por convencer al público de que se vacune contra el tétano (Dabbs y Leventhal, 1966), para conducir con prudencia (Leventhal y Niles, 1965) y observar una buena higiene dental (Evans y otros, 1970). Pero el exceso de miedo puede asustar tanto al público que el mensaje produzca poco efecto (Worchel y Cooper, 1984).

Una cuestión que ha sido objeto de exhaustivas investigaciones es la decisión de incluir los argumentos en favor y en contra. Los datos revelan que los argumentos que presentan sólo un aspecto y los que presentan los dos son igualmente persuasivos. Pero la presentación de ambos aspectos generalmente hace más imparcial al expositor y, en consecuencia, aumenta su credibilidad.

La organización de un mensaje y del medio con que se transmite influye en su impacto. Al presentar dos aspectos de una cuestión, casi siempre conviene exponer primero el que queremos sostener. Pero si transcurre demasiado tiempo entre la exposición de ambas posturas, la audiencia tiende a recordar mejor la que oye al final. En tal caso conviene explicar al final nuestra postura (Miller y Campbell, 1959). En cuanto a la selección del medio, la escritura parece ser más idóneo para lograr que la gente comprenda los argumentos complejos. Las presentaciones mediante videotapes o en vivo dan mejores resultados cuando se trata de persuadir al público una vez que ha entendido un argumento (Chaiken y Eagly, 1976).

En general, los factores más importantes en el cambio de actitudes son los que se relacionan con la audiencia, aunque a veces resulten difíciles de controlar.

El *compromiso personal* de la audiencia con sus actitudes presentes es decisivo. El que acaba de hacer una gira pronunciando discursos en defensa de leyes más liberales del aborto tenderá menos a modificar su actitud ante la cuestión que quien nunca ha manifestado públicamente su opinión al respecto. Asimismo, una persona cuyas actitudes comparten otros es menos vulnerable al cambio de actitud. Más aún, si la actitud fue inculcada en la niñez por grupos importantes como la familia, hasta los asaltos masivos pueden fracasar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS



Disonancia cognoscitiva
Incongruencia percibida entre
dos cogniciones.

Otro factor de la audiencia es la *discrepancia* entre los contenidos del mensaje y las actitudes actuales de la audiencia. Hasta cierto punto, cuanto más grande sea la diferencia entre uno y otras, mayores probabilidades habrá de un cambio de actitud. Pero si la discrepancia es excesiva, la audiencia rechazará la nueva información por completo. Dentro de este contexto la pericia del comunicador tiene mucha importancia. La influencia crece con el tamaño de la discrepancia sólo cuando el expositor pasa por ser un experto (Worchel y Cooper, 1984).

Varias características personales, entre otras los aspectos de la personalidad, tienden también a hacer a algunos más susceptibles al cambio de actitudes. Los que tienen poca autoestima son más influenciados, en especial cuando el mensaje es complejo y difícil de entender. Los muy inteligentes suelen resistir la persuasión porque fácilmente piensan en argumentos opuestos. Cuando el mensaje es intrincado, sólo los muy inteligentes están en condiciones de entenderlo y, por lo mismo, de recibir su influencia.

Tradicionalmente se considera a las mujeres más fáciles de influir que los hombres. Una reseña de las investigaciones sobre este punto demuestra que eso ocurre sólo cuando los hombres son los que llevan a cabo los trabajos de investigación; de lo contrario no se dan diferencias en la persuasibilidad (Eagly, 1978). Eagly explica tal discrepancia señalando que los experimentadores tienden a utilizar materiales desconocidos para las mujeres, con lo cual hacen que parezcan más susceptibles al cambio de actitud en general.

Así pues, en teoría las actitudes son susceptibles al cambio, aunque en realidad sea muy difícil modificarlas. Por fortuna para los anunciantes, políticos y otros, el cambio de actitud no es tan importante como el de la conducta: comprar la marca X, votar por Juan Pérez. De hecho, en muchas ocasiones es posible modificar directamente el comportamiento y luego lograr el cambio de actitud una vez preparado así el terreno. A continuación examinaremos más detenidamente cómo el comportamiento puede afectar a las actitudes.

EL ENFOQUE DE CONSISTENCIA COGNOSCITIVA. Uno de los métodos más fascinantes que ayudan a comprender el cambio de actitud es la teoría de la *disonancia cognoscitiva*, formulada por Leon Festinger (1957). Existe disonancia cognoscitiva cada vez que alguien tiene dos cogniciones contradictorias al mismo tiempo. Según esta hipótesis, una cognición es un conocimiento sobre algo. "No voy a películas violentas" es una cognición. Y también lo es "Ayer fui a ver una película de Hitchcock". Estas dos cogniciones son disonantes: cada una significa lo contrario de la otra. En opinión de Festinger, la disonancia cognoscitiva crea una tensión psíquica, y la tensión hace que el individuo trate de resolverla en alguna forma.

En ocasiones el cambio de actitud representa el medio más sencillo de reducir el malestar provocado por la disonancia. No podemos cambiar el hecho de haber visto una película violenta. Por ello es más fácil modificar la actitud ante esa clase de películas. La nueva actitud encaja bien con el comportamiento.

Es importante señalar que la conducta discrepante no produce necesariamente un cambio de conducta. Hay otras maneras en que puede atenuarse la disonancia cognoscitiva. Una de ellas consiste en *aumentar el número de elementos consonantes*, o sea de pensamientos que apoyan una u otra cognición disonante. Así, podemos observar que la película fue una buena inversión puesto que se exhibió en un cine barato, necesitábamos salir solos un rato y la película seguramente nos enseñó un poco de psicología anormal. Ahora la acción discrepa menos con la actitud frente a las películas violentas. Otra opción consiste en *reducir lo importante de uno o de ambos elementos cognoscitivos*. "Tan sólo quería ver y asegurar-

me de que no me gusta esa clase de películas. Y tenía razón: no me gustan." Al aminorar la importancia de la conducta, atenuamos la disonancia.

Hasta ahora en la exposición no hemos tenido presente una pregunta de gran importancia: ¿Por qué querría alguien realizar un comportamiento contrario a su actitud? Una respuesta es que la disonancia cognoscitiva forma parte de la vida diaria. Así, el mero hecho de escoger entre dos o más alternativas deseables da origen siempre a disonancia. Supongamos que el lector se encuentra en el mercado en busca de una máquina de escribir, pero no acierta a decidirse entre una Olympia y una Underwood. Si escoge la primera, todas sus características malas y las cualidades de la Underwood contribuyen a crear disonancia (Worchel y Cooper, 1979). Una vez escogida la Olympia, un medio de reducir la disonancia consistiría en cambiar de actitud: se pensará que la Underwood no escribe con tanta suavidad como lo había pensado y que algunas de las características negativas de la Olympia en realidad son cualidades. Otra razón por la cual se lleva a cabo el comportamiento contrario a una actitud es que se siente llevado a ello. Acaso alguien nos ofrezca un pequeño soborno o premio: "Te pagaré un dólar si ensayas mi producto". Es curioso señalar que, cuanto más cuantioso sea el premio, menores probabilidades hay de que se produzca un cambio de actitud. Cuando los premios son grandes, la disonancia es mínima y también lo es el cambio de actitud, si es que se da. Por lo visto, cuando se convence a la gente de que hay buenas razones para efectuar un acto discrepante, experimenta poca disonancia y sus actitudes rara vez se modifican, aunque su conducta cambie durante un tiempo. Sin embargo, si el premio es pequeño, apenas lo suficiente para provocar un acto que se opone a la actitud, la disonancia será enorme, aumentando al máximo las posibilidades del cambio de actitud. Lo importante es lograr que se consuma el comportamiento discrepante y, a la vez, conseguir que el individuo se sienta personalmente responsable del acto disonante. De ese modo tenderá a modificar sus actitudes si piensa que lo obligaron a obrar en una forma que contradice sus convicciones (Cooper, 1971; Kelman, 1974).

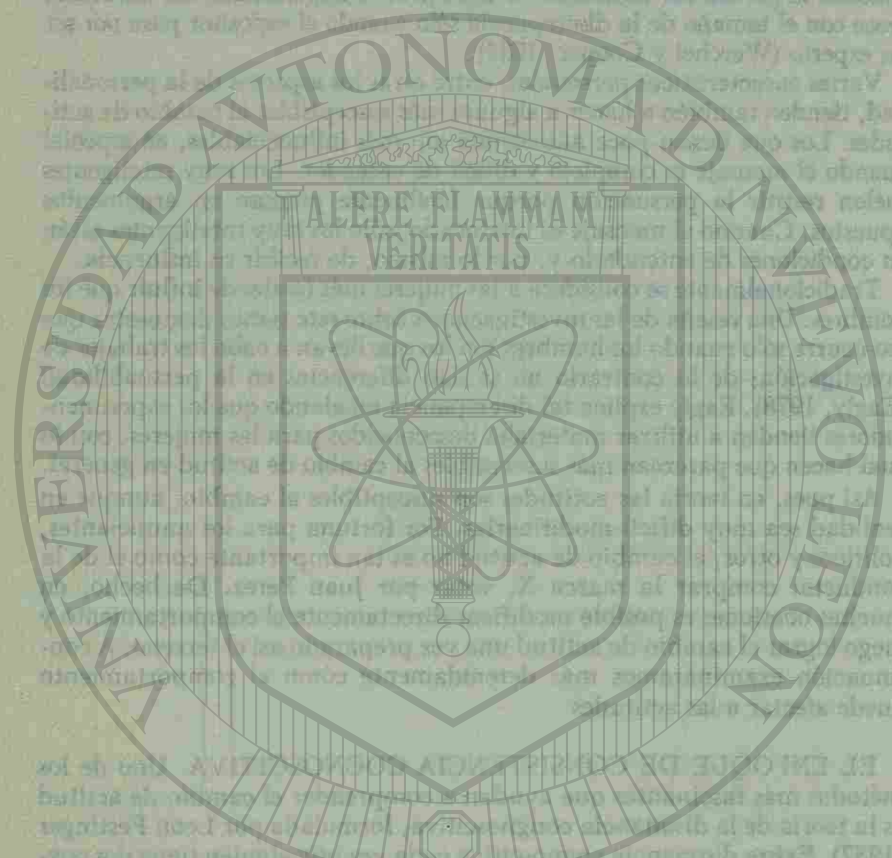
Influencia social Acciones realizadas por una o más personas para cambiar las actitudes, comportamiento o sentimientos de uno o más individuos.

Influencia social

Para el psicólogo social, la **influencia social** designa "las acciones realizadas por una o más personas para cambiar las actitudes, comportamiento o sentimientos de uno o más individuos" (Baron y Byrne, 1981, p. 229). En la sección anterior hemos estudiado una modalidad de influjo social: el cambio de actitud. En esta sección nos concentraremos en el control directo de la conducta por los otros, prescindiendo de las actitudes latentes.

Conformismo

Conformarse es optar por someterse a las normas sociales, que son ideas y expectativas comunes respecto a cómo se conducen los integrantes de un grupo. Algunas normas han sido incorporadas al derecho, y otras muchas son expectativas no escritas, las cuales se imponen por medio de bromas, ceños, ostracismos y otros medios informales de castigo. Sin normas la vida



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me de que no me gusta esa clase de películas. Y tenía razón: no me gustan." Al aminorar la importancia de la conducta, atenuamos la disonancia.

Hasta ahora en la exposición no hemos tenido presente una pregunta de gran importancia: ¿Por qué querría alguien realizar un comportamiento contrario a su actitud? Una respuesta es que la disonancia cognoscitiva forma parte de la vida diaria. Así, el mero hecho de escoger entre dos o más alternativas deseables da origen siempre a disonancia. Supongamos que el lector se encuentra en el mercado en busca de una máquina de escribir, pero no acierta a decidirse entre una Olympia y una Underwood. Si escoge la primera, todas sus características malas y las cualidades de la Underwood contribuyen a crear disonancia (Worchel y Cooper, 1979). Una vez escogida la Olympia, un medio de reducir la disonancia consistiría en cambiar de actitud: se pensará que la Underwood no escribe con tanta suavidad como lo había pensado y que algunas de las características negativas de la Olympia en realidad son cualidades. Otra razón por la cual se lleva a cabo el comportamiento contrario a una actitud es que se siente llevado a ello. Acaso alguien nos ofrezca un pequeño soborno o premio: "Te pagaré un dólar si ensayas mi producto". Es curioso señalar que, cuanto más cuantioso sea el premio, menores probabilidades hay de que se produzca un cambio de actitud. Cuando los premios son grandes, la disonancia es mínima y también lo es el cambio de actitud, si es que se da. Por lo visto, cuando se convence a la gente de que hay buenas razones para efectuar un acto discrepante, experimenta poca disonancia y sus actitudes rara vez se modifican, aunque su conducta cambie durante un tiempo. Sin embargo, si el premio es pequeño, apenas lo suficiente para provocar un acto que se opone a la actitud, la disonancia será enorme, aumentando al máximo las posibilidades del cambio de actitud. Lo importante es lograr que se consuma el comportamiento discrepante y, a la vez, conseguir que el individuo se sienta personalmente responsable del acto disonante. De ese modo tenderá a modificar sus actitudes si piensa que lo obligaron a obrar en una forma que contradice sus convicciones (Cooper, 1971; Kelman, 1974).

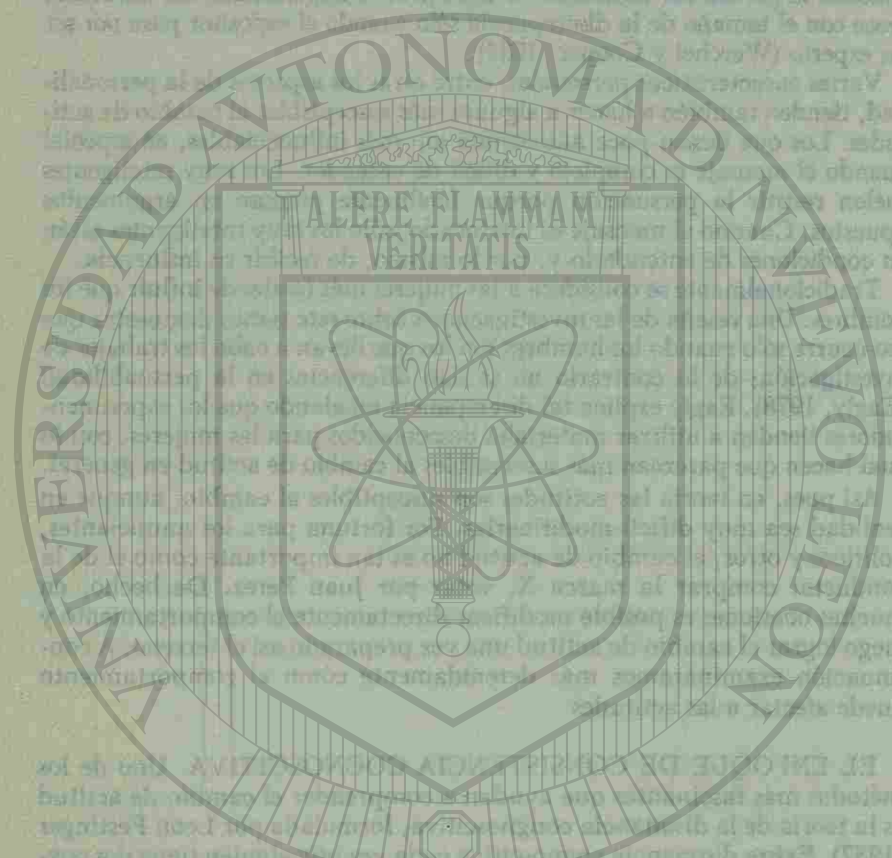
Influencia social Acciones realizadas por una o más personas para cambiar las actitudes, comportamiento o sentimientos de uno o más individuos.

Influencia social

Para el psicólogo social, la **influencia social** designa "las acciones realizadas por una o más personas para cambiar las actitudes, comportamiento o sentimientos de uno o más individuos" (Baron y Byrne, 1981, p. 229). En la sección anterior hemos estudiado una modalidad de influjo social: el cambio de actitud. En esta sección nos concentraremos en el control directo de la conducta por los otros, prescindiendo de las actitudes latentes.

Conformismo

Conformarse es optar por someterse a las normas sociales, que son ideas y expectativas comunes respecto a cómo se conducen los integrantes de un grupo. Algunas normas han sido incorporadas al derecho, y otras muchas son expectativas no escritas, las cuales se imponen por medio de bromas, ceños, ostracismos y otros medios informales de castigo. Sin normas la vida



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Conformismo Sumisión voluntaria a las normas sociales, aun a costa de las propias preferencias.

social sería un caso. Y con ellas los actos ajenos se tornan muy predecibles no obstante las enormes diferencias de sus actitudes y preferencias.

La generalidad de los casos de uniformidad no son casos de conformismo. Por ejemplo, millones de estadounidenses toman café por las mañanas, pero no lo hacen para conformarse, sino porque han aprendido a gustarlo y lo quieren tomar. La conformidad supone un conflicto entre el individuo y el grupo, un conflicto que aquél resuelve renunciando a sus preferencias o convicciones para someterse a las normas o expectativas de un grupo más numeroso.

Desde los primeros años del decenio de 1950, cuando Solomon Asch llevó a cabo su primer estudio controlado sobre el tema, la conformidad ha sido objeto de investigaciones en la psicología social. En una serie de experimentos Asch demostró que, en algunas circunstancias, el hombre se somete a las presiones del grupo aun cuando ello equivalga a negar las pruebas físicas. Sus estudios probaron abiertamente el juicio visual. A los participantes se les pidió seleccionar en una tarjeta con varias líneas de diferentes longitudes la que se pareciera más a la línea de una tarjeta de referencia (véase la figura 16-2). Las líneas se trazaron de manera deliberada de modo que la comparación era evidente y también la elección correcta. Todos los sujetos, menos uno, eran cómplices del experimentador. En algunos ensayos ellos dieron intencionalmente una misma respuesta errónea. Esto puso en aprietos al sujeto. ¿Debía conformarse a lo que sabía que era una decisión errónea o concordar con el grupo y negar la evidencia de sus sentidos? ¿O bien debía disentir del grupo y no conformarse?

La mayor parte de los sujetos optó por conformarse aproximadamente 35% de las veces. Hubo notables diferencias individuales, y en trabajos posteriores los experimentadores descubrieron que dos clases de factores influyen en la probabilidad de que nos conformemos: las características de la situación y las del individuo. El tamaño del grupo constituye una variable situación que ha sido estudiada exhaustivamente. Asch (1951) des-

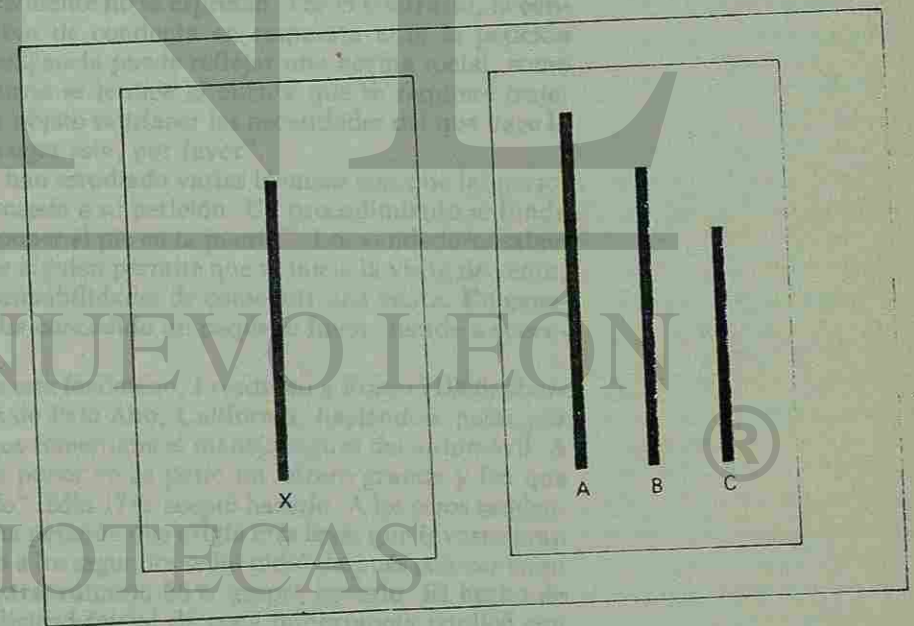
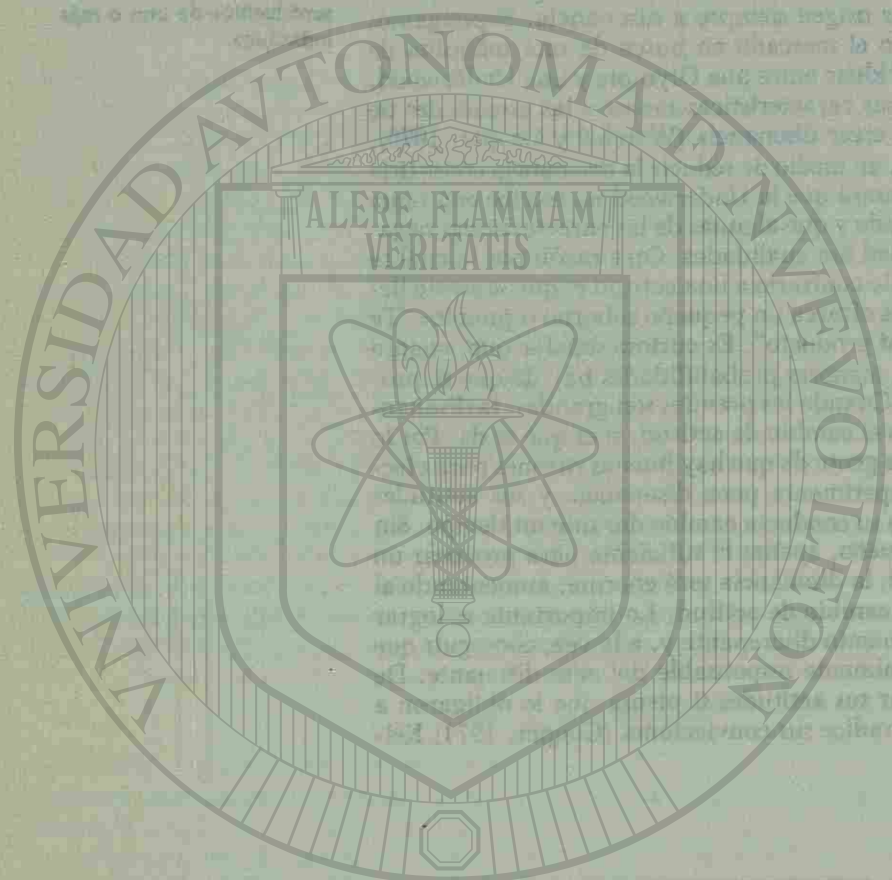


Figura 16-2

En el experimento de Asch sobre el conformismo, a los sujetos les mostró una tarjeta de referencia como la de la izquierda, y luego les pidió indicar cuál de las tres líneas en la tarjeta de la derecha se parecía más a ella.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cubrió que la probabilidad de conformidad aumentaba con el tamaño del grupo hasta que estuvieron presentes cuatro cómplices del investigador. Después de ese momento, el número de otros no influía en la tendencia de los sujetos a ignorar la evidencia de sus propios ojos. Otro factor muy importante es el grado de unanimidad del grupo. Si sólo un cómplice violaba la unanimidad perfecta de la mayoría dando la respuestas correctas, la conformidad entre los sujetos de los experimentos de Asch disminuyeron de un promedio de 35% hasta cerca de 25% (Asch, 1965). Por lo visto, el hecho de tener sólo un "aliado" atenúa la presión del sujeto para conformarse. No es necesario que el aliado comparta el punto de vista del sujeto. Basta romper la unanimidad de la mayoría para reducir la conformidad (Allen y Levine, 1971).

La naturaleza de la tarea es otra variable situacional que afecta a la conformidad. Por ejemplo, se ha demostrado que ésta varía según la dificultad y ambigüedad de la tarea. Cuando se trata de una tarea difícil o mal definida, la conformidad suele ser mayor (Blake, Helson y Mouton, 1956). En una situación ambigua, los individuos están menos seguros de su punto de vista y más dispuestos a conformarse al de la mayoría.

También las características personales repercuten en la conducta de conformidad. Cuanto más se sienta atraído al grupo un individuo, cuanto más interactúe con él en el futuro, cuanto más bajo sea su status en el grupo y se sienta completamente aceptado por él, más tenderá a conformarse (Worchel y Cooper, 1979). El miedo al rechazo evidentemente motiva la conformidad cuando alguien obtiene elevadas puntuaciones en una o más de esta variables.

Condescendencia

El conformismo (conformidad) es una respuesta a la presión ejercida por las normas que generalmente no se expresan. Por el contrario, la **condescendencia** es un cambio de conducta en respuesta ante la petición explícita de alguien. La exigencia puede reflejar una norma social, como cuando en un club nocturno se le dice al cliente que se requiere traje. También puede tener por objeto satisfacer las necesidades del que hace la petición: "Ayúdeme a recoger esto, por favor".

Los psicólogos sociales han estudiado varias técnicas con que las personas logran que la gente acceda a su petición. Un procedimiento se funda en el llamado "efecto de poner el pie en la puerta". Los vendedores saben que en el momento en que alguien permite que se inicie la visita de venta, mejoran muchísimo las probabilidades de conseguir una venta. En general, una vez que alguien ha concedido un pequeño favor, tiende a conceder uno más importante.

En el famoso estudio de este fenómeno, Freedman y Fraser (1966) abordaron a ciertos residentes de Palo Alto, California, haciéndose pasar por miembros de un comité que fomentaba el manejo seguro del automóvil. A los residentes les pidieron poner en su patio un letrero grande y feo que decía "Maneje con cuidado". Sólo 17% aceptó hacerlo. A los otros residentes se les solicitó firmar una petición que exigía más leyes que favorecieran el manejo seguro. Cuando a los segundos se les pidió después colocar en su patio el letrero feo, un extraordinario 55% aceptó hacerlo. El hecho de condescender con una solicitud inicial de poca importancia triplicó con creces el porcentaje de aceptación de la solicitud mayor.

No se sabe por qué esta técnica da excelentes resultados. Una posibilidad estriba en que aceptar un acto parcial (firmar una petición) cambia ligeramente la autopercepción del sujeto. Cuando se le hace una solicitud

Condescendencia Un cambio de conducta en respuesta a un petición explícita de otra persona o grupo.

En el experimento de Asch sobre el conformismo, a los sujetos se mostró una tarjeta de tarjetón como la de la izquierda, y luego les pidió indicar cuál de las tres líneas en la derecha se parecía más a ella.

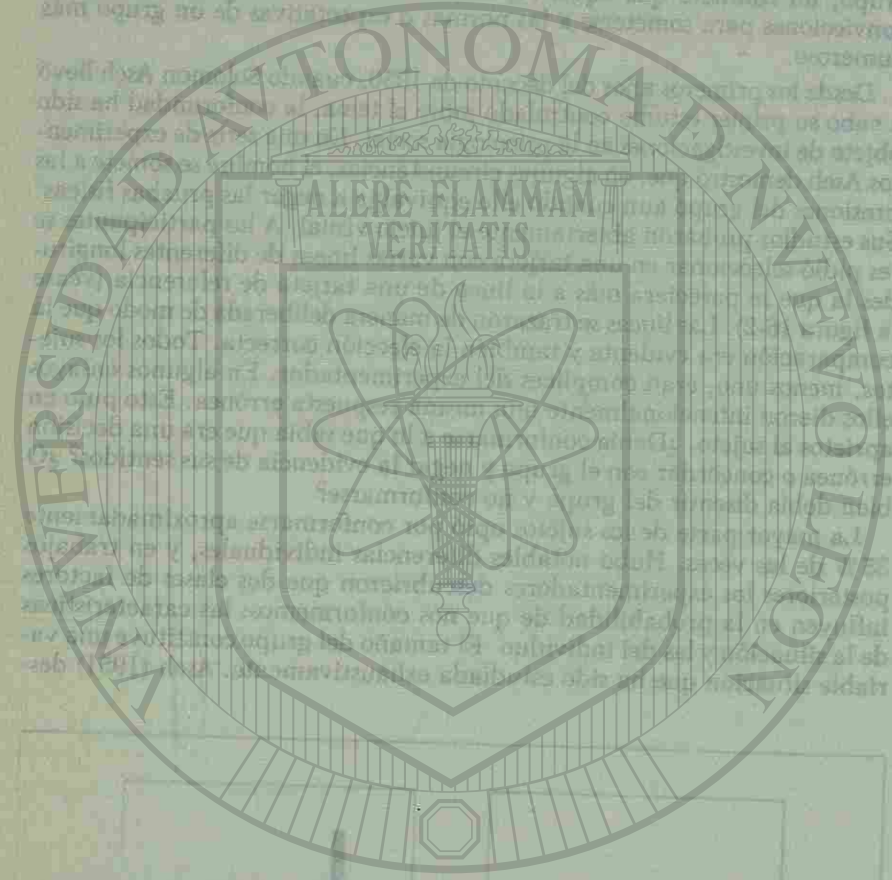


Figura 16-3 En el experimento de Asch sobre el conformismo, a los sujetos se mostró una tarjeta de tarjetón como la de la izquierda, y luego les pidió indicar cuál de las tres líneas en la derecha se parecía más a ella.

Obediencia Cambio de conducta en respuesta a una orden de otra persona, generalmente una figura de autoridad.



El vendedor domiciliario sabe que, una vez que el cliente ha accedido a una petición pequeña, seguramente accederá a otra más importante.

más comprometedora, se siente obligado a aceptarla (Synder y Cunningham, 1975). Otra explicación es que el sujeto se siente mejor al ayudar en situaciones luego que se le ha pedido aceptar un compromiso de poca monta (Rittle, 1980).

Otro truco de los vendedores es el "procedimiento de gancho" (Cialdini, Cacioppo, Bassett y Miller, 1978). El primer paso de este método consiste en lograr que el cliente acceda a hacer algo. El segundo consiste en elevar el costo de aceptación luego de haberse comprometido a cierta conducta. Entre los vendedores de autos, esta táctica funciona así: el distribuidor persuade al cliente a que compre un automóvil nuevo rebajando el precio mucho más que los competidores. Una vez que el cliente ha aceptado adquirirlo, cambia repentinamente las condiciones de la venta elevando el precio muy por encima del valor de mercado. Una técnica es disminuir el valor de cambio prometido por el gerente de autos usados. Pese a los costos adicionales, muchos clientes cumplen su compromiso inicial y compran un automóvil.

En ciertas circunstancias el que se negó a acceder a una solicitud tenderá a acceder a la segunda. A este fenómeno se le denomina "efecto de la puerta en las narices" (Cialdini y otros, 1975). En un estudio, los investigadores abordaron a un grupo de estudiantes y les pidieron tomar un compromiso demasiado difícil: ¿aceptarían orientar a jóvenes delincuentes en un centro de reeducación durante 2 años? Casi todos se negaron, o sea "le dieron con la puerta en las narices" al investigador que hizo la solicitud. Muchos de ellos aceptaron de inmediato cuando les pidió tomar un compromiso mucho más sencillo: supervisar a unos niños durante una visita al zoológico. El efecto de la puerta en las narices ocurre porque los sujetos piensan que la petición más fácil es una concesión del experimentador y se sienten presionados a corresponder (Deaux y Wrightsman, 1984).

Obediencia

La condescendencia consiste en aceptar un cambio de conducta en respuesta a una petición. La **obediencia** es la aceptación de una orden. A semejanza de la condescendencia, es una respuesta a un mensaje explícito; sólo que en este caso el mensaje es una orden directa y generalmente proviene de una persona de autoridad como un policía, el director de una escuela, un progenitor o de quien cuenta con medios para hacer cumplir su voluntad. La obediencia es la influencia social en su manifestación más notoria y poderosa.

Varios estudios de Stanley Milgram citados en el capítulo 1 muestran hasta qué punto llega la gente con tal de obedecer a una persona de autoridad (Milgram, 1963). Milgram dijo a sus sujetos que iban a participar en un experimento cuya finalidad era probar los efectos que el castigo tiene en el aprendizaje. Su tarea consistía en aplicar una descarga eléctrica a otro sujeto, en realidad un cómplice del investigador, cada vez que cometiera un error durante un ensayo de aprendizaje. Las descargas aumentarían de voltaje en cada error hasta alcanzar una intensidad potencialmente letal de 450 volts. En realidad, el sujeto aprendiz (discente) no recibía descarga alguna. Cada vez que el sujeto vacilaba, el experimentador le indicaba que debía proseguir. Un impresionante 65% de los sujetos de Milgram siguieron aplicando la entera serie de descargas hasta la máxima intensidad.

¿Qué factores influyen en el grado de obediencia de la gente ante las órdenes? Los estudios en que piden a los participantes introducir una moneda en el estacionómetro, personas que usan uniforme, mostraron que un factor de gran importancia es el grado de autoridad de quien imparte una orden.

Un guardia vestido con un uniforme parecido al de la policía era obedecido con mayor frecuencia que uno vestido de lechero o de civil. Otro factor es la vigilancia. Se nos ordena hacer algo y luego no se nos insiste en que lo hagamos, habrá menores probabilidades de que lo acatemos que cuando se nos vigila. Y esto parece ser cierto sobre todo cuando la orden comporta un acto inmoral. La mayor parte de los sujetos introdujeron una moneda en el estacionómetro cuando el falso policía no estaba a la vista; pero Milgram comprobó que sus "maestros" estaban menos dispuestos a aplicar descargas fuertes cuando el experimentador salía de la pieza.

Los experimentos de Milgram revelaron otros factores que repercuten en la disposición a seguir una orden. Cuando la víctima estaba en el mismo cuarto con el maestro, la obediencia disminuía muchísimo. Si otro maestro estaba presente y se negaba a administrar las descargas, también disminuía la obediencia. Pero cuando se compartía la responsabilidad del acto y el sujeto era uno de tantos que lo realizaban, la obediencia era mucho mayor. Este principio se ejemplifica en las escuadras de ejecución.

¿Qué es lo que hace que la gente esté dispuesta a obedecer a una figura de autoridad, aun cuando ello signifique violar los propios principios? Milgram (1974) piensa que las personas se sienten obligadas con los que están en el poder: primero, porque respetan sus títulos y suponen que saben lo que están haciendo; segundo, porque a menudo tienen una arraigada confianza por esas personas y aceptan hacer cuanto les piden. Una vez que esto ocurre, los sujetos pueden experimentar un conflicto por lo que están haciendo, pero mediante la racionalización pueden "olvidarlo" y reducir al mínimo el conflicto.

Conducta de ayuda

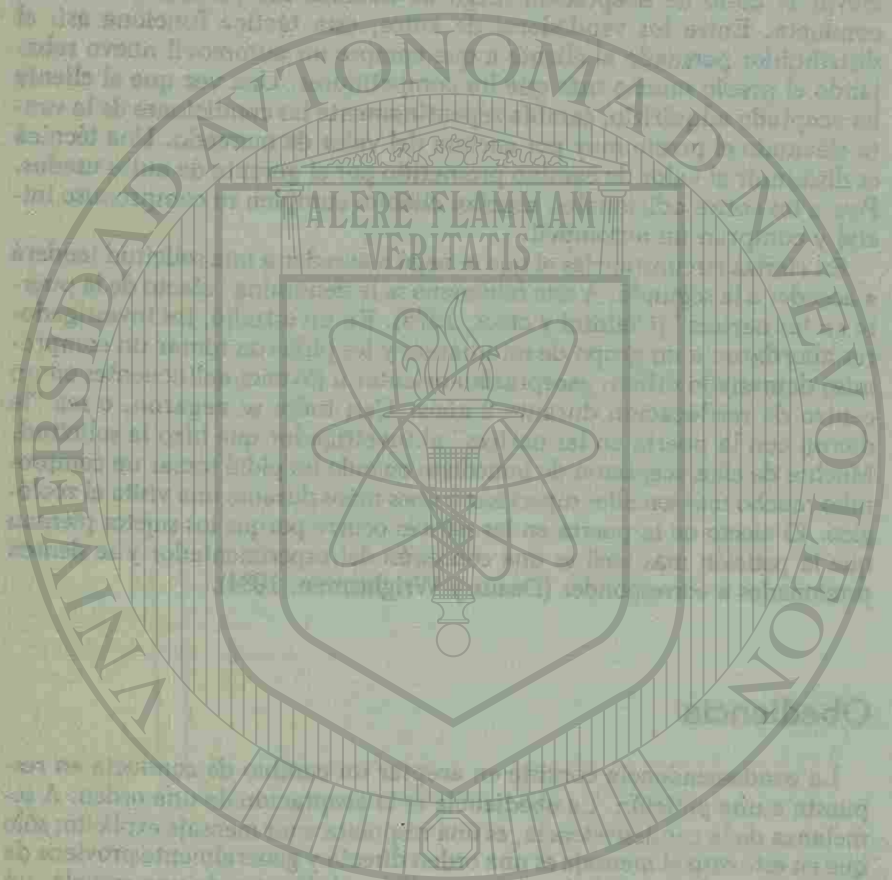
El cambio de actitud, el conformismo, la condescendencia y la obediencia no son la única manera de recibir el influjo de los demás. El deseo de ayudar es otro comportamiento susceptible a la influencia social. La forma en que tratamos a la gente se origina muchas veces en nuestros propios intereses. Ofrecemos llevar al jefe a su casa porque sabemos que la siguiente promoción depende de que le simpaticemos. Nos ofrecemos a regar el césped del vecino en su ausencia porque queremos usar su alberca. Pero si esta clase de conducta *no* está ligada a una ganancia personal, recibe el nombre de conducta altruista o de ayuda. El que actúa en forma altruista no espera reconocimiento ni premio a cambio, excepto quizá el sentimiento grato que siente al ayudar a un necesitado. Muchos actos altruistas, entre ellos los donativos de caridad, se hacen a desconocidos y de modo anónimo (Hoffman, 1977).

¿En qué condiciones suele presentarse ese comportamiento? A semejanza de otros fenómenos psicosociales, en el altruismo influyen dos conjuntos de variables: las pertenecientes a la situación y las relacionadas con el individuo.

Seguramente la más importante variable situacional es la presencia de otros. A medida que aumenta el número de espectadores pasivos, disminuye la probabilidad de que uno de ellos ayude a quien está en problemas. En un experimento, los sujetos al estar llenando un cuestionario oyeron una señal de "emergencia" en el cuarto contiguo, con golpes y gritos. De los que estaban solos, 70% prestó ayuda pero de los que estaban con el experimentador sólo 7% ofreció ayuda (Latané y Rodin, 1969).

Otro aspecto fundamental de la situación es su ambigüedad. Cualquier factor que dificulte a los demás reconocer una urgencia genuina tiende a **aminorar la probabilidad de ayuda**. Clark y Word (1974) hicieron que un

Conducta altruista o de ayuda Comportamiento o acción por parte de un individuo que no está ligada a una ganancia personal.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TECNOLÓGICAS

Desindividuación Pérdida del sentido personal de responsabilidad en un grupo.

"trabajador" cargase una escoba y unas persianas a través de una sala de espera de los sujetos. Poco después se produjo un enorme golpe. En situación tan ambigua cuanto menor era el número de espectadores, mayores probabilidades había de que el trabajador recibiera ayuda. Cuando aclaró la situación gritando que estaba lastimado, todos los sujetos sin excepción acudieron en su ayuda.

Las características personales de los espectadores es otro factor que incide en el comportamiento de ayuda. No todos ellos son igualmente propensos a ayudar a un desconocido. Según Moriarty (1975), al aumentar la responsabilidad personal que uno siente por otro se eleva la posibilidad de apoyo altruista. En su experimento los sujetos tendían más a tratar de impedir el robo de la propiedad de un desconocido si habían prometido vigilarla mientras estaba ausente que si no habían tenido contacto previo con él. El grado de empatía que nos inspira alguien también afecta a la disposición de obrar de modo altruista. Krebs (1975) descubrió que, cuando los sujetos creían que sus valores y personalidades se parecían a los de una víctima, estaban más inclinados a ayudar, aun a costa de su seguridad personal.

El estado de ánimo también es un factor decisivo. El que se encuentra en buen estado de ánimo está más dispuesto de ayudar que quien tiene un estado de ánimo neutral o negativo. Isen y Levin (1972) demostraron lo anterior dejando una moneda de 10 centavos en una cabina telefónica a fin de que el sujeto tuviera un buen estado de ánimo. Estos sujetos tendían más que los otros a ayudar a un cómplice del investigador que dejaba caer un fajo de papeles en la acera cercana a la cabina telefónica. Otro investigador afirma que las personas que temen al ridículo suelen estar menos inclinadas a ayudar (McGovern, 1976). Puede causar mucha vergüenza brindar ayuda a quien realmente no la necesita. Por último, cuando hay otros presentes, las personas que obtienen altas puntuaciones en la necesidad de aprobación tienen mayores probabilidades de actuar altruísticamente que los que logran bajas calificaciones (Satow, 1975).

Desindividuación

Hemos visto varios casos de la influencia social en los cuales la gente obra de modo distinto en presencia de otros. Quizá el caso más notable y terrible de ello sea la *conducta de la chusma*. Algunos ejemplos de violencia bien conocidos son las palizas y linchamiento de negros, el saqueo que acompaña a los tumultos y la devastación de las propiedades que ocurre en las protestas y manifestaciones pacíficas por lo demás. Después del famoso apagón en la Ciudad de Nueva York en 1977 durante el cual hubo muchos saqueos, se entrevistó a algunos de los saqueadores. Las entrevistas indicaron que muchos nunca habrían pensado en cometer tal acción de haber estado solos, y que otros se sintieron después profundamente avergonzados por su comportamiento.

Tal conducta se debe, entre otras causas, al hecho de que se pierde el sentido de la responsabilidad personal en un grupo, sobre todo en uno que esté sometido a presiones y ansiedad intensas. A esto se le llama **desindividuación** porque la gente no reacciona como individuo sino como partes anónimas de un grupo más numeroso. En general, cuanto más anónima se siente una persona dentro de un grupo, menos responsable se sentirá como individuo.

Se reclutaron grupos de cuatro mujeres para participar en un estudio que aparentemente incluía el examen de las respuestas ante desconocidos (Zimbardo, 1969). En un grupo, a las mujeres se les saludaba por su

nombre, llevaban gafetes y eran fácilmente identificadas. En otro usaban batas blancas de laboratorio que les quedaban grandes y un capucho sobre su cabeza; se asemejaban a los miembros del Ku Klux Klan y no se les podía identificar en absoluto. A los grupos se les brindó la oportunidad de aplicar descargas eléctricas a una mujer que no pertenecía al grupo. Las participantes que estaban "desindividualizadas" administraron casi el doble de descargas que las que no eran claramente identificables. Por lo visto, el hecho de estar "desindividualizadas" produjo una conducta más agresiva y hostil. Ello corrobora la hipótesis de que la pérdida del sentido de individualidad es posiblemente una de las causas centrales del comportamiento violento y antisocial que algunas veces se advierte en los grupos.

La desindividualización explica en parte la actitud de la chusma. Otro factor estriba en que, en un grupo, una persona dominante y persuasiva puede convencer a la gente a actuar mediante un "efecto de bola de nieve acumulativo": convence a unos cuantos y ellos se encargarán de convencer a los demás. Más aún, los grupos numerosos brindan protección. El anonimato dificulta hacer acusaciones. Si dos o diez personas empiezan a romper vidrios de las ventanas, sin duda serán arrestadas. Si lo hacen mil personas, muy pocos serán atrapados o castigados.

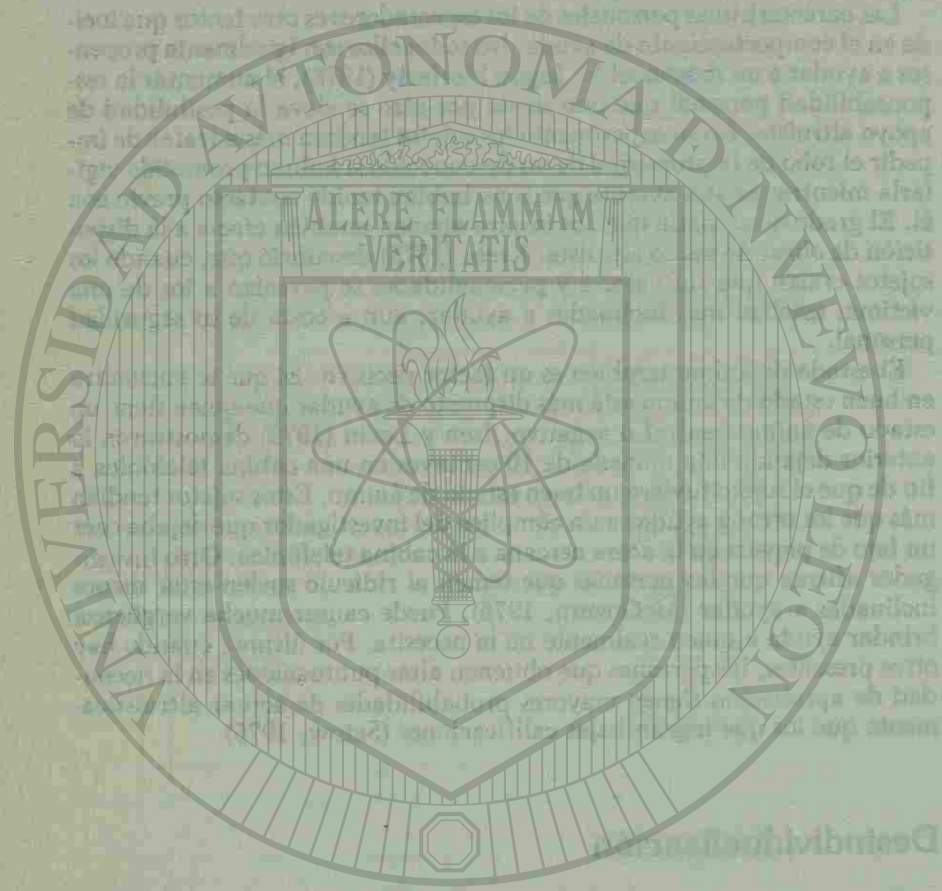
Procesos de grupo

Las diversas clases de influencia social que acabamos de comentar tienen lugar entre dos personas, en grupos de tres o más y hasta cuando no hay nadie físicamente presente. Nos abstenemos de pasear nuestro perro en el césped del vecino, obedecemos las notificaciones judiciales que recibimos por correo y acatamos las señales de tránsito aun cuando no haya nadie que imponga las normas sociales que establecen esos actos. Ahora nos ocuparemos de los procesos que no requieren la presencia de otros. En forma correcta, examinaremos procesos que suelen ocurrir cuanto las personas interactúan en grupos pequeños. Uno de los procesos de grupo más estudiados es la toma de decisiones.

Toma de decisiones en grupo

En la sociedad moderna hay la tendencia a dejar a los grupos las decisiones más trascendentes. En el mundo de los negocios las más importantes se toman en una mesa de conferencias y no en el escritorio del ejecutivo. En la política, las fundamentales rara vez se dejan al criterio de un solo individuo. Grupos de consejeros, oficiales del gabinete, integrantes de comités o ayudantes se reúnen para deliberar y determinar. En los tribunales el defensor tiene la opción de exigir un juicio por jurado y, en algunos delitos graves, este tipo de juicio lo impone la legislación. Y desde luego la Suprema Corte de Estados Unidos da decisiones de grupo en el caso de cuestiones de importancia capital.

¿Por qué tantas decisiones se dejan en manos de los grupos en vez de confiarlas a individuos? Una razón de ellos es que tendemos a suponer que los individuos que actúan por su cuenta están más propensos a correr mayores riesgos que un grupo que analice la misma cuestión. Suponemos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL D

nombre, llevaban gafetes y eran fácilmente identificadas. En otro usaban batas blancas de laboratorio que les quedaban grandes y un capucho sobre su cabeza; se asemejaban a los miembros del Ku Klux Klan y no se les podía identificar en absoluto. A los grupos se les brindó la oportunidad de aplicar descargas eléctricas a una mujer que no pertenecía al grupo. Las participantes que estaban "desindividualizadas" administraron casi el doble de descargas que las que no eran claramente identificables. Por lo visto, el hecho de estar "desindividualizadas" produjo una conducta más agresiva y hostil. Ello corrobora la hipótesis de que la pérdida del sentido de individualidad es posiblemente una de las causas centrales del comportamiento violento y antisocial que algunas veces se advierte en los grupos.

La desindividualización explica en parte la actitud de la chusma. Otro factor estriba en que, en un grupo, una persona dominante y persuasiva puede convencer a la gente a actuar mediante un "efecto de bola de nieve acumulativo": convence a unos cuantos y ellos se encargarán de convencer a los demás. Más aún, los grupos numerosos brindan *protección*. El anonimato dificulta hacer acusaciones. Si dos o diez personas empiezan a romper vidrios de las ventanas, sin duda serán arrestadas. Si lo hacen mil personas, muy pocos serán atrapados o castigados.

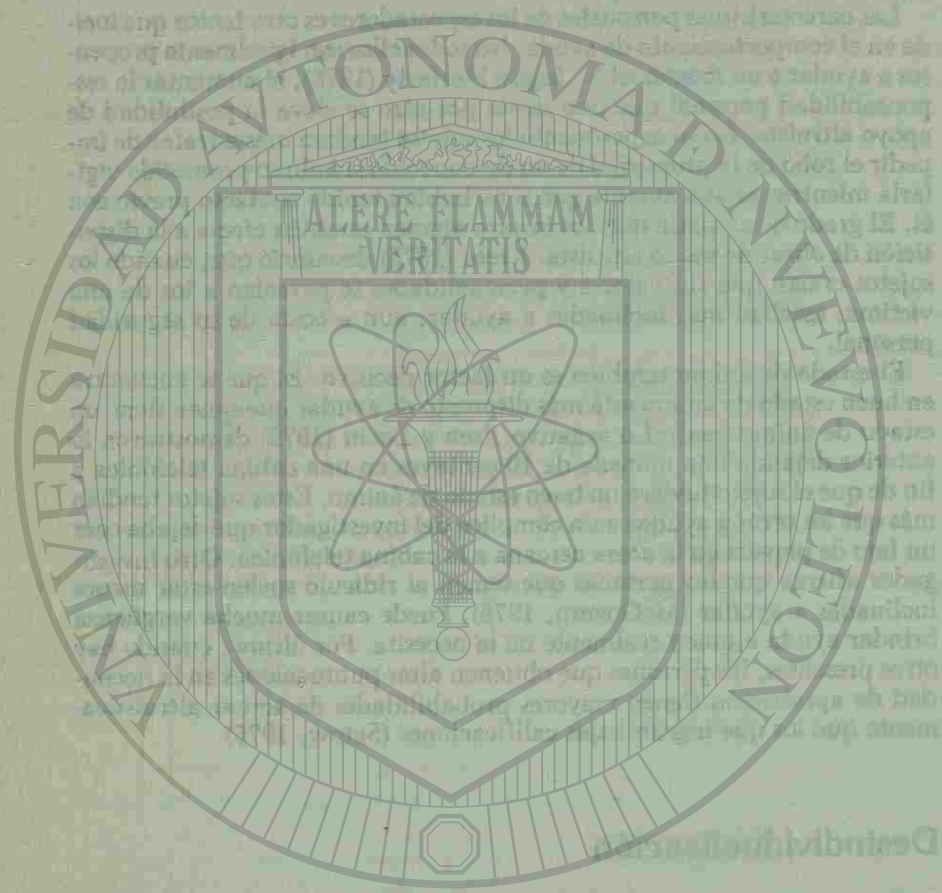
Procesos de grupo

Las diversas clases de influencia social que acabamos de comentar tienen lugar entre dos personas, en grupos de tres o más y hasta cuando no hay nadie físicamente presente. Nos abstenemos de pasear nuestro perro en el césped del vecino, obedecemos las notificaciones judiciales que recibimos por correo y acatamos las señales de tránsito aun cuando no haya nadie que imponga las normas sociales que establecen esos actos. Ahora nos ocuparemos de los procesos que no requieren la presencia de otros. En forma correcta, examinaremos procesos que suelen ocurrir cuanto las personas interactúan en grupos pequeños. Uno de los procesos de grupo más estudiados es la toma de decisiones.

Toma de decisiones en grupo

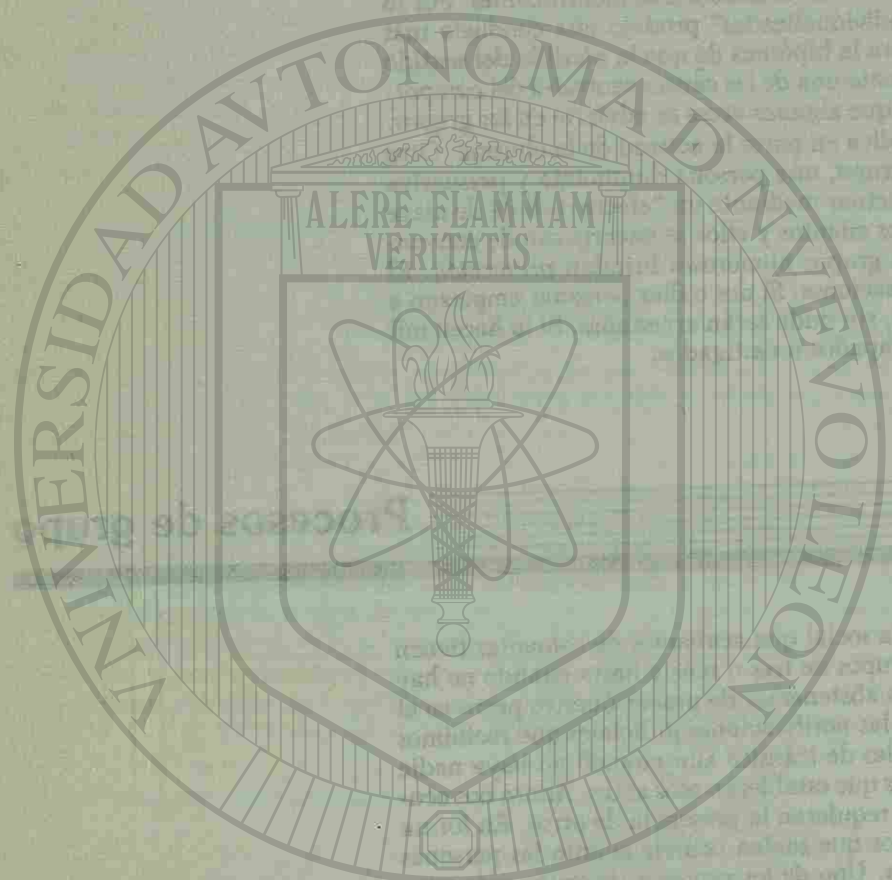
En la sociedad moderna hay la tendencia a dejar a los grupos las decisiones más trascendentes. En el mundo de los negocios las más importantes se toman en una mesa de conferencias y no en el escritorio del ejecutivo. En la política, las fundamentales rara vez se dejan al criterio de un solo individuo. Grupos de consejeros, oficiales del gabinete, integrantes de comités o ayudantes se reúnen para deliberar y determinar. En los tribunales el defensor tiene la opción de exigir un juicio por jurado y, en algunos delitos graves, este tipo de juicio lo impone la legislación. Y desde luego la Suprema Corte de Estados Unidos da decisiones de grupo en el caso de cuestiones de importancia capital.

¿Por qué tantas decisiones se dejan en manos de los grupos en vez de confiarlas a individuos? Una razón de ellos es que tendemos a suponer que los individuos que actúan por su cuenta están más propensos a correr **mayores riesgos** que un grupo que analice la misma cuestión. Suponemos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

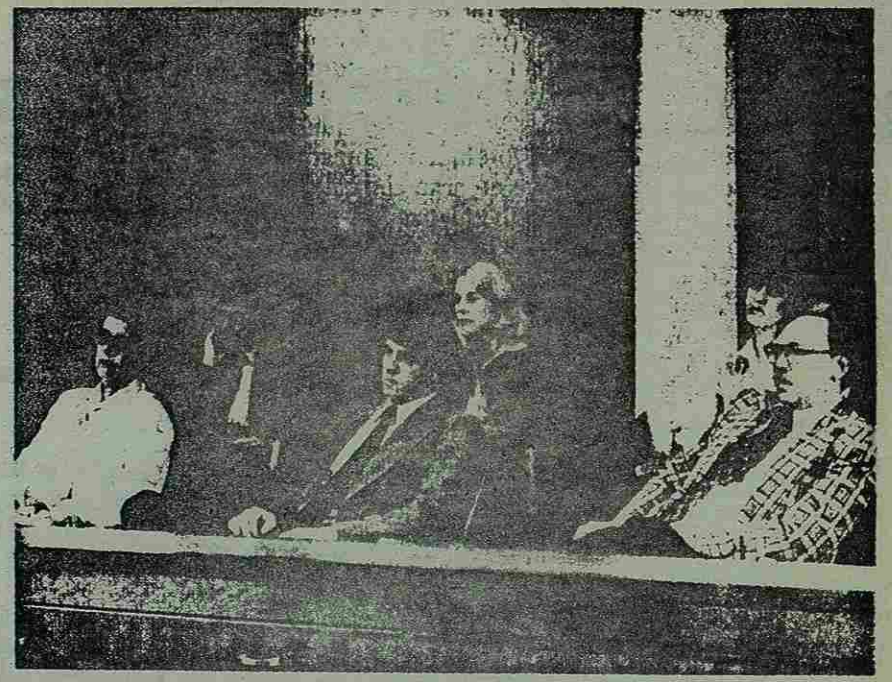


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE N
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBL

Cambio riesgoso Mayor disposición a correr riesgos en la toma de decisiones en grupo que como individuo independiente.

Polarización Cambio de actitud en los miembros de un grupo hacia posturas más extremas que las mantenidas antes de la discusión en grupo.

Uno de los procesos de grupo más estudiados es la toma de decisiones en grupo.



que una junta de una corporación, un gabinete o un jurado serán más sensatos y cautelosos que una sola persona.

La suposición de que los grupos toman decisiones más conservadoras que los individuos no fue puesta en tela de juicio antes de principios del decenio de 1960. En esa época James Stoner (1961) diseñó un experimento para probar esa opinión. Pidió a sujetos que individualmente asesoraran a personas imaginarias que debían escoger entre un curso de acción riesgoso pero potencialmente ventajoso y otro conservador y menos ventajoso. A continuación los consejeros se reunieron en grupos pequeños para discutir cada decisión hasta llegar a un dictamen unánime. Stoner y muchos otros psicólogos sociales se sorprendieron al descubrir que los grupos en general propusieron un curso más arriesgado de acción que el que recomendaban los miembros del grupo que trabajaban solos. A este fenómeno se le da el nombre de cambio riesgoso.

Los trabajos posteriores indican que dicho cambio no es más que un aspecto de un fenómeno más general de grupo denominado polarización, una tendencia de los individuos a adoptar una actitud más extrema a causa de la discusión en grupo. Los grupos que al inicio asumen riesgos bastante altos acentuarán esta inclinación durante la discusión, pero los que tienden a ser cautos lo serán más todavía en sus deliberaciones (Fraser, 1971).

¿A qué se debe la polarización en la toma de decisiones en grupo? En parte, la gente descubre en la discusión que otros miembros del grupo comparten sus opiniones más de lo que habían supuesto. Con objeto de causar en ellos una buena impresión, por lo menos algunos tienden a convertirse en decididos defensores de lo que parece el sentimiento dominante en el grupo. Y así la discusión en grupo tiende a cambiar a una posición más extrema a medida que aparecen argumentos nuevos y más persuasivos. A medida que los integrantes escuchan tales razones propenden a asumir una posición más radical. En otras palabras, al inicio las posturas más populares atraen los argumentos de mayor convicción. Y a su vez éstos no

sólo garantizan a los miembros que su actitud inicial es correcta, sino que además la intensifican de manera que el grupo en general asume una postura más radical. Por consiguiente, si sometemos un problema a un grupo para asegurarnos de que lo resuelva en forma cautelosa y conservadora, conviene antes cerciorarse de que los miembros sean también prudentes y conservadores.

Eficacia del grupo

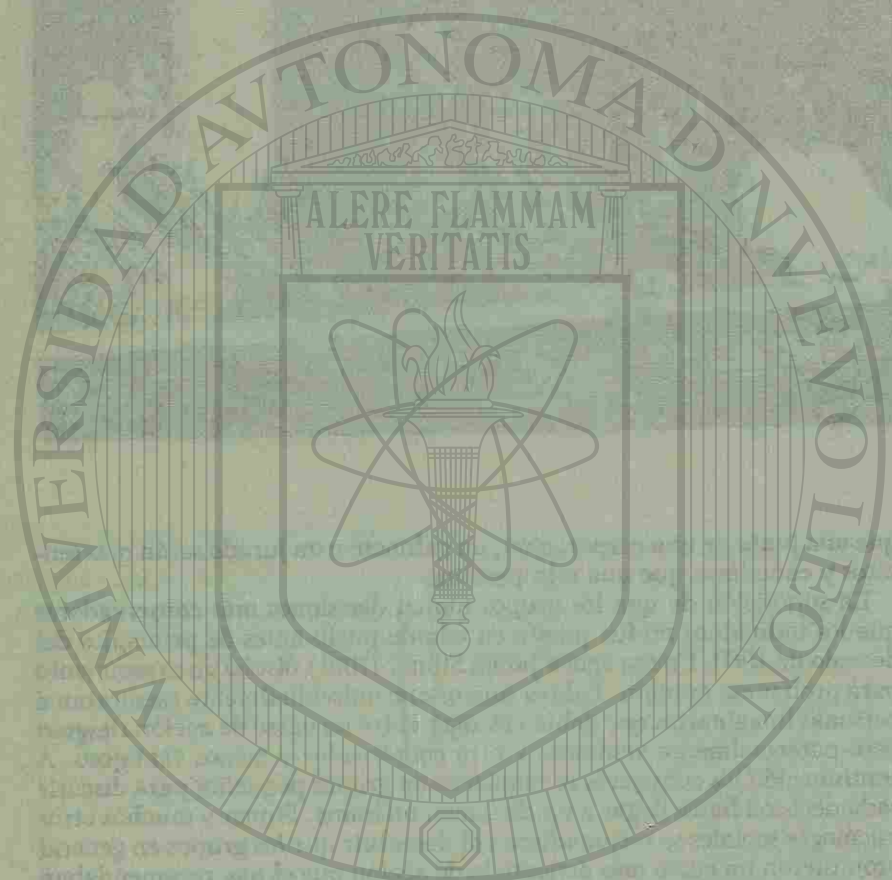
Otro motivo por el cual se asignan problemas importantes a los grupos es la suposición de que sus integrantes combinarán su pericia y experiencia, por lo cual resolverán mejor el problema que un solo individuo que trabajase por su cuenta. Aquello de que "cuatro ojos ven mejor que dos" se aplica a la perfección a esta concepción de los grupos.

Los grupos tienen mayor eficacia que el individuo únicamente en algunas circunstancias. Según Steiner (1972), la eficacia de los grupos depende de tres factores: 1) la índole de la tarea, 2) los recursos de los miembros del grupo y 3) la interacción entre ellos. Se dan muchas clases de tareas y cada una exige cierto tipo de capacidad. Si las destrezas de los miembros del grupo están a la altura de las exigencias de la tarea, el grupo sin duda será más eficaz que un solo individuo. Así, para construir la primera bomba atómica, los directores del proyecto Manhattan reunieron un equipo de especialistas de diversos subcampos de la física y la ingeniería. La misión hubiese sido imposible para un científico que trabajase solo.

Aun cuando la tarea y el personal se acoplen perfectamente, la manera en que las personas interactúan dentro del grupo siempre reduce su eficiencia. Así, los que pertenecen a una clase social alta tienden a ejercer mayor influencia en el grupo, sin importar su capacidad en la solución de problemas. Si esos miembros no son los más aptos para resolver el problema, el grupo puede llegar a una respuesta errónea, aun cuando uno o más de los participantes podrían haber encontrado la respuesta por su cuenta. En un experimento con escuadras de bombarderos, Torrance (1954) observó que los artilleros que daban con la respuesta correcta de un problema tenían seis veces menores probabilidades de convencer a los pilotos de alta condición social de que su respuesta era correcta.

Otro factor es el tamaño del grupo. Cuanto mayor sea éste, más posibilidades hay de incluir a alguien que posea los conocimientos necesarios para resolver un problema difícil. Por otra parte, es mucho más difícil coordinar las actividades de un grupo numeroso que las de un grupo pequeño.

Otra variable más es la cohesión del grupo. Cuando los integrantes simpatizan entre sí y se sienten comprometidos personalmente con las metas del grupo, la cohesión será grande. En tales circunstancias, trabajarán duro en beneficio del grupo, impulsados por un profundo espíritu de grupo. Pero la cohesión puede originar también serios problemas que minan la calidad de la toma de decisiones en grupo. Janis (1972) llama *pensamiento de grupo* a este fenómeno. A su juicio, la fuerte presión para conformarse impide que los miembros expresen ideas críticas. En un grupo, la amabilidad y el espíritu de equipo se anteponen al juicio. Al intensificarse la cohesión, disminuye la autocritica y los miembros parecen estar más dispuestos a actuar en detrimento de los que no pertenecen al grupo. Los que tienen dudas vacilan en expresarlas. El resultado son malas decisiones, como la invasión de la Bahía de Cerdo o el encubrimiento del caso Watergate.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

sólo garantizan a los miembros que su actitud inicial es correcta, sino que además la intensifican de manera que el grupo en general asume una postura más radical. Por consiguiente, si sometemos un problema a un grupo para asegurarnos de que lo resuelva en forma cautelosa y conservadora, conviene antes cerciorarse de que los miembros sean también prudentes y conservadores.

Eficacia del grupo

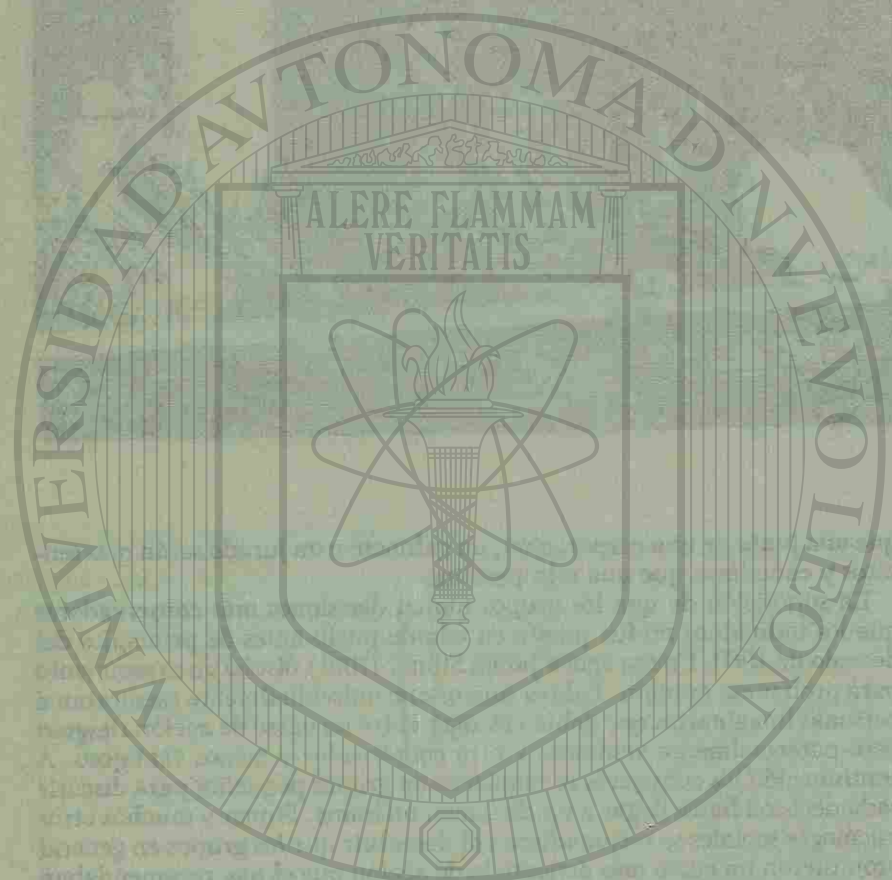
Otro motivo por el cual se asignan problemas importantes a los grupos es la suposición de que sus integrantes combinarán su pericia y experiencia, por lo cual resolverán mejor el problema que un solo individuo que trabajase por su cuenta. Aquello de que "cuatro ojos ven mejor que dos" se aplica a la perfección a esta concepción de los grupos.

Los grupos tienen mayor eficacia que el individuo únicamente en algunas circunstancias. Según Steiner (1972), la eficacia de los grupos depende de tres factores: 1) la índole de la tarea, 2) los recursos de los miembros del grupo y 3) la interacción entre ellos. Se dan muchas clases de tareas y cada una exige cierto tipo de capacidad. Si las destrezas de los miembros del grupo están a la altura de las exigencias de la tarea, el grupo sin duda será más eficaz que un solo individuo. Así, para construir la primera bomba atómica, los directores del proyecto Manhattan reunieron un equipo de especialistas de diversos subcampos de la física y la ingeniería. La misión hubiese sido imposible para un científico que trabajase solo.

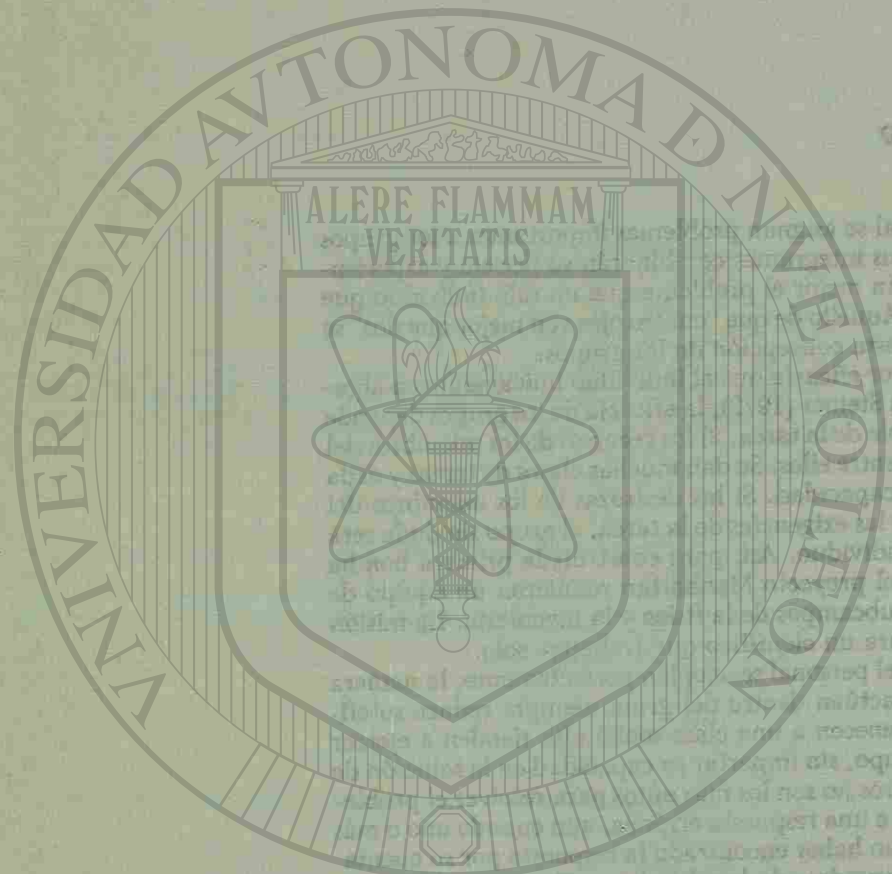
Aun cuando la tarea y el personal se acoplen perfectamente, la manera en que las personas interactúan dentro del grupo siempre reduce su eficiencia. Así, los que pertenecen a una clase social alta tienden a ejercer mayor influencia en el grupo, sin importar su capacidad en la solución de problemas. Si esos miembros no son los más aptos para resolver el problema, el grupo puede llegar a una respuesta errónea, aun cuando uno o más de los participantes podrían haber encontrado la respuesta por su cuenta. En un experimento con escuadras de bombarderos, Torrance (1954) observó que los artilleros que daban con la respuesta correcta de un problema tenían seis veces menores probabilidades de convencer a los pilotos de alta condición social de que su respuesta era correcta.

Otro factor es el tamaño del grupo. Cuanto mayor sea éste, más posibilidades hay de incluir a alguien que posea los conocimientos necesarios para resolver un problema difícil. Por otra parte, es mucho más difícil coordinar las actividades de un grupo numeroso que las de un grupo pequeño.

Otra variable más es la cohesión del grupo. Cuando los integrantes simpatizan entre sí y se sienten comprometidos personalmente con las metas del grupo, la cohesión será grande. En tales circunstancias, trabajarán duro en beneficio del grupo, impulsados por un profundo espíritu de grupo. Pero la cohesión puede originar también serios problemas que minan la calidad de la toma de decisiones en grupo. Janis (1972) llama *pensamiento de grupo* a este fenómeno. A su juicio, la fuerte presión para conformarse impide que los miembros expresen ideas críticas. En un grupo, la amabilidad y el espíritu de equipo se anteponen al juicio. Al intensificarse la cohesión, disminuye la autocritica y los miembros parecen estar más dispuestos a actuar en detrimento de los que no pertenecen al grupo. Los que tienen dudas vacilan en expresarlas. El resultado son malas decisiones, como la invasión de la Bahía de Cerdo o el encubrimiento del caso Watergate.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CAPÍTULO X

ADOLESCENCIA

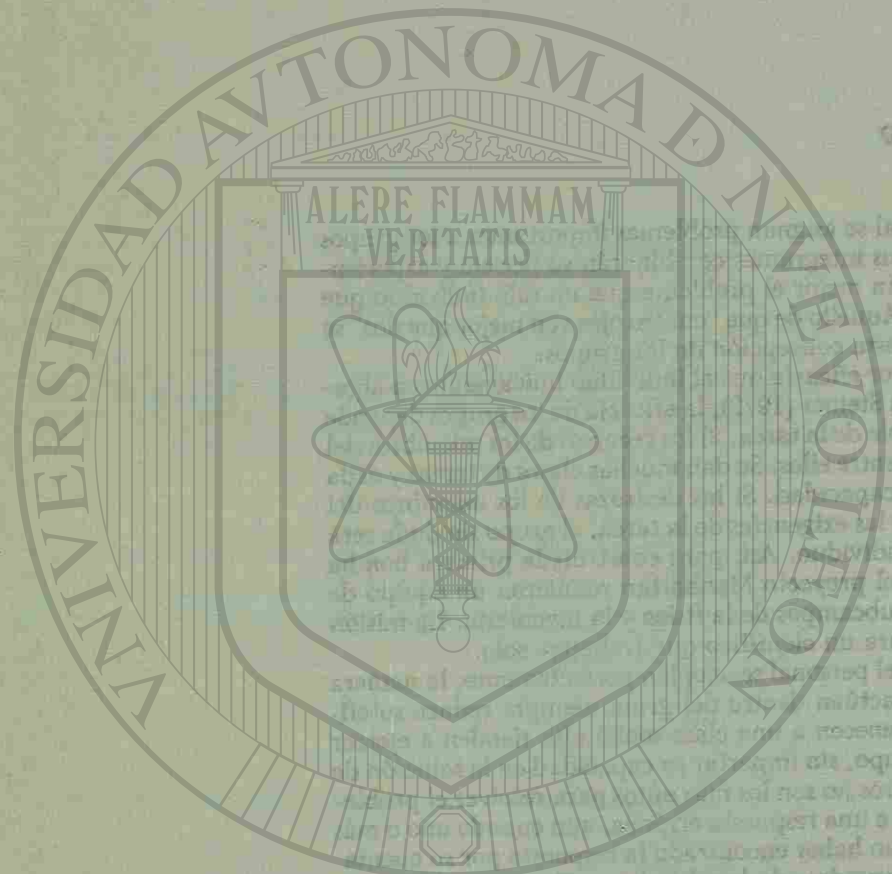
INTRODUCCIÓN

Difícil tarea es la de explicar lo que acontece durante aquellos años de la vida en los que el niño se transforma en adulto, se siente asediado por sentimientos contradictorios, esforzándose en mantener el dominio de sí mismo y alcanzar la capacidad de autoexpresión a pesar de hallarse bajo el impacto de sensaciones e impulsos que escasamente comprende, pero que, insistentemente, requieren de él atención. Es una época de metamorfosis física y emocional durante la cual el muchacho se siente alejado del yo de su infancia, que es para él como un extraño. Es una época de búsqueda. Una búsqueda hacia dentro, para descubrir lo que es; una exploración hacia fuera, para hallar su lugar en la vida; el ansia de encontrar un «tú» en el que pueda satisfacer el afán de intimidad y completamiento. Es una época de turbulento despertar al amor y a la belleza, pero ensombrecida por días de soledad y desesperación. Son unos años en los que la mente divaga libre de ataduras por los reinos de la fantasía en busca de visiones idealistas, para caer a veces en la decepción y el descontento del mundo y de sí mismo. Puede ser una época de aventuras y maravillosos episodios de temeraria locura, que dejan luego un residuo de vergüenza y lamentación. El adolescente vive con una vibrante sensibilidad, que le conduce a las cumbres del éxtasis y a casi insondables abismos. En algunos adolescentes, la estabilidad emocional alcanzada en la infancia y la seguridad que le dan los lazos familiares limitan la amplitud de las oscilaciones y les permiten seguir una dirección bastante firme, mientras que otros han de esforzarse mucho para conservar un sentido de unidad y un mínimo dominio del yo.

La adolescencia puede definirse como el período situado entre la pubertad y la madurez física, pero, al considerar el desarrollo de la

personalidad, debemos ocuparnos de la transición de la infancia a la consecución del estado adulto, con sus prerrogativas, sus responsabilidades y la capacidad de cuidar de sí mismo. Esta transición se inicia con el crecimiento púberal de la talla y es impulsada por los cambios hormonales de la pubertad. Implica una discrepancia entre la maduración sexual, con el correspondiente impulso a la procreación, y la falta de preparación física, emocional y social para una relación íntima y para atender a la nueva generación. Especialmente en las sociedades técnicas industriales, el paso de la infancia a la generación adulta requiere muchos años de experiencia. Aunque la adolescencia corresponde, por lo general, al segundo decenio de la vida, su aparición varía según las diferencias constitucionales del grado de maduración sexual y en su duración influyen factores socioeconómicos y culturales. El muchacho hijo de un agricultor, que deja de asistir a la escuela a los dieciséis años para realizar un trabajo semicalificado y se casa a los dieciocho, tiene una adolescencia muy breve. En cambio, el que sigue estudios superiores y a los veintitrés años todavía está indeciso con respecto a la definitiva orientación de su carrera y le faltan tres o cuatro años más para terminarla, puede considerarse en ciertos aspectos como adolescente, porque aún no está preparado para asumir las responsabilidades adultas al nivel elevado que desea alcanzar.

El paso a través de la adolescencia constituye un período crítico. Al principio, el adolescente tiene todavía mucho de niño; se encuentra en situación de dependencia respecto de la familia, muy apegado a ella y con un futuro todavía amorfo. Pero al final de este período, se ha convertido en responsable de sus actos, la personalidad ha asumido el tipo definitivo y la orientación en la vida está establecida. La fase final, que conduce al término de la adolescencia, es particularmente importante, porque la personalidad debe alcanzar una integración viable. La obtención de una integración satisfactoria requiere una evolución suficientemente adecuada en las fases de desarrollo anteriores, pero también necesita la solución de un cierto número de tareas específicas de la adolescencia, que conduce a una reintegración y reorganización de la estructura de la personalidad, que permite al individuo funcionar como un adulto razonablemente autosuficiente. Una de las principales contribuciones de Erikson a la psicología psicoanalítica del desarrollo es la atención que dedica a la esencial importancia de la adolescencia final. En esta fase, el joven debe lograr la identidad



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CAPÍTULO X

ADOLESCENCIA

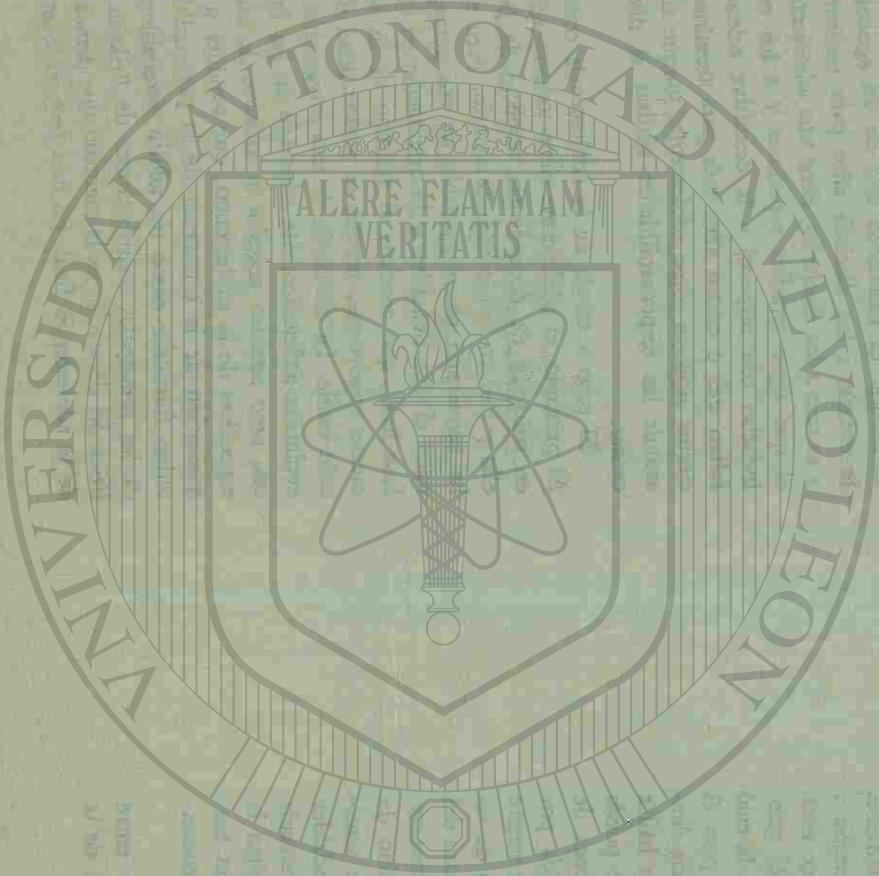
INTRODUCCIÓN

Difícil tarea es la de explicar lo que acontece durante aquellos años de la vida en los que el niño se transforma en adulto, se siente asediado por sentimientos contradictorios, esforzándose en mantener el dominio de sí mismo y alcanzar la capacidad de autoexpresión a pesar de hallarse bajo el impacto de sensaciones e impulsos que escasamente comprende, pero que, insistentemente, requieren de él atención. Es una época de metamorfosis física y emocional durante la cual el muchacho se siente alejado del yo de su infancia, que es para él como un extraño. Es una época de búsqueda. Una búsqueda hacia dentro, para descubrir lo que es; una exploración hacia fuera, para hallar su lugar en la vida; el ansia de encontrar un «tú» en el que pueda satisfacer el afán de intimidad y completamiento. Es una época de turbulento despertar al amor y a la belleza, pero ensombrecida por días de soledad y desesperación. Son unos años en los que la mente divaga libre de ataduras por los reinos de la fantasía en busca de visiones idealistas, para caer a veces en la decepción y el descontento del mundo y de sí mismo. Puede ser una época de aventuras y maravillosos episodios de temeraria locura, que dejan luego un residuo de vergüenza y lamentación. El adolescente vive con una vibrante sensibilidad, que le conduce a las cumbres del éxtasis y a casi insondables abismos. En algunos adolescentes, la estabilidad emocional alcanzada en la infancia y la seguridad que le dan los lazos familiares limitan la amplitud de las oscilaciones y les permiten seguir una dirección bastante firme, mientras que otros han de esforzarse mucho para conservar un sentido de unidad y un mínimo dominio del yo.

La adolescencia puede definirse como el período situado entre la pubertad y la madurez física, pero, al considerar el desarrollo de la

personalidad, debemos ocuparnos de la transición de la infancia a la consecución del estado adulto, con sus prerrogativas, sus responsabilidades y la capacidad de cuidar de sí mismo. Esta transición se inicia con el crecimiento prepuberal de la talla y es impulsada por los cambios hormonales de la pubertad. Implica una discrepancia entre la maduración sexual, con el correspondiente impulso a la procreación, y la falta de preparación física, emocional y social para una relación íntima y para atender a la nueva generación. Especialmente en las sociedades técnicas industriales, el paso de la infancia a la generación adulta requiere muchos años de experiencia. Aunque la adolescencia corresponde, por lo general, al segundo decenio de la vida, su aparición varía según las diferencias constitucionales del grado de maduración sexual y en su duración influyen factores socioeconómicos y culturales. El muchacho hijo de un agricultor, que deja de asistir a la escuela a los dieciséis años para realizar un trabajo semicalificado y se casa a los dieciocho, tiene una adolescencia muy breve. En cambio, el que sigue estudios superiores y a los veintitrés años todavía está indeciso con respecto a la definitiva orientación de su carrera y le faltan tres o cuatro años más para terminarla, puede considerarse en ciertos aspectos como adolescente, porque aún no está preparado para asumir las responsabilidades adultas al nivel elevado que desea alcanzar.

El paso a través de la adolescencia constituye un período crítico. Al principio, el adolescente tiene todavía mucho de niño; se encuentra en situación de dependencia respecto de la familia, muy apegado a ella y con un futuro todavía amorfo. Pero al final de este período, se ha convertido en responsable de sus actos, la personalidad ha asumido el tipo definitivo y la orientación en la vida está establecida. La fase final, que conduce al término de la adolescencia, es particularmente importante, porque la personalidad debe alcanzar una integración viable. La obtención de una integración satisfactoria requiere una evolución suficientemente adecuada en las fases de desarrollo anteriores, pero también necesita la solución de un cierto número de tareas específicas de la adolescencia, que conduce a una reintegración y reorganización de la estructura de la personalidad, que permite al individuo funcionar como un adulto razonablemente autosuficiente. Una de las principales contribuciones de Erikson a la psicología psicoanalítica del desarrollo es la atención que dedica a la esencial importancia de la adolescencia final. En esta fase, el joven debe lograr la identidad



o hija de alguien; una identidad en el sentido de una conducta propia y consistente, que permita a los demás prever el comportamiento del individuo y sus reacciones. Habrá dado respuesta a la cuestión de «¿quién soy yo?» y por ello sabrán los demás quién es él. El cumplimiento de la identidad del yo requiere ordinariamente la simultánea consecución de la capacidad de orientarse a la interdependencia con una persona del sexo opuesto, a una intimidad que debe abarcar mucho más que la aptitud para las relaciones sexuales y la obtención del placer orgástico, ya que debe abarcar la capacidad de formar una relación importante sin temor a que redúnde en menoscabo del yo¹. Pero la adolescencia es, en nuestra época, un período del desarrollo bastante prolongado y hay otras varias tareas evolutivas que deben cumplirse antes de que pueda alcanzarse la identidad del yo y la capacidad para la intimidad.

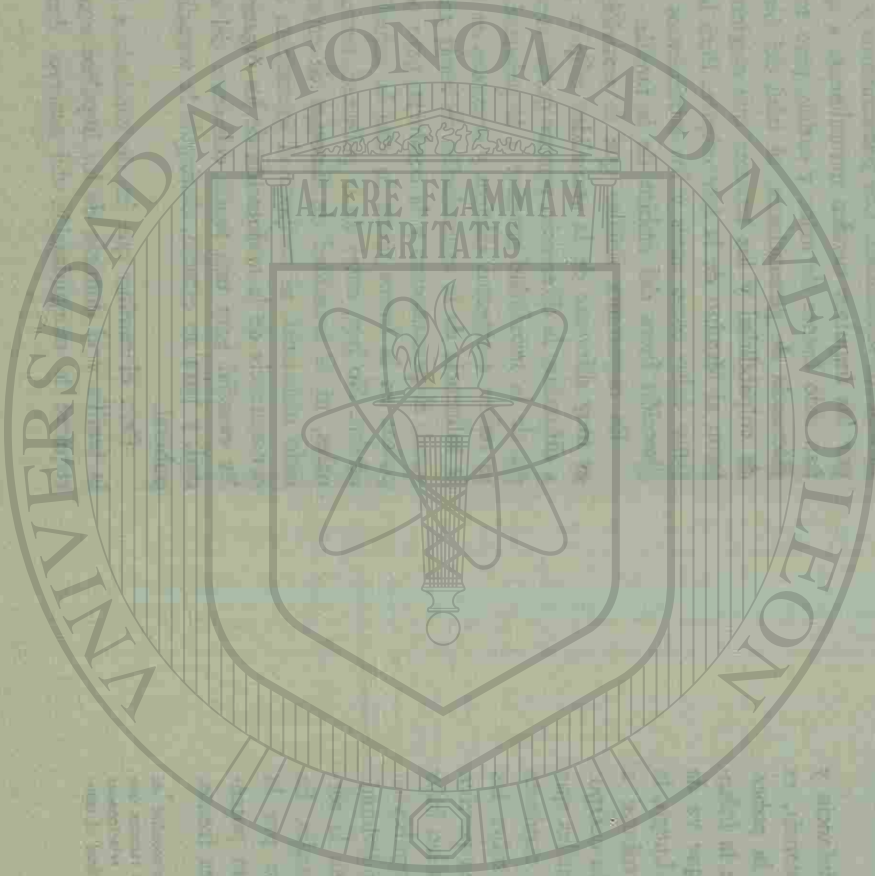
Cualquier equilibrio que se hubiere establecido en la infancia y que entonces permitió la relativa calma del período de latencia, es destruido por las transformaciones biológicas que anuncian la pubertad. En primer lugar, el niño se ve a sí mismo alejándose de la infancia, cuando el crecimiento prepupal aumenta la distancia que va de pies a cabeza y su talla le aproxima al mundo de los adultos. Luego, la maduración de las características sexuales secundarias contribuye a crear en el niño una sensación de extrañeza frente a su propio cuerpo. Muy poco después, una repentina aparición de impulsos sexuales que se hace sentir en la fantasía, los sueños, el pensamiento y la conducta perturba los sentimientos del individuo sobre sí mismo y sobre las personas más allegadas. Hasta la imagen de sí mismo y su perspectiva del mundo se modifican, y la emoción y la sensibilidad se hallan bajo el impacto de nuevas sensaciones e impulsos instintivos compulsivos. Cambios igualmente profundos se producen en la capacidad individual. El adolescente se hace capaz de pensamiento conceptual o, en la terminología de Piaget, entra en la fase de las operaciones formales. Es importante señalar que las tareas y los conflictos impuestos por la maduración biológica van acompañados ordinariamente por un potencial intelectual acrecentado que ayuda al muchacho a hacerles frente.

1. Erikson considera que la consecución de la identidad del yo es la tarea primordial de la adolescencia y un precursor esencial de la capacidad para la intimidad (4). Por las razones que se exponían al estudiar la adolescencia final, creo yo que estas dos tareas están relacionadas entre sí, progresando o por fases que se alternan o apoyan una a otra, siendo la fase final el cumplimiento de una identidad independiente posterior a la capacidad de intuir.

La adolescencia es un período durante el cual el muchacho puede prepararse para ser autosuficiente e independiente, mientras recibe todavía de su familia apoyo, protección y guía. La necesidad de adquirir una mayor independencia respecto de sus padres, origina graves dificultades tanto para el joven como para los padres. Su situación es cada vez más paradójica, porque mientras se está convirtiendo en un miembro de la generación adulta, sigue siendo en el seno de la familia un miembro de la generación de los hijos y carece de ciertas prerrogativas y oportunidades para completar su sí mismo. La tendencia a desenvolverse fuera de la familia se intensifica con la aparición de los impulsos sexuales. En contraste con las erotizadas y sensuales aspiraciones y deseos del período edípico, los sentimientos sexuales son generados en la adolescencia por la actividad hormonal y no pueden ser fácilmente reprimidos. Los pensamientos y los sentimientos instigados por los impulsos tienden naturalmente a aplicarse a las personas que han sido fuente de amor y cariño, pero topan con las barreras de la diferencia de generaciones, el tabú del incesto y con el sentimiento de culpabilidad y los temores que surgieron anteriormente y condujeron al término de la fase edípica. Pero la regresión no puede tener tanto éxito como antes y los sentimientos han de orientarse en otra dirección fuera del ámbito de la familia.

Es importante señalar que la sexualidad genital del adolescente es muy diferente de la sexualidad edípica y preedípica. Freud tendía a difuminar la diferencia, porque quería acentuar la penetrante influencia de la sexualidad anterior a la pubertad. La sexualidad prepupal se refiere a aspectos eróticos y sensuales de los lazos afectivos, incluida la influencia de la estimulación de zonas erógenas sobre la actitud general, el pensamiento y la conducta, pero no está dirigida por los impulsos en la forma como lo está la sexualidad del adolescente y del adulto. No hay, antes de la pubertad, aumento de secreciones hormonales, ni la necesidad de descarga de esperma o las variaciones del ciclo menstrual, ni tampoco el incremento de la sensibilidad erógena consecuencia de la maduración de los órganos sexuales en la pubertad. Es esencial para una teoría coherente del desarrollo de la personalidad, y para su estudio, distinguir la sexualidad prepupal de la postpuberal.

Pero el camino que ha de conducir a la independencia frente a la familia y al dominio de los impulsos sexuales y su enderezamiento requiere la reorganización del superyo. Aunque el muchacho puede



continuar adoptando en muchos aspectos los patrones de conducta parentales, estos patrones deben convertirse en propios y no ser impuestos por los padres; deben interiorizarse de forma más completa y, en lo que se refiere a ciertas directrices, deben de ser más bien funciones del yo que mandatos del superyo (9). Además, es necesario que el superyo se modifique, haciéndose más apto para dirigir la conducta adulta, no ya la conducta de un niño, y permitir la satisfacción de los impulsos sexuales y la intimidad.

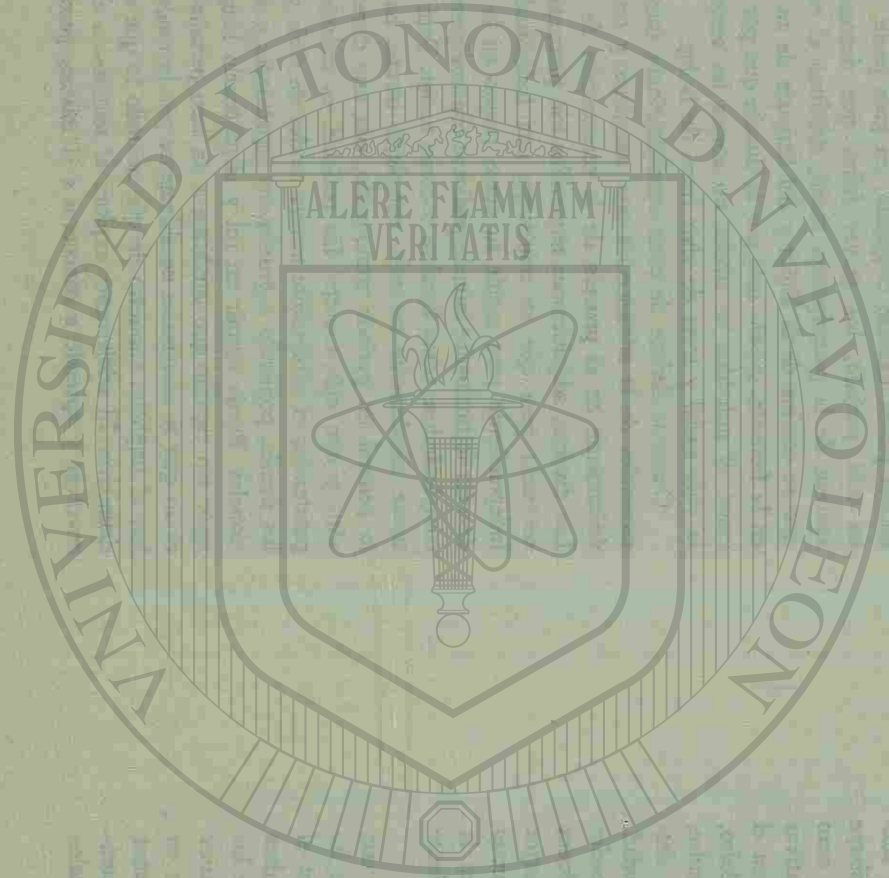
Un aspecto importante de la búsqueda de una identidad de adulto y de la adquisición de la capacidad de intimidad implica el esclarecimiento y fortalecimiento de la identidad de sexo. Como anteriormente se indicó, la identidad de sexo queda establecida en el transcurso de los primeros años de la vida y se fortalece con la solución de la situación edípica, durante el período de latencia. Sin embargo, en la adolescencia, la elección de un objeto de amor de sexo opuesto contribuye a anular los residuos de la identificación con el progenitor de sexo opuesto y los deseos de poseer los atributos físicos y las prerrogativas sociales del otro sexo. El proceso comprende tareas diferentes para el niño y para la niña. El muchacho, al prepararse para el rol de adulto, ha de superar más decisivamente la dependencia respecto de la madre, para ser capaz de asumir un rol protector frente a la esposa y desempeñar su función, mayormente activa, en la familia y la sociedad. La muchacha completa ahora la solución de su apego edípico al padre y está motivada para la busca de satisfacción y afectos erotizados fuera de la familia, pero su rol social le autoriza a proseguir en su mayor situación de dependencia respecto de los padres. La dinámica de estas vicisitudes en la elección de los objetos de amor y su impacto en la consecución de una identidad sexual firme se estudiará más adelante con mayor detalle.

Las tareas esenciales de la adolescencia conducen a conflictos con los padres que constituyen, en nuestra sociedad, casi un elemento inherente a este período. Se requieren reajustes en los padres y en el hijo, y la adolescencia del hijo puede suscitar conflictos entre los padres y entre éstos y el hijo. Trataremos de examinar la relación entre los conflictos con los padres y los conflictos que se agitan en el interior del adolescente. Al considerar las modificaciones que se producen en la personalidad del adolescente según el *concepto estructural*, debemos reconocer la profunda reorganización impuesta por la creciente intensidad de los impulsos sexuales, por los nuevos recursos intelectuales

de que dispone el yo, por los cambios producidos en las funciones del superyo y por la recientemente adquirida capacidad de deducir directrices de los ideales y las ideologías. Los conflictos interiores entre los nuevos e intensificados impulsos del ello y el superyo provocan ansiedad en el yo, que se encuentra como aplastado por dos fuerzas que actúan sobre él en sentidos opuestos. Esta situación impone la utilización de nuevas defensas. Se originan también nuevas ansiedades porque el adolescente ha de elegir entre varias organizaciones potenciales del yo y se enfrenta con el problema de cómo ha de orientar su vida.

La adolescencia es una época de especial importancia en psiquiatría, porque en ella aparecen con bastante frecuencia graves trastornos afectivos que pueden conducir a la esquizofrenia. Aunque la perturbación puede haberse originado, en gran parte, en épocas anteriores, en este período, los graves fallos que denominamos esquizofrenia apartan de la participación social, debilitan el esfuerzo del individuo que se confina de la lógica y del lenguaje de su cultura y se repliega en la fantasía, guiado más por la ilusión que por la realidad. En otros casos, el individuo se rebela, no acepta las restricciones exigidas por la vida social y trata de vivir fuera de la ley.

Como se deduce de estas consideraciones introductorias, las tareas esenciales de la adolescencia son complejas y no pueden condensarse únicamente en el proceso de la consecución de la identidad del yo. Las diversas adquisiciones requeridas son precursoras de la integración necesaria para que se constituya una individualidad suficientemente independiente para seguir su curso propio en la vida y ser capaz de devenir íntimamente interdependiente con una persona del sexo opuesto, completándose como hombre o como mujer. Pero uno no puede adiestrarse rápidamente en estas complejas tareas. La adolescencia es por lo general un período prolongado, con una duración de cinco a diez años y aun más a veces. En realidad, es todavía un período de dependencia; el adolescente ensaya modos de vivir y de relacionarse con los demás, poniendo a prueba sus capacidades y sus limitaciones emocionales. Puede asumir un rol y abandonarlo luego; puede otorgar su amor sin esperar que conduzca a un lazo permanente. Es éste un período que se caracteriza notablemente por la tendencia a ensayar, pero hay el implícito supuesto de que no todo lo que se empieza ha de ser definitivo. El adolescente explora el mundo-en el que se ha de desenvolver y aprende a conocerse a sí mismo, pero todavía cuenta con



Los padres para recibir de ellos protección y guía y es posible que pase por fases de dependencia regresiva cuando se recupera de una derrota o una decepción.

Los tres subperíodos de la adolescencia

Para poner algún orden en la descripción y el estudio de la dinámica de este dilatado período, lo dividiremos en tres subperíodos. Sin embargo, estas divisiones no pueden considerarse como separaciones tajantes, porque los adolescentes varían considerablemente en el tiempo y el modo de elaborar los diversos aspectos de la adolescencia. Es evidente que el pubescente de doce años difiere notablemente del estudiante universitario, pero varía mucho la forma como se pasa de una fase a otra. Es bastante corriente considerar aparte la preparación prepuberal, dejándola fuera de la adolescencia, y dividir luego la adolescencia propiamente dicha en fase inicial y fase final, pero nosotros estableceremos una división diferente. Pueden considerarse tres fases que se traslapan entre sí. La *adolescencia inicial* comprende la fase prepuberal, cuando el rápido aumento de la talla inicia los cambios en el desarrollo y el principio de la pubertad, que no provoca, en general, un marcado cambio de orientación. Al principio, el niño continúa siguiendo muchas formas de conducta establecidas previamente, permaneciendo en su grupo unisexual y teniendo en gran parte el centro de su vida en el hogar. Luego, unos doce o dieciocho meses después de la pubescencia, se establece un período de expansión, la *adolescencia media*, en el que la orientación al sexo opuesto disuelve los grupos de un solo sexo y las amistades íntimas. Es entonces cuando puede empezar el período de rebelión y de conformidad, tan característico de la adolescencia. Rebelión contra las órdenes de los padres y los adultos y conformidad a las normas, a las exigencias de lealtad y a la ideología del grupo de compañeros. Hay a menudo un comienzo de exploración sexual, que muchas veces, se orienta, más a romper inhibiciones y ensayar las propias posibilidades que a un interés por la intimidad. El amor y el sexo pueden continuar separados. Se abren nuevos horizontes que el muchacho desea explorar. Es también una época de notable ambivalencia y cambios de humor. Tarde o temprano llega un período de delimitación, la *adolescencia final*, en la que el joven se ocupa de las tareas tangibles de enfrentarse con su porvenir.

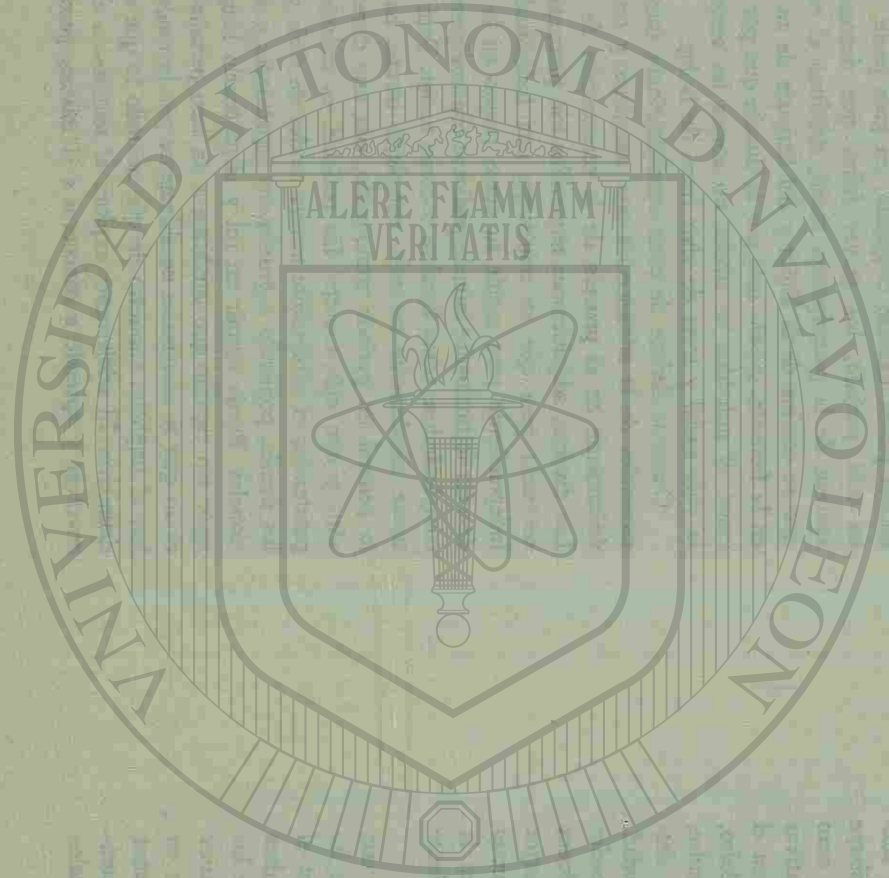
El muchacho piensa en su carrera y la muchacha más posiblemente, en encontrar al que habrá de ser su esposo. La reorganización de la adolescencia llega a su fin; se aceptan las limitaciones y puede ser bien acogida la orientación. El período de la adolescencia final conduce al individuo a elegir profesión y cónyuge, lo que consolida la identidad del yo y la capacidad para la intimidad. Aunque estos problemas corresponden parcialmente a la adolescencia, reservamos su estudio para el capítulo dedicado al adulto joven.

ADOLESCENCIA INICIAL

La gradual progresión del niño hacia la madurez e independencia está alterada por la brusca transformación de la pubertad que cambia las características físicas, los impulsos, la capacidad intelectual y el medio social y requiere una profunda reorganización intrapsíquica. El niño se siente impulsado a convertirse en adulto por el cambio de tamaño y forma que observa en su cuerpo. Debe enfrentarse con nuevas presiones interiores que originan extraños sentimientos y afanes. Se encuentra, además, con una impulsividad y una fuerza irracional para cuyo manejo el niño ha tenido poca experiencia; pero que debe afrontar por sí solo, porque se trata de cuestiones muy personales, que se refieren a la relación con los padres y le incitan a romper su apego por ellos. Es una metamorfosis que conduce a una nueva y definitiva diferenciación física entre los sexos, aumenta la atracción entre ellos y prepara al individuo para que busque un nuevo tipo de intimidad y satisfacción que ha de ser un elemento clave para la felicidad y un incentivo para la motivación.

El estirón prepuberal

El reajuste se inicia incluso antes de la pubescencia, cuando el gradual incremento de la talla y el peso, que prevalecía desde la edad de dos años, se trueca en un ritmo acelerado. El niño aumentaba hasta entonces, aproximadamente, de 1800 a 2700 gramos por año; pero unos dos años antes del inicio de la pubertad, las niñas empiezan a aumentar unos 5 kg de peso y unos 7'5 ó 10 cm de talla por año y los niños unos 5 ó 6 kg de peso y cerca de 10 ó 12 centímetros de talla,



Los padres para recibir de ellos protección y guía y es posible que pase por fases de dependencia regresiva cuando se recupera de una derrota o una decepción.

Los tres subperíodos de la adolescencia

Para poner algún orden en la descripción y el estudio de la dinámica de este dilatado período, lo dividiremos en tres subperíodos. Sin embargo, estas divisiones no pueden considerarse como separaciones tajantes, porque los adolescentes varían considerablemente en el tiempo y el modo de elaborar los diversos aspectos de la adolescencia. Es evidente que el pubescente de doce años difiere notablemente del estudiante universitario, pero varía mucho la forma como se pasa de una fase a otra. Es bastante corriente considerar aparte la preparación prepuberal, dejándola fuera de la adolescencia, y dividir luego la adolescencia propiamente dicha en fase inicial y fase final, pero nosotros estableceremos una división diferente. Pueden considerarse tres fases que se traslapan entre sí. La *adolescencia inicial* comprende la fase prepuberal, cuando el rápido aumento de la talla inicia los cambios en el desarrollo y el principio de la pubertad, que no provoca, en general, un marcado cambio de orientación. Al principio, el niño continúa siguiendo muchas formas de conducta establecidas previamente, permaneciendo en su grupo unisexual y teniendo en gran parte el centro de su vida en el hogar. Luego, unos doce o dieciocho meses después de la pubescencia, se establece un período de expansión, la *adolescencia media*, en el que la orientación al sexo opuesto disuelve los grupos de un solo sexo y las amistades íntimas. Es entonces cuando puede empezar el período de rebelión y de conformidad, tan característico de la adolescencia. Rebelión contra las órdenes de los padres y los adultos y conformidad a las normas, a las exigencias de lealtad y a la ideología del grupo de compañeros. Hay a menudo un comienzo de exploración sexual, que muchas veces, se orienta, más a romper inhibiciones y ensayar las propias posibilidades que a un interés por la intimidad. El amor y el sexo pueden continuar separados. Se abren nuevos horizontes que el muchacho desea explorar. Es también una época de notable ambivalencia y cambios de humor. Tarde o temprano llega un período de delimitación, la *adolescencia final*, en la que el joven se ocupa de las tareas tangibles de enfrentarse con su porvenir.

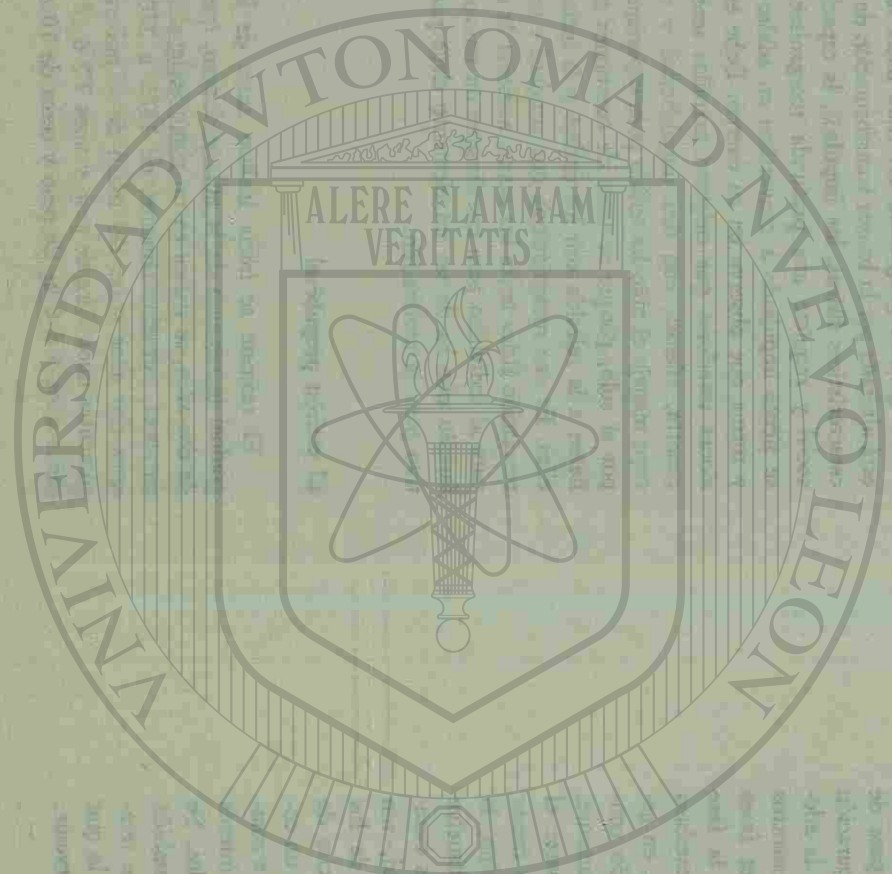
El muchacho piensa en su carrera y la muchacha más posiblemente, en encontrar al que habrá de ser su esposo. La reorganización de la adolescencia llega a su fin; se aceptan las limitaciones y puede ser bien acogida la orientación. El período de la adolescencia final conduce al individuo a elegir profesión y cónyuge, lo que consolida la identidad del yo y la capacidad para la intimidad. Aunque estos problemas corresponden parcialmente a la adolescencia, reservamos su estudio para el capítulo dedicado al adulto joven.

ADOLESCENCIA INICIAL

La gradual progresión del niño hacia la madurez e independencia está alterada por la brusca transformación de la pubertad que cambia las características físicas, los impulsos, la capacidad intelectual y el medio social y requiere una profunda reorganización intrapsíquica. El niño se siente impulsado a convertirse en adulto por el cambio de tamaño y forma que observa en su cuerpo. Debe enfrentarse con nuevas presiones interiores que originan extraños sentimientos y afanes. Se encuentra, además, con una impulsividad y una fuerza irracional para cuyo manejo el niño ha tenido poca experiencia; pero que debe afrontar por sí solo, porque se trata de cuestiones muy personales, que se refieren a la relación con los padres y le incitan a romper su apego por ellos. Es una metamorfosis que conduce a una nueva y definitiva diferenciación física entre los sexos, aumenta la atracción entre ellos y prepara al individuo para que busque un nuevo tipo de intimidad y satisfacción que ha de ser un elemento clave para la felicidad y un incentivo para la motivación.

El estirón prepuberal

El reajuste se inicia incluso antes de la pubescencia, cuando el gradual incremento de la talla y el peso, que prevalecía desde la edad de dos años, se trueca en un ritmo acelerado. El niño aumentaba hasta entonces, aproximadamente, de 1800 a 2700 gramos por año; pero unos dos años antes del inicio de la pubertad, las niñas empiezan a aumentar unos 5 kg de peso y unos 7'5 ó 10 cm de talla por año y los niños unos 5 ó 6 kg de peso y cerca de 10 ó 12 centímetros de talla,



también por año. Este ritmo de crecimiento dura cinco o seis años. La masa muscular y la fuerza de un muchacho aumenta el doble entre los doce y diecisiete años, lo que ejerce una profunda influencia en su conducta y en la imagen que tiene de sí mismo. La orientación del niño y su modo de ver la vida empiezan a cambiar simplemente por el cambio de su tamaño. Deja atrás la infancia y los adultos van siendo menos distintos e inspiran menos temor. Hay, en esta aceleración del crecimiento, dos importantes factores que modifican la naturaleza de la sociedad infantil y continúan actuando en la pubertad. Consiste el primero en el hecho de que la maduración puberal se produce en el sexo femenino aproximadamente dos años antes que en el masculino. El segundo factor es la notable diversidad, según los individuos, del tiempo en que se inicia la aceleración del ritmo de crecimiento. En las muchachas, el promedio de edad en que se inicia la pubescencia se sitúa alrededor de los trece años; entre los once y los quince años en el 80 % de los casos, «normalmente» entre los diez y los diecisiete años, y sólo en raras excepciones entre los nueve y los dieciocho años². En los muchachos, el inicio no puede determinarse tan fácilmente, pero en general podemos decir que la pubertad empieza unos dos años más tarde que en el sexo femenino, es decir, hacia los quince como promedio. El brusco aumento del crecimiento se inicia en la mayoría de niñas entre diez y once años y en la mayoría de niños entre doce y trece. Al principio de este período, las niñas tienden a ser más altas que los niños y algunas empiezan a tener aspecto de señoritas, mientras que la mayoría de niños son todavía inmaduros. La orientación de un sexo al otro se ve dificultada inicialmente por estas diferencias en el crecimiento y la maduración sexual de muchachos y muchachas de la misma edad y mismo nivel educativo.

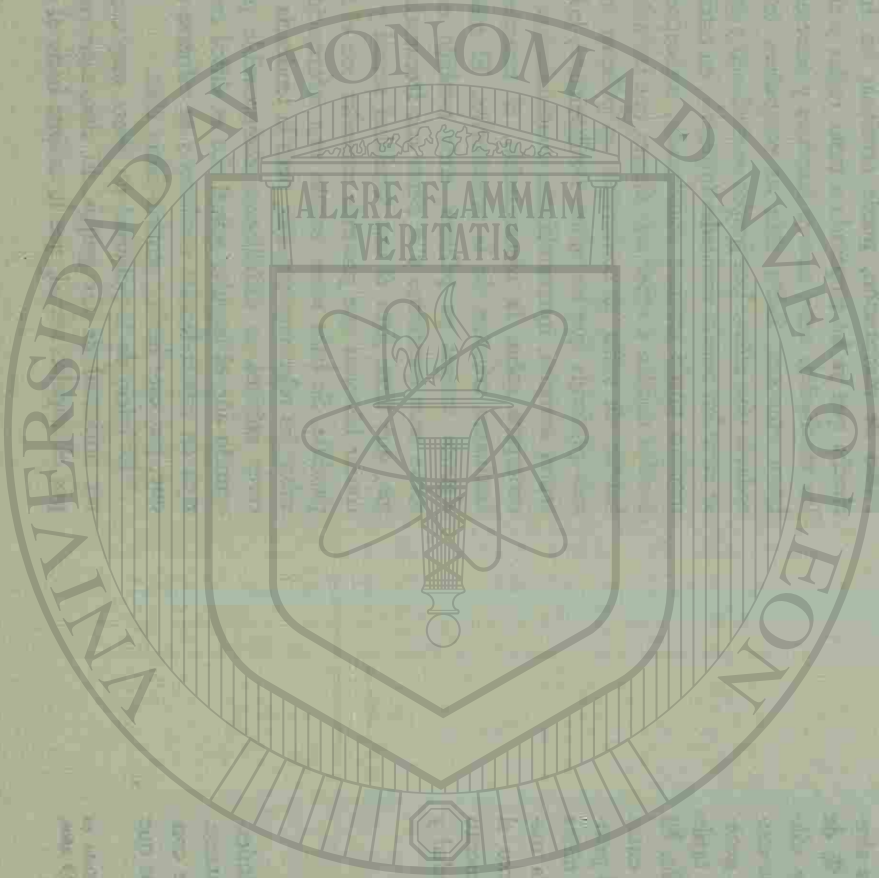
Cambios en los grupos y en las amistades

El niño puede sentirse trastornado cuando el inicio del crecimiento rápido y de la pubertad aparecen muy pronto o tardan en presentarse. La niña que se desarrolla precozmente se preocupa porque teme convertirse en gigante y puede sentirse luego inquieta por los cambios que

2. Las cifras varían según países y regiones diferentes. En zonas rurales, se ha hallado en Estados Unidos como promedio de la menarquia (instauración de las reglas) la edad de 12,9 años, con una posibilidad de variación de 1,4. En Florencia, Italia, 12,5; en Francia, 13,5 (3).

observa en las formas del cuerpo y la aparición de sentimientos sexuales a cuyo respecto no ha dispuesto del tiempo suficiente para prepararse. Una madre explicaba que le ponía furiosa ver en la calle que muchos hombres mirasen con ojos de lascivia a su hija de diez años, con busto y senos que tomaban rápidamente proporciones de mujer: «Me vienen ganas de gritarles que mi hija todavía es una niña.» En cambio, cuando se retrasa la pubertad, la madre se pregunta si llegará la niña alguna vez a ser mujer y se preocupa por el estado de sus glándulas endocrinas. En los muchachos, la maduración precoz es por lo general más agradable que su desarrollo tardío. Es una época de máximo interés por los deportes competitivos y el retraso en la maduración puede obligar a una nueva orientación de las esferas de interés. En muchos niños, la ruptura de las amistades íntimas, debida a la diversidad en el ritmo de maduración, puede ocasionar un fuerte trastorno. La muchacha que ya ha empezado a tener reglas y siente atracción física por los muchachos tiene nuevos intereses y secretos que no confía a la que hasta entonces, había sido su compañera inseparable pero que «es todavía una niña». Los grupos se deshacen y se forman grupos nuevos; se entablan nuevas amistades íntimas y, en estos cambios, el niño menos maduro puede sentirse abandonado, menospreciado. Las niñas prepuberales tienden a tener más interés que los niños por lo sexual, porque habrán de sufrir al convertirse en púberes una transformación física más profunda que los niños. Posiblemente, hablarán con frecuencia de temas sexuales, intercambiando conocimientos, suposiciones y erróneos conceptos sobre la menstruación, el nacimiento de los niños y la fascinante cuestión de la prostitución. El niño prepuberal, que tiene algunos amigos ya púberes, anda también en busca de información sobre estas cuestiones y se siente con frecuencia atraído por la escatología, que tiene para él una tonalidad sexual y muestra inclinación por contar historias que pretende entender con el fin de ser uno más en la pandilla. Se hace saber común una información, más o menos exacta sobre las relaciones sexuales, pero la tendencia de los adultos a los placeres eróticos es difícilmente comprensible para el niño que no ha sentido aún el impulso sexual. Le es difícil creer que sus padres incurran en esta indecente conducta y se esfuerza en rechazar la decepción que, por este hecho, sentiría hacia ellos.

El inicio de la pubertad no altera muy considerablemente el carácter unisexual de los grupos. El desplazamiento del interés generado por el impulso sexual, que lo orienta hacia el sexo opuesto, no se pre-



senta ordinariamente hasta uno o dos años después del inicio de la pubescencia. En parte, la atención y las energías del adolescente inicial son absorbidas por el narcisismo, por cuanto se halla dirigido a la adquisición de una nueva imagen de sí mismo, impuesta por la rápida transformación física y emocional, que le induce a compararse con amigos del propio sexo y a la necesidad de relacionarse más estrechamente con un amigo del mismo sexo. Como el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios empieza más pronto en las muchachas que en los muchachos, y las alteran de forma más notoria, consideraremos en primer lugar la pubertad en el sexo femenino.

La pubertad en la muchacha

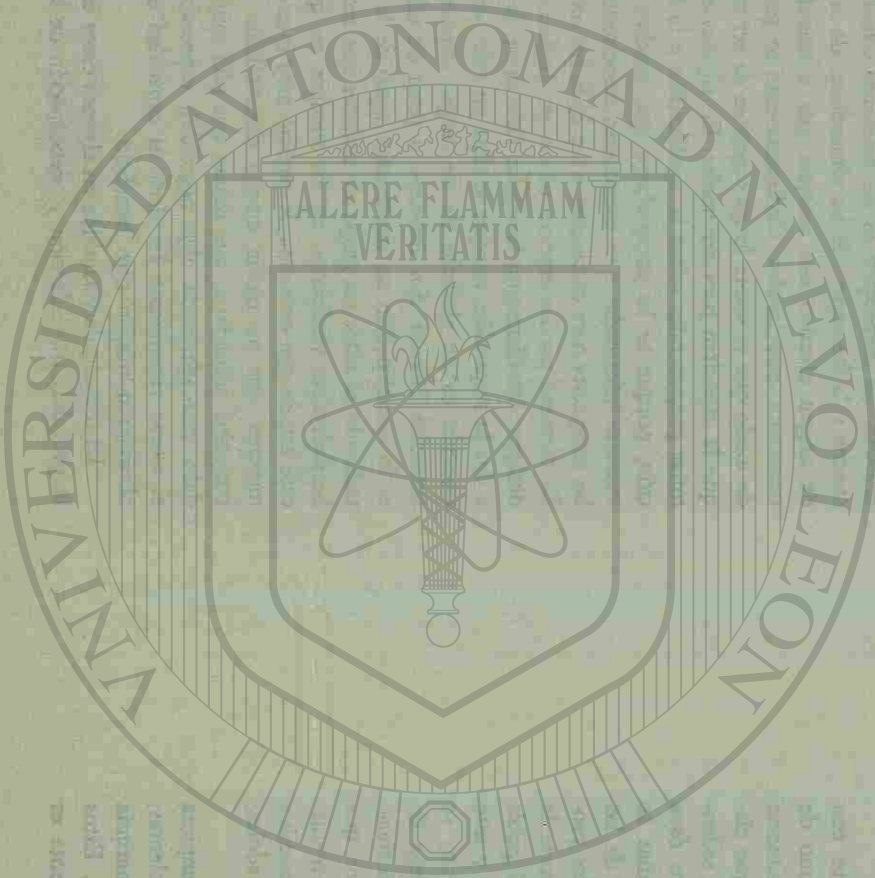
En el sexo femenino, la adolescencia empieza propiamente con el aumento de volumen de los ovarios y la maduración de uno de los folículos de Graaf, que luego producirá un óvulo. Pero las primeras manifestaciones visibles consisten en la elevación de la areola que circunda el pezón, formando una pequeña protuberancia cónica y el redondeamiento de las caderas, debido al ensanchamiento de la pelvis ósea y la deposición de tejido graso subcutáneo. También las mamas se agrandan por la deposición de grasa y luego por el desarrollo de las glándulas y sus conductos. Las piernas se alargan, modificando las proporciones del cuerpo y los muslos se aproximan entre sí. Durante la adolescencia media y la adolescencia final, aparecen pelos en el pubis y en las axilas, los labios vulvares y el clitoris se desarrollan y este último órgano se hace erétil. Las secreciones cutáneas cambian; se vuelven más sebáceas y contribuyen al desarrollo de acné, plaga de la mayoría de adolescentes. Las glándulas sudoríparas son hiperactivas, con la consiguiente hiperhidrosis, originando un olor de sudor que puede preocupar a la muchacha, especialmente cuando empieza a reunirse con chicos. Aunque en apariencia triviales, el acné y la excesiva sudoración son a veces motivo de grave preocupación para los adolescentes de ambos sexos.

Poco después de los primeros cambios físicos, la muchacha empieza a menstruar y se siente mujer. Unas pocas excreciones sanguinolentas, muy escasas, apenas perceptibles, pueden preceder a la menarquía y las reglas pueden ser escasas e irregulares en el primer año. Estos primeros períodos no van acompañados de ovulación y raramente es

capaz de concebir la muchacha durante uno o dos años después de la instauración de las reglas.

Por lo general, lo que mayormente trastorna o satisface a la muchacha es más bien el inicio de la menstruación que los profundos cambios que se producen en su aspecto. Aunque, en la actualidad, la mayoría de niñas están preparadas por sus padres para la menarquía, muchas veces, la información que les dan es equivocada y no es raro encontrar algunas que se sorprenden y aterrizan por la pérdida de sangre y las hay que ocultan el hecho creyendo que es el anuncio de una terrible enfermedad o consecuencias de la masturbación. Claro está que, a pesar de todas las precauciones, una muchacha puede sentirse muy afectada cuando por la primera regla se mancha el vestido en la escuela o caen gotas de sangre en el suelo mientras se halla en una reunión. La menarquía es un momento crítico en la vida de una muchacha y la frecuencia de las alteraciones de la menstruación por causas de origen afectivo nos muestra que a menudo es origen de grandes trastornos emocionales. Ordinariamente se procura preparar a la niña de modo que se sienta luego orgullosa de ser mujer y de poseer órganos que la capacitan para ser madre. En algunas escuelas, se instruye a las niñas prepuberales sobre la significación y la fisiología de la menstruación, porque se ha comprobado que muchas madres están insuficientemente informadas o se encuentran emocionalmente bloqueadas, lo que las incapacita para comunicar a sus hijas los conocimientos convenientes. El término corrientemente usado en Inglaterra por las mujeres para designar familiarmente las reglas (*the curse*, la plaga, la maldita), tiende a dar la impresión, aunque se diga un poco en broma, de que la menstruación es un símbolo de las cargas impuestas a la mujer y de su situación inferior. Sin embargo, a pesar de tales sentimientos, también es la menstruación un importante signo de la condición de mujer. Estudiando el autor un grupo de mujeres que tenían un síndrome pseudohermafrodita virilizante, en los tiempos en que se empezaba a tratar este estado con cortisona, le pareció muy interesante observar que estas mujeres, que no tenían mamas desarrolladas ni ninguna característica femenina secundaria, que tenían una piel muy pigmentada (lo cual les daba una apariencia algo negroide), expresaban su esperanza de que el nuevo tratamiento les daría la capacidad de menstruar, aunque no obtuvieran ningún otro beneficio.

La menarquía y también en algunos casos cada regla sucesiva reaviva la profunda insatisfacción y preocupación de la muchacha por su sexo.



La inicial idea infantil de que la madre ha privado de pene a la niña puede volver a presentarse en la conciencia. La secreta fantasía de ser realmente un chico, que aparece con mayor o menor intensidad en muchas niñas, se encuentra entonces negada por la cruda realidad³. Algunas muchachas están tan bloqueadas por el sentimiento de estar físicamente disminuidas que no quieren enterarse de las cuestiones relativas a su sexo y a los órganos sexuales correspondientes y muchas mujeres continúan hallándose en una profunda ignorancia de su propio cuerpo, incluso después de casarse y haber tenido descendencia.

Aceptación de la femineidad

La forma como la muchacha acepta los cambios que se han producido en su físico y el hecho de la menstruación depende, naturalmente, de la estabilidad de su identidad de sexo y de la firmeza con que los padres la han tratado según el sexo adecuado durante los primeros años de la vida. Depende también de haber pasado el período edípico de un modo positivo, que conduzca a una sólida identificación con la madre, y de la identificación con el grupo alcanzada en el período de latencia. Pero en la adolescencia inicial, cuando se acostumbra a sentirse a gusto con su cuerpo femenino y el rol que le corresponde en la sociedad, la actitud de los padres tiene especial importancia; no sólo la actitud frente a la hija, sino la actitud de cada uno de ellos respecto del otro. Si la madre, además de aceptar su vida como mujer, se realiza completamente en esta condición suya de mujer, la hija puede felicitarse de los signos indicativos de que ya es mujer y se siente segura de que será amada y deseada como tal. A pesar de que la muchacha no se sentirá ahora tan sujeta y limitada a causa de su sexo como en otros tiempos, puede estar resentida por la mayor libertad que tiene el chico para explorar su mundo y porque se espera de ella que sea una buena ama de casa y sepa cuidar a los hijos. Todavía hay muchachas y mujeres que se sienten disgustadas porque tienen la impresión de que

3. Una joven, a la que nos hemos referido anteriormente, gravemente enferma de colitis ulcerosa, afirmaba que la menarquía constituyó para ella un traumatismo que no había podido asimilar nunca. Durante gran parte de la infancia había querido ser una especie de camarada de su padre e insistía en que era realmente un chico; si era una niña, se debía únicamente a que su madre la vestía como tal. La menarquía, finalmente, la hizo capitular, pero sintió una amarga hostilidad contra la madre, por haberla hecho niña. Posteriormente, consiguió llegar a una solución de compromiso con su sexualidad y superó sus sentimientos respecto de su madre haciéndose monja.

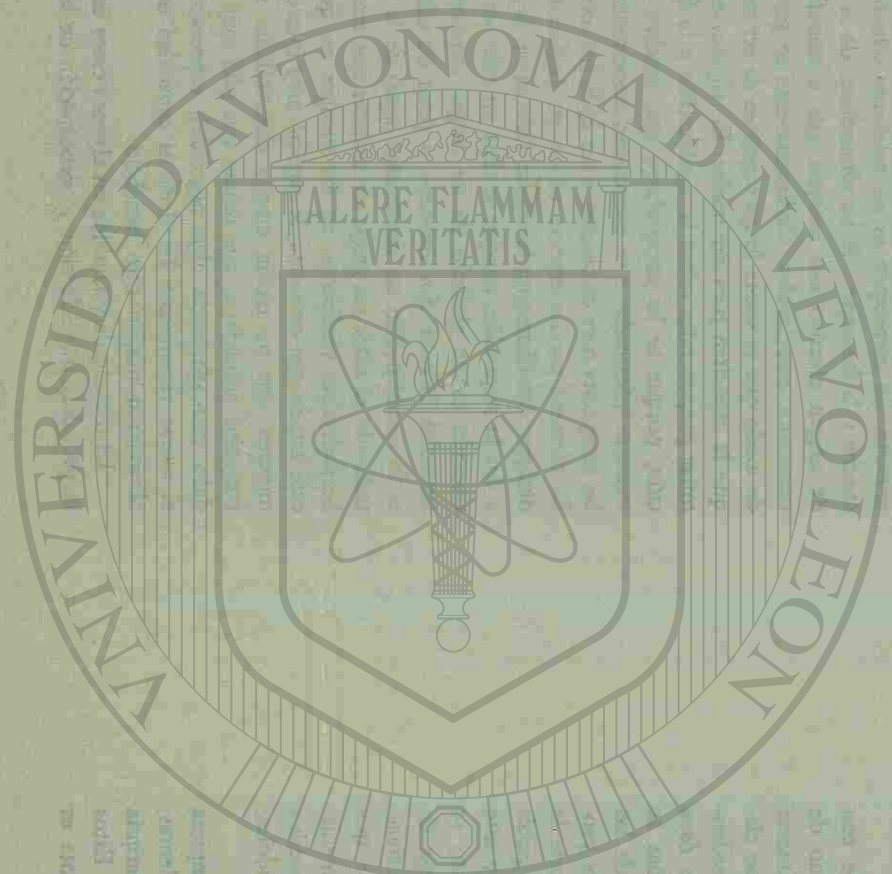
una persona sin pene no es nada. Aunque los cambios que se han producido en la cultura han modificado considerablemente el rol de la mujer en la sociedad, dándole ventajas sobre el hombre en ciertas áreas, ha disminuido también la tendencia a una fatalista e inconsciente aceptación de ser un miembro del «sexo débil» y ha quedado abierto el camino a una más consciente ambivalencia y a esfuerzos, que se aceptan más favorablemente, orientados a desempeñar papeles masculinos en la vida.

Aun cuando estas potenciales insatisfacciones por ser mujer pueden existir, quedan por lo general oscurecidas por la satisfacción que siente la adolescente por su nueva posición como mujer, por la adquisición de un físico que atrae la atención y la capacidad de tener hijos. Si bien no posee un pene, puede poseer un cuerpo de atractivo aspecto, que empieza a acicalar con un inconsciente narcisismo compensador. Comienza a estar motivada por la expectativa de tener un hijo, especialmente de sexo masculino, en algún momento del futuro. Aunque probablemente toda muchacha lamenta más o menos ser del sexo femenino y necesita hallar la manera de aceptar el hecho y encontrar algún medio de compensar su privación de masculinidad, que tan profunda influencia ejerce sobre la constitución de su psique, la mayoría reconocen algunas de las ventajas que les proporciona su condición de mujer y encuentran satisfacción construyendo sobre la base de estos potenciales aspectos positivos. En estos últimos años, muchos psicoanalistas han comprobado que no pocos hombres tienen profundos, pero aún más ocultos deseos de ser mujer en lugar de hombre, y en el pasado decenio el vestido y la conducta de muchos adolescentes ha mostrado claramente la existencia de este deseo⁴.

Influencia del ciclo menstrual

Con la menarquía, la muchacha se halla bajo una nueva influencia, que es a menudo enigmática tanto para ella como para los que con ella conviven. Las modificaciones cíclicas que se producen cada mes en el equilibrio hormonal influyen, directa o indirectamente, en su estado

4. En general, se considera tolerable que una mujer dese ser hombre, pero se tiene por vergonzoso que un hombre dese ser mujer. Sin embargo, son más los hombres que quieren ser convertidos operatoriamente en mujeres que viceversa. Los indios «plains» institucionalizaron los «berdaches», hombres que vivían como mujeres, pero eran muy valientes en la guerra como miembros de las sociedades de «los caballos locos».



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

La inicial idea infantil de que la madre ha privado de pene a la niña puede volver a presentarse en la conciencia. La secreta fantasía de ser realmente un chico, que aparece con mayor o menor intensidad en muchas niñas, se encuentra entonces negada por la cruda realidad³. Algunas muchachas están tan bloqueadas por el sentimiento de estar físicamente disminuidas que no quieren enterarse de las cuestiones relativas a su sexo y a los órganos sexuales correspondientes y muchas mujeres continúan hallándose en una profunda ignorancia de su propio cuerpo, incluso después de casarse y haber tenido descendencia.

Acceptación de la femineidad

La forma como la muchacha acepta los cambios que se han producido en su físico y el hecho de la menstruación depende, naturalmente, de la estabilidad de su identidad de sexo y de la firmeza con que los padres la han tratado según el sexo adecuado durante los primeros años de la vida. Depende también de haber pasado el período edípico de un modo positivo, que conduzca a una sólida identificación con la madre, y de la identificación con el grupo alcanzada en el período de latencia. Pero en la adolescencia inicial, cuando se acostumbra a sentirse a gusto con su cuerpo femenino y el rol que le corresponde en la sociedad, la actitud de los padres tiene especial importancia; no sólo la actitud frente a la hija, sino la actitud de cada uno de ellos respecto del otro. Si la madre, además de aceptar su vida como mujer, se realiza completamente en esta condición suya de mujer, la hija puede felicitarse de los signos indicativos de que ya es mujer y se siente segura de que será amada y deseada como tal. A pesar de que la muchacha no se sentirá ahora tan sujeta y limitada a causa de su sexo como en otros tiempos, puede estar resentida por la mayor libertad que tiene el chico para explorar su mundo y porque se espera de ella que sea una buena ama de casa y sepa cuidar a los hijos. Todavía hay muchachas y mujeres que se sienten disgustadas porque tienen la impresión de que

3. Una joven, a la que nos hemos referido anteriormente, gravemente enferma de colitis ulcerosa, afirmaba que la menarquía constituyó para ella un traumatismo que no había podido asimilar nunca. Durante gran parte de la infancia había querido ser una especie de camarada de su padre e insistía en que era realmente un chico; si era una niña, se debía únicamente a que su madre la vestía como tal. La menarquía, finalmente, la hizo capitular, pero sintió una amarga hostilidad contra la madre, por haberla hecho niña. Posteriormente, consiguió llegar a una solución de compromiso con su sexualidad y superó sus sentimientos respecto de su madre haciéndose monja.

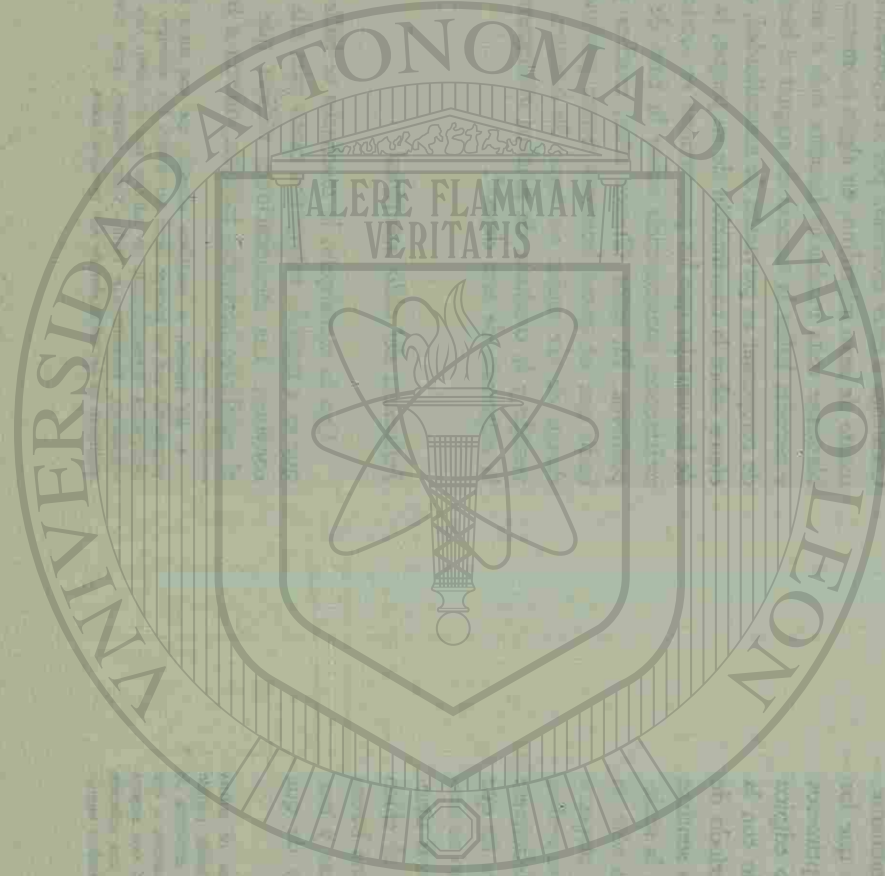
una persona sin pene no es nada. Aunque los cambios que se han producido en la cultura han modificado considerablemente el rol de la mujer en la sociedad, dándole ventajas sobre el hombre en ciertas áreas, ha disminuido también la tendencia a una fatalista e inconsciente aceptación de ser un miembro del «sexo débil» y ha quedado abierto el camino a una más consciente ambivalencia y a esfuerzos, que se aceptan más favorablemente, orientados a desempeñar papeles masculinos en la vida.

Aun cuando estas potenciales insatisfacciones por ser mujer pueden existir, quedan por lo general oscurecidas por la satisfacción que siente la adolescente por su nueva posición como mujer, por la adquisición de un físico que atrae la atención y la capacidad de tener hijos. Si bien no posee un pene, puede poseer un cuerpo de atractivo aspecto, que empieza a acicalar con un inconsciente narcisismo compensador. Comienza a estar motivada por la expectativa de tener un hijo, especialmente de sexo masculino, en algún momento del futuro. Aunque probablemente toda muchacha lamenta más o menos ser del sexo femenino y necesita hallar la manera de aceptar el hecho y encontrar algún medio de compensar su privación de masculinidad, que tan profunda influencia ejerce sobre la constitución de su psique, la mayoría reconocen algunas de las ventajas que les proporciona su condición de mujer y encuentran satisfacción construyendo sobre la base de estos potenciales aspectos positivos. En estos últimos años, muchos psicoanalistas han comprobado que no pocos hombres tienen profundos, pero aún más ocultos deseos de ser mujer en lugar de hombre, y en el pasado decenio el vestido y la conducta de muchos adolescentes ha mostrado claramente la existencia de este deseo⁴.

Influencia del ciclo menstrual

Con la menarquía, la muchacha se halla bajo una nueva influencia, que es a menudo enigmática tanto para ella como para los que con ella conviven. Las modificaciones cíclicas que se producen cada mes en el equilibrio hormonal influyen, directa o indirectamente, en su estado

4. En general, se considera tolerable que una mujer dese ser hombre, pero se tiene por vergonzoso que un hombre dese ser mujer. Sin embargo, son más los hombres que quieren ser convertidos operatoriamente en mujeres que viceversa. Los indios «plains» institucionalizaron los «berdaches», hombres que vivían como mujeres, pero eran muy valientes en la guerra como miembros de las sociedades de «los caballos locos».



de humor y su conducta. Benedek y Rubenstein (1) llevaron a cabo estudios hormonales en mujeres que se encontraban en tratamiento psicoanalítico y observaron la naturaleza de sus sueños en las diversas fases del ciclo menstrual. Dedujeron la conclusión de que en las primeras fases del ciclo, cuando está madurando el folículo ovárico, la secreción de estrógeno moviliza tendencias heterosexuales y una conducta orientada hacia fuera, alcanzando los deseos sexuales su máximo en el momento de la ovulación, que tiene lugar corrientemente unos doce días después del inicio de la última regla; luego, consecutivamente a la ovulación, la secreción de progesterona favorece la presencia de una conducta más pasiva, más receptiva y una orientación al interior, como preparando a la mujer para el embarazo emocional y físicamente. Después, poco antes del inicio de la regla siguiente, la secreción de progesterona desciende bruscamente y la mujer tiende a sentirse irritable y de mal humor⁵.

Estos cambios cíclicos se consideran desde hace mucho tiempo como una especie de marea interior que influye en la vida de la mujer y ejerce un cierto imperio sobre su conducta y sus pensamientos, conscientes e inconscientes. La investigación de Benedek y Rubenstein no ha sido repetida por otros autores y no se ha realizado, que sepamos, ningún trabajo sistemático sobre esta cuestión. Aunque otros autores sirían el tiempo de mayor excitación sexual en momentos diversos del ciclo, es evidente que muchas mujeres se sienten profundamente afectadas en su estado de ánimo por las diversas fases del ciclo menstrual, por las influencias fisiológicas y por las actitudes inconscientes provocadas por la menstruación. Entre otras influencias, el aumento premenstrual de líquido intersticial, que es muy marcado en algunas mujeres, puede originar molestias e irritabilidad, pero éste no es por lo general problema de la adolescencia. La actitud de la muchacha frente a las reglas puede reflejar las advertencias de la madre en cuanto ésta puede haberle dicho que una niña debe permanecer inactiva du-

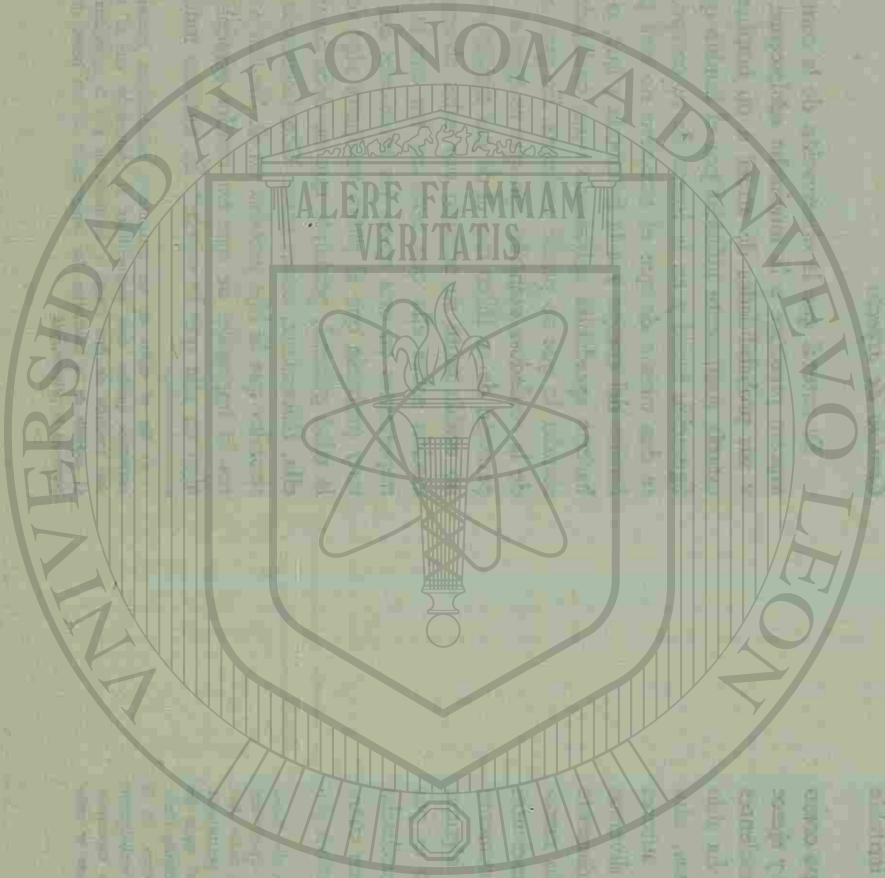
5. Aunque en muchas mujeres los cambios cíclicos en la conducta y el estado de humor apenas son observables, en algunas son factores casi predominantes en su vida y las transformaciones de su conducta serían casi incomprensibles si no se tomara en consideración el ciclo. Así, una mujer a la que se aplicaba psicoterapia intensiva, a pesar de ser una mujer muy perturbada, mostraba actitudes muy diferentes ante el terapeuta, así como ante el esposo y los hijos según las diversas fases del ciclo menstrual, actitudes que se repetían cada mes. En la fase postmenstrual, iba bien arreglada y procuraba ser amable; se mostraba cooperativa con el psicoterapeuta. En la segunda mitad del ciclo, era descuidada, lo encontraba todo mal y, a veces, atacaba verbalmente al médico. Luego, en la fase premenstrual, se sentía desgraciada y deprimida, sin esperanza; pensaba una vez en marcharse a otra parte y empezar una vida distinta y otras veces se comportaba como una niña, en exceso sujeta al esposo, a los hijos y al terapeuta.

rante la regla, por ejemplo, pero es más frecuente que refleje la misma conducta de la madre. Es muy natural que una niña que ha visto a su madre incapacitada cada mes durante varios días, piense que ella hará lo mismo cuando tenga reglas. Luego, tal vez utilizará los días de la regla para que le dediquen mayor atención. La supuesta incapacidad en los días de la regla se transmite frecuentemente de una generación a otra sin causa física demostrable. Aun sin estos trastornos, el ciclo menstrual da periodicidad a la vida de la muchacha, sucediéndose cada mes los períodos de incremento y decrecimiento de los sentimientos de valía. Esta alternancia en los sentimientos establece una notable diferencia entre la psicología masculina y la femenina.

Cambio de aspecto

Es natural que la observación de la continua transformación de su aspecto preocupe a la muchacha adolescente. Sabe que su popularidad y sus probabilidades de atraer a un hombre interesante como esposo estarán sumamente influidas por el cambio que experimenta en su configuración facial y en la forma de su cuerpo. Pocas son las chicas que se dan cuenta de que el atractivo no está primariamente ligado a las formas del cuerpo y a la fisonomía y que, si no son hermosas, pueden hacerse agradables cultivando otras cualidades, en lugar de querer disminuir lo que no puede ocultarse. En gran parte, la muchacha, a pesar de la cuidadosa atención con que se mira al espejo y la constante comparación de su físico con el de sus amigas y el de las estrellas del cine, no evalúa tanto su encanto por estas observaciones como por la apreciación sobre ella que nota en los que la miran. Son especialmente importantes en esta época las reacciones del padre frente a la hija. Es muy probable que el padre se aparte algo de su hija al entrar ésta en la edad puberal, pensando que no debe continuar estando tan cerca de ella, físicamente, como antes. Con frecuencia, huye de los sentimientos sexuales que la hija provoca en él. Muchas veces, la hija obtiene entonces la impresión de que no resulta agradable al padre o de que hay algo en ella que le repele⁶. Se necesita mucho tacto en el padre para

6. En el curso de un tratamiento psicoterapéutico intensivo, es frecuente observar que las pacientes quedan muy sorprendidas al comprender que el relativo apartamiento del padre era una reacción de éste frente a la atracción y a la estimulación sexual, y no una decepción por el aspecto de la muchacha. La comprensión de este hecho determina, a veces, un cambio importante en la psicoterapia.



comunicar de algún modo a la hija, con la actitud y la conducta, sus sentimientos de que ella es atractiva y de que le gusta su aspecto y, no obstante, guardar la debida distancia. Los cambios en el modo como los hombres y los chicos tratan a la muchacha púber pueden ocasionarle a ésta angustia, turbación o placer. Posiblemente, se ruborizará cuando los chicos silben a su paso o se disgustará cuando dediquen estos silbidos a otra chica. Empieza un típico dilema femenino. Se disgusta la muchacha si los jóvenes no la buscan por su aspecto, pero se irrita porque gusta a los muchachos por su aspecto y no «por ella misma», y, luego, porque éstos se interesan por ella en el aspecto sexual y no por esta especie de yo indefinible.

La pubertad en el muchacho

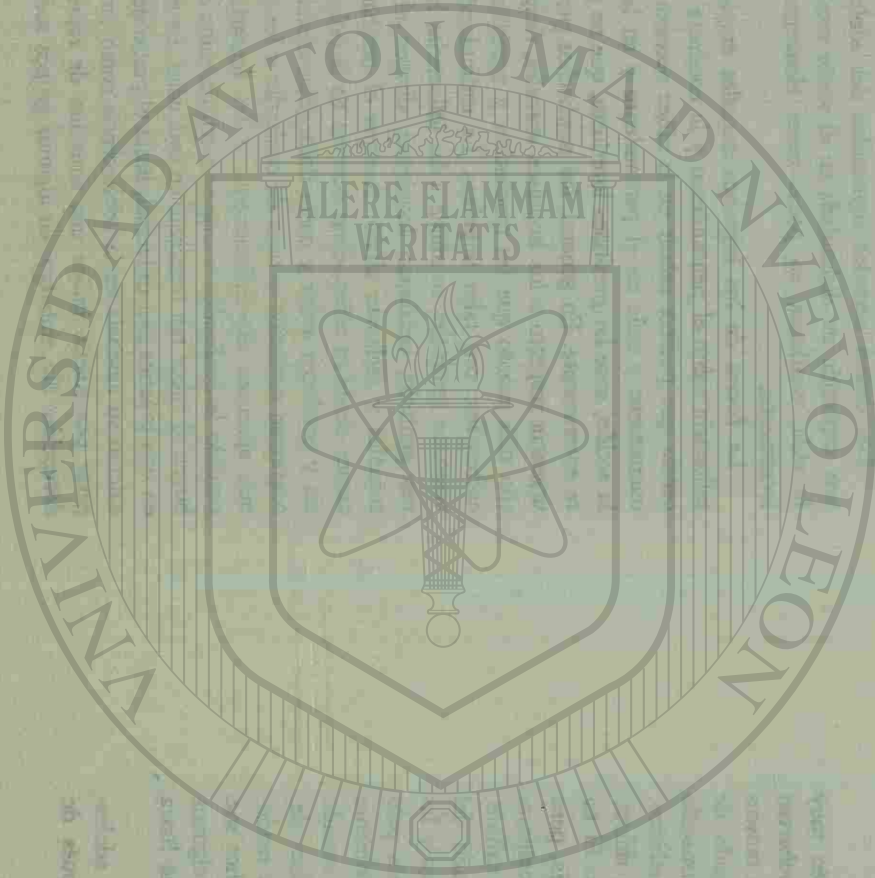
La maduración física del muchacho adolescente es también muy evidente, pero no hay en ella tanta metamorfosis como en la pubertad de la muchacha. Las modificaciones en el tamaño y en la fuerza muscular le preparan para su rol primordial de defensor y encargado de procurar el sustento de la familia. Puede decirse que esta transformación le conduce a un período de incremento en la actividad de tipo atlético, deportivo y competitivo entre sus coetáneos y contribuye a la dificultad de continuar siendo un niño en la relación con los padres. El tamaño de los genitales permanecía estacionado durante la infancia, pero hacia la edad de doce o trece años los testículos empiezan a aumentar de volumen y la piel del escroto se arruga y toma un color más subido, algo rojo. Pronto sigue a estos cambios un aumento de tamaño del pene. Aparece pelo púbico y después axilar. Maduran la próstata y las vesículas seminales y se forman espermatozoides. Crece después pelo en la barba y vello en el cuerpo y la voz se hace más grave, usualmente unos cuatro años después de los primeros cambios puberales, cuando el crecimiento del cuerpo está casi completado la mella en la línea del cabello temporal es uno de los últimos cambios e indica que la maduración del adolescente está completa. La mayoría de los muchachos son completamente maduros a los diecisiete o dieciocho años, pero algunos completan la madurez a los quince y en otros ésta no termina hasta los veinte (11).

La mayoría de muchachos se han masturbado antes de la adolescencia, pero esta actividad se incrementa ordinariamente después de

la pubertad. La eyaculación se produce después de la maduración de la próstata y las vesículas seminales, pero los espermatozoides son poco numerosos e inmóviles, por lo que el adolescente permanece estéril durante un año o más de la primera eyaculación. Las emisiones nocturnas se inician generalmente entre los catorce y los dieciséis años y pueden causar mucha preocupación si los padres no han preparado debidamente al muchacho, aunque la mayoría tienen noticia de este fenómeno por sus amigos. Pero en algún caso, el chico no lo sabe y piensa que algo está estropeado o que la masturbación le ha perjudicado. Y hasta los que están previamente informados pueden experimentar ansiedad debido a la naturaleza de los vívidos sueños que preceden y acompañan a la emisión nocturna y que parecen más reales que la mayoría de los sueños.

Los deseos sexuales reprimidos del adolescente pueden encontrar una expresión no disimulada en el sueño asociado y, en esta época de la vida, contienen no pocas veces elementos homosexuales y hasta incestuosos.

La fuerza de los impulsos sexuales empieza a ejercer su potente influencia sobre el pensamiento y la conducta del adolescente y la influencia que pudiera existir en la niñez necesita poderosas defensas para mantenerse y cede en el pensamiento y en la fantasía, cuando no en la acción, ante las presiones interiores, que no permiten que se las ignore enteramente. En general, los muchachos parecen experimentar cierta urgencia respecto a los impulsos sexuales, después de la pubertad, mucho más pronto que las muchachas y necesitan encontrar medios para enfrentarse con tales impulsos. La estimulación que se origina en las vesículas seminales se añade a las influencias hormonales. Las sensaciones genitales ocasionan inquietud, dirigen el pensamiento a objetos sexuales y reclaman alivio. Aunque el muchacho experimentaba erecciones desde su niñez, éstas ocurren en la pubertad con mayor frecuencia y producen ardor y hasta dolor. Son erecciones inesperadas, que le ocasionan turbación y trata de ocultarlas a los demás. Los pensamientos que aparecen espontáneamente y las fantasías en que se encuentra perdido le confunden y originan sentimientos de vergüenza que contribuyen al rubor tan frecuente en esta edad. La masturbación se convierte en una práctica casi universal, hasta el punto de que los psiquiatras consideran su ausencia en la adolescencia como un hecho que debe investigarse por cuanto indica una situación de represión intensa o de auto-decepción. Sin embargo, en algunos grupos sociales, es tan mal vista la



masturbación que se favorecen con esta actitud las relaciones sexuales prematritales precoces⁷.

Preocupaciones del adolescente por la masturbación

Aunque la masturbación en la adolescencia no es tan frecuente en las muchachas como en los muchachos, la cifra que da Kinsey para el sexo femenino (40 %) nos parece demasiado baja (8). Muchas chicas pueden masturbarse apretando los muslos uno contra otro y algunas no se dan cuenta de que se masturban de este modo. Las muchachas tienen menos tensión fisiológica inmediata que les impele a la busca de alivio, porque no hay equivalente femenino de la presión local ejercida por las vesículas seminales. En la muchacha, es más probable que la excitación sexual resulte de estímulos exteriores y puede no aparecer la masturbación hasta que ha sido sexualmente excitada por experiencias con otras personas.

La masturbación provoca corrientemente sentimientos de culpabilidad y disgusto o preocupación, especialmente en la adolescencia inicial. Estos sentimientos pueden derivar de las fantasías que acompañan generalmente al acto, pero también pueden proceder de indicaciones, expresas o tácitas, de los adultos y de compañeros que consideran esta práctica como vergonzosa y perjudicial. Se había difundido mucho, popularmente, la creencia de que la masturbación conduce a la locura. Esta opinión, no sólo fue compartida por gente instruida, sino que la expusieron los mismos psiquiatras y se consideró como cosa segura en la época victoriana⁸. Chicos y chicas pueden creer que el «vicio solitario» continuado acarrea el peligro de impotencia, debilidad general, disminución de la agudeza visual y calvicie y que es la principal causa del acné. A pesar de que los adolescentes actuales están

7. Observa Kinsey que existen notables diferencias, a este respecto, en las diversas clases sociales de un mismo país (Estados Unidos). Posiblemente, un guardia que proceda de una clase social baja detendrá a un chico al que encuentra masturbándose, pero el juez considerará que no se trata de una falta importante. En cambio, las correspondientes actitudes pueden estar invertidas en el caso de sorprender a un chico y una chica en relación sexual. Véase Kinsey y otros, *Sexual Behavior in the Human Male* (7), c. 10.

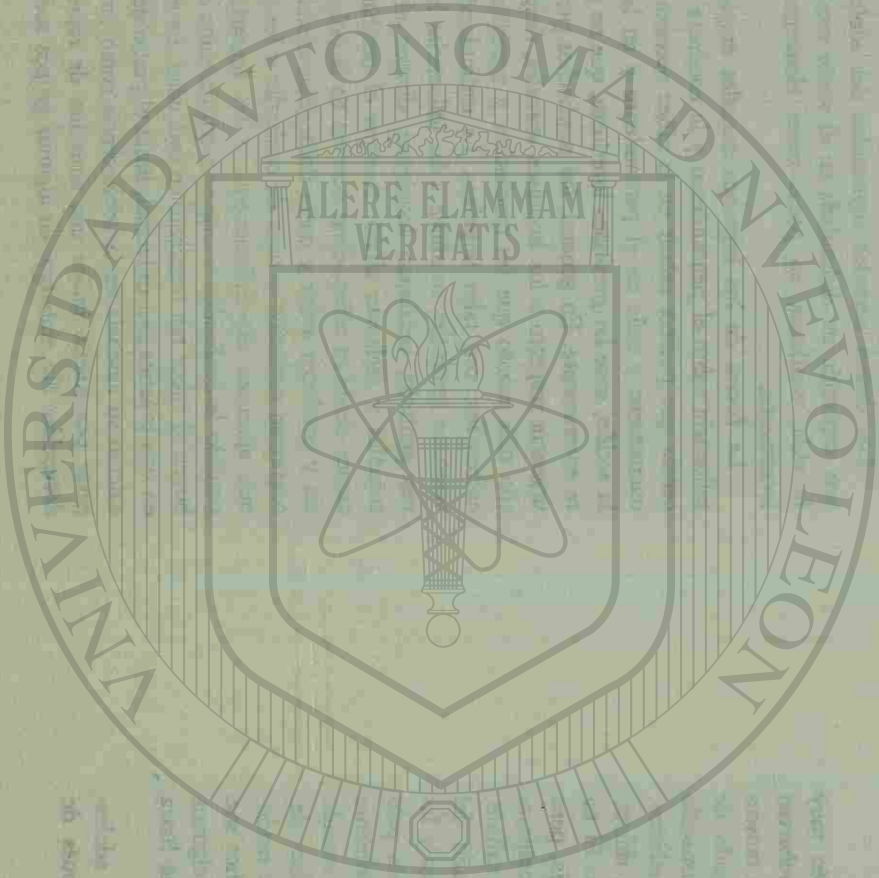
8. Citemos, entre los más eminentes psiquiatras, a Freud, que atribuía en un principio los síntomas neurasténicos a una excesiva pérdida de líquido sexual y a Adolf Meyer que, aun cuando era a este respecto algo escéptico, afirmó que no había visto nunca un paciente esquizofrénico que no se hubiese masturbado (lo que, posiblemente, era cierto). La literatura sobre la educación de los niños y la que explicaba a la juventud «los hechos de la vida» insistían en lo peligroso de la masturbación para la salud moral y física.

Adolescencia

probablemente más instruidos sobre estas cosas y no han sido mal informados por escritos como los antes aludidos, la masturbación continúa siendo origen de considerable angustia en muchos adolescentes. Se produce frecuentemente un ciclo en el que el muchacho (o la muchacha) decide renunciar a estas prácticas y lucha consigo mismo para vencer el impulso a la supresión de la tensión y al goce, pero fracasa en el cumplimiento de esta promesa y sufre como consecuencia de este quebrantamiento una pérdida de respeto a sí mismo; se considera débil y depravado. Tales sentimientos pueden ejercer un notable efecto sobre el desarrollo de la personalidad y el carácter. Sin embargo, estas preocupaciones son de ordinario superadas y únicamente contribuyen a originar dificultades importantes en el caso de que existan otros factores que tiendan a producir una conducta asocial. Aunque se toman frecuentemente decisiones sobre el futuro, basadas en estas infundadas preocupaciones (tales como resignarse a no casarse nunca o prepararse para la eventualidad de perder el juicio en edad juvenil), estos pensamientos se desvanecen en el joven a medida que se va convenciendo de su normalidad. En cuanto al aspecto positivo, la capacidad de conseguir el alivio de los impulsos sexuales mediante la masturbación permite con frecuencia obtener el relativo aquietamiento que se necesita para el estudio o para diferir el matrimonio hasta haber terminado una carrera⁹.

Dentro del primero o de los dos primeros años consecutivos a la pubertad, los impulsos sexuales han añadido una fuerza nueva a los impulsos del ello y empiezan a ser, consciente o inconscientemente, una potente fuerza directriz con la que debe enfrentarse el joven de una forma u otra. Volvemos a examinar, más adelante, el tema acerca de algunas de las influencias de la pubertad sobre las relaciones familiares y extrafamiliares del adolescente y sobre la reorganización de su estructura psíquica, pero antes debemos hablar de las modificaciones que se producen, al mismo tiempo en su capacidad intelectual.

9. Observó Kinsey que, aun cuando la masturbación es más frecuente en chicos de clases instruidas, también los de clases no intelectuales que han sabido elevarse culturalmente se han masturbado más que los compañeros de su mismo ambiente. (Véase Kinsey y otros, *Sexual Behavior in the Human Male* (7), c. 14.)



masturbación que se favorecen con esta actitud las relaciones sexuales prematritales precoces⁷.

Preocupaciones del adolescente por la masturbación

Aunque la masturbación en la adolescencia no es tan frecuente en las muchachas como en los muchachos, la cifra que da Kinsey para el sexo femenino (40 %) nos parece demasiado baja (8). Muchas chicas pueden masturbarse apretando los muslos uno contra otro y algunas no se dan cuenta de que se masturban de este modo. Las muchachas tienen menos tensión fisiológica inmediata que les impele a la busca de alivio, porque no hay equivalente femenino de la presión local ejercida por las vesículas seminales. En la muchacha, es más probable que la excitación sexual resulte de estímulos exteriores y puede no aparecer la masturbación hasta que ha sido sexualmente excitada por experiencias con otras personas.

La masturbación provoca corrientemente sentimientos de culpabilidad y disgusto o preocupación, especialmente en la adolescencia inicial. Estos sentimientos pueden derivar de las fantasías que acompañan generalmente al acto, pero también pueden proceder de indicaciones, expresas o tácitas, de los adultos y de compañeros que consideran esta práctica como vergonzosa y perjudicial. Se había difundido mucho, popularmente, la creencia de que la masturbación conduce a la locura. Esta opinión, no sólo fue compartida por gente instruida, sino que la expusieron los mismos psiquiatras y se consideró como cosa segura en la época victoriana⁸. Chicos y chicas pueden creer que el «vicio solitario» continuado acarrea el peligro de impotencia, debilidad general, disminución de la agudeza visual y calvicie y que es la principal causa del acné. A pesar de que los adolescentes actuales están

7. Observa Kinsey que existen notables diferencias, a este respecto, en las diversas clases sociales de un mismo país (Estados Unidos). Posiblemente, un guardia que proceda de una clase social baja detendrá a un chico al que encuentra masturbándose, pero el juez considerará que no se trata de una falta importante. En cambio, las correspondientes actitudes pueden estar invertidas en el caso de sorprender a un chico y una chica en relación sexual. Véase Kinsey y otros, *Sexual Behavior in the Human Male* (7), c. 10.

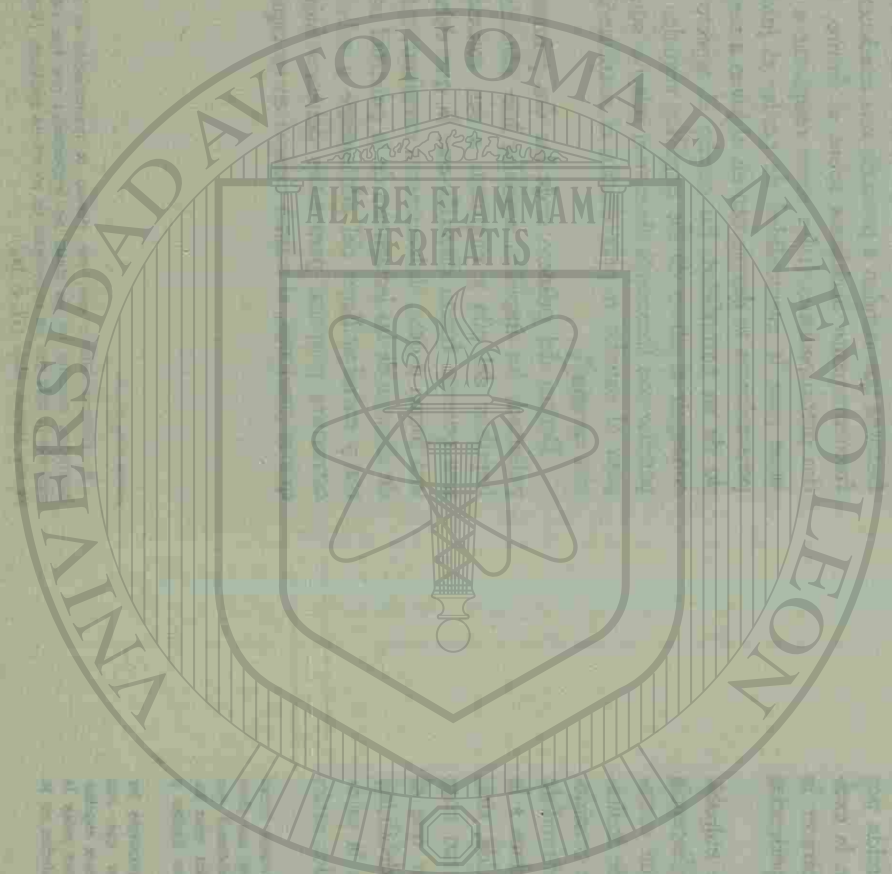
8. Citemos, entre los más eminentes psiquiatras, a Freud, que atribuía en un principio los síntomas neurasténicos a una excesiva pérdida de líquido sexual y a Adolf Meyer que, aun cuando era a este respecto algo escéptico, afirmó que no había visto nunca un paciente esquizofrénico que no se hubiese masturbado (lo que, posiblemente, era cierto). La literatura sobre la educación de los niños y la que explicaba a la juventud «los hechos de la vida» insistían en lo peligroso de la masturbación para la salud moral y física.

Adolescencia

probablemente más instruidos sobre estas cosas y no han sido mal informados por escritos como los antes aludidos, la masturbación continúa siendo origen de considerable angustia en muchos adolescentes. Se produce frecuentemente un ciclo en el que el muchacho (o la muchacha) decide renunciar a estas prácticas y lucha consigo mismo para vencer el impulso a la supresión de la tensión y al goce, pero fracasa en el cumplimiento de esta promesa y sufre como consecuencia de este quebrantamiento una pérdida de respeto a sí mismo; se considera débil y depravado. Tales sentimientos pueden ejercer un notable efecto sobre el desarrollo de la personalidad y el carácter. Sin embargo, estas preocupaciones son de ordinario superadas y únicamente contribuyen a originar dificultades importantes en el caso de que existan otros factores que tiendan a producir una conducta asocial. Aunque se toman frecuentemente decisiones sobre el futuro, basadas en estas infundadas preocupaciones (tales como resignarse a no casarse nunca o prepararse para la eventualidad de perder el juicio en edad juvenil), estos pensamientos se desvanecen en el joven a medida que se va convenciendo de su normalidad. En cuanto al aspecto positivo, la capacidad de conseguir el alivio de los impulsos sexuales mediante la masturbación permite con frecuencia obtener el relativo aquietamiento que se necesita para el estudio o para diferir el matrimonio hasta haber terminado una carrera⁹.

Dentro del primero o de los dos primeros años consecutivos a la pubertad, los impulsos sexuales han añadido una fuerza nueva a los impulsos del ello y empiezan a ser, consciente o inconscientemente, una potente fuerza directriz con la que debe enfrentarse el joven de una forma u otra. Volvemos a examinar, más adelante, el tema acerca de algunas de las influencias de la pubertad sobre las relaciones familiares y extrafamiliares del adolescente y sobre la reorganización de su estructura psíquica, pero antes debemos hablar de las modificaciones que se producen, al mismo tiempo en su capacidad intelectual.

9. Observó Kinsey que, aun cuando la masturbación es más frecuente en chicos de clases instruidas, también los de clases no intelectuales que han sabido elevarse culturalmente se han masturbado más que los compañeros de su mismo ambiente. (Véase Kinsey y otros, *Sexual Behavior in the Human Male* (7), c. 14.)



Desarrollo cognoscitivo del adolescente

Es de suma importancia señalar que, precisamente cuando el niño sufre los embates del despertar de los impulsos sexuales que requieren atención y pueden conducir a una actividad impulsiva que altera el tipo de vida y las relaciones básicas que tenía hasta entonces, adquiere un nuevo campo de acción en su funcionamiento intelectual que le capacita para enfrentarse con las tendencias y las emociones de una forma más eficaz. No sólo es capaz de razonar más lógicamente y prever con la imaginación el efecto de sus actos sobre el estado futuro, sino que empieza a evaluar su conducta en términos de ideales e ideologías. Claro está que podemos considerar la situación a la inversa, es decir, observando que, cuando el niño se hace capaz de pensar con mayor eficiencia y de dirigir su vida razonablemente hacia objetivos futuros, entra en su vida una nueva fuerza que le incita irracionalmente y entra la impulsividad. El cuerpo reclama una actividad sexual que es preciso contener y reprimir, por lo menos parcialmente, y esto aumenta el área y el poder de los procesos y las motivaciones inconscientes. Se ha dicho que un adolescente es una persona con dos cabezas y es frecuentemente la cabeza del pene la que guía su conducta.

Período de las operaciones formales de Piaget

El cambio en la capacidad cognoscitiva del adolescente no consiste simplemente en un aumento de la inteligencia. Como han demostrado claramente Inhelder y Piaget (5) y Vygotsky (12), el gradual incremento de la inteligencia conduce a una transformación cualitativa durante la época de la pubertad y el individuo entra en una nueva fase de desarrollo cognoscitivo, que es, en la terminología de Piaget, el período de las *operaciones formales*. Este período se inicia aproximadamente a la edad de once o doce años, pero las capacidades intelectuales correspondientes se desarrollan durante varios años, consolidándose hacia los catorce o quince años de edad. Sin embargo, el proceso de «descentramiento» mediante la adquisición de nuevas perspectivas continuará en el adulto joven.

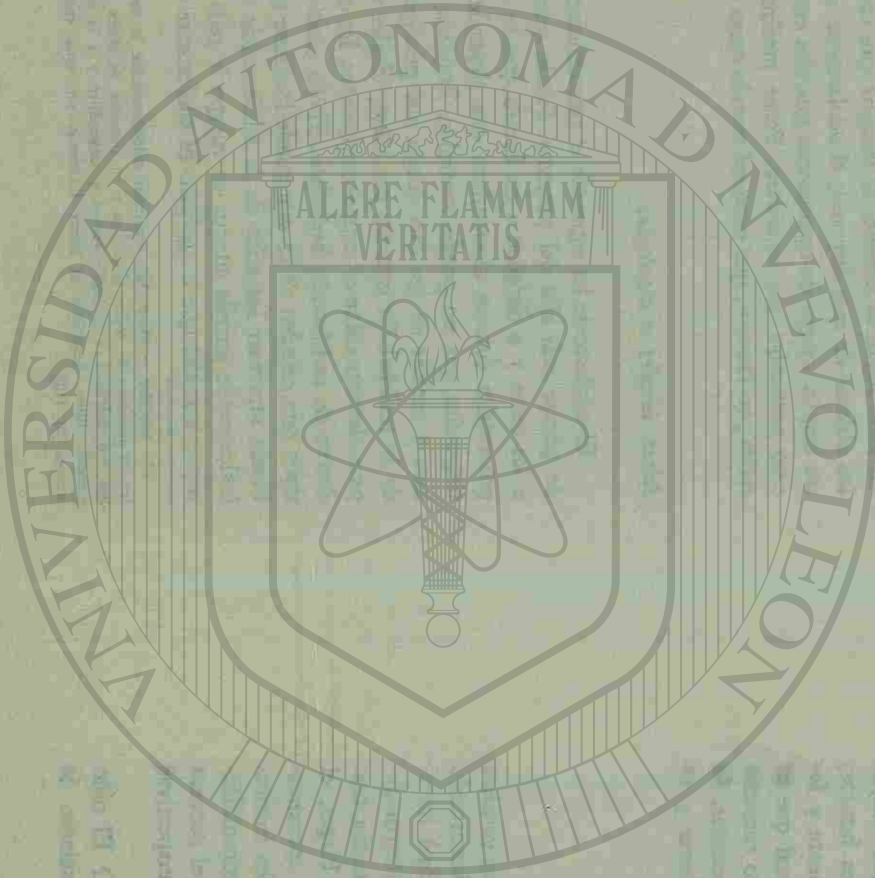
¿De qué naturaleza es el pensamiento operativo formal? El niño se hace capaz de lógica proposicional, de un tipo de pensamiento de

segundo orden, que opera con conceptos abstraídos de la realidad. Es la capacidad de pensamiento deductivo hipotético, de efectuar deducciones lógicas a partir de condiciones simplemente imaginadas. El muchacho puede razonar diciendo: «Si x es cierto, también debe serlo y » o «si x fuese cierto, y sería posible». Este uso del lenguaje se desmorona hasta poder abstraer de la realidad conceptos y manipularlos luego con la imaginación, no simplemente como fantasías, sino con el intento de hallar solución a problemas reales y el curso de acontecimientos futuros. Inhelder y Piaget afirman que los atributos críticos de las operaciones formales son la capacidad de pensar sobre los pensamientos y la inversión de relaciones entre lo que es real y lo que es posible. El niño que se encuentra en la fase de relaciones concretas puede ir de lo real a lo posible (como, después de haber colocado objetos en serie según su tamaño, se imagina que continúa la serie más allá de los objetos de que dispone); el adolescente, en cambio, tiene dispuesto un amplio campo de operaciones posibles entre las que puede situar el caso particular que considera. Posee medios de razonamiento, elaborados previamente, que ensayará cuando tenga que actuar en la práctica¹⁰.

Ideas, ideales e ideologías

El adolescente ha superado el pensamiento infantil con su capacidad de pensar más allá del presente. Puede orientarse a pensar en torno a las cosas y a dirigirse a un futuro que ha conceptualizado y hasta a potenciales futuros alternativos que dependen de su actos y de contingencias que no puede controlar. Empieza también a elaborar sistemas y teorías en las que encaja sus percepciones y sus concepciones de la realidad. Se interesa por ideas, ideales e ideologías que le sirven para elevarse sobre el momento presente, las exigencias del cuerpo y los deseos de satisfacción hedonista. Puede estar motivado hasta por objetivos que, exceden de lo que puede incluirse en la duración de su vida. Puede atravesar los años de la adolescencia con los ojos fijos en una inalcanzable estrella aunque su cuerpo le pida una descarga de las tensiones sexuales que le agobian. El adolescente conceptualiza los sistemas

10. Inhelder y Piaget han analizado cuidadosamente la naturaleza de las operaciones formales en términos de lógica simbólica y en términos de lógica matemática de conjuntos y grupos. Sus contribuciones a la lógica formal y matemática y a la epistemología exceden el objeto del presente libro. Remitimos al lector interesado por estas cuestiones a las obras de estos dos autores (5), (10).



gida por valores de los sistemas sociales más bien que simplemente por relaciones y valores interpersonales y empieza a situar mentalmente a su familia, a sus padres y a sí mismo en un contexto social más amplio, en el que los valores sociales son superiores a los sistemas de valores familiares¹¹.

El desarrollo de nuevas capacidades cognitivas de operaciones formales no puede interpretarse simplemente como desarrollo del mecanismo de defensa que denominamos *intelectualización*, entendido éste como defensa contra la experimentación de emociones o como medio de sublimación de impulsos sexuales. Debe entenderse más bien como expansión general del horizonte intelectual del individuo, incluida la potencialidad de un mayor control del yo.

La extensión del desarrollo de las operaciones formales varía mucho de un individuo a otro y, especialmente, de una clase social a otra; depende, en gran parte, del nivel educativo alcanzado. Tal vez en ciertas sociedades no alfabetizadas no haya nadie que llegue al nivel de operaciones formales¹² y es también seguro que en nuestras sociedades, sobre todo tratándose de personas que no han pasado de la educación elemental, son muchos los que tienen un débil desarrollo de la capacidad para operaciones formales, tales como la formación de conceptos y la adecuada consideración de objetivos futuros. La adquisición de esta nueva capacidad cognoscitiva confiere a la adolescencia muchas de sus características esenciales, pero implica una evolución muy compleja, que requiere un período de varios años. Las nuevas capacidades

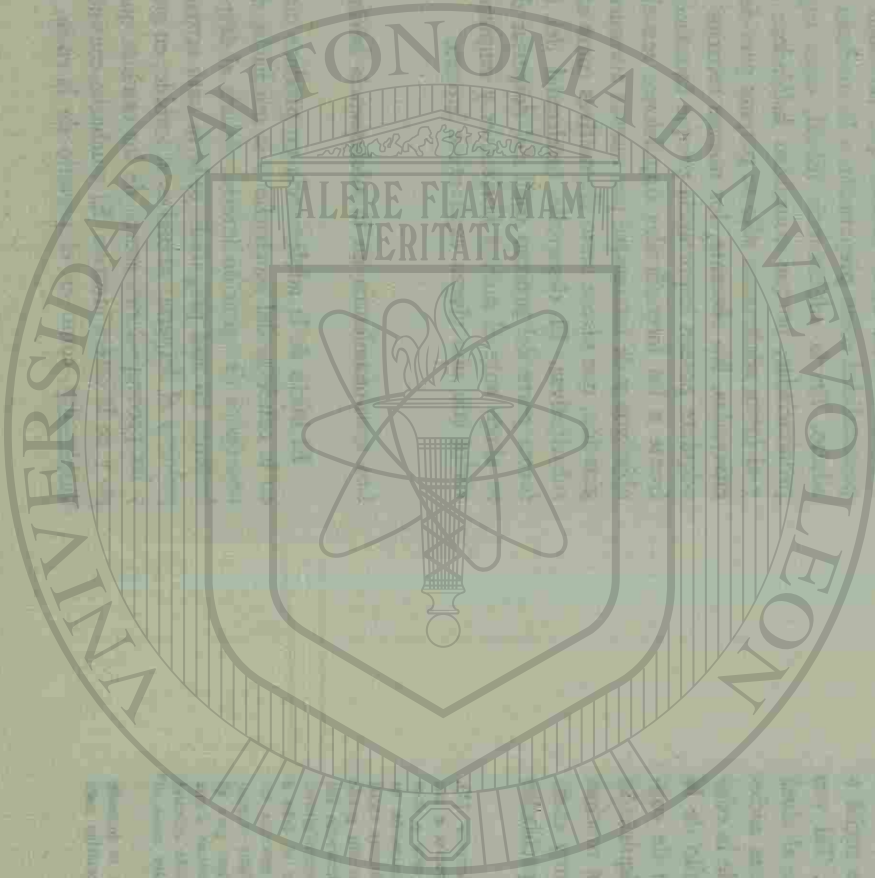
intelectuales permiten al adolescente comprender ideologías, examinar con espíritu crítico el estado de cosas existente, considerar la posibilidad de un mundo mejor y obtener satisfacción por la fantasía mientras se espera ser capaz de encontrarla en la realidad y, en general, elevarse sobre el prosaico mundo y sus atareados habitantes. Estas nuevas capacidades le dan también la posibilidad de encartarse con un mundo más concordante con la realidad en el que debe encajar y de comprender orientaciones diferentes de las suyas acerca de lo que tiene sentido en la vida. Su superyo se modificará por la incorporación de nuevos ideales del yo y también por la adopción de cánones arbitrarios, pero socialmente reconocidos, que son esenciales para la regulación de todo sistema social. Más adelante, examinaremos algunos de los más importantes derivados de las nuevas posibilidades cognitivas del adulto en su interrelación con otras fuerzas que reforman su vida y estructuran su personalidad como preparación a la conducta y las responsabilidades de adulto. En la adolescencia inicial, estas capacidades no son todavía pronunciadas, porque continúan hallándose en proceso de formación y el joven adolescente sólo se prepara para desarrollar la nuevas ideas y ensayarlas. No obstante, los nuevos recursos intelectuales que el joven adquiere poseen importancia porque incrementan su capacidad de hacer frente a las intensificadas impulsiones sexuales, de considerar futuros objetivos y de interesarse por nuevas aventuras en el mundo de la imaginación, que ofrece tanto alternativas como actividades y gratificaciones substitutivas. El desarrollo intelectual del inicio de la adolescencia forma parte del proceso total del despertar del adolescente, en el que se abren ante él nuevos horizontes y empieza a ver el mundo en que vivirá con una viveza excitante e intensa.

Los apasionamientos en la adolescencia inicial

El inicio de la adolescencia no produce ningún cambio pronunciado en la conducta del muchacho o la muchacha durante un año o más. Es una época de agitación interior debida al despertar sexual, pero el adolescente no está preparado todavía para actuar de acuerdo con sus impulsos y el despertar sexual es absorbido, en gran parte, por las fantasías y las preocupaciones acerca de los cambios que se producen en el cuerpo y en la esfera afectiva. El muchacho continúa participando en grupos unisexuales, como en el período de latencia, pero la composición del

11. INHELDER y PIAGET (*De la logique de l'enfant à la logique de l'adolescence* [3], p. 337) consideran que la transición a la fase de operaciones formales es posible gracias a una nueva maduración del sistema nervioso central, que tendría lugar hacia la edad de once o doce años, pero reconocen que la relación «distra mucho de ser simple, porque la organización de estructuras formales debe depender también del medio social... Es indispensable un ambiente social especial para la realización de estas posibilidades. Se deduce de esto que la realización puede acelerarse o retrasarse en función de las condiciones culturales y educativas... El desarrollo del pensamiento formal... depende de factores sociales tanto o más que de factores neurológicos». En realidad, no aducen ninguna prueba de que la capacidad de operaciones formales se deba a una ulterior maduración de la corteza cerebral y no al desarrollo escalonado de los procesos intelectuales, del grado logrado de educación formal y de la necesidad de orientarse hacia responsabilidades adultas. Razonamientos de tipo análogo conducirían a la conclusión de que, para el tipo de pensamiento científico que se inició en el renacimiento tardío, hubo de aguardarse a una ulterior evolución genética del cerebro, en lugar de considerarlo resultado de la evolución cultural del hombre y de la adquisición de nuevos y esenciales medios de pensamiento, tales como el sistema decimal y el álgebra.

12. La idea de que los pueblos primitivos son incapaces de pensamiento abstracto se formula ahora refiriendo esta incapacidad a la ausencia de los instrumentos conceptuales necesarios para el pensamiento abstracto.



grupo varía a consecuencia de las diferencias individuales en la maduración y las amistades íntimas ceden el paso a los apasionamientos. En el tiempo de los apasionamientos intensos, la mayoría de los cuales, no todos, se dirigen a personas del mismo sexo. La vida del muchacho o la muchacha puede estar llena de pensamientos sobre la persona que admira, de la que desea saber más cosas y junto a la cual quisiera pasar el mayor tiempo posible. En general, las muchachas tienen más intensos y manifiestos apasionamientos que los chicos y se sienten más libres para exteriorizarlos. La persona adorada es alguien muy próximo al propio individuo o a lo que éste quisiera ser. En cierto sentido, no hay todavía una clara diferenciación entre la identificación y la elección de objeto. El adolescente idolatra a una persona a la que desea parecerse, no a alguien que pueda complementar su existencia. Todavía se halla inmerso en el proceso de buscarse a sí mismo, de acostumbrarse a las modificaciones que se han producido en su cuerpo, de ser alguien y está muy preocupado con sus sentimientos y aspiraciones de una manera narcisista. En el proceso de pasar del amor a sí mismo al amor al tú, el amor a una persona análoga al yo es una estación intermedia. El muchacho no posee aún la seguridad suficiente para orientarse a una persona de sexo opuesto y estos afectos forman parte del proceso del completamiento de sí mismo. Las muchachas tienen tendencia a apasionarse por los músicos de cabellos largos, pero también esta admiración por muchachos de largas melenas es como una etapa de transición en la búsqueda de objetos de amor del sexo opuesto. Las muchachas tienden a enamorarse de los chicos antes que éstos las pretendan, no sólo porque aquéllas son púberes a una edad más temprana, sino también porque buscan un objeto de amor que posea lo que ellas no tienen, y además, los muchachos, en su lucha por su dependencia respecto de figuras maternas, temen perder su identidad de sexo si se enamoran de una muchacha.

Es frecuente que los apasionamientos se dirijan a una persona bastante mayor que el adolescente. Se dirigen, por ejemplo, a un maestro, a un consejero, a un hermano mayor o a un amigo al que el adolescente admira inicialmente de lejos pero con quien luego trata de relacionarse. Estos apasionamientos pueden ser embarazosos para la persona mayor, porque es posible que el adolescente trate, con toda clase de medios, atraer al maestro o al consejero, dedicándole especial atención y afecto, y se sienta luego herido y deprimido cuando el mayor, de propósito o sin darse cuenta, ignora o rechaza los deseos

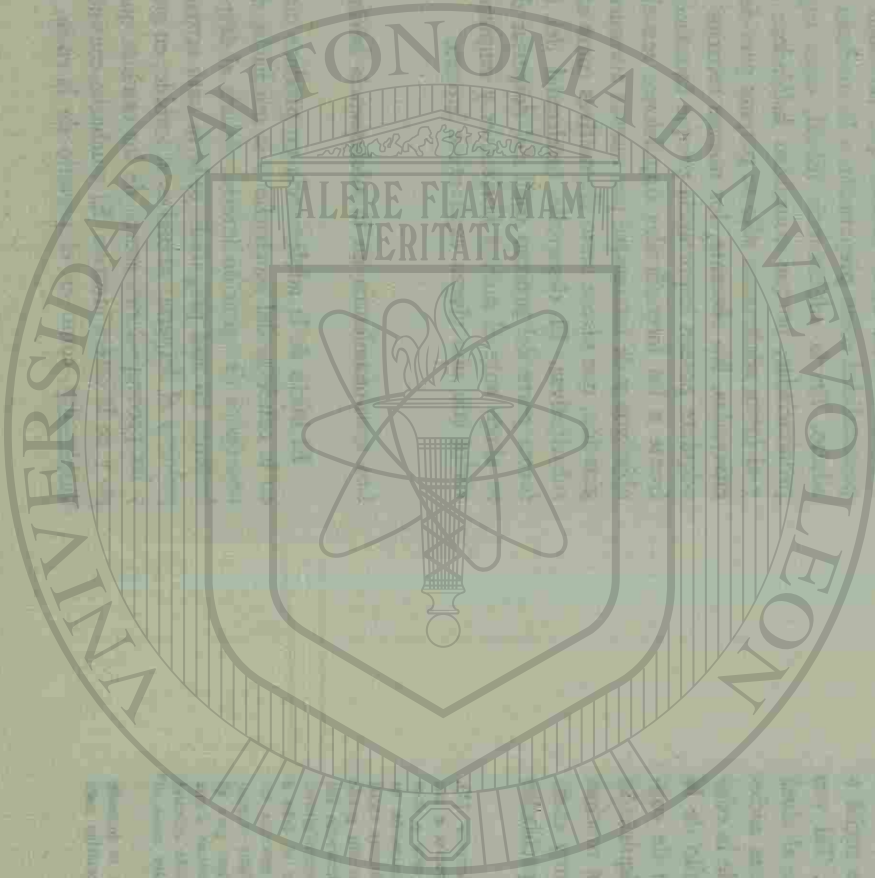
del joven. La tendencia del adolescente a tener tan intensos sentimientos dirigidos a personas mayores contiene cierto peligro de seducción homosexual, porque las personas que se sienten homosexualmente atraídas por jóvenes adolescentes, es decir, por personas que no son todavía definitivamente masculinas o femeninas, tienden a ejercer profesiones o actividades que les permitan tener una estrecha relación con muchachos de esta edad. Sin embargo, estas atracciones cumplen generalmente importantes funciones en el desarrollo de la personalidad. Forman parte del proceso por el que el adolescente se aparta de la dependencia paterna y el nuevo objeto de apego constituye un ideal que aquél trata de emular. En este proceso, el muchacho obtiene nuevos ideales del yo que modifican el superyo, basado originariamente en modelos, directrices y dictados parentales.

Sublimación de la sexualidad

Los impulsos sexuales de los adolescentes son en gran parte frenados por otras actividades o, cuando menos, por esfuerzos para sublimar la sexualidad que se realizan de forma continuada e intensiva. El muchacho se propone conquistar reputación entre sus amigos y emular a sus héroes mediante proezas deportivas. Sus esfuerzos para obtener seguridad como hombre y prestigio como figura masculina son, para él más importantes todavía que la busca de objetos de amor. Trata de obtener la aceptación y la admiración de sus compañeros masculinos para afirmar su valía y solamente, en segundo término, procurará brillar como deportista para conseguir la admiración de las muchachas.

Hay, evidentemente, muchos ensueños sobre el otro sexo y, a menudo, importantes apasionamientos secretos. Especialmente las muchachas pueden pasarse horas enteras soñando en el héroe que las salvará, capaces como son todavía por su fantasía de representarse a sí mismas y a su héroe como la dama y el caballero de otros tiempos de historias caballerescas.

Generalmente, la sociedad proporciona medios para reforzar las normas morales cuando el niño se aproxima a la pubertad y pasa por ella. Las organizaciones de muchachos exploradores movilizan las tendencias idealistas de los adolescentes y les dan un código moral, mientras procuran, simultáneamente, interesarlos por la naturaleza y situarlos en un marco que evite la formación de pandillas antisociales. Los



grupo varía a consecuencia de las diferencias individuales en la maduración y las amistades íntimas ceden el paso a los apasionamientos. En el tiempo de los apasionamientos intensos, la mayoría de los cuales, no todos, se dirigen a personas del mismo sexo. La vida del muchacho o la muchacha puede estar llena de pensamientos sobre la persona que admira, de la que desea saber más cosas y junto a la cual quisiera pasar el mayor tiempo posible. En general, las muchachas tienen más intensos y manifiestos apasionamientos que los chicos y se sienten más libres para exteriorizarlos. La persona adorada es alguien muy próximo al propio individuo o a lo que éste quisiera ser. En cierto sentido, no hay todavía una clara diferenciación entre la identificación y la elección de objeto. El adolescente idolatra a una persona a la que desea parecerse, no a alguien que pueda complementar su existencia. Todavía se halla inmerso en el proceso de buscarse a sí mismo, de acostumbrarse a las modificaciones que se han producido en su cuerpo, de ser alguien y está muy preocupado con sus sentimientos y aspiraciones de una manera narcisista. En el proceso de pasar del amor a sí mismo al amor al tú, el amor a una persona análoga al yo es una estación intermedia. El muchacho no posee aún la seguridad suficiente para orientarse a una persona de sexo opuesto y estos afectos forman parte del proceso del completamiento de sí mismo. Las muchachas tienen tendencia a apasionarse por los músicos de cabellos largos, pero también esta admiración por muchachos de largas melenas es como una etapa de transición en la búsqueda de objetos de amor del sexo opuesto. Las muchachas tienden a enamorarse de los chicos antes que éstos las pretendan, no sólo porque aquéllas son púberes a una edad más temprana, sino también porque buscan un objeto de amor que posea lo que ellas no tienen, y además, los muchachos, en su lucha por su dependencia respecto de figuras maternas, temen perder su identidad de sexo si se enamoran de una muchacha.

Es frecuente que los apasionamientos se dirijan a una persona bastante mayor que el adolescente. Se dirigen, por ejemplo, a un maestro, a un consejero, a un hermano mayor o a un amigo al que el adolescente admira inicialmente de lejos pero con quien luego trata de relacionarse. Estos apasionamientos pueden ser embarazosos para la persona mayor, porque es posible que el adolescente trate, con toda clase de medios, atraer al maestro o al consejero, dedicándole especial atención y afecto, y se sienta luego herido y deprimido cuando el mayor, de propósito o sin darse cuenta, ignora o rechaza los deseos

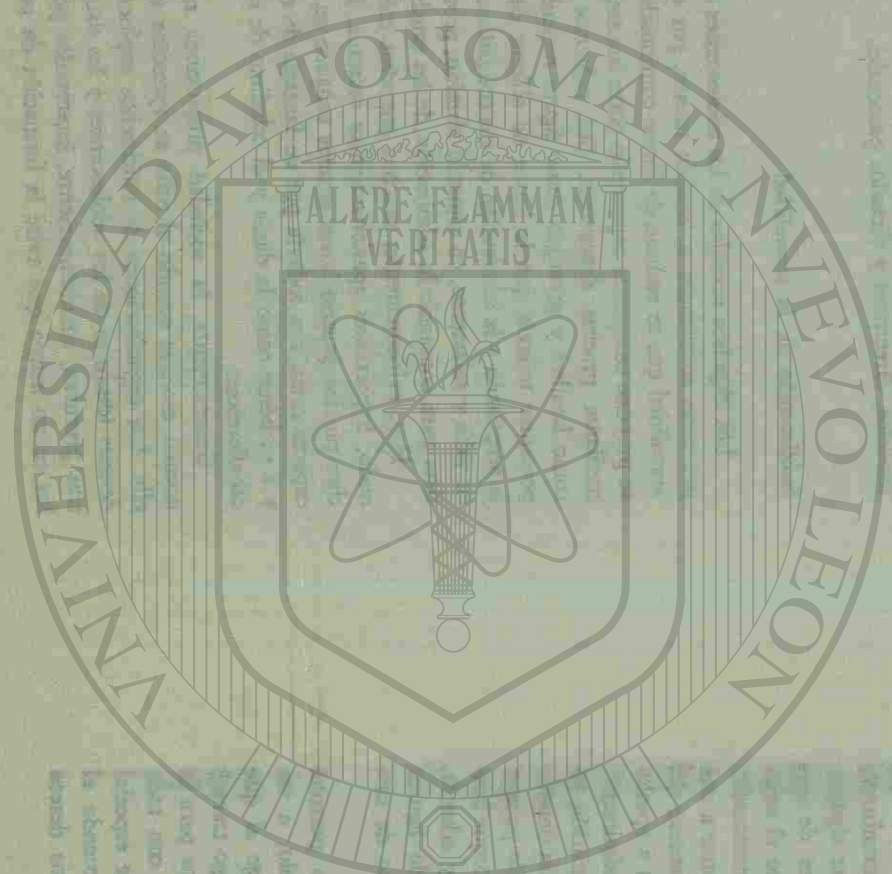
del joven. La tendencia del adolescente a tener tan intensos sentimientos dirigidos a personas mayores contiene cierto peligro de seducción homosexual, porque las personas que se sienten homosexualmente atraídas por jóvenes adolescentes, es decir, por personas que no son todavía definitivamente masculinas o femeninas, tienden a ejercer profesiones o actividades que les permitan tener una estrecha relación con muchachos de esta edad. Sin embargo, estas atracciones cumplen generalmente importantes funciones en el desarrollo de la personalidad. Forman parte del proceso por el que el adolescente se aparta de la dependencia paterna y el nuevo objeto de apego constituye un ideal que aquél trata de emular. En este proceso, el muchacho obtiene nuevos ideales del yo que modifican el superyo, basado originariamente en modelos, directrices y dictados parentales.

Sublimación de la sexualidad

Los impulsos sexuales de los adolescentes son en gran parte frenados por otras actividades o, cuando menos, por esfuerzos para sublimar la sexualidad que se realizan de forma continuada e intensiva. El muchacho se propone conquistar reputación entre sus amigos y emular a sus héroes mediante proezas deportivas. Sus esfuerzos para obtener seguridad como hombre y prestigio como figura masculina son, para él más importantes todavía que la busca de objetos de amor. Trata de obtener la aceptación y la admiración de sus compañeros masculinos para afirmar su valía y solamente, en segundo término, procurará brillar como deportista para conseguir la admiración de las muchachas.

Hay, evidentemente, muchos ensueños sobre el otro sexo, y, a menudo, importantes apasionamientos secretos. Especialmente las muchachas pueden pasarse horas enteras soñando en el héroe que las salvará, capaces como son todavía por su fantasía de representarse a sí mismas y a su héroe como la dama y el caballero de otros tiempos de historias caballerescas.

Generalmente, la sociedad proporciona medios para reforzar las normas morales cuando el niño se aproxima a la pubertad y pasa por ella. Las organizaciones de muchachos exploradores movilizan las tendencias idealistas de los adolescentes y les dan un código moral, mientras procuran, simultáneamente, interesarlos por la naturaleza y situarlos en un marco que evite la formación de pandillas antisociales. Los



sentimientos religiosos adquieren importancia y las Iglesias ofrecen la liturgia de la confirmación con clases preparatorias que fortalecen los valores morales. El adolescente, con su renovado interés por los ideales y las ideologías, puede hallar un foco de interés en la religión, que tal vez era antes para él únicamente una molestia. Tiene necesidad de este refuerzo del superyo y empieza a buscar razones y sentido en la vida. Los ritos de la pubertad en las sociedades primitivas servían para pasar directamente de la infancia al estado de adulto, mientras que las ceremonias de la confirmación se proponen primordialmente indicar al muchacho que ha alcanzado una etapa de la vida en la que debe asumir la responsabilidad de su conducta moral y religiosa. El muchacho experimenta con frecuencia una mayor proximidad con Dios y siente que tiene apoyo y guía en su lucha contra las tentaciones que le asedian. La adhesión a la Iglesia constituirá una continuación indirecta de los lazos con los padres, que ahora empiezan a aflojarse.

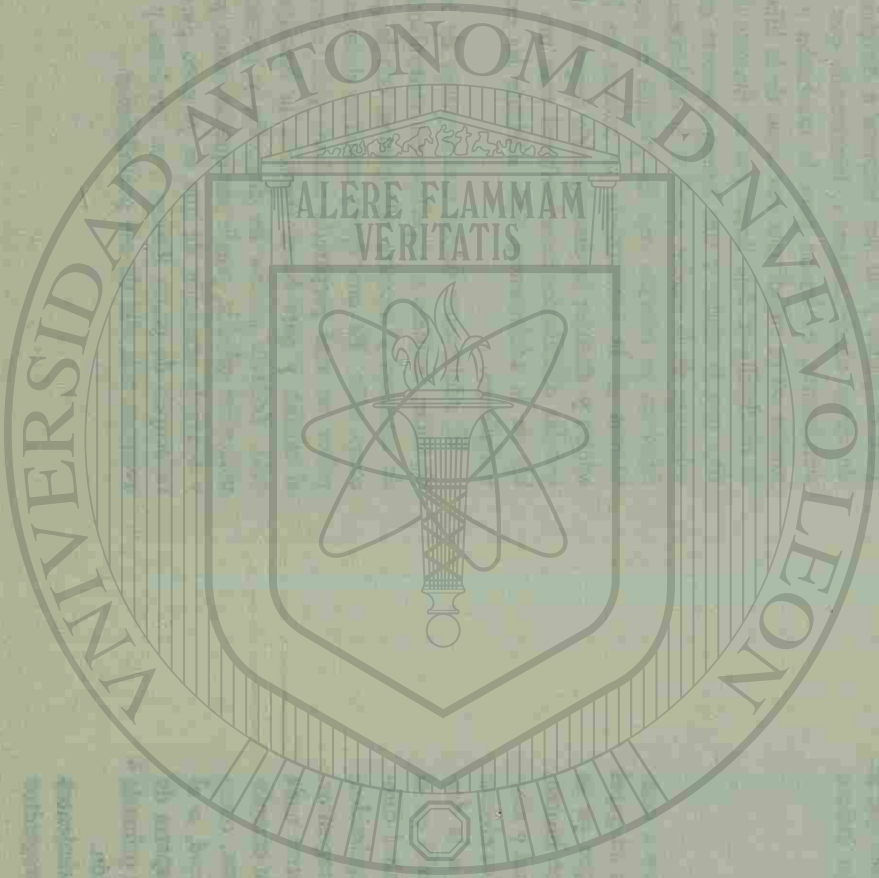
Resurgimiento de los sentimientos edípicos

Aunque la relación del adolescente con su familia comienza a cambiar, todavía se encuentra éste muy centrado en ella y acepta su papel como miembro de la generación de los hijos a pesar de que ya se siente incómodo en él. Junto a los sentimientos sexuales que brotan, existe una reactivación de los afectos edípicos. El apego sensual y afectivo al progenitor de sexo opuesto, aunque se encuentra bajo los efectos de la represión, es el camino que se ofrece espontáneamente a la descarga de los sentimientos sexuales. El proceso que se desarrolló en el período edípico ha de efectuarse ahora otra vez, pero a un nivel diferente. En esta ocasión, los sentimientos sexuales no serán reprimidos, sino que se encaminarán en otra dirección, apartándose del progenitor. El muchacho puede empezar a idealizar a la madre, sin encontrar nada de malo en el hecho de comentar su belleza y buscar modos de complacerla y ganar su afecto. La situación de la muchacha es distinta, como anteriormente se indicó, porque antes del inicio de la pubertad, o al principio de la adolescencia se aparta del padre y el padre se aparta de ella. Ordinariamente se halla en la misma situación de renuncia primaria al apego por el padre, por lo que no precisa repetir la actuación.

De esta forma, mientras empiezan a desplegarse los sentimientos sexuales, el adolescente va apartándose de su apego por el progenitor

de sexo opuesto, inconsciente o conscientemente a veces preocupado por los aspectos sexuales de esta atracción. Comienza a encontrar defectos en el progenitor, lo critica y se convence a sí mismo de que no es tan atractivo como parecía y no es un objetivo que merezca buscarse. Las críticas se extienden al progenitor de igual sexo, porque el adolescente empieza a querer liberarse de la tiranía de un superyo constituido en gran parte por introyección de los padres y de sus dictados. Lo realiza rebajando el valor del progenitor introyectado. Este proceso aumenta en intensidad a medida que progresa la adolescencia, por lo que se examinará con mayor detalle al tratar de la adolescencia media. En cuanto a la muchacha, es posible que suefe con ser una mujer más capaz que su madre, una persona más atractiva para el padre y tal vez empiece a dirigirse a su madre con un tono de cierta condescendencia, lamentando que ya esté algo caducada. Generalmente, es bueno para la muchacha y para su desarrollo que la madre no se enfade por este tono de la hija y sea capaz de tolerar que la muchacha se deje llevar por su fantasía de ser una mujer más atractiva que la madre y una futura consorte mejor que ella. Esta actitud tolerante de la madre ayuda a la adolescente a sentirse capaz de tener éxito en su relación con los jóvenes de sexo opuesto. Como los problemas de la adolescencia se centran en la tarea de convertirse en adulto y alcanzar la emancipación respecto de la familia, se comprende que las dificultades intrafamiliares sean una concomitancia casi inevitable de la adolescencia. Más adelante las examinaremos con algún detenimiento.

El adolescente inicial está a punto de iniciar el proceso de emancipación; empieza a experimentar sentimientos que le resultan difíciles de contener y necesita relacionarse con la gente más como adulto que como niño. Es una época ardua y durante la adolescencia inicial el púber no está preparado todavía para asumir la responsabilidad por sí mismo y para hacer frente a la fantasía y a los impulsos por sí solo. Todavía precisa de dirección y protección y aunque empieza a mostrarse rebelde, puede ser que se sienta poco querido de los padres y tenga la sensación de que es ya poco para ellos a no ser que éstos se ocupen de poner límites a su conducta y le ayuden a evitar que se aventure más allá de sus posibilidades.



ADOLESCENCIA MEDIA

Un año o dos después de la pubescencia, el incremento de los impulsos sexuales añade ímpetu al acercamiento progresivo hacia el mundo de los adultos. Tras la breve recrudescencia de los afectos edípicos, la intensidad de los sentimientos ocasiona en el adolescente la necesidad de establecer una cierta distancia afectiva con los padres. Está motivado para formar y mantener relaciones afectivas y sexuales con personas fuera de la familia, para tener, por primera vez, tanto tendencias afectivas como sexuales conscientemente centradas en un mismo individuo. No puede continuar sintiéndose a sí mismo como un niño que depende de los padres y ha de sentirse capaz de dirigir su propia vida. Este cambio requiere una profunda y nueva orientación interior así como una transformación de su manera de relacionarse con los padres. Como las tareas que corresponden a esta fase de la vida se refieren primordialmente a la obtención de independencia frente a la supervisión de los padres y frente al apego emotivo que siente el propio joven por aquéllos, es natural que aparezcan conflictos en el seno de la familia. Aunque el joven necesita superar la resistencia que ofrecen los padres para concederle una suficiente libertad de movimientos, gran parte del conflicto proviene de su propia ambivalencia por cuanto se encuentra apesadado entre la necesidad de sentirse libre y sus deseos de hallar seguridad y cariño, que van quedando atrás.

Superación del apego y del control familiar

La adolescencia media es una época de transición, en la que el joven se aleja de la familia que formó el centro de su existencia durante unos catorce o quince años. Que recorra este camino con seguridad depende, como siempre, del paso armónico y acertado a través de las fases de desarrollo anteriores, en especial de la fase edípica, porque le es necesario volver a superar el apego erotizado por un progenitor para poder sentirse libre y seguro de todo peligro. Sin embargo, así como antes se trataba de encontrar una posición relativamente libre de conflictos en el interior de la familia, ahora necesita liberarse a sí mismo del dominio de la familia. El adolescente, no solamente ha de superar la fase de represión de la expresión sexual, rom-

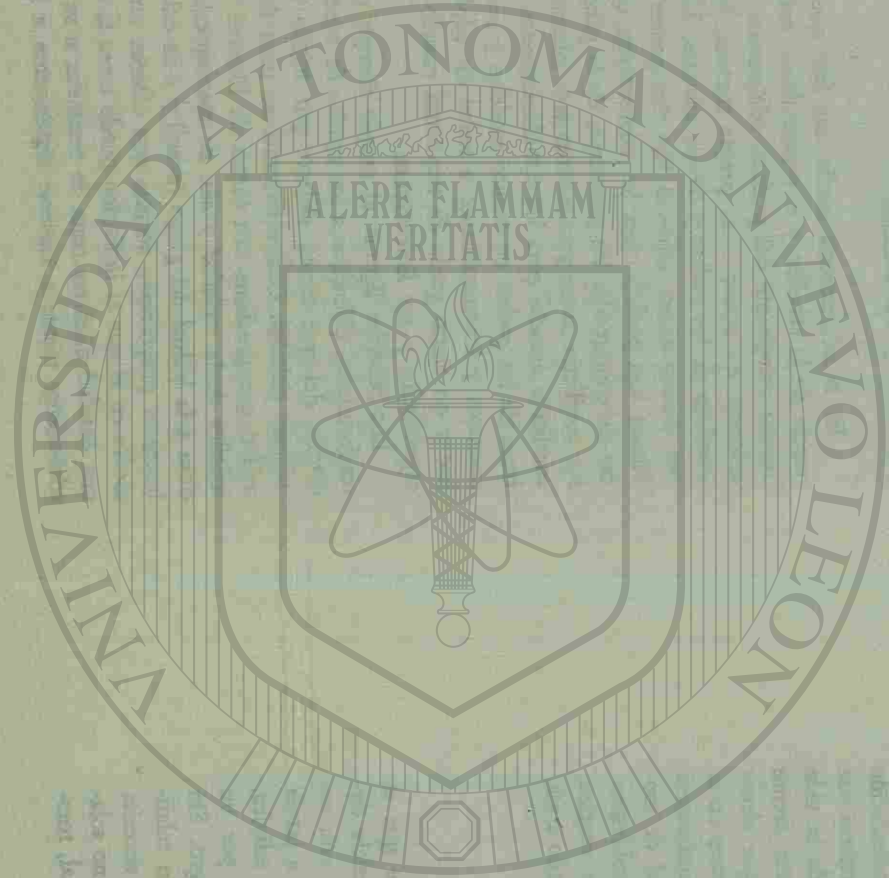
Adolescencia

per los lazos edípicos y modificar su superyo para disponer de una capacidad de dirección en la que pueda confiar cuando se libera de la supervisión familiar, sino que ha de conocer también sus propias capacidades y limitaciones en relación con el mundo de los adultos y familiarizarse con las formas de conducta del sexo opuesto, para vencer más fácilmente las inhibiciones residuales concernientes a la intimidad sexual. Esta odisea raramente es tranquila; incluye travesías entre Escila y Caribdis, momentos en los que el adolescente necesita atarse al mástil para resistir el canto de las sirenas, y trances en los que Circe puede embrujarle y convertirle en un cerdo.

Rebelión y conformismo

Es la adolescencia media una fase que se caracteriza por la existencia de la rebelión y el conformismo, extraña mezcla propia del momento culminante del período adolescente. A medida que el joven se esfuerza en actuar a su propia manera, le es necesario renunciar al dominio de los padres y de sus cánones. Llevados de sus preocupaciones conservadoras sobre el hijo, los padres parecen no comprenderlo. Nunca han podido crear los adolescentes que los padres fuesen capaces de comprender los problemas de la generación nueva. En realidad, los conflictos entre generaciones son inherentes a la vida social y son condición esencial para las transformaciones sociales. El hecho de apartarse de los padres en cuanto modelos y autoridades se extiende a los maestros y frecuentemente a todos los adultos, pero crea incertidumbre y un cierto grado de inquietud cuando el adolescente ensaya sus capacidades y sus limitaciones.

Los rebeldes figuran al propio tiempo entre los más consistentes conformistas, ciñéndose a los modos de conducta del grupo de adolescentes, del que temen alejarse por miedo a sentirse como parias y hallarse aislados. Ordinariamente, se trata de un patrón de disconformidad que proclama una forma de libertad frente a las convenciones inútiles de la sociedad y aun de menosprecio por ellas, pero ateniéndose a la lealtad del grupo juvenil y a su cultura. La sociedad de adolescentes proporciona normas que ofrecen una guía considerable y un medio en el que el individuo puede tener la sensación de pertenecer a una entidad mientras trata de renunciar a su apego por la familia. El adolescente tiende a atenerse rígidamente a los signos exteriores que



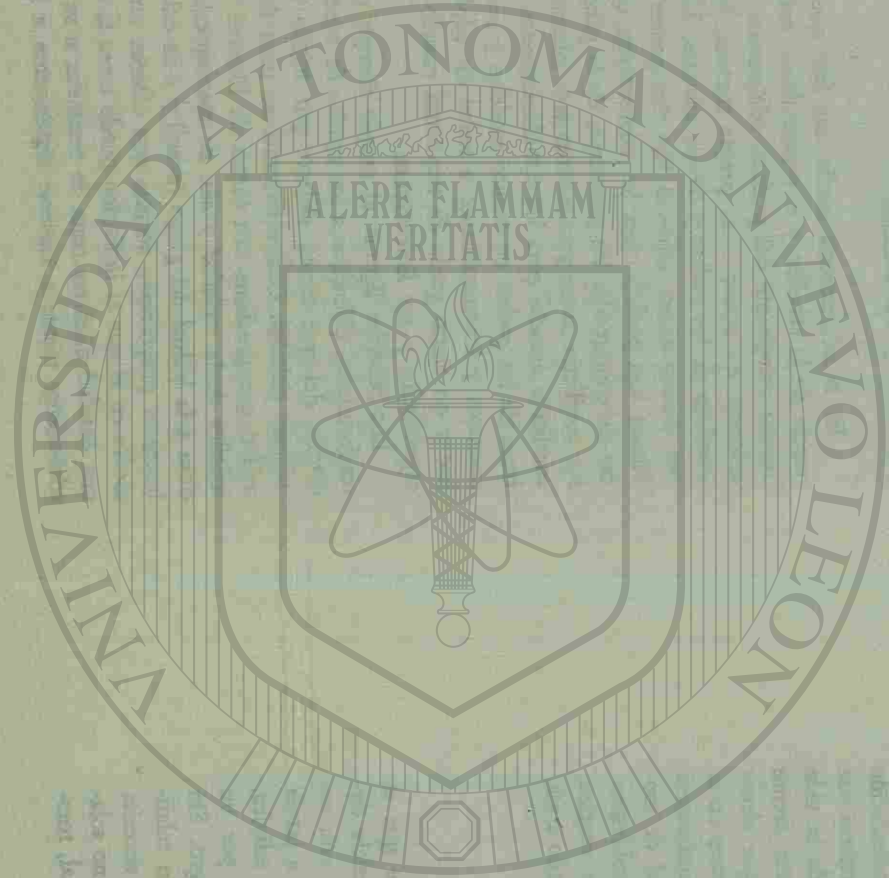
proclaman la cualidad de miembro. Los modos de vestirse, hablar y flirtear se convierten en señales de identificación para el muchacho que no tiene aún una segura identidad interior. Las costumbres y la indumentaria varían según los diferentes grupos socioeconómicos y étnicos y de un decenio a otro. Existen los *hoods*¹³, que se entregan a la lucha entre «bandas» y muestran una cierta promiscuidad sexual; visten chaquetas de cuero negro y se cortan el pelo de una manera característica (*duck-tail*), lo que les da un aspecto de «duros». Existen los jóvenes «hippies», los «teeny-boppers», que siguen o imitan prematuramente a los adolescentes mayores alienados; y otros varios subgrupos de adolescentes, incluyendo entre ellos a los que prosiguen estudios universitarios de mayor rango, que se consideran a sí mismos como *élite* y también visten de una forma peculiar, con un desaliño cuidadosamente estudiado. Como otras subculturas, la cultura adolescente tiende a poseer un lenguaje distintivo, con muchos términos que solamente son comprendidos por los iniciados. Menosprecian a los que no les comprenden, pero abandonan una expresión cuando ya es conocida por grupos más jóvenes o por los adultos. Las «fraternidades» y «hermandades» ofrecen al adolescente un ambiente al que pertenece y en el que se siente aceptado. Le dan categoría y estima de sí mismo por el mero hecho de estar integrado en ellas, haciéndole sentirse miembro de un grupo. cerrado («in») y permitiéndole mirar por encima del hombro a los que están fuera. Existen también las fraternidades no organizadas, con procedimientos de iniciación menos formalistas, que se reúnen en alguna esquina, siempre la misma, en la que pueden encontrarse en cualquier momento camaradas para jugar a cartas o hacer apuestas. Otros grupos o *gangs* son más exigentes y la pertenencia a los mismos impone la participación en actividades antisociales, preparación para la ulterior pertenencia a grupos de delincuentes o semidelincuentes, aunque, afortunadamente, la mayoría se disuelven después de haber topado con la justicia y no llegan a constituirse en grupos criminales.

13. Palabra que equivale aproximadamente a «gránjias». (Nota del traductor.)

Superación de la represión sexual

El equilibrio interior del individuo y la homeostasia familiar quedan trastornados por el intenso impacto de los impulsos libidinosos, de los que el muchacho tenía poca experiencia. La imperiosidad y la autonomía de los impulsos sexuales resultan extraños al adolescente y pueden asustarlo. En contraste con otros impulsos provocados por los instintos básicos, los padres no pueden ofrecer gran ayuda a los hijos en lo que respecta al control y satisfacción de los impulsos sexuales. Los padres pueden preparar al muchacho, estudiar con él estas cuestiones y darle consejos, pero es mucho lo que permanece como cuestión estrictamente personal, sobre todo porque implica separación de los padres y diferenciación respecto de ellos. Los impulsos eróticos de la infancia se dirigen a un progenitor, pero habían sido reprimidos en la resolución del período edípico por el miedo a perder el cariño de los padres y por la hostilidad punitiva, asociada frecuentemente, en el sexo masculino, a temores de castración. Pero en la adolescencia, se levanta la veda a la expresión de la sexualidad, aunque queda la prohibición de mezclar la sexualidad con el cariño a los miembros de la familia, y debe separarse la fusión entre los sentimientos eróticos y el cariño dirigidos a compañeros del mismo sexo, para permitir la fusión de la sexualidad y el amor en los afectos heterosexuales.

En la última época de la niñez, la represión de los impulsos sexuales había quedado arrinconada y estaba reforzada por muchas defensas del yo. La prohibición no podía levantarse simplemente por el mero hecho de alejarse de las instrucciones parentales ni aun por la actitud permisiva de los padres, porque se había incorporado firmemente al superyo. La supresión de la prohibición requiere cambios de actitud frente a la autoridad parental y una modificación del superyo que permita una mayor libertad en la expresión sexual. Podemos expresar conceptualmente la situación diciendo que el ello, habiendo adquirido una fuerza adicional a consecuencia de la maduración sexual, impulsa al yo a enfrentarse con las restricciones y normas del superyo, que eran adecuadas para el niño, menos sometido a la intensidad de los impulsos sexuales. Sin embargo, buena parte de la fortaleza y seguridad del yo, capaz de cuidar de la conducta del individuo y dirigirla, había sido obtenida mediante la identificación con los padres y la aceptación de su autoridad. Los intentos de rechazar al superyo equi-



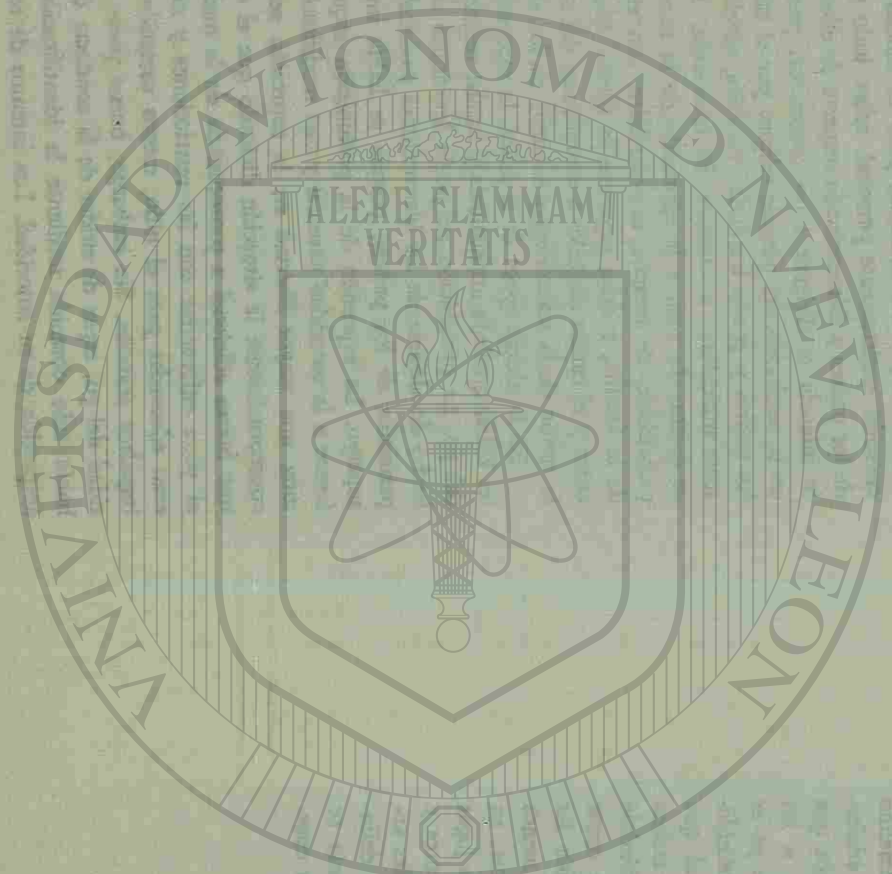
proclaman la cualidad de miembro. Los modos de vestirse, hablar y flirtear se convierten en señales de identificación para el muchacho que no tiene aún una segura identidad interior. Las costumbres y la indumentaria varían según los diferentes grupos socioeconómicos y étnicos y de un decenio a otro. Existen los *hoods*¹³, que se entregan a la lucha entre «bandas» y muestran una cierta promiscuidad sexual; visten chaquetas de cuero negro y se cortan el pelo de una manera característica (*duck-tail*), lo que les da un aspecto de «duros». Existen los jóvenes «hippies», los «teeny-boppers», que siguen o imitan prematuramente a los adolescentes mayores alienados; y otros varios subgrupos de adolescentes, incluyendo entre ellos a los que prosiguen estudios universitarios de mayor rango, que se consideran a sí mismos como *élite* y también visten de una forma peculiar, con un desaliño cuidadosamente estudiado. Como otras subculturas, la cultura adolescente tiende a poseer un lenguaje distintivo, con muchos términos que solamente son comprendidos por los iniciados. Menosprecian a los que no les comprenden, pero abandonan una expresión cuando ya es conocida por grupos más jóvenes o por los adultos. Las «fraternidades» y «hermandades» ofrecen al adolescente un ambiente al que pertenece y en el que se siente aceptado. Le dan categoría y estima de sí mismo por el mero hecho de estar integrado en ellas, haciéndole sentirse miembro de un grupo cerrado («in») y permitiéndole mirar por encima del hombro a los que están fuera. Existen también las fraternidades no organizadas, con procedimientos de iniciación menos formalistas, que se reúnen en alguna esquina, siempre la misma, en la que pueden encontrarse en cualquier momento camaradas para jugar a cartas o hacer apuestas. Otros grupos o *gangs* son más exigentes y la pertenencia a los mismos impone la participación en actividades antisociales, preparación para la ulterior pertenencia a grupos de delincuentes o semidelincuentes, aunque, afortunadamente, la mayoría se disuelven después de haber topado con la justicia y no llegan a constituirse en grupos criminales.

13. Palabra que equivale aproximadamente a «gránjias». (Nota del traductor.)

Superación de la represión sexual

El equilibrio interior del individuo y la homeostasia familiar quedan trastornados por el intenso impacto de los impulsos libidinosos, de los que el muchacho tenía poca experiencia. La imperiosidad y la autonomía de los impulsos sexuales resultan extraños al adolescente y pueden asustarlo. En contraste con otros impulsos provocados por los instintos básicos, los padres no pueden ofrecer gran ayuda a los hijos en lo que respecta al control y satisfacción de los impulsos sexuales. Los padres pueden preparar al muchacho, estudiar con él estas cuestiones y darle consejos, pero es mucho lo que permanece como cuestión estrictamente personal, sobre todo porque implica separación de los padres y diferenciación respecto de ellos. Los impulsos eróticos de la infancia se dirigen a un progenitor, pero habían sido reprimidos en la resolución del período edípico por el miedo a perder el cariño de los padres y por la hostilidad punitiva, asociada frecuentemente, en el sexo masculino, a temores de castración. Pero en la adolescencia, se levanta la veda a la expresión de la sexualidad, aunque queda la prohibición de mezclar la sexualidad con el cariño a los miembros de la familia, y debe separarse la fusión entre los sentimientos eróticos y el cariño dirigidos a compañeros del mismo sexo, para permitir la fusión de la sexualidad y el amor en los afectos heterosexuales.

En la última época de la niñez, la represión de los impulsos sexuales había quedado arrinconada y estaba reforzada por muchas defensas del yo. La prohibición no podía levantarse simplemente por el mero hecho de alejarse de las instrucciones parentales ni aun por la actitud permisiva de los padres, porque se había incorporado firmemente al superyo. La supresión de la prohibición requiere cambios de actitud frente a la autoridad parental y una modificación del superyo que permita una mayor libertad en la expresión sexual. Podemos expresar conceptualmente la situación diciendo que el ello, habiendo adquirido una fuerza adicional a consecuencia de la maduración sexual, impulsa al yo a enfrentarse con las restricciones y normas del superyo, que eran adecuadas para el niño, menos sometido a la intensidad de los impulsos sexuales. Sin embargo, buena parte de la fortaleza y seguridad del yo, capaz de cuidar de la conducta del individuo y dirigirla, había sido obtenida mediante la identificación con los padres y la aceptación de su autoridad. Los intentos de rechazar al superyo equi-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

El ciclo vital

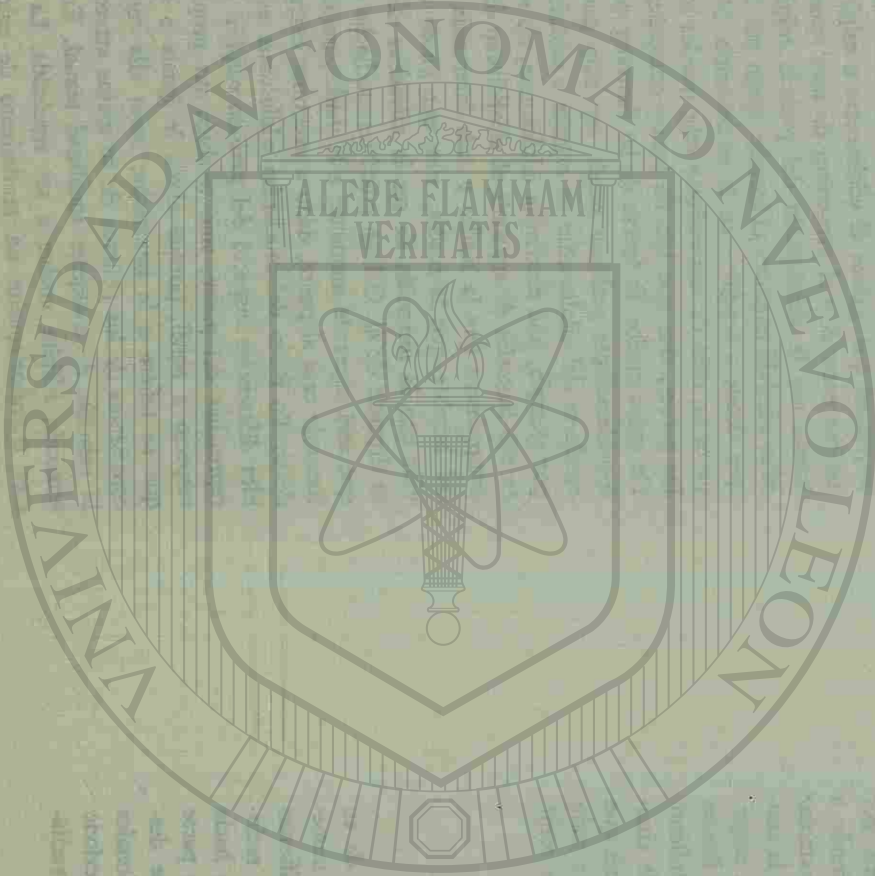
valen a abandonar las identificaciones que habían dado fuerza y estabilidad al niño. Una brusca ruptura con la fuente de la identificación puede socavar al yo, provocar un intenso sentimiento de culpabilidad y originar una pérdida de autoestimación en este proceso para la adquisición de una mayor libertad de expresión. Los esfuerzos de negación del superyo pueden ser causa de una intensa ansiedad por miedo a que el yo, privado del soporte del superyo, pierda por completo el control del ello. Después de años durante los cuales el niño ha aceptado y aun admirado al padre, sintiéndose culpable cuando lo desobedecía, la consecución por parte del niño de la superación de la autoridad parental o de su interiorización en el superyo puede originar potentes sentimientos de culpabilidad y depresión. La hostilidad a la figura parental es considerada como equivalente a un acto hostil, por el que el niño siente que debe ser castigado y por el que tiende a castigarse a sí mismo. Generalmente, el adolescente necesita cambiar su posición poco a poco, establecer en sí mismo la seguridad y la confianza en su capacidad de hacer frente a los impulsos sexuales, adquirir normas para protegerse de un modo realista, ensayar sus límites de tolerancia frente a la ansiedad y al sentimiento de culpabilidad, modificar el superyo mediante la interacción con los grupos de compañeros que tienen problemas semejantes y aprender en la práctica que la expresión sexual no conduce a la catástrofe. Necesita llegar a todo esto antes de que pueda ser capaz de rechazar los cánones que tomó de sus padres.

Reactivación de los sentimientos edípicos

Al apartarse de la familia, que había constituido la matriz de su vida, es natural que el adolescente se encuentre envuelto en numerosos conflictos con los padres. Pero muchas de las causas manifestadas de los conflictos no son más que manifestaciones superficiales, racionalizaciones y desplazamientos del forcejeo sexual que le atrae hacia los padres al mismo tiempo que le aparta de ellos. Como gran parte de lo que sucede se halla bajo los efectos de la represión y se desarrolla inconscientemente, en consecuencia, con tendencias irracionales y contradictorias, el esfuerzo para presentar el desarrollo del período en términos de razón y de lógica no explica las ambivalencias, vacilaciones y contradicciones que caracterizan la adolescencia media.

Adolescencia

Como anteriormente se ha indicado, con el inicio de la pubertad, los anteriores sentimientos edípicos se reactivan y el adolescente puede incurrir en la fantasía, apenas disimulada, de conquistar al progenitor de sexo opuesto y sobrepasar de algún modo al de su mismo sexo o desembarazarse de él. Las fantasías se refieren explícitamente, de ordinario, a personajes ficticios substitutivos, pero en el comportamiento del adolescente se refleja claramente la renovada atracción hacia un progenitor y el resentimiento hacia el otro. En ocasiones, la existencia de la atracción sexual se revela de pronto a través de la represión, o la manifiesta revelación de un sueño despierta la alarma, pero, generalmente, lo que se produce es una inicial percepción de inquietud que despiertan los sexualizados sentimientos hacia el padre o la madre, inquietud que induce al adolescente a erigir una barrera y poner distancias entre él y el progenitor de sexo opuesto. Existen muchas semejanzas con la terminación del período edípico, y la manera como el niño resolvió entonces el intenso apago por la madre formó un modelo que tiende a repetirse en la adolescencia. No obstante, el adolescente no es un niño de cinco años y sabe que los hijos no pueden casarse con los padres, sino que han de buscar compañeros en el mundo exterior. De todos modos, la fuerza de las fantasías que tratan de soslayar estas consideraciones realistas puede ser muy grande y es posible que la conducta del adolescente se oriente a exteriorizar tales fantasías. Así, por ejemplo, una muchacha adolescente, no solamente puede ser capaz en sus fantasías de suprimir el alcoholismo del padre mostrándose más comprensiva que la madre y más interesada en el trabajo y aficiones del hombre que la madre, sino que puede empezar a estructurar su vida con la intención de ser la salvadora del padre cuando la madre se divorcie de él. O bien quizá un muchacho se prepara para el día en que será capaz de mantener a la madre, permitiéndole con ello arrojar fuera de casa al padre, dado a aventuras extramatrimoniales. El mayor desarrollo físico del muchacho adolescente es también causa de notables diferencias respecto del período edípico. No sólo puede temer las represalias del padre, sino también sus propios sentimientos hostiles respecto a aquél, porque ahora le iguala o supera en fuerza. En lo que se refiere a la muchacha, tanto ella como el padre pueden ser conscientes de los peligros de su mutua atracción y procuran despojar la relación de cualquier tonalidad sexual. En una u otra forma, la atracción edípica vuelve a ser reprimida. La necesidad de represión crea transitoriamente un sentimiento de culpabilidad referente a la



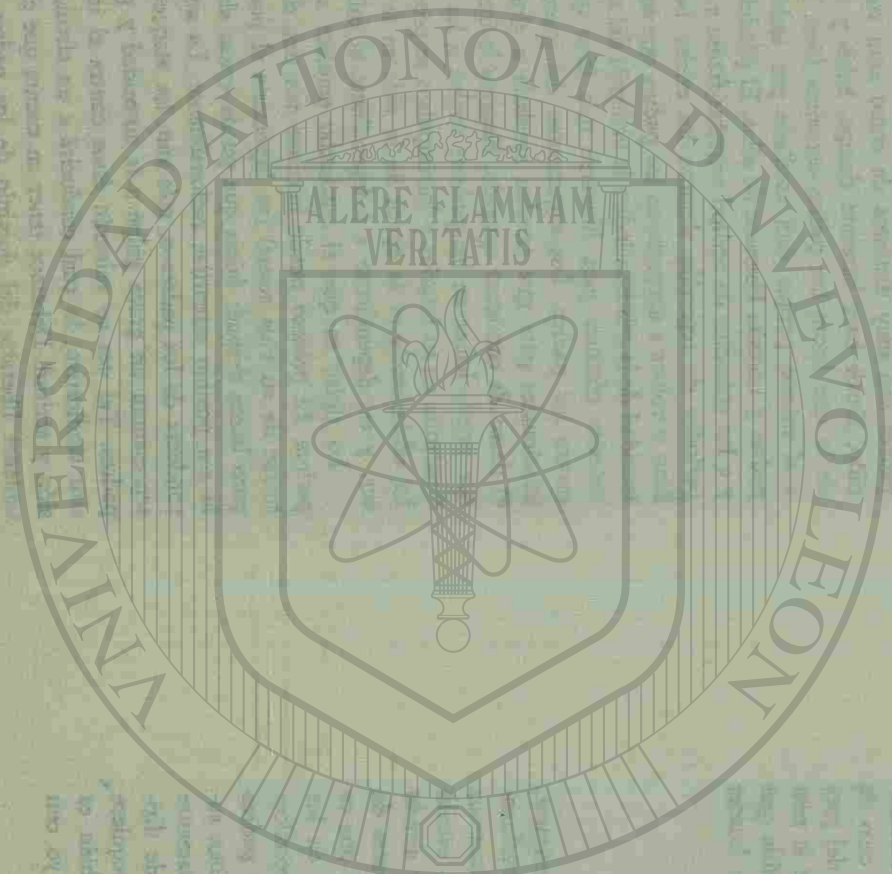
sexualidad, pero, en definitiva, lo que se reprime es la atracción al progenitor como objeto sexual. Podrá recobrase la libertad en la expresión sexual después de haber dirigido la sexualidad hacia personas ajenas a la familia y haber reprimido con seguridad los componentes eróticos del afecto al progenitor, pero este proceso es con frecuencia bastante largo. Cuando es necesario para los miembros de la familia separarse más o menos conscientemente como esfuerzo reactivo para huir de los sentimientos sexuales, mengua la espontaneidad de la vida de la familia y puede ser muy tensa la totalidad de las relaciones intra-familiares. La situación más favorable es aquella en la que una estable coalición entre los padres, que mantienen límites apropiados entre ellos y los hijos, guía al adolescente hacia una inconsciente y satisfactoria resolución de su atracción por los padres, incluso en el caso de que tal situación ya hubiera contribuido a la antigua solución del problema edípico. Luego, cuando el hijo reconoce la finalidad de la pérdida del objeto primario de amor dentro de la familia, es posible que experimente un vacío y una depresión que le motivan para buscar una relación de amor más permanente fuera de la familia.

Superación de la dependencia con respecto a la familia

Necesitando liberarse de la atracción de uno de los progenitores, el adolescente empieza generalmente por negar la atracción devaluando las cualidades de este progenitor. Pero dispone de otros motivos inconscientes para esta devaluación. La progresión hacia el estado adulto exige del adolescente que supere sus deseos de continuar siendo dependiente, así como la idea de que los padres son más capaces de dirigir su vida que él mismo. Necesita demostrarse a sí mismo que es capaz de trazar su camino en la vida y no necesita basarse en los juicios y consejos de los padres. Sin embargo, sus propias directrices interiores derivan, en gran parte, de la interiorización de los padres y de sus normas y directrices. Estas restricciones interiores deben superarse tanto o más que las limitaciones procedentes explícitamente de los padres. El superyo debe reconstituirse para ser capaz de dirigir, no ya la conducta de un niño, sino la de un adulto. Se requiere un alojamiento para permitir una mayor libertad, pero también es necesario un fortalecimiento que le haga capaz de dirigir al yo con una menor supervisión de los padres.

A pesar de que la modificación del superyo es un proceso intrapsíquico, implica ordinariamente una alteración de la percepción y evaluación de los padres, cuyos sistemas de valores fueron interiorizados en forma de superyo. El muchacho empieza por establecer que no siempre saben los padres lo que es mejor y que tampoco son modelos ideales e insustituibles de virtud. Han pecado a veces y han cometido errores. Aun cuando sus valores y sus normas fuesen correctos en su tiempo, solamente eran apropiados para aquella lejana época anterior a la segunda guerra mundial, cuando el mundo estaba habitado por gentes menos complicadas. El muchacho se halla en pleno proceso de convencerse a sí mismo, tanto como a sus padres, de que él y sus padres son muy distintos de como eran cuando el hijo era sólo un niño. Desde hace bastante tiempo, habla y se comporta como si nada de lo que hacen los padres estuviera bien. Le es preciso convencerse a sí mismo porque está asediado por ambivalencias. Necesita a los padres y necesita liberarse de ellos. El péndulo oscila de un lado a otro y a los episodios de actitud negativa frente a los padres se contraponen períodos de regresión durante los cuales busca descansar del torbellino y volver a apoyarse en los padres que ama. Ordinariamente, la intensidad de la rebelión indica la violencia del esfuerzo que el adolescente necesita efectuar para liberarse más bien que una hostilidad básica contra los padres. Los argumentos del joven pueden ser ciegamente irracionales para que puedan ayudarle a eludir las contradicciones y el deseo de continuar apegado. Exagera la incapacidad de comprensión que pueda haber en los padres; vuelve a las quejas. Pero la lucha se desarrolla en su interior y los impulsos se producen en dos direcciones. La adolescencia es la época de la vida en la que el individuo quiere ser, y es, dependiente e independiente al mismo tiempo.

Lo típico es que el muchacho empiece a buscar defectos en los padres. El proceso puede iniciarse con una decepción básica al informarse de su vida sexual (su hipocresía al practicar lo que prohíben), pero busca después faltas que pueda atacar abiertamente y de las que le sea posible resentirse racionalmente. La actitud crítica frente a la conducta de los padres o, más aún, los ataques relativos a su carácter, representan un grave golpe a la autoridad y propia estimación de los padres. Tal vez se volverán éstos contra el ingrato vástago con espíritu vindicativo, lo cual conducirá a un círculo vicioso de incompreensión y actitud. Debemos tener en cuenta que el adolescente desea ciertamente liberarse del dominio de los padres, pero de ningún modo



El ciclo vital

quiere anularlos. Todavía los necesita como objetos de identificación y también como objetos cuya admiración y afecto vale la pena buscar. Su propia autoestimación permanece estrechamente conexada con la estimación que siente hacia sus padres. En una etapa posterior de la adolescencia, después de haberse liberado de constrictivos controles interiores, cuando empieza a ver a sus padres con una perspectiva de adulto, vuelve a aceptar muchas de sus normas como parte de su yo y de su superyo.

El adolescente puede adoptar cánones de conducta severos en extremo. Al buscar la contención de importunos impulsos sexuales y detener las incursiones del ello que impondrían el abandono de sus anteriores formas de conservar la seguridad, el adolescente exagera a menudo las injerencias del superyo, para apoyar las fuerzas de represión. Tiende a juzgar a los padres con los mismos cánones que crea para su autodefensa y nadie sería capaz de vivir con la perfección moral que cree debe observarse. Más adelante, cuando sea más tolerante para consigo mismo, también lo será para con sus padres. Las críticas contra los padres y la mala comprensión entre padres e hijos disminuyen, por lo común, cuando el adolescente se siente capaz de independencia y sus percepciones y juicios acerca de los demás llegan a ser menos egocéntricos.

La desilusión real con respecto a los padres

Desgraciadamente, se generan a veces dificultades graves y persistentes entre los padres y el hijo cuando éste, buscando defectos en la conducta y el carácter de los padres, llega al descubrimiento de una decepcionante realidad. El joven obtiene con ello una victoria pírrica, que ensombrece la imagen de los padres y perturba su propio desarrollo.

Una adolescente fue acompañada al despacho del psiquiatra por la madre, que le parecía un modelo de honradez y eficiencia. Esta mujer había proporcionado a su hija unas vacaciones en Florida y la había provisto, con desusada prodigalidad, de vestidos de todas clases. Le dijo a la muchacha que dirigía un floriciente negocio de seguros. Pero la hija supo que el negocio de la madre no era lo que aparentaba. Los viajes que alejaban a la madre del hogar, una o dos noches

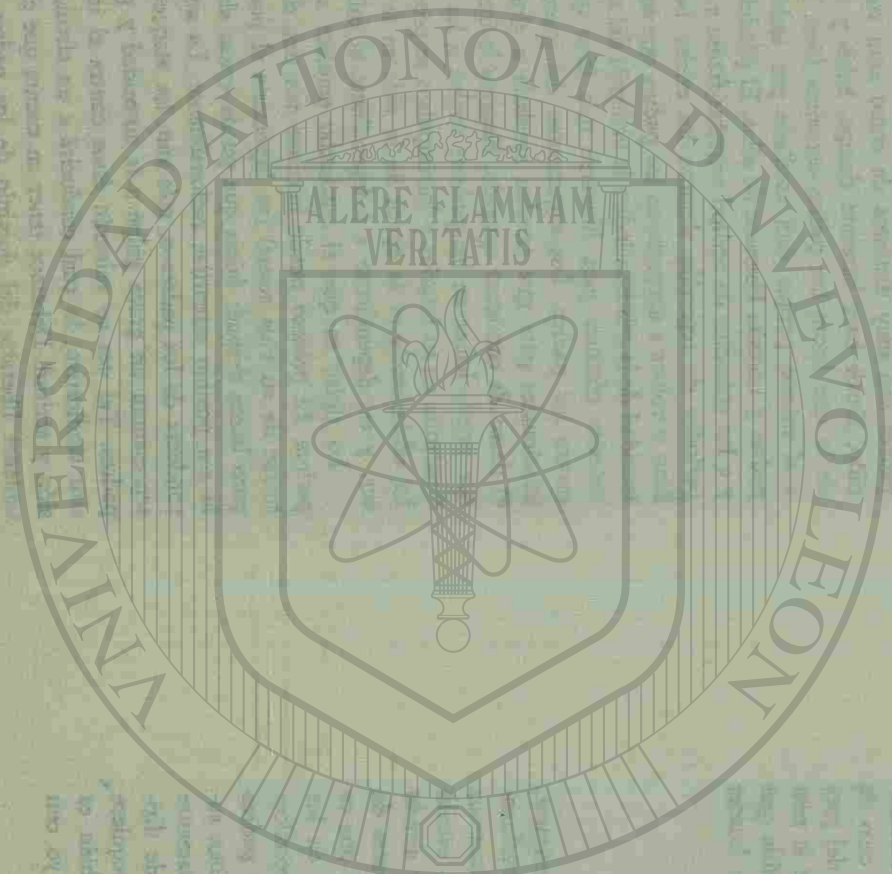
Adolescencia

por semana, servían para reunirse con un rico industrial, que era su único cliente. La chica acompañó a la madre durante dos vacaciones y pudo ver al industrial, que se alojaba en el mismo hotel que ellas. Se dio cuenta también de que el padre, que no podía mantener a su familia en el rango que su mujer exigía, procuraba pasar por alto la infidelidad de su esposa, a pesar de que se trataba de una cosa sabida por todos en la pequeña localidad en que residían. La inevitable y necesaria pérdida de las idealizaciones infantiles, o el fracaso de los padres por no ajustarse a las exigentes normas del adolescente, es muy distinta de la desilusión que echa por tierra la imagen parental y, con ella, el superyo del adolescente.

En esta fase del desarrollo, cuando la solución de la situación edípica ha de ser repetida en una forma renovada, cuando el adolescente necesita modelos tangibles que pueda seguir hasta llegar a la edad adulta, el modo de ser de los padres y su interrelación cobran especial importancia para un armónico desarrollo del hijo. El adolescente ve ya al padre y a la madre como seres reales, como modelos reales, no como imágenes de la fantasía. Entonces, lo que el progenitor es en realidad influye en lo que el hijo quiere ser. El acuerdo entre los padres, el apoyo que se dan mutuamente, la admiración que tiene el uno por el otro, influyen considerablemente en el paso del muchacho por la adolescencia.

Dificultades para los padres

La adolescencia es una época de grandes dificultades para los padres y para el hijo en desarrollo. La confianza de los padres en el hijo, que han educado, y en su capacidad de educarlo se ve sometido a una dura prueba. El hijo, al que habían dedicado tanto cariño y esfuerzos, se va apartando de ellos. Ya no pueden supervisarlo y protegerlo plenamente y han de confiar en lo que le han inculcado anteriormente. Pero saben que a su hijo le falta experiencia y que su criterio no puede ser completamente adecuado a las nuevas situaciones con las que ha de enfrentarse. Temen que un momento de descuido o un juicio precipitado destruyan sus esfuerzos educativos, proseguidos durante años, y estropeen para siempre la vida del hijo. Una excesiva preocupación puede reflejar el deseo de los padres de impedir que el hijo repita los trágicos errores de juventud que ellos cometieron. De todos modos,



El ciclo vital

quiere anularlos. Todavía los necesita como objetos de identificación y también como objetos cuya admiración y afecto vale la pena buscar. Su propia autoestimación permanece estrechamente conexiada con la estimación que siente hacia sus padres. En una etapa posterior de la adolescencia, después de haberse liberado de constrictivos controles interiores, cuando empieza a ver a sus padres con una perspectiva de adulto, vuelve a aceptar muchas de sus normas como parte de su yo y de su superyo.

El adolescente puede adoptar cánones de conducta severos en extremo. Al buscar la contención de importunos impulsos sexuales y detener las incursiones del ello que impondrían el abandono de sus anteriores formas de conservar la seguridad, el adolescente exagera a menudo las injerencias del superyo, para apoyar las fuerzas de represión. Tiende a juzgar a los padres con los mismos cánones que crea para su autodefensa y nadie sería capaz de vivir con la perfección moral que cree debe observarse. Más adelante, cuando sea más tolerante para consigo mismo, también lo será para con sus padres. Las críticas contra los padres y la mala comprensión entre padres e hijos disminuyen, por lo común, cuando el adolescente se siente capaz de independencia y sus percepciones y juicios acerca de los demás llegan a ser menos egocéntricos.

La desilusión real con respecto a los padres

Desgraciadamente, se generan a veces dificultades graves y persistentes entre los padres y el hijo cuando éste, buscando defectos en la conducta y el carácter de los padres, llega al descubrimiento de una decepcionante realidad. El joven obtiene con ello una victoria pírrica, que ensombrece la imagen de los padres y perturba su propio desarrollo.

Una adolescente fue acompañada al despacho del psiquiatra por la madre, que le parecía un modelo de honradez y eficiencia. Esta mujer había proporcionado a su hija unas vacaciones en Florida y la había provisto, con desusada prodigalidad, de vestidos de todas clases. Le dijo a la muchacha que dirigía un floriciente negocio de seguros. Pero la hija supo que el negocio de la madre no era lo que aparentaba. Los viajes que alejaban a la madre del hogar, una o dos noches

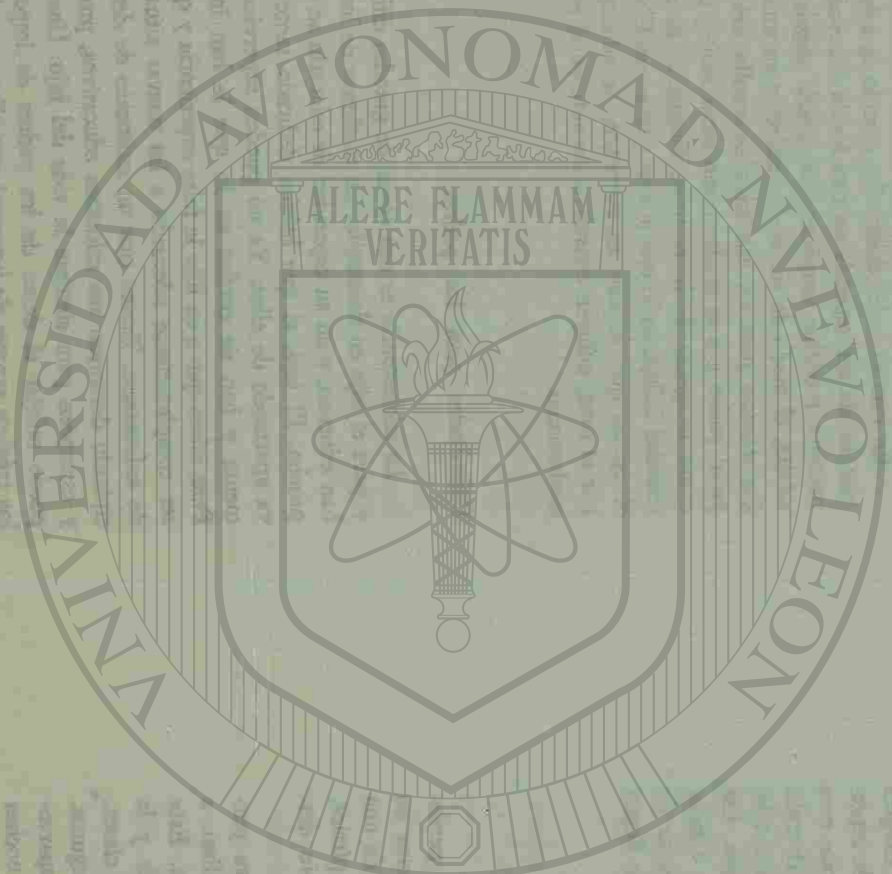
Adolescencia

por semana, servían para reunirse con un rico industrial, que era su único cliente. La chica acompañó a la madre durante dos vacaciones y pudo ver al industrial, que se alojaba en el mismo hotel que ellas. Se dio cuenta también de que el padre, que no podía mantener a su familia en el rango que su mujer exigía, procuraba pasar por alto la infidelidad de su esposa, a pesar de que se trataba de una cosa sabida por todos en la pequeña localidad en que residían. La inevitable y necesaria pérdida de las idealizaciones infantiles, o el fracaso de los padres por no ajustarse a las exigentes normas del adolescente, es muy distinta de la desilusión que echa por tierra la imagen parental y, con ella, el superyo del adolescente.

En esta fase del desarrollo, cuando la solución de la situación edípica ha de ser repetida en una forma renovada, cuando el adolescente necesita modelos tangibles que pueda seguir hasta llegar a la edad adulta, el modo de ser de los padres y su interrelación cobran especial importancia para un armónico desarrollo del hijo. El adolescente ve ya al padre y a la madre como seres reales, como modelos reales, no como imágenes de la fantasía. Entonces, lo que el progenitor es en realidad influye en lo que el hijo quiere ser. El acuerdo entre los padres, el apoyo que se dan mutuamente, la admiración que tiene el uno por el otro, influyen considerablemente en el paso del muchacho por la adolescencia.

Dificultades para los padres

La adolescencia es una época de grandes dificultades para los padres y para el hijo en desarrollo. La confianza de los padres en el hijo, que han educado, y en su capacidad de educarlo se ve sometido a una dura prueba. El hijo, al que habían dedicado tanto cariño y esfuerzos, se va apartando de ellos. Ya no pueden supervisarlo y protegerlo plenamente y han de confiar en lo que le han inculcado anteriormente. Pero saben que a su hijo le falta experiencia y que su criterio no puede ser completamente adecuado a las nuevas situaciones con las que ha de enfrentarse. Temen que un momento de descuido o un juicio precipitado destruyan sus esfuerzos educativos, proseguidos durante años, y estropeen para siempre la vida del hijo. Una excesiva preocupación puede reflejar el deseo de los padres de impedir que el hijo repita los trágicos errores de juventud que ellos cometieron. De todos modos,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

pocos padres habrá que no pasen las noches en vela pensando en el hijo que va a conducir por primera vez un auto o en la hija que se ven obligados a confiar a un tipo con cara de idiota que ha hecho perder a la chica el poco seso que antes tuviera. De algún modo deben ponerse límites, pero ¿dónde deben establecerse? Los adolescentes tienden a resentirse mucho de las limitaciones y restricciones, teniéndolas por muestra de falta de confianza y de fe en ellos. Pero también puede dolerles que no les pongan ninguna limitación, porque atribuyen esta actitud permisiva a falta de interés de los padres. Posiblemente, el adolescente querrá probar hasta dónde le dejan llegar los padres y en estos ensayos puede sobrepassar sus propios límites. No olvidemos que el adolescente no es todavía un adulto y si los padres abandonan prematuramente sus responsabilidades, el muchacho se queda sin el apoyo y la protección que necesita, solo con sus deseos y sus impulsos.

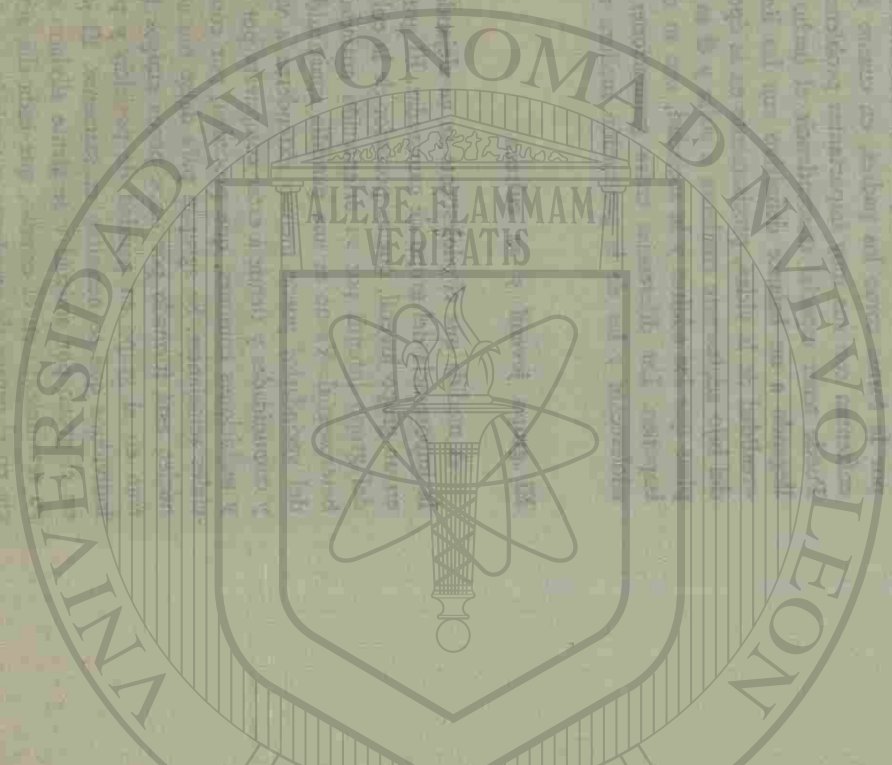
El adolescente tiende a culpar a sus padres de las desgracias que le ocurren, descarga en ellos su mal humor y se irrita por cosas insignificantes. Cuando los padres le ofrecen su afecto, que el hijo parece necesitar, es posible que éste los rechace con enojo, porque precisamente en tales ocasiones es cuando más se niega el adolescente a que lo traten como a un niño y se aparta del apoyo del que, en realidad, tanto le gustaría gozar. Necesita encontrar algo contra lo que pueda sublevarse, hasta el punto de que, a veces, se siente el adolescente más a gusto si los padres se muestran un poco rígidos y le ofrecen motivo por el que pueda enojarse con alguna base. Pueden producirse marcados cambios de humor que intrigan al muchacho tanto como a sus padres. Se siente expansivo y animado cuando ha podido probarse a sí mismo que no necesita a los padres, pero tal vez muy pronto se sentirá desesperado cuando se preocupe inconscientemente por sobrepujar al padre o cuando sentimientos de hostil resentimiento contra los progenitores originen remordimiento, y el muchacho reaccione como si los deseos de muerte equivaliesen a un homicidio. Al elevarse más allá del superyo, se siente animado; luego, es castigado por el superyo y se siente deprimido. Todas estas vicisitudes forman parte del crucial combate que se entabla en su interior para llegar a un acuerdo con el superyo y restablecer el equilibrio entre el ello, el yo y el superyo.

Una coincidencia desgraciada, que forma a menudo parte inherente del ciclo vital, es el hecho de que la crisis de la adolescencia en el hijo ocurre cuando llega un período crítico en las vidas de los

padres. Por sí misma, la adolescencia del hijo tiende a originar una crisis en la vida de los padres, debido a la proximidad de un cambio en la composición de la familia, la pérdida de la admiración del hijo y la presencia de atractivos sexuales y vigor en éste en una época en que el vigor sexual de los padres disminuye. No obstante, la mayoría de padres tienen sus propios problemas al enfrentarse con la edad madura y darse cuenta de que sus vidas han alcanzado su cumbre y que deben aceptar lo que les queda por hacer en la vida, con los problemas de la menopausia y la declinación de sus capacidades. Estos problemas se considerarán en el capítulo sobre la edad madura; aquí sólo nos interesa señalar que el adolescente está notablemente afectado por la forma como los padres, en cuanto individuos y consortes, se enfrentan con sus muy importantes problemas, con sus propias vidas. Puede tener especial trascendencia el hecho de que los padres están llegando a un balance definitivo con las limitaciones que impone la «realidad de la vida», precisamente en la época en que la imaginación del hijo adolescente comienza a volar y él se impacienta por las cortapisas que los adultos y la sociedad, con su opaco conservadurismo, le imponen. Las diferencias entre generaciones y entre los ideales del adolescente y los de la generación madura alcanzan el máximo.

El grupo juvenil y su cultura

A medida que el adolescente se va alejando de los padres, aumenta la importancia del grupo de camaradas. El grupo infantil se transforma en un grupo juvenil, que es portador de la cultura adolescente y difiere del grupo infantil por su orientación antiadulta y porque pasa a ser heterosexual. Ya no es una pandilla constituida únicamente por chicos del vecindario; puede incluso extenderse a varias escuelas superiores y comunidades y tiende a estar compuesta por muchachos con intereses y ambiciones comunes, que proceden, por consiguiente, de fondos sociales semejantes. Se agrupan para darse mutuo apoyo y compañía. El núcleo está formado por unos pocos amigos íntimos, que se encuentran en el grupo en paridad de posición y por pequeños grupos de individuos que se necesitan mutuamente. El joven se siente aceptado en el grupo por amistad y se siente aliviado al no verse juzgado por su rendimiento en el estudio, que cada día adquiere mayor importancia en el centro de enseñanza y también en el hogar.



Dentro del grupo, el joven se siente libre de las trabas de los padres y puede ensayar una conducta más adulta, que al principio consistirá quizá en atreverse a hacer cosas que le habían sido prohibidas en la infancia. Encuentra en el grupo a otros muchachos que le admiran y le muestran simpatía y compensan la pérdida que ha experimentado al apartarse de los padres. Los demás componentes se hallan en una situación muy semejante; se apoyan unos a otros y aprenden a comportarse sin la supervisión parental. El grupo realiza una importante función al modificar los controles del superyo, pues observando a los camaradas del grupo, la reacción del grupo frente a él y a los demás componentes, aceptando las normas que allí rigen y mediante las diversas discusiones que tienen lugar en el seno del grupo, el adolescente adquiere nuevos principios para guiar su conducta.

Al principio, el grupo de adolescentes continúa constituido por miembros del mismo sexo y durante la adolescencia media las amistades entre miembros del mismo sexo pueden tener precedencia sobre las amistades heterosexuales. La identificación y la elección de objeto están todavía entrelazadas y los adolescentes pueden estar más cerca de aquellas personas con las que pueden identificarse. Hay aún mucho narcisismo en la admiración del otro. Los camaradas se junta porque se encuentran enfrentados a análogos sentimientos de extrañeza al intentar relacionarse con el sexo opuesto. Se buscan amigos, no sólo con la finalidad de tener apoyo y disfrutar de una compañía agradable, sino también para poder compararse con ellos. Hay una gran dosis de rivalidad en la mayoría de amistades entre adolescentes, ya que, aun cuando se evita competir por los mismos objetivos, se compete en acumular éxitos. Lo que uno es depende en buena parte de lo que los amigos son. El muchacho no se siente definido tanto por su apellido, pues éste indica simplemente el hecho de haber nacido en el seno de una familia determinada, como por sus amigos, puesto que él los ha escogido y ha sido aceptado por ellos. En el grupo, el adolescente aprende a saber quién es él en el mundo exterior a la familia; aprende a juzgar sus capacidades y, apoyándose en la seguridad que le da la pertenencia al grupo, empieza las experiencias con el sexo opuesto. La necesidad de autodefinition y la busca de seguridad tienen precedencia sobre los deseos de hallar vías de seguridad para los impulsos sexuales. El proceso de liberación respecto a la familia y de inserción en el grupo de iguales como camino para la independencia es, por lo general, en la adolescencia media, una tarea más importante

El ciclo vital

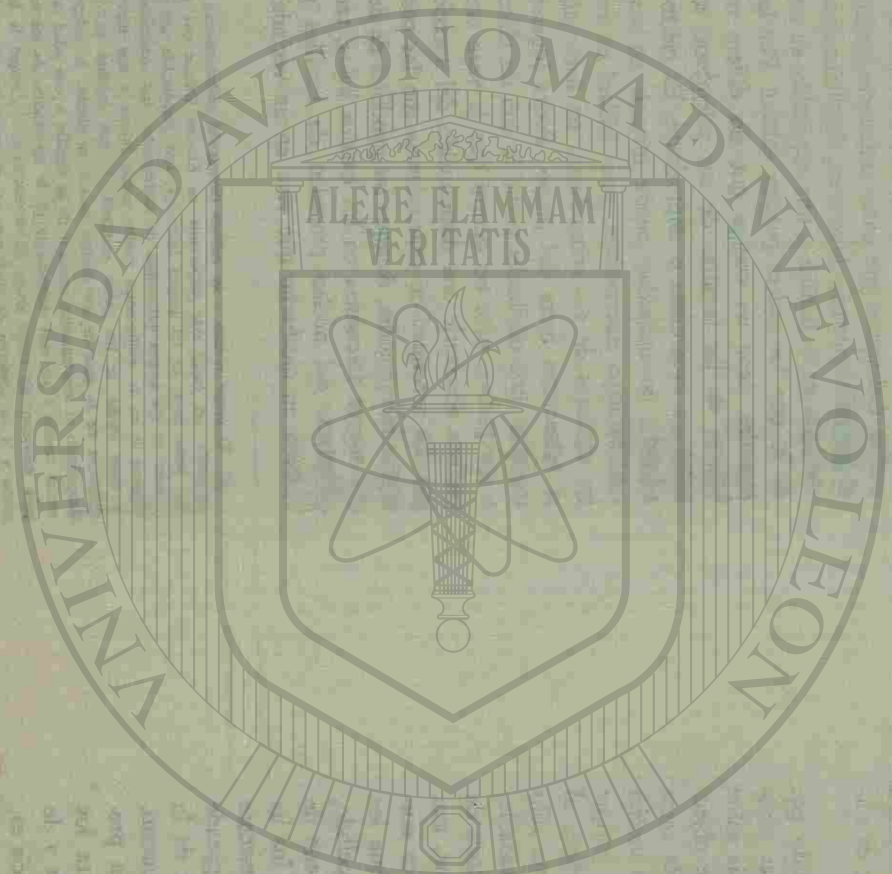
Adolescencia

que se de formar relaciones de amor y buscar expansiones hetero-

Caracteres del grupo de adolescentes

El «egang» se va haciendo, cada vez más, árbitro de la conducta que se considera apropiada, situación que, con frecuencia, ocasiona a los padres grandes preocupaciones. Aunque las costumbres del grupo tienden a llegar hasta el límite de lo que es aceptable para los padres, existen ordinariamente como influencia modificadora y restrictiva sobre el individuo mientras favorecen, simultáneamente, una orientación menos centrada en la familia y una expansión de actividades que va más allá de lo que los padres pueden tolerar. Por lo común, el grupo de camaradas tiene un código que no difiere mucho de las costumbres habituales de las familias de sus miembros, aun cuando favorece una conducta aventurera o imprudente. Es cierto que en este período de rebeldía un individuo puede incurrir en actividades que sus padres considerarían inaceptables, pero dudará en arriesgarse a ser objeto de las censuras de sus compañeros, en hacer algo que pudiera relegarle al ostracismo fuera del grupo. Podrá jugarse dinero, pero sin hacer trampas; una muchacha podrá ir con un chico que quizá no le agradaría o que sus padres, pero no querrá que la vean con alguien cuya compañía pudiera acarrearle una disminución del aprecio que le tienen sus amigos. La necesidad de concordancia con las costumbres del grupo es la que mayor frecuencia en los barrios bajos, también en estas áreas los miembros del núcleo proceden de familias gravemente perturbadas. Cuando un muchacho que vive en un vecindario mejor, o procede de

14 El grupo juvenil y su cultura desempeña probablemente, en la vida del adolescente y su desarrollo, un papel más importante en Estados Unidos que en Europa. Tal vez en ninguna parte haya, en los grupos infantiles, una preparación tan definida para las actividades posteriores de los grupos autónomos de adolescentes. Las actividades en grupos de camaradas, en la infancia y en la adolescencia media, están sujetas a una supervisión familiar más estrecha en la clase media de los países europeos, lo que conduce quizá a una cesación más brusca y definitiva de la guía de los adultos cuando se obtiene la independencia en la adolescencia final. Empezando el apartamiento respecto de la familia a una edad más temprana, el adolescente americano tiende a ser más dependiente de la apreciación de los compañeros y necesita ser popular para mantener un cierto grado de autoestimación. Aunque la importancia dada a la lealtad de grupo y a la adopción de decisiones en el grupo juvenil pueda muy bien formar parte de la preparación a la vida democrática, contribuye, por otra parte, a una notable dependencia de la opinión de los camaradas en la adopción de motivaciones y en la dirección de la conducta.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

una familia bien considerada, se asocia a jóvenes de tendencias delicadas, casi siempre pertenece a una familia que favorece de algún modo las inclinaciones antisociales, o a una familia en la que las rígidas exigencias de obediencia no permite desplegar una conducta apropiada a la edad, que les es necesaria para desarrollarse como adulto.

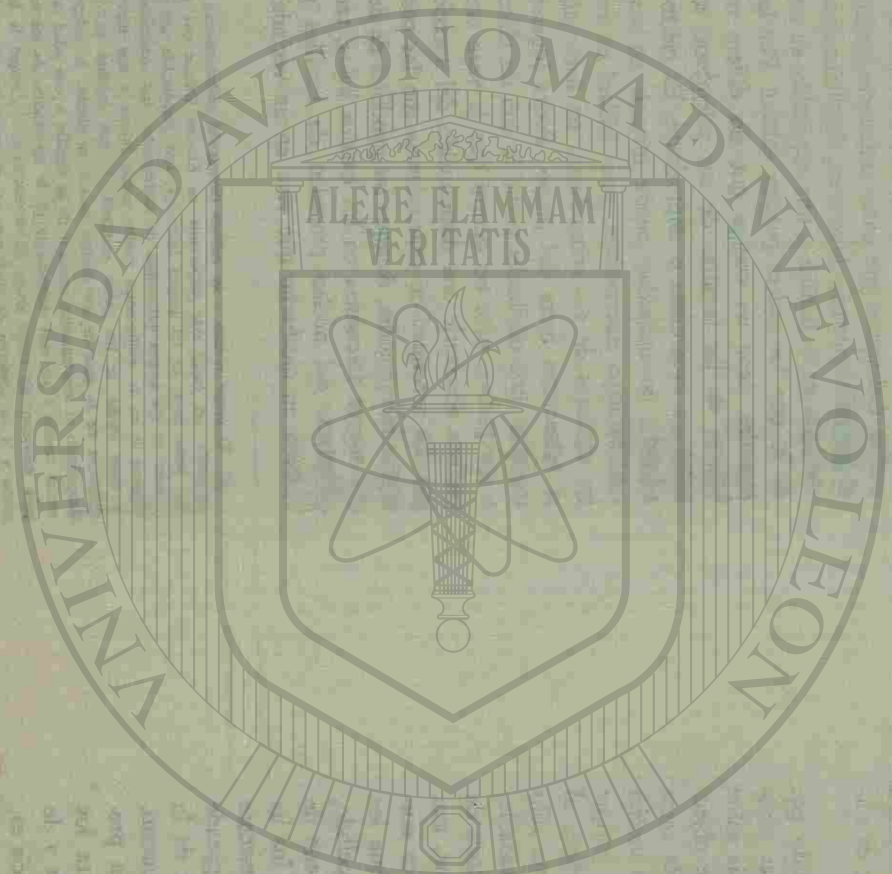
La orientación al sexo opuesto se inicia en el ambiente de seguridad que ofrece el grupo unisexual de adolescentes. El muchacho, como la muchacha, ha de adquirir primeramente seguridad en su identidad sexual antes de atreverse a la relación con el sexo opuesto. El interés no nace solamente del impulso sexual; las satisfacciones narcisistas necesarias para mantener e incrementar la autoestimación provienen más fácilmente de amistades del sexo opuesto que del sexo propio. Al principio, las formas de comportamiento no cambian muy notoriamente, pero los adolescentes empiezan a efectuar breves reuniones de contacto con grupos del sexo opuesto. Se dedican colectivamente a zaherirse con burlas diversas, con las que tratan de disimular el interés que tienen unos por otros al mismo tiempo que, en realidad, lo muestran. «Amor de asno, coz y bocado.» No es fácil que un muchacho o una muchacha de esta edad exterioricen algo más que un interés casual por la persona que en realidad es, el centro de sus fantasías y de sus ensueños.

Sintiéndose inseguro respecto a su valía, el adolescente busca la posesión de atributos que le hagan envidiable o popular. Hay en él una conciencia cada vez mayor de lo que importa la ocupación de su padre, el lugar de residencia, el prestigio que da un auto deportivo. Se busca seguridad llevando justamente los zapatos, la corbata y los cabellos a la moda. Tanto los chicos como las chicas pasan mucho tiempo ante el espejo mirándose el rostro y el atuendo, ensayando gestos y expresiones diversos, a menudo bastante artificiosos. Los chicos desean que las muchachas los admiren por sus proezas deportivas. Asisten a clubs y a reuniones. Saber que uno es «alguien» requiere para ellos el reconocimiento de los demás.

Modelación masculina o femenina de la personalidad

El chico va adquiriendo experiencia y descubriendo lo que puede realizar por sí solo, preparándose así de una manera indirecta para poder ejercer una profesión pero, de hecho, está siguiendo el patrón de conducta propio de su sexo, con las diferencias entre hombre y mu-

jer que se observan desde la infancia. Efectivamente, mientras que la niña es más pasiva y sus ocupaciones y preocupaciones se refieren a las relaciones de las personas, se observa, en el niño varón, mayor tendencia a la acción. La muchacha se convertirá tal vez en un elemento importante en el engranaje de actividades sociales del centro de enseñanza al que pertenece, probablemente no porque busque de manera expresa actuar en esta forma, sino por su buena voluntad en asumir responsabilidades y porque se ha hecho popular por el interés que muestra hacia las personas. Ambos sexos se dedican bastante a fantasear, pero los ensueños ocupan más tiempo en las muchachas. La adolescente utiliza las capacidades intelectuales recientemente adquiridas considerando las suiltezas de las relaciones interpersonales más que las cuestiones puramente intelectuales o la manera como debería reformarse el mundo. Los modos de pensar del sexo masculino y los del sexo femenino empiezan a divergir de una forma más definitiva durante la adolescencia media. Es menos probable que las muchachas se dediquen a cosas abstractas o que sean innovadoras. El mayor tiempo dedicado a hacer discuirir la fantasía sobre sus sentimientos respecto a los demás y sobre los sentimientos que puede tener una persona en diversas situaciones, las conduce finalmente a desarrollar lo que se denomina «intuición femenina» y a la capacidad de empatía con otros. Claro está que tales cualidades no son privativas de las muchachas, pero puede afirmarse que los chicos en los que se observa tales tendencias tienen algo de femenino que suaviza sus aristas y sus formas de relación. En algunos casos, las vivencias fantásticas de las muchachas son tan importantes en la fase de espera, en la que todavía no hay experiencias reales con chicos, que la muchacha se cuenta a sí misma largas historias de románticos encuentros, a veces tan elaboradas y completas que llegan a parecer más reales que la misma realidad. Cuando las cuenta a sus amigas, éstas quedan fascinadas por lo que oyen, hasta que se dan cuenta de que se trata de ensueños. Sin embargo, tales fantasías son, a menudo, una preparación para románticas relaciones. Las conversaciones, los encuentros y los abrazos imaginarios tienen un impacto tan fuerte sobre la muchacha que le hacen sentir radiante y atractiva y sirven como de ensayo de lo que vendrá después. Como tales fantasías pueden encubrir el interés, todavía dominante, por el padre y referirse a un hombre bastante mayor que ella, del que está secretamente enamorada, puede serle difícil a la muchacha volver a la realidad y tratar con los jóvenes de su edad, menos románticos que el personaje de sus



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

una familia bien considerada, se asocia a jóvenes de tendencias delicadas, casi siempre pertenece a una familia que favorece de algún modo las inclinaciones antisociales, o a una familia en la que las rígidas exigencias de obediencia no permite desplegar una conducta apropiada a la edad, que les es necesaria para desarrollarse como adulto.

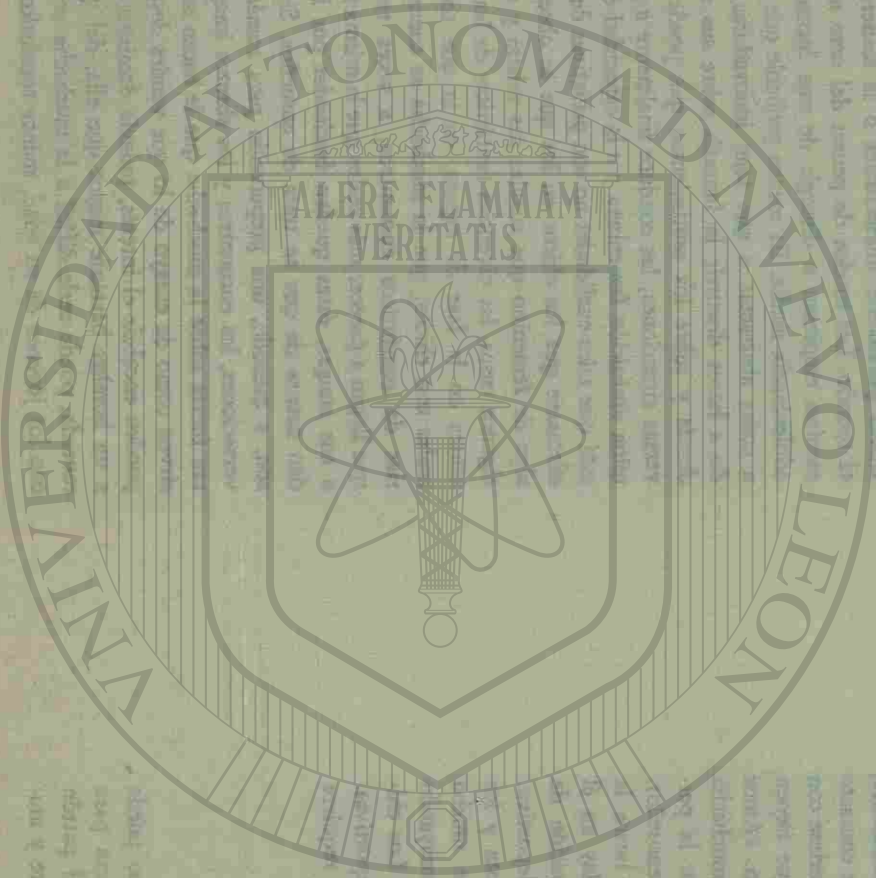
La orientación al sexo opuesto se inicia en el ambiente de seguridad que ofrece el grupo unisexual de adolescentes. El muchacho, como la muchacha, ha de adquirir primeramente seguridad en su identidad sexual antes de atreverse a la relación con el sexo opuesto. El interés no nace solamente del impulso sexual; las satisfacciones narcisistas necesarias para mantener e incrementar la autoestimación provienen más fácilmente de amistades del sexo opuesto que del sexo propio. Al principio, las formas de comportamiento no cambian muy notoriamente, pero los adolescentes empiezan a efectuar breves reuniones de contacto con grupos del sexo opuesto. Se dedican colectivamente a zaherirse con burlas diversas, con las que tratan de disimular el interés que tienen unos por otros al mismo tiempo que, en realidad, lo muestran. «Amor de asno, coz y bocado.» No es fácil que un muchacho o una muchacha de esta edad exterioricen algo más que un interés casual por la persona que en realidad es, el centro de sus fantasías y de sus ensueños.

Sintiéndose inseguro respecto a su valía, el adolescente busca la posesión de atributos que le hagan envidiable o popular. Hay en él una conciencia cada vez mayor de lo que importa la ocupación de su padre, el lugar de residencia, el prestigio que da un auto deportivo. Se busca seguridad llevando justamente los zapatos, la corbata y los cabellos a la moda. Tanto los chicos como las chicas pasan mucho tiempo ante el espejo mirándose el rostro y el atuendo, ensayando gestos y expresiones diversos, a menudo bastante artificiosos. Los chicos desean que las muchachas los admiren por sus proezas deportivas. Asisten a clubs y a reuniones. Saber que uno es «alguien» requiere para ellos el reconocimiento de los demás.

Modelación masculina o femenina de la personalidad

El chico va adquiriendo experiencia y descubriendo lo que puede realizar por sí solo, preparándose así de una manera indirecta para poder ejercer una profesión pero, de hecho, está siguiendo el patrón de conducta propio de su sexo, con las diferencias entre hombre y mu-

jer que se observan desde la infancia. Efectivamente, mientras que la niña es más pasiva y sus ocupaciones y preocupaciones se refieren a las relaciones de las personas, se observa, en el niño varón, mayor tendencia a la acción. La muchacha se convertirá tal vez en un elemento importante en el engranaje de actividades sociales del centro de enseñanza al que pertenece, probablemente no porque busque de manera expresa actuar en esta forma, sino por su buena voluntad en asumir responsabilidades y porque se ha hecho popular por el interés que muestra hacia las personas. Ambos sexos se dedican bastante a fantasear, pero los ensueños ocupan más tiempo en las muchachas. La adolescente utiliza las capacidades intelectuales recientemente adquiridas considerando las suiltezas de las relaciones interpersonales más que las cuestiones puramente intelectuales o la manera como debería reformarse el mundo. Los modos de pensar del sexo masculino y los del sexo femenino empiezan a divergir de una forma más definitiva durante la adolescencia media. Es menos probable que las muchachas se dediquen a cosas abstractas o que sean innovadoras. El mayor tiempo dedicado a hacer discuirir la fantasía sobre sus sentimientos respecto a los demás y sobre los sentimientos que puede tener una persona en diversas situaciones, las conduce finalmente a desarrollar lo que se denomina «intuición femenina» y a la capacidad de empatía con otros. Claro está que tales cualidades no son privativas de las muchachas, pero puede afirmarse que los chicos en los que se observa tales tendencias tienen algo de femenino que suaviza sus aristas y sus formas de relación. En algunos casos, las vivencias fantásticas de las muchachas son tan importantes en la fase de espera, en la que todavía no hay experiencias reales con chicos, que la muchacha se cuenta a sí misma largas historias de románticos encuentros, a veces tan elaboradas y completas que llegan a parecer más reales que la misma realidad. Cuando las cuenta a sus amigas, éstas quedan fascinadas por lo que oyen, hasta que se dan cuenta de que se trata de ensueños. Sin embargo, tales fantasías son, a menudo, una preparación para románticas relaciones. Las conversaciones, los encuentros y los abrazos imaginarios tienen un impacto tan fuerte sobre la muchacha que le hacen sentir radiante y atractiva y sirven como de ensayo de lo que vendrá después. Como tales fantasías pueden encubrir el interés, todavía dominante, por el padre y referirse a un hombre bastante mayor que ella, del que está secretamente enamorada, puede serle difícil a la muchacha volver a la realidad y tratar con los jóvenes de su edad, menos románticos que el personaje de sus



fantasías. Estas experiencias de adolescentes relativamente aisladas, cuyo principal goce se encuentra en sus fantasías y ensueños, parecen ser más corrientes en las culturas europeas que en Estados Unidos, país en el que tanta importancia tiene la actividad de los grupos de compañeros. En muchos países europeos, la muchacha pasa directamente de tales fantasías a casarse con un hombre que es de la generación anterior o le falta poco para serlo.

La fusión de los sexos

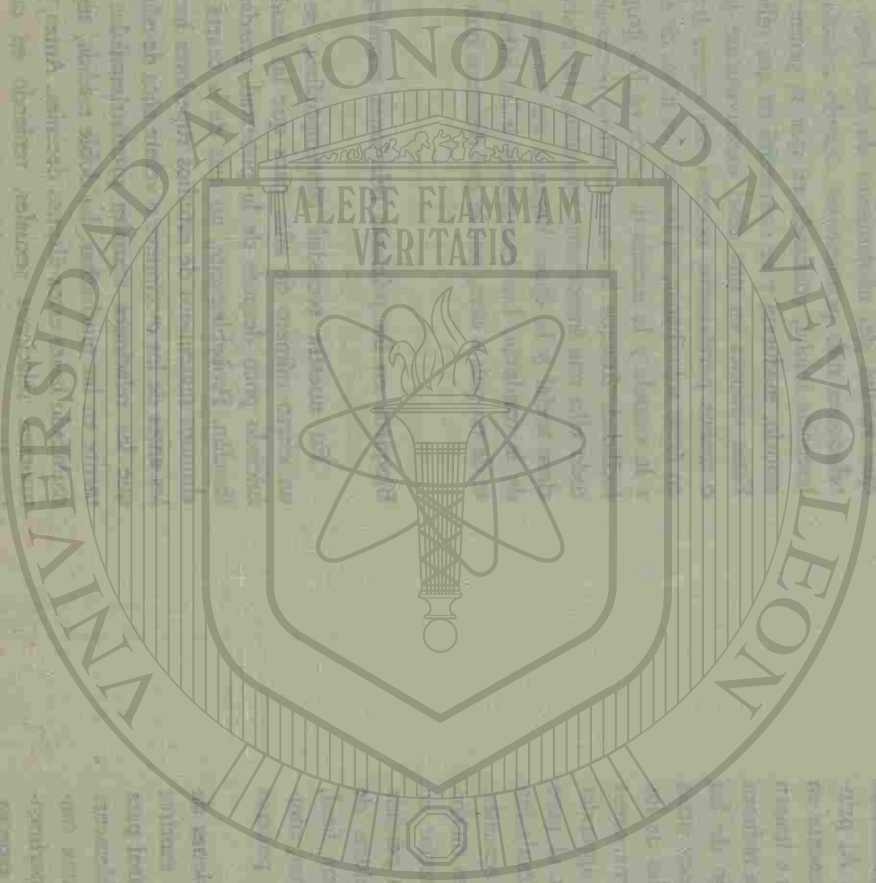
La transición al enamoramiento manifiesto se produce lentamente y la verdadera intimidad sexual requiere todavía más tiempo. Al principio, los grupos masculinos y femeninos se mezclan principalmente en lugares públicos, estaciones turísticas, etc., en los que observan e imitan la conducta de grupos mixtos de adultos. Luego, los grupos se reducen ofreciendo oportunidades a las parejas para aislarse un poco de los demás, aunque con la protección que resulta del hecho de tener otras parejas cerca, con lo que se inician las experiencias exploratorias de los misterios del sexo opuesto. En esta edad, los abrazos y los manoseos son tanto un modo de explorar los sentimientos propios y aprender a dominar los impulsos interiores como un medio de buscar el goce sexual. Se trata más bien de una incitante exploración y estimulación que de un medio de obtener la descarga de las tensiones sexuales. Puede tener muy poco que ver con el enamoramiento, siendo en mucho mayor grado expresión del afán de vivir las fantasías y penetrar en los misterios de la sexualidad. Generalmente, la más completa pérdida del yo en la sexualidad, que conduce a maniobras provocadoras de orgasmo (*heavy petting*), no se produce hasta la adolescencia final, cuando el individuo se siente razonablemente seguro de sí mismo, comprende los deseos del otro y sabe con certeza que pueden ponerse límites en caso necesario.

Las reuniones de grupos se cambian en reuniones o excursiones de dos parejas, que permiten a cada uno de los componentes sentirse más seguro con la presencia de la otra pareja, que sirve de control para no excederse de lo permisible. Muchos muchachos tienen probablemente su primera experiencia sexual en un encuentro casual con una muchacha que no conocen o con una chica de otro grupo, más experimentada, que toma la iniciativa. La necesidad de apartarse, en este aspecto,

de las muchachas con las que se tiene una relación normal más personal puede ser bastante notable. La muchacha quizá vencerá primeramente sus inhibiciones con ocasión de una cita con un joven mayor que ella y más atrevido; la atracción que en él despierta crea en la muchacha la seguridad de que puede ser sexualmente atractiva para un chico. Naturalmente, no hay un modelo fijo en esta evolución y la manera como cada chico y cada chica vence su inhibición y sus represiones es una cuestión muy personal. En todas las épocas y todas las culturas, hay algunos jóvenes que no saben contener sus impulsos y tienen relaciones sexuales en edad temprana. Otros, especialmente en los dos últimos decenios, tratan de huir de la inseguridad y el vacío que resulta del aflojamiento de los lazos con los padres formando relaciones más permanentes, cuando todavía se encuentran en la adolescencia inicial, confiando en que su primer enamoramiento, un mero amorío, madurará y se convertirá en una relación de amor más estable. Estas uniones en una edad excesivamente juvenil, con una base más o menos permanente, ocurren con mayor frecuencia, como es natural, en áreas suburbanas, en las que los niños de ambos sexos han ido juntos a la escuela y la mezcla de sexos en los grupos se produce con mayor facilidad. Aunque las características personales individuales ejercen en todo ello una importante influencia, las costumbres de cada región, la clase social y la época llegan a ser factores decisivos en este aspecto de la conducta. Las costumbres y los hábitos varían considerablemente de un país a otro, por lo que debemos huir de generalizaciones.

Bloqueos en las primeras relaciones sexuales

En nuestra sociedad contemporánea, se necesita ordinariamente un cierto número de años para que las tendencias sexuales, que han iniciado poco después de la pubertad, puedan hallar expresión y realización. Probablemente, no más de la cuarta o la tercera parte de los alumnos masculinos de estudios superiores han tenido relaciones sexuales antes de los diecinueve o veinte años de edad. Nuestra cultura enseña que las relaciones sexuales prematrimoniales son inmorales, especialmente en las muchachas. La doble medida, según el sexo, no se ha derribado hasta estos últimos decenios. Antes, se toleraba que los chicos tuviesen relaciones sexuales, teniendo en cuenta la presión de los impulsos, pero se insistía en que las muchachas debían conservar la



virginidad. Sin embargo, algo más que la moralidad se halla implicado en el establecimiento de un período de dilación entre la capacidad de tener relaciones sexuales y la realización de la misma.

Los adolescentes de ambos sexos necesitan superar la represión de la sexualidad que tan firmemente se había arraigado en ellos. Necesitan también liberarse de las primitivas tendencias incestuosas. Especialmente el joven, ha de procurar la superación de los temores inconscientes referentes a que la actividad sexual pueda acarrearle la castración por parte de su propio padre o por el padre de la chica o, de que pueda originar, al menos, una peligrosa hostilidad en su padre o en el padre de la muchacha. Ha de vencer igualmente el ver inconscientemente en las mujeres la imagen de la madre poderosa y absorbente y el temor a perderse en ellas si cede a sus impulsos de unión sexual. Las confusiones que crean los temores de castración y los temores hacia figuras maternas pueden despertar el miedo inconsciente a perder el pene en la vagina, inconscientemente considerada como órgano devorador y denegado. Esta fantasía, tan difundida en todas partes, emerge en ocasiones hasta la conciencia. También la muchacha tiene que superar temores especiales: miedo a la penetración y a resultar herida; miedo de aniquilación en el orgasmo; sentimientos de que, por estar desprovista de pene, no vale nada y no pueden desearla; sentimientos de disgusto y vergüenza por sus genitales, que le parece deben resultar repulsivos a todo hombre. El superyo encuentra refuerzos para la represión de los impulsos del ello argumentando con los peligros que pueden provenir de las relaciones sexuales. Existen temores más o menos realistas de embarazo y de enfermedades venéreas, que no han perdido su importancia hasta el último o los dos últimos decenios. A pesar de que las enfermedades venéreas todavía son suficientemente frecuentes para que se piense en ellas, la gonorrea ya no implica el peligro de esterilidad y la sífilis no obliga a años de tratamiento ni implica, como implicaba antes en muchos casos, la exclusión del matrimonio y la privación de la fecundidad. Los cambios en las prácticas sexuales del adolescente, que proporcionan una razonable seguridad ante el embarazo y las enfermedades venéreas, empiezan justamente a extenderse ahora. Sin embargo, se trata de cosas que conciernen más al adolescente en su época final. También la muchacha deja pasar cierto tiempo antes de perder la virginidad y, en algunos grupos étnicos, el himen intacto continúa siendo un requisito necesario para el matrimonio. Por otra parte, una muchacha puede tener miedo a convertirse en una mujer

perdida, incapaz de contener sus impulsos y su lujuria, una vez ha cedido ya ante sus deseos. En cuanto al muchacho, es posible que quiera demorar la realización de experiencias sexuales por creer que su intensidad será abrumadora, superior a lo que puede resistir¹⁵.

La mezcla de sexos en los grupos y en las amistades origina más expansión de la vida social que conocimientos y experiencias sexuales. Los miembros del otro sexo son percibidos en términos más realistas y se comprueba que tienen análogos problemas, inseguridades y deseos. Los deseos de hallar aceptación se desplazan más definitivamente al sexo opuesto y la conducta se orienta a querer resultar atractivo para las personas de dicho sexo. Hay una constante formación de ilusiones, con sucesivos retornos a la realidad. Los patrones básicos de la personalidad característica de cada sexo empiezan a interrelacionarse, de manera que el comportamiento masculino, más activo, se acopla al comportamiento femenino, más pasivo y receptivo. La muchacha no constituye un competidor directo del muchacho y puede darle satisfacción y seguridad alegrándose de los éxitos y del prestigio del joven y compartiendo satisfacciones con él. De este modo, apoya sus apetencias narcisistas y le estimula a progresar. La muchacha ve que ya no necesita competir en actividad con otras muchachas, porque ahora se da cuenta de que los muchachos pueden quererla y amarla por lo que es, por ser muchacha. Puede orientarse más plenamente al desarrollo de las características femeninas de hacerse agradable y deseable tomando interés en los triunfos ajenos y comprendiendo a los demás.

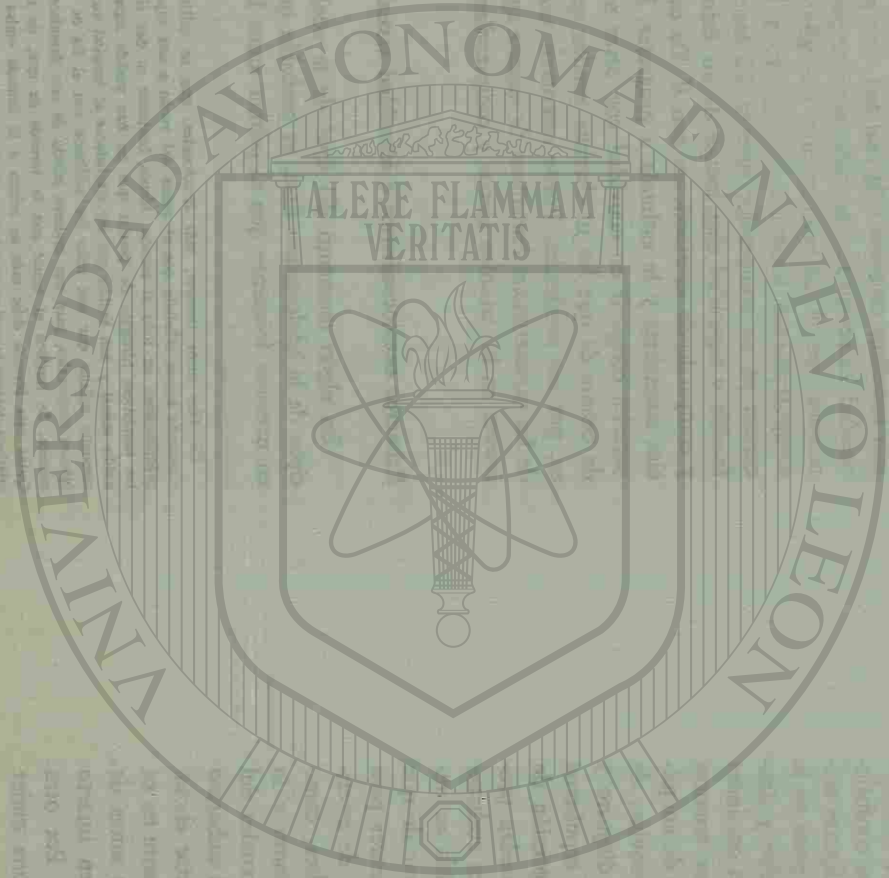
Primeros enamoramientos e identidad sexual

En algún momento del final de la adolescencia media, o al principio de la adolescencia final, es probable que el joven se enamore. Es en extremo frecuente que el primer amor heterosexual contenga com-

¹⁵ Hay otros temores, más irracionales, que se utilizan para reforzar al superyo. Aniericamente hemos señalado que el temor del varón a una supuesta vagina devoradora se ha observado prácticamente en todo el mundo. Menos frecuente es que el adolescente que mencionamos por las fantásticas historias de parejas que no han podido separarse después de haber efectuado la unión sexual y han tenido que ser trasladados al hospital en esta comprometida situación. Es interesante señalar que este mito fue utilizado con el fin de evitar la profanación de las oscuras iglesias medievales, para que tuviesen miedo de este desenlace los que pensaban profanarlas de tal manera. Se fortificó el temor con la leyenda de que, de tales uniones, nacían hombres lobos. Quizá esta leyenda debe más su origen a la llamada «misia negra», ceremonia de brujería anti-cristiana durante la cual se practicaban cópulas en el altar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



ponentes narcisistas. El chico se enamora posiblemente de una muchacha a la que reconoce inconscientemente como una persona a la que hubiera querido parecerse en el caso de haber nacido niña. La muchacha puede enamorarse del joven que se parece al muchacho que ella podría haber sido. Estos primeros amores pueden ser importantes para dar mayor seguridad a la identidad de sexo. Como todavía hay algunos componentes narcisistas y homosexuales en este tipo de amor, porque es una etapa en la transición del amor narcisista hacia el amor heterosexual, ocurre en él algo que es importante para la formación de la identidad de sexo. El muchacho pone los componentes femeninos propios (residuos de la identificación con la madre) en la muchacha de la que se enamora. Ya no necesita conservar en sí mismo estos elementos, estas introyecciones, porque puede situarlas en la muchacha que ama y quiere poseer. De este modo, el objeto de amor primario inicialmente referido a la madre se transfiere al objeto heterosexual elegido. Se consolida y confirma su masculinidad y se encuentra preparado para completar por sí mismo su identidad con el yo y orientarse hacia la intimidad con otra persona. El mismo proceso tiende a producirse en la muchacha, tal vez de manera más dramática. Al enamorarse de un chico y ver que es capaz de enamorarse, ya no necesita recurrir a las fantasías de tener un pene ni lamentarse por carecer de las prerrogativas del sexo masculino. Le basta amar a un muchacho que gozosamente compartirá su masculinidad con ella. Se siente de nuevo completa y dispuesta a progresar hacia la independencia y el ulterior completamiento de su vida con la posibilidad de tener un hijo.

La sexualidad insatisfecha y el inconsciente

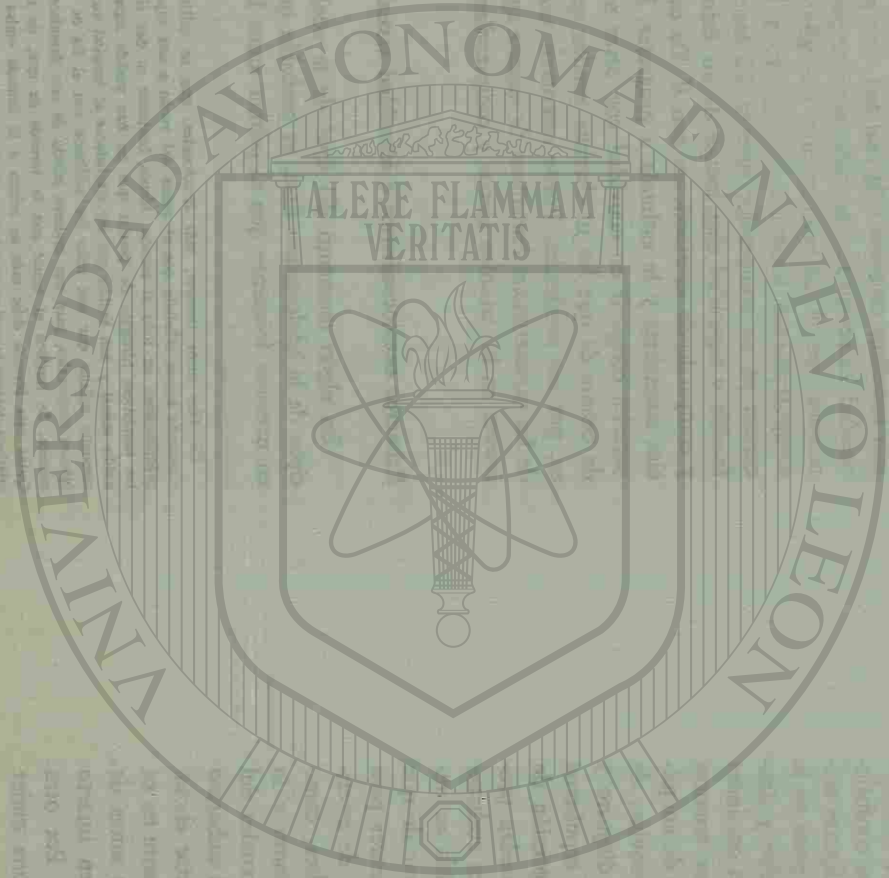
El enamoramiento, estado que no puede ser explicado ni analizado, parece ser un estado de existencia en el que vuelven a esfumarse los límites entre el yo y el otro y en el que, para ser feliz, se requiere ser lo más importante para la persona elegida. Volvemos a hablar de esta condición en capítulos ulteriores. Durante estos años, aun cuando el impulso fisiológico a la expresión sexual es probablemente tan intenso como en cualquier otra época de la vida en que más pueda serlo, especialmente en el sexo masculino, no conduce a la realización del amor heterosexual, por lo menos en las clases media y superior de nuestra sociedad industrial contemporánea. El adolescente pasa por las

necesarias fases de preparación a la ulterior realización. Obtiene algún alivio con la masturbación, que, a su vez, puede ocasionar intensos conflictos en algunos sujetos, mientras, en otros, no los causa o apenas los causa. Además, hay una serie de juegos más o menos sexuales, que contribuyen con mayor frecuencia a aumentar la tensión sexual que a disminuirla. Aunque la sexualidad preocupa con frecuencia al adolescente, gran parte de los pensamientos y fantasías sexuales tienen lugar en los confines de la conciencia, en la zona en que está ya un poco separado del mundo de la realidad. Aparecen con preferencia en la cama, cuando el sujeto va a dormirse o cuando se despierta, o en otras ocasiones análogas, cuando el funcionamiento del yo es poco firme. Pero es todavía mayor la cantidad de elementos censurados y reprimidos; que permanecen en el inconsciente y sólo se manifiestan explícitamente en sueños, pero que ejercen una poderosa influencia sobre la conducta. El joven estudiante que se queja de su madre, la critica acerbamente y encuentra alguna excusa para no estar en casa cuando su padre ha de quedarse hasta más tarde en la oficina, no sabe que está luchando contra la atracción que sobre él ejerce la madre. La muchacha que se encuentra en un lugar muy concurrido y deja que la vean junto a un joven entregados ambos a íntimos contactos, descubre en el tratamiento psicoterápico que quería demostrar su heterosexualidad a los demás y a sí misma, mientras que, en lo profundo, sus sentimientos y sus fantasías se dirigen a una profesora.

La nueva fuerza de los impulsos sexuales, junto con la represión necesaria para mantenerlos bajo control, intensifica considerablemente el vuelo de los procesos mentales inconscientes. Los impulsos incrementados dirigen la percepción y los intereses del individuo a lo prohibido; como un imán entre agujas de acero, dirigen en número cada vez mayor las asociaciones hacia la esfera de atracción. Además, los impulsos eróticos y sexuales pregenitales de épocas iniciales de la infancia, desterrados mucho tiempo ha de la conciencia, se asocian a la nueva motivación sexual inconsciente. Deseos y fantasías eróticas orales y anales, imaginaciones masoquistas y sádicas, tendencias voyeuristas y exhibicionistas, atracciones y preocupaciones homosexuales, fantasías relativas a los padres, etc., se reavivan en este período de insatisfacción, como si los esfuerzos motivados por los impulsos sexuales se abriesen camino por estas antiguas vías de salida en busca de algún modo de obtener satisfacción.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



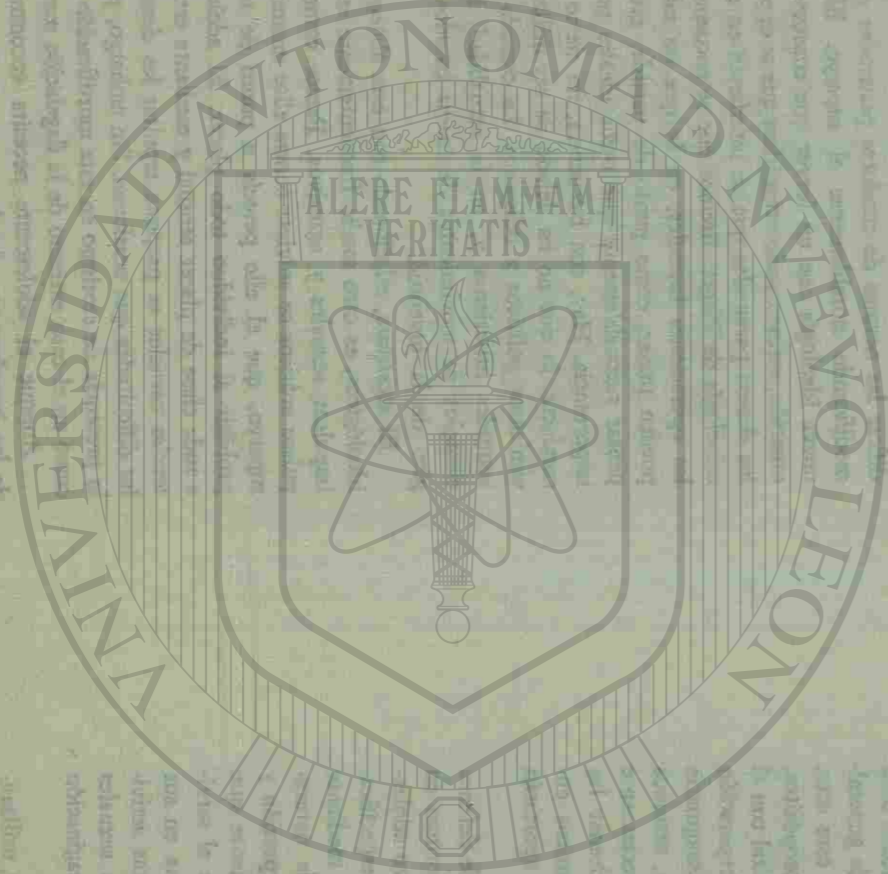
ponentes narcisistas. El chico se enamora posiblemente de una muchacha a la que reconoce inconscientemente como una persona a la que hubiera querido parecerse en el caso de haber nacido niña. La muchacha puede enamorarse del joven que se parece al muchacho que ella podría haber sido. Estos primeros amores pueden ser importantes para dar mayor seguridad a la identidad de sexo. Como todavía hay algunos componentes narcisistas y homosexuales en este tipo de amor, porque es una etapa en la transición del amor narcisista hacia el amor heterosexual, ocurre en él algo que es importante para la formación de la identidad de sexo. El muchacho pone los componentes femeninos propios (residuos de la identificación con la madre) en la muchacha de la que se enamora. Ya no necesita conservar en sí mismo estos elementos, estas introyecciones, porque puede situarlas en la muchacha que ama y quiere poseer. De este modo, el objeto de amor primario inicialmente referido a la madre se transfiere al objeto heterosexual elegido. Se consolida y confirma su masculinidad y se encuentra preparado para completar por sí mismo su identidad con el yo y orientarse hacia la intimidad con otra persona. El mismo proceso tiende a producirse en la muchacha, tal vez de manera más dramática. Al enamorarse de un chico y ver que es capaz de enamorarse, ya no necesita recurrir a las fantasías de tener un pene ni lamentarse por carecer de las prerrogativas del sexo masculino. Le basta amar a un muchacho que gozosamente compartirá su masculinidad con ella. Se siente de nuevo completa y dispuesta a progresar hacia la independencia y el ulterior completamiento de su vida con la posibilidad de tener un hijo.

La sexualidad insatisfecha y el inconsciente

El enamoramiento, estado que no puede ser explicado ni analizado, parece ser un estado de existencia en el que vuelven a esfumarse los límites entre el yo y el otro y en el que, para ser feliz, se requiere ser lo más importante para la persona elegida. Volvemos a hablar de esta condición en capítulos ulteriores. Durante estos años, aun cuando el impulso fisiológico a la expresión sexual es probablemente tan intenso como en cualquier otra época de la vida en que más pueda serlo, especialmente en el sexo masculino, no conduce a la realización del amor heterosexual, por lo menos en las clases media y superior de nuestra sociedad industrial contemporánea. El adolescente pasa por las

necesarias fases de preparación a la ulterior realización. Obtiene algún alivio con la masturbación, que, a su vez, puede ocasionar intensos conflictos en algunos sujetos, mientras, en otros, no los causa o apenas los causa. Además, hay una serie de juegos más o menos sexuales, que contribuyen con mayor frecuencia a aumentar la tensión sexual que a disminuirla. Aunque la sexualidad preocupa con frecuencia al adolescente, gran parte de los pensamientos y fantasías sexuales tienen lugar en los confines de la conciencia, en la zona en que está ya un poco separado del mundo de la realidad. Aparecen con preferencia en la cama, cuando el sujeto va a dormirse o cuando se despierta, o en otras ocasiones análogas, cuando el funcionamiento del yo es poco firme. Pero es todavía mayor la cantidad de elementos censurados y reprimidos; que permanecen en el inconsciente y sólo se manifiestan explícitamente en sueños, pero que ejercen una poderosa influencia sobre la conducta. El joven estudiante que se queja de su madre, la critica acerbamente y encuentra alguna excusa para no estar en casa cuando su padre ha de quedarse hasta más tarde en la oficina, no sabe que está luchando contra la atracción que sobre él ejerce la madre. La muchacha que se encuentra en un lugar muy concurrido y deja que la vean junto a un joven entregados ambos a íntimos contactos, descubre en el tratamiento psicoterápico que quería demostrar su heterosexualidad a los demás y a sí misma, mientras que, en lo profundo, sus sentimientos y sus fantasías se dirigen a una profesora.

La nueva fuerza de los impulsos sexuales, junto con la represión necesaria para mantenerlos bajo control, intensifica considerablemente el vuelo de los procesos mentales inconscientes. Los impulsos incrementados dirigen la percepción y los intereses del individuo a lo prohibido; como un imán entre agujas de acero, dirigen en número cada vez mayor las asociaciones hacia la esfera de atracción. Además, los impulsos eróticos y sexuales pregenitales de épocas iniciales de la infancia, desterrados mucho tiempo ha de la conciencia, se asocian a la nueva motivación sexual inconsciente. Deseos y fantasías eróticas orales y anales, imaginaciones masoquistas y sádicas, tendencias voyeuristas y exhibicionistas, atracciones y preocupaciones homosexuales, fantasías relativas a los padres, etc., se reavivan en este período de insatisfacción, como si los esfuerzos motivados por los impulsos sexuales se abriesen camino por estas antiguas vías de salida en busca de algún modo de obtener satisfacción.



El ciclo vital

y lograr las prerrogativas de adulto. El adolescente se siente motivado a explorar el mundo y las personas que lo habitan y a ensanchar sus horizontes. Es una época de expansión fuera del hogar, más allá del grupo de compañeros del vecindario, más allá del aprendizaje de lo fundamental; una época orientada a la adquisición de conocimientos sobre la sociedad a la que pertenece el individuo y sobre otras sociedades, a la apreciación de maneras de vida distintas de las que siguen las personas con las que íntima, de otras conductas en la vida que quizá decidirá adoptar.

A pesar de que muchos adolescentes empiezan en esta edad a ayudar económicamente a la familia aun cuando prosigan sus estudios, en general es ésta una época en la que las responsabilidades no son demasiado grandes. El joven no necesita todavía emplear todas sus inquietas energías en resolver cotidianamente los problemas prácticos de la vida que limitarán más adelante su fantasía, le detendrán ante el peligro y le conducirán a comprender la incapacidad de los adultos para cambiar el mundo y transformarlo en lo que el adolescente cree que debe ser. Aún le es difícil al adolescente comprender por qué la gente no «hace algo» para corregir las injusticias, por qué son tan prosaicas las vidas de los hombres que no quieren desafiar el peligro. Son unos años en los que el joven puede flotar por encima de la realidad, glorificando secretamente la belleza, amando el amor, soñando con una futura grandeza. También vive la soledad de sentirse abandonado por amigos que han encontrado nuevas relaciones, que son relaciones de amor. En algunas ocasiones, le parece que el mundo pesa demasiado, que es insostenible. El adolescente está lleno de potencialidad y revolotea en ella. Que luego, en la adolescencia final, continúe esta expansión y empiece a insertar sus tentáculos y a tratar de consolidar sus esfuerzos, depende de muchas contingencias.

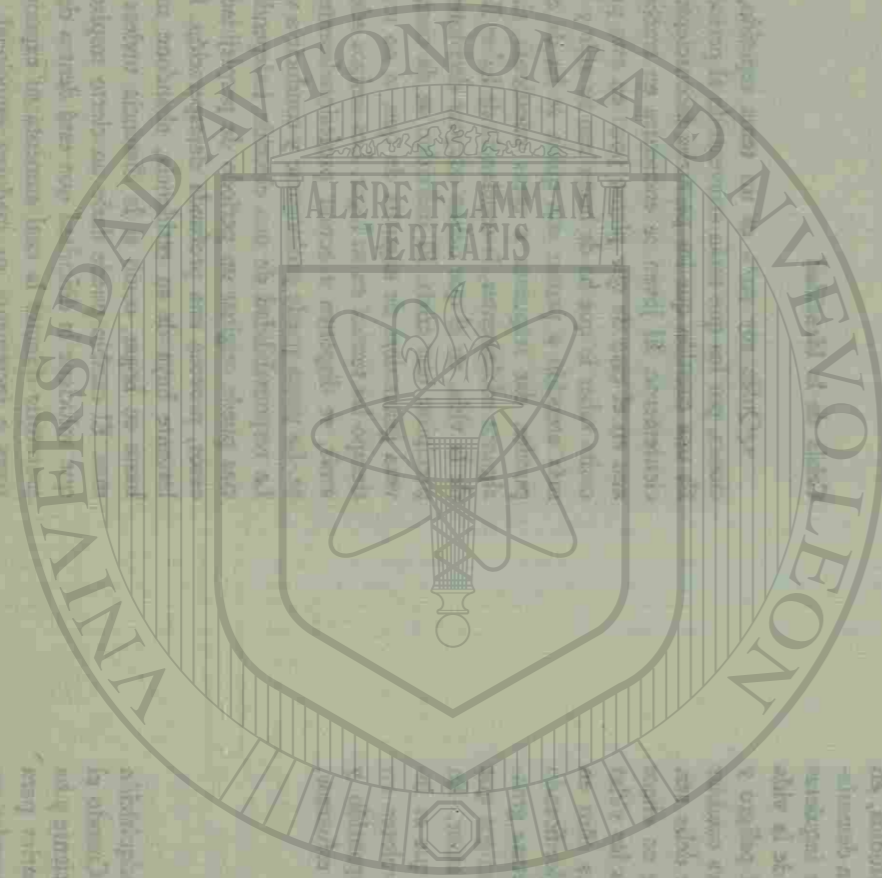
ADOLESCENCIA FINAL

Las principales tareas de la adolescencia se refieren a la adquisición de la identidad del yo y de la capacidad para la intimidad. Cuando el joven se ha hecho independiente de su familia en el grado suficiente y ha adquirido la libertad de movimientos y la seguridad necesarias para permitirse la expresión sexual, hace una pausa antes de emprender caminos definitivos. A la expansión de la adolescencia media sucede la

necesidad de consolidar y ensayar, con la imaginación y en la realidad, modos de vida diversos, incluidos los ensayos de relaciones significativas con personas del sexo opuesto. Es con frecuencia una pausa incómoda, porque el joven se da cuenta de que el tiempo corre y que pronto se esperará de él que asuma el estatuto de adulto, que dirija por sí mismo su vida y que encuentre medios de sustentarse con su propio esfuerzo. Su vida requiere una integración más definitiva que antes proporcione al individuo una identidad como persona por derecho propio y le capacite para orientarse más allá de la independencia y obtener su completamiento en íntima interdependencia con otra persona.

Crisis de la identidad

«¿Quién soy yo?» es un tema repetido, con innumerables variaciones, por los que están atravesando el período de la adolescencia final. Es una cuestión que los perturba inconscientemente más aun que conscientemente. El joven se encuentra en trance de hallarse a sí mismo, aun en el caso de que piense poco en este problema. El muchacho necesita saber lo que ha de hacer con su vida y la muchacha ha de dedicar más atención a pensar con quién se ha de casar, pero ni uno ni otra pueden dar respuesta a estas cuestiones sin saber quiénes son. En algunos adolescentes, la conciencia de haber llegado a un punto decisivo de la vida, en el que deben adoptar decisiones casi irrevocables, puede precipitar una crisis. El individuo se da cuenta vagamente con una viveza generadora de angustia de que, si no toma decisiones, el paso del tiempo las tomará en su lugar. Los amigos adelantan en la vida, le dejan atrás, se disponen a actuar profesionalmente, se preparan para casarse. La pausa puede prolongarse y conducir a una parálisis de indecisión. La responsabilidad de una elección independiente y de sus consecuencias puede originar un período de perplejidad y trastornos; en algunos casos, provoca una profunda desesperación. Puede ocurrir que el adolescente huya de su residencia, abandone su universidad o escuela y hasta su hogar, como si la distancia tuviera que resolver sus problemas. El cambio puede darle un cierto respiro y aunque es improbable que solucione la dificultad que está dentro de él, puede concederle una moratoria durante la cual aumenta su experiencia, amplía sus perspectivas e incrementa su madurez emocional, ayudándole a hallar una orientación adecuada.



Se ha dedicado gran atención a las crisis de identidad de la adolescencia final en las novelas y en los estudios de psiquiatría. Los novelistas han pasado frecuentemente ellos mismos por serias crisis de identidad y los psiquiatras han de tratar a pacientes que tienen dificultades en salir de la adolescencia. Sin embargo, la mayor parte de individuos pasan esta transición con una razonable tranquilidad, como una progresión natural que conduce a una identidad aceptable. El estudiante universitario que sabe que entrará después en el negocio de su padre solamente experimenta problemas intelectuales relacionados con sus estudios, que no alteran sus objetivos tangibles. La muchacha que ha encontrado al que será su esposo no tiene dudas respecto a sus estudios de maestra y al propósito de ejercer esta carrera hasta que su novio pueda casarse con ella y mantener una familia. El musculoso joven que comprende — por lo que la experiencia le ha enseñado — que no es suficientemente bueno para ser componente del equipo de fútbol y no tiene otros motivos para continuar sus estudios superiores, se incorpora a las fuerzas de policía por las vacaciones de Navidad, satisfecho de haber realizado al fin lo que ambicionaba desde hacía tiempo. Una muchacha que después de haber terminado sus estudios secundarios, no puede continuar viviendo en su hogar, con una familia numerosa e independiente, ingresa en la escuela de enfermeras, siguiendo una orientación que le permitirá ser económicamente independiente en un ambiente protegido. Sin embargo, con la difusión de la instrucción y la rápida transformación social que se han producido, se presenta al individuo una creciente necesidad de hallar la propia identidad con relativa independencia de la familia; es menos probable que en épocas anteriores que el adulto joven mantenga cierta dependencia respecto de la familia o siga las tradiciones familiares y los problemas de identidad se han hecho cada vez más frecuentes y difíciles.

Formación de la identidad

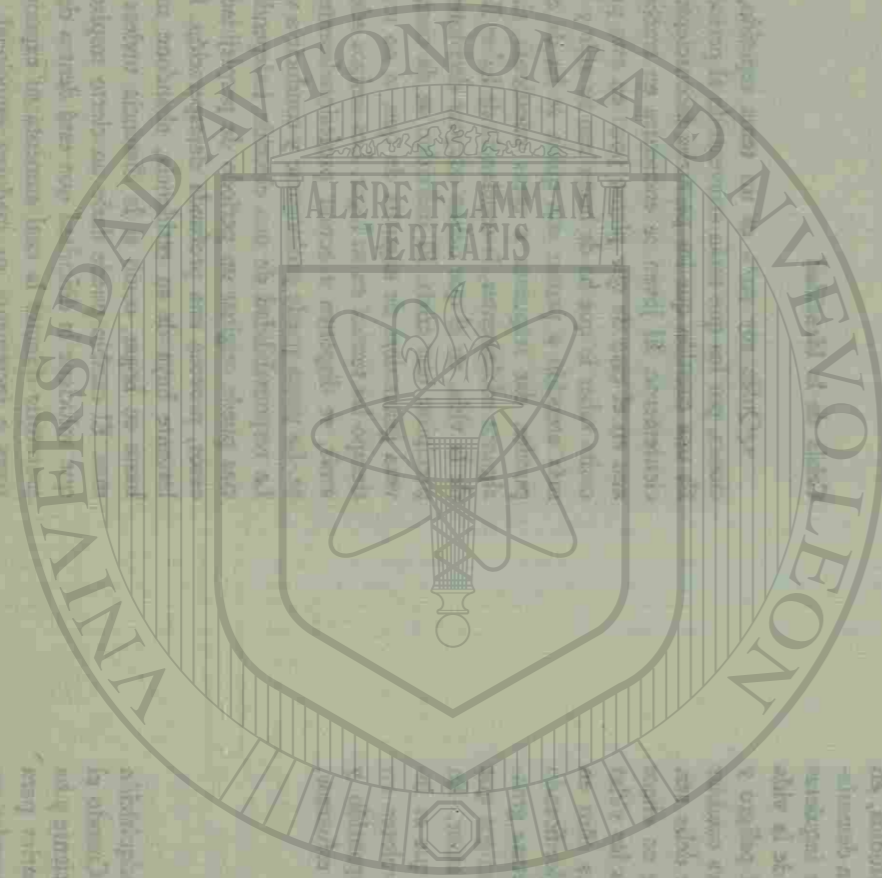
La transición de la adolescencia a la edad adulta implica el hecho de llegar a ser una persona por derecho propio, no meramente por ser hijo o hija de alguien y ser reconocida como tal por todos. Implica la cohesión y síntesis de un proceso que ha venido desarrollándose desde el nacimiento y la cristalización de una individualidad que tiende a

preservar su identidad a pesar de las vicisitudes de la vida en el porvenir. El individuo ha pasado a través de una serie de fases evolutivas y en cada nivel ha habido una identidad y una relación entre las identidades propias de cada fase. Pero las identidades anteriores tenían el carácter de ensayo, porque cada una era una etapa del devenir, pero en el período que consideramos no puede tratarse ya de tentativas o ensayos, sino de realidades. El concepto de identidad del yo fue formulado por Erikson para destacar el hecho de que las fases evolutivas de la infancia no son fines en sí mismas, sino etapas de la progresión hacia el desarrollo en una persona integrada y razonablemente autosuficiente, capaz de desempeñar un papel de adulto en la vida y de engarzarse en el sistema social en que vive. La integración no se completa simplemente pasando a través de fases sucesivas del desarrollo psicosexual sin traumatismos y sin indebidas fijaciones, sino que requiere una constante reorganización durante el proceso y, en la adolescencia, una nueva integración que permita el paso de la dependencia infantil a la responsabilidad de adulto¹⁶. No se trata simplemente de la organización interior, sino de cómo esta organización permite al individuo actuar adecuadamente en los roles sociales correspondientes a un adulto y que de él se esperan en una determinada sociedad y en sus subsistemas.

El concepto de identidad del yo no puede definirse en términos muy precisos; es preferible una cierta vaguedad, porque es más sencillo delinear el área de interés que definirla en términos de atributos críticos. Se refiere a la consistencia que caracteriza a un individuo a pesar de los cambios que ocurren en el tiempo a medida que avanza por los diferentes roles que desempeña en su vida¹⁷. Podemos decir que al

16. El proceso de formación de la identidad emerge como configuración que se despliega, que evoluciona, que se establece gradualmente por sucesivas síntesis del yo durante la infancia. Es una configuración que integra gradualmente las cualidades constitucionales, las peculiaridades libidinales idiosincráticas, las capacidades favorecidas, las identificaciones significativas, las defensas y sublimaciones eficaces y los roles consistentes. (E. Erikson, *The Problem of Ego Identity* [4], p. 116).

17. El concepto de identidad del yo implica también la consecución de una homeostasis del yo y de la personalidad que absorbe el impacto de las influencias que actúan sobre la personalidad y tiende a resistir los cambios radicales y a perpetuarse. Los mecanismos homeostáticos existentes en el interior de la personalidad son sumamente complejos y su estudio implica conocimientos poco comunes. Aunque la clasificación de las identificaciones sea de gran importancia implica muchas otras cuestiones, algunas de las cuales se indican a continuación: 1) Lo que una persona percibe y cómo lo percibe influye notablemente en el ulterior desarrollo de los rasgos de la personalidad. Comprende un proceso circular, porque la percepción depende en parte de la proyección de las características de la personalidad, como sabemos por la utilidad de los tests proyectivos de personalidad. 2) Los patrones de relación de la familia llegan a su término, pero continúan influyendo en todas las relaciones interpersonales y de grupo ulteriores. 3) Las directrices parentales han sido interiorizadas en el superyo, pero lo más importante es que muchas de ellas se han aproxi-



Se ha dedicado gran atención a las crisis de identidad de la adolescencia final en las novelas y en los estudios de psiquiatría. Los novelistas han pasado frecuentemente ellos mismos por serias crisis de identidad y los psiquiatras han de tratar a pacientes que tienen dificultades en salir de la adolescencia. Sin embargo, la mayor parte de individuos pasan esta transición con una razonable tranquilidad, como una progresión natural que conduce a una identidad aceptable. El estudiante universitario que sabe que entrará después en el negocio de su padre solamente experimenta problemas intelectuales relacionados con sus estudios, que no alteran sus objetivos tangibles. La muchacha que ha encontrado al que será su esposo no tiene dudas respecto a sus estudios de maestra y al propósito de ejercer esta carrera hasta que su novio pueda casarse con ella y mantener una familia. El musculoso joven que comprende — por lo que la experiencia le ha enseñado — que no es suficientemente bueno para ser componente del equipo de fútbol y no tiene otros motivos para continuar sus estudios superiores, se incorpora a las fuerzas de policía por las vacaciones de Navidad, satisfecho de haber realizado al fin lo que ambicionaba desde hacía tiempo. Una muchacha que después de haber terminado sus estudios secundarios, no puede continuar viviendo en su hogar, con una familia numerosa e independiente, ingresa en la escuela de enfermeras, siguiendo una orientación que le permitirá ser económicamente independiente en un ambiente protegido. Sin embargo, con la difusión de la instrucción y la rápida transformación social que se han producido, se presenta al individuo una creciente necesidad de hallar la propia identidad con relativa independencia de la familia; es menos probable que en épocas anteriores que el adulto joven mantenga cierta dependencia respecto de la familia o siga las tradiciones familiares y los problemas de identidad se han hecho cada vez más frecuentes y difíciles.

Formación de la identidad

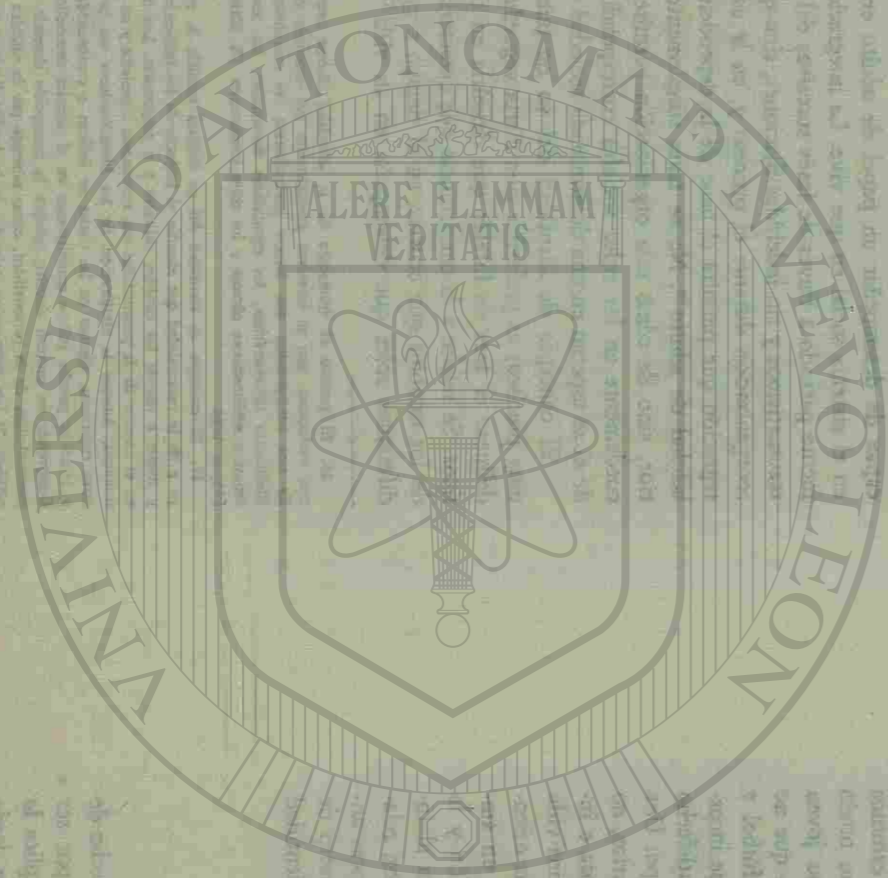
La transición de la adolescencia a la edad adulta implica el hecho de llegar a ser una persona por derecho propio, no meramente por ser hijo o hija de alguien y ser reconocida como tal por todos. Implica la cohesión y síntesis de un proceso que ha venido desarrollándose desde el nacimiento y la cristalización de una individualidad que tiende a

preservar su identidad a pesar de las vicisitudes de la vida en el porvenir. El individuo ha pasado a través de una serie de fases evolutivas y en cada nivel ha habido una identidad y una relación entre las identidades propias de cada fase. Pero las identidades anteriores tenían el carácter de ensayo, porque cada una era una etapa del devenir, pero en el período que consideramos no puede tratarse ya de tentativas o ensayos, sino de realidades. El concepto de identidad del yo fue formulado por Erikson para destacar el hecho de que las fases evolutivas de la infancia no son fines en sí mismas, sino etapas de la progresión hacia el desarrollo en una persona integrada y razonablemente autosuficiente, capaz de desempeñar un papel de adulto en la vida y de engarzarse en el sistema social en que vive. La integración no se completa simplemente pasando a través de fases sucesivas del desarrollo psicosexual sin traumatismos y sin indebidas fijaciones, sino que requiere una constante reorganización durante el proceso y, en la adolescencia, una nueva integración que permita el paso de la dependencia infantil a la responsabilidad de adulto¹⁶. No se trata simplemente de la organización interior, sino de cómo esta organización permite al individuo actuar adecuadamente en los roles sociales correspondientes a un adulto y que de él se esperan en una determinada sociedad y en sus subsistemas.

El concepto de identidad del yo no puede definirse en términos muy precisos; es preferible una cierta vaguedad, porque es más sencillo delimitar el área de interés que definirla en términos de atributos críticos. Se refiere a la consistencia que caracteriza a un individuo a pesar de los cambios que ocurren en el tiempo a medida que avanza por los diferentes roles que desempeña en su vida¹⁷. Podemos decir que al

16. El proceso de formación de la identidad emerge como configuración que se despliega, que evoluciona, que se establece gradualmente por sucesivas síntesis del yo durante la infancia. Es una configuración que integra gradualmente las cualidades constitucionales, las peculiaridades libidinales idiosincráticas, las capacidades favorecidas, las identificaciones significativas, las defensas y sublimaciones eficaces y los roles consistentes. (E. Erikson, *The Problem of Ego Identity* [4], p. 116).

17. El concepto de identidad del yo implica también la consecución de una homeostasis del yo y de la personalidad que absorbe el impacto de las influencias que actúan sobre la personalidad y tiende a resistir los cambios radicales y a perpetuarse. Los mecanismos homeostáticos existentes en el interior de la personalidad son sumamente complejos y su estudio implica conocimientos poco comunes. Aunque la clasificación de las identificaciones sea de gran importancia implica muchas otras cuestiones, algunas de las cuales se indican a continuación: 1) Lo que una persona percibe y cómo lo percibe influye notablemente en el ulterior desarrollo de los rasgos de la personalidad. Comprende un proceso circular, porque la percepción depende en parte de la proyección de las características de la personalidad, como sabemos por la utilidad de los tests proyectivos de personalidad. 2) Los patrones de relación de la familia llegan a su término, pero continúan influyendo en todas las relaciones interpersonales y de grupo ulteriores. 3) Las directrices parentales han sido interiorizadas en el superyo, pero lo más importante es que muchas de ellas se han aproxi-



final de la adolescencia el nombre de un individuo (como se espera de todas las palabras nominales) proporciona un cierto grado de previsibilidad concerniente a cómo se comportará el individuo en circunstancias determinadas, a lo que cabe esperar de él. Igualmente importante es que también el individuo tenga alguna idea de cómo se comportará, se relacionará y obrará en unas condiciones dadas. Claro está que la conducta humana es tan compleja y está tan sujeta a numerosas contingencias así como a influencias conscientes e inconscientes que la predicción de la reacción y de la interacción en situaciones no usuales es limitada (aunque menos, evidentemente, para el psiquiatra).

La formación de la identidad tiene mucha relación con las identificaciones anteriores de la persona y la fusión de aquéllas en una nueva integración. Las identificaciones con los padres continúan siendo básicas a pesar de las muchas vicisitudes por las que han pasado, pero a ellas se han añadido las identificaciones con varias figuras ideales y con amigos y enemigos¹⁸, porque algo queda de todo. Diversas personas significativas que han desaparecido (o que han sido más o menos abandonadas por el individuo), especialmente los padres, quedan preservadas en el interior del yo. La formación de la identidad implica, además, identificaciones con grupos (no sólo con individuos): la familia como unidad, con sus tradiciones y sus costumbres específicas; la clase social en la que se ha formado el individuo, así como el grupo étnico y religioso; la nación y la propia época son características que generalmente se dan por supuestas, así como también el propio sexo, el cual, como antes hemos señalado y destacado, constituye la piedra clave de la formación de una identidad estable. Para la adquisición de un funcionamiento coherente de la personalidad y un sentido de unidad, deben ser eliminados aspectos de identificaciones que son incompatibles con el modelo total, que son extrañas al yo. La «formación de la identidad», como observa Erikson, «empieza cuando termina la utilidad de la identificación. Resulta del repudio selectivo y la mutua asimilación de las

nado más al núcleo del yo y han pasado a ser más funciones del yo que del superyo, siendo determinantes fundamentales y casi espontáneas de la conducta. 4) Los tipos de mecanismos de defensas utilizados para evitar la ansiedad y la depresión, como también los estilos cognoscitivos y los patrones de reactividad emocional han quedado bastante bien establecidos. 5) El individuo ha asimilado en el yo las meditaciones y las normas culturales y gran parte del sistema social en el que vive, aumentando con ello la estabilidad de la conducta, las formas de percibir y relacionarse de acuerdo con estas normas. 6) La asunción de un rol principal en la vida (como los de físico o futuro físico, de abogado, de libertino, etc.) contribuye a la consistencia y a la resistencia al cambio.

18. La identificación con el agresor es con frecuencia una importante defensa por la que el individuo adquiere fuerzas y atributos de un objeto temido y odiado.

identificaciones de la infancia y su absorción en una nueva configuración, la cual, a su vez, depende del proceso por medio del cual una sociedad (frecuentemente utilizando subgrupos sociales) identifica al individuo joven, reconociéndolo como alguien que debe lograr su propia peculiaridad y que se supone va a lograrlo¹⁹.

El adolescente busca modos consistentes de relacionarse con otros para seguir su camino en la vida y solucionar sus problemas. Necesita puntos de referencia y los busca. Cree, como Arquímides, que si encuentra un lugar en que apoyarse podrá mover al mundo o, por lo menos, enfrentarse con él. Encontrar la orientación cara al futuro depende de la estabilidad de las identificaciones previas y de su síntesis, pero requiere también normas que le permitan juzgar la conducta y las directrices. Hemos visto que el adolescente va más allá de las normas del superyo tomadas de los padres; las normas parentales se han modificado mediante la fusión con los ideales del yo y la asimilación de reglas de los grupos de camaradas y las costumbres de la comunidad. En su esfuerzo por hallar un modo de vida definido, es probable que abrace una causa que no solamente le dice lo que ha de hacer en la vida, sino que le proporciona normas para juzgar sobre lo que es justo y lo que es injusto, lo que es pertinente y lo que no lo es. Con todo, forman solamente una pequeña minoría los que creen que podrán resolver sus principales problemas adhiriéndose a un partido político, a un movimiento religioso o a un movimiento social. Afiliarse a organizaciones para la paz o participar en los movimientos de igualdad racial conduce por lo general a posturas en la vida que sólo duran pocos años. Cuando un joven toma una decisión respecto a su futura ocupación tiene resueltos ya diversos problemas, pues puede dirigir su atención y sus energías a prepararse para la profesión elegida. Lo que hará con su vida le ayuda a responder a la pregunta «¿Quién soy yo?»²⁰.

Identidad y delimitación

Una de las funciones de la adolescencia es la de mantener abiertos los caminos hacia el futuro, impidiendo que se cierren prematuramente antes de que el joven haya adquirido experiencia suficiente para juzgar adecuadamente sobre lo que desea hacer en la vida. Una de las razones

19. E. Erikson, *The Problem of Ego Identity* (4), p. 113.

20. Se tratará más ampliamente este tema en el capítulo sobre elección de profesión.



El cido vital

para estudiar en la universidad es la de ampliar horizontes más allá de las profesiones que se practican en la familia y en la comunidad local y ponerse en contacto con otros modos de considerar el mundo y vivir en él. El adolescente ha ensanchado sus horizontes y considerado caminos diversos, pero en la adolescencia final la situación cambia porque el joven comprende que ha de adoptar una orientación firme, sopesando cuidadosamente si de veras desea seguir un determinado camino. Puede resultarle difícil renunciar a una posibilidad para seguir otra, pero sabe que sólo ha de vivir una vida. Más que en cualquier otra época anterior, necesita delimitarse para organizarse mejor. Ya está cansado de indecisiones y busca un objetivo futuro que haga cesar las vacilaciones y evite la constante necesidad de tomar decisiones. Puede comprender, juzgando correctamente, que todo depende del camino que siga, que el futuro habrá de basarse en gran parte de su elección. Es una época en la que una sola decisión puede influir grandemente en toda su vida, mientras luego, cuando haya tomado un rumbo, se necesitaría una reorganización más ardua para modificar su tipo de vida. Puede ocurrir que la indecisión lo paralice cuando sería esencial efectuar una elección.

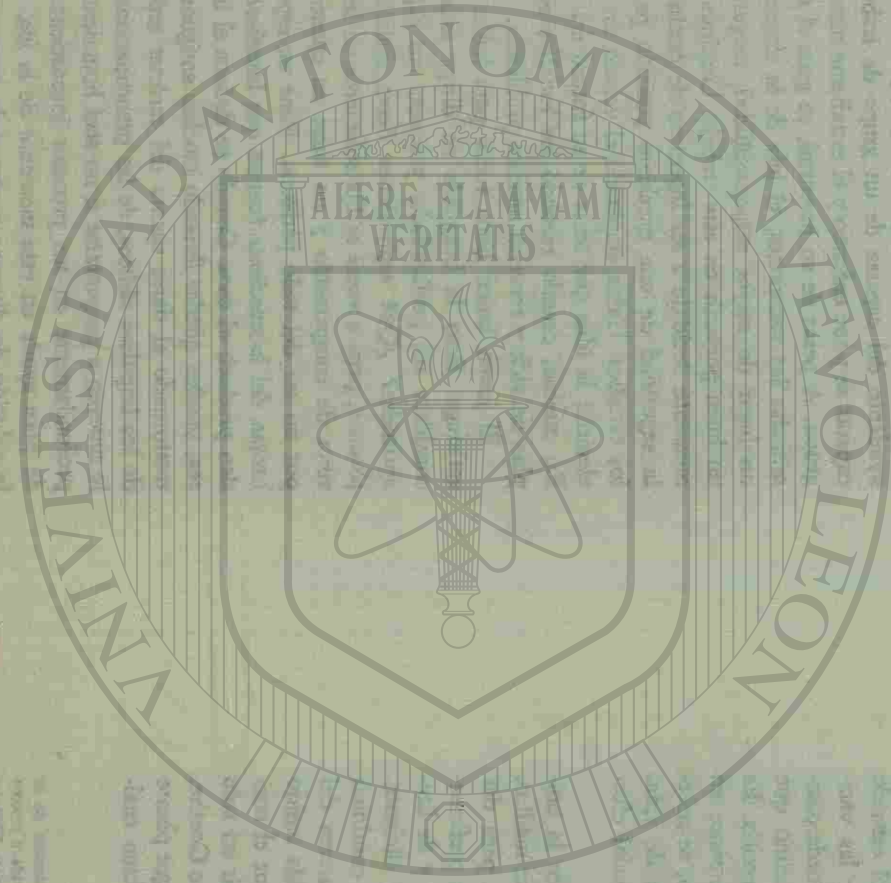
Hacia unos tres años que aquel joven había ingresado en la universidad para seguir la misma carrera que su padre y llegar a ser médico. Posiblemente, al iniciar estos estudios lo había hecho más para dar satisfacción a lo que se esperaba de él que obedeciendo a sus preferencias. Se había interesado cada día más por cursos de historia y de literatura; toleraba las ciencias naturales, pero le ofrecían poco aliciente. El padre murió y poco tiempo después el joven decidió no continuar los estudios de medicina, pero dudaba entre seguir una carrera del grupo de letras o entrar en los servicios diplomáticos. No había tenido dificultad en encontrar cosas que le gustasen; la dificultad, por el contrario, consistía en decidir de qué debía prescindir, para elegir un solo camino. El que se encuentra en esta situación puede decir, como Goethe, que en realidad no tiene importancia que haga cazos u ollas o que plante habas o guisantes, confiando en su capacidad de que vaya bien cualquier cosa que emprenda ²¹.

21. Las novelas sobre los problemas evolutivos (*Erziehungsroman*) tratan generalmente de la crisis por la que pasó el autor al decidirse por una determinada orientación en la vida y ofrecen especial interés para el estudio del desarrollo de la personalidad. Son ejemplos famosos *Wilhelm Meißner*, de Goethe; *The Way of all Flesh*, de Samuel Butler; *Of Human Bondage*, de Somerset Maugham; *The Red Room*, de Sandburg; y *A Portrait of the Artist as a Young Man*, de James Joyce.

Adolescencia

El completar la propia identidad incluye el reconocimiento de los demás y este reconocimiento, aun cuando sólo sea precario, ayuda frecuentemente al joven a encontrar en la sociedad un lugar que pueda ocupar sin conflictos interiores. La opinión de un profesor, que le sugiere una determinada orientación o le persuade de que la siga, puede ayudar a clarificar los problemas o hallar una identidad. Para algunos, estas experiencias les llegan tranquila e inesperadamente, cuando todavía se consideran muy jóvenes y miembros dependientes de la sociedad. Un estudiante adelantado, por ejemplo, pasa las vacaciones de verano como ayudante del capataz de un grupo de trabajadores, en un bosque. El capataz se pone enfermo y el estudiante toma a su cargo la dirección del grupo. A pesar de su juventud, se gana el respeto de los obreros. Terminadas las vacaciones, el jefe de la empresa le propone quedarse en un lugar de mayor responsabilidad, asegurándole que puede labrarse un buen porvenir en este trabajo. Continúa los estudios, pero está firmemente decidido a ser ingeniero de caminos y obras públicas y tiene la seguridad de una excelente posición para cuando haya terminado los estudios. Había empezado el verano sin pensar en la profesión que elegiría; la idea que tenía de su futuro era todavía inconcreta, amorfa. En cambio, cuando reanudó los estudios en otoño había decidido su plan de vida y resuelto muchos problemas.

El joven busca hacia fuera para hallar un modo de vida que le satisfaga. Pero la búsqueda se dirige también hacia dentro cuando considera sus posibilidades y sopesa sus capacidades. ¿Cuáles son sus aptitudes? ¿Qué aspiraciones desea realizar? Se compara con otros jóvenes, pero a veces se fija solamente en las mayores dotes del que le sirve de comparación y no tiene en cuenta ciertas aptitudes propias por no ser del todo perfectas. Pone un espejo frente a su alma, pero brotan del inconsciente fuerzas que interfieren en la apreciación y pueden producir el caos. Cuando se detiene el impetuoso avance de la mara, pueden quedar flotando muchos antiguos residuos. Tal vez quedará trastornado al darse cuenta del carácter erótico del amor a la madre, de los impulsos sádicos, de las preocupaciones por su masculinidad que le mueven a preguntarse si no será homosexual. Es posible que penetre profundamente en sus procesos inconscientes, pero le son a menudo de poca ayuda en este momento de la ida. Para muchos adolescentes, la solución de diversos procesos de angustia, de muchas dudas, radica en encontrar su camino, en orientarse a un objetivo, más que en la introspección.



El ciclo vital

Perturbaciones en el adolescente y difusión del yo

Son tan frecuentes estos problemas al final de la adolescencia que se consideran por muchos autores como un elemento inherente a este período. La adolescencia final es una época de conflicto y es casi inevitable cierto sufrimiento neurótico. Puede ser difícil determinar la gravedad de los problemas. El peligro no consiste tanto en no alcanzar una solución inmediata y hallar una identidad y un camino para seguir en la vida (muchas personas tardan varios años en encontrarse a sí mismas) como en caer en una solución negativa: el muchacho «abandonado», se siente derrotado y sufre una «difusión del yo» (*ego diffusior*), en la que renuncia virtualmente a dirigir su vida conscientemente, entregándose sin resistencia a motivaciones inconscientes. Va a la deriva, tal vez haciéndose más o menos esquizofrénico, o se siente amargado por el modo de ser de la sociedad y de los adultos con los que ha de tratar. Se siente como alienado, como un extraño, negándose a identificarse en una forma cualquiera de las aceptadas por la sociedad. Es posible que adopte, como consecuencia de esta posición, un modo «alienado» de vivir, convirtiéndose en «beatle» o en «bohemio» o viviendo como un «artista» sin serlo.²

A pesar de que la incapacidad de hallar una identidad positiva y una

22. La nueva tendencia al empleo de la marihuana y la LSD como manera de encontrarse a sí mismo y descubrir una nueva verdad y un nuevo sentido gracias a un más inmediato acceso a la inconsciencia está claramente relacionada con la religión dionisiaca de la antigua Grecia. Dionisos (Baco) era el «liberador», el dios que, estando el nultro preparado por el vino y la exaltación de la bacanal, confiere a una persona el poder de dejar de ser ella misma durante un breve período, liberándose del sentido de responsabilidad y de la carga de continuar siendo el mismo. Era como una huida del espíritu apolíneo, que se proponía comprenderse a sí mismo por medio de la experiencia, que buscaba la comprensión del mundo con el auxilio de la revelación. Dionisos era un dios de ilusión, que ofrecía un grato medio de evadirse de la planificación del control. Aparecía en una época en la que el individuo empezaba a emerger de la solidaridad de la familia y le parecía que «el peso de la responsabilidad de la vida era difícil de soportar». El objetivo del culto era el cumplimiento del éxtasis, como un perderte a sí mismo, y su función psicológica consistía en «satisfacer y dar alivio al impulso a rechazar responsabilidades, impulso que existe en todos nosotros y puede convertirse en ciertas condiciones sociales en un afán irresistible». La LSD se emplea con propósitos semejantes, principalmente por adolescentes del subperíodo final y por adultos jóvenes, para los que la carga de completar la identidad del yo es excesivamente onerosa. La ilusión de la inicación profunda de sí mismo y del sentido del universo, tan frecuentemente experimentada bajo la influencia de la droga, la hace especialmente tensadora y peligrosa. El drogado tiene la ilusión de encontrarse a sí mismo perdiéndose. El empleo de la droga está frecuentemente ligado a un ritual de grupo en el que el individuo se siente libre de responsabilidad por su conducta y puede ser arrastrado como lo eran los participantes de las bacanales. Interesa señalar que algunos adictos tratan de ritualizar el uso de la LSD, convirtiéndolo en un rito religioso. (Véase E.R. DAVIS, *The Gréeks and the Irrational* [2], p. 76-77.)

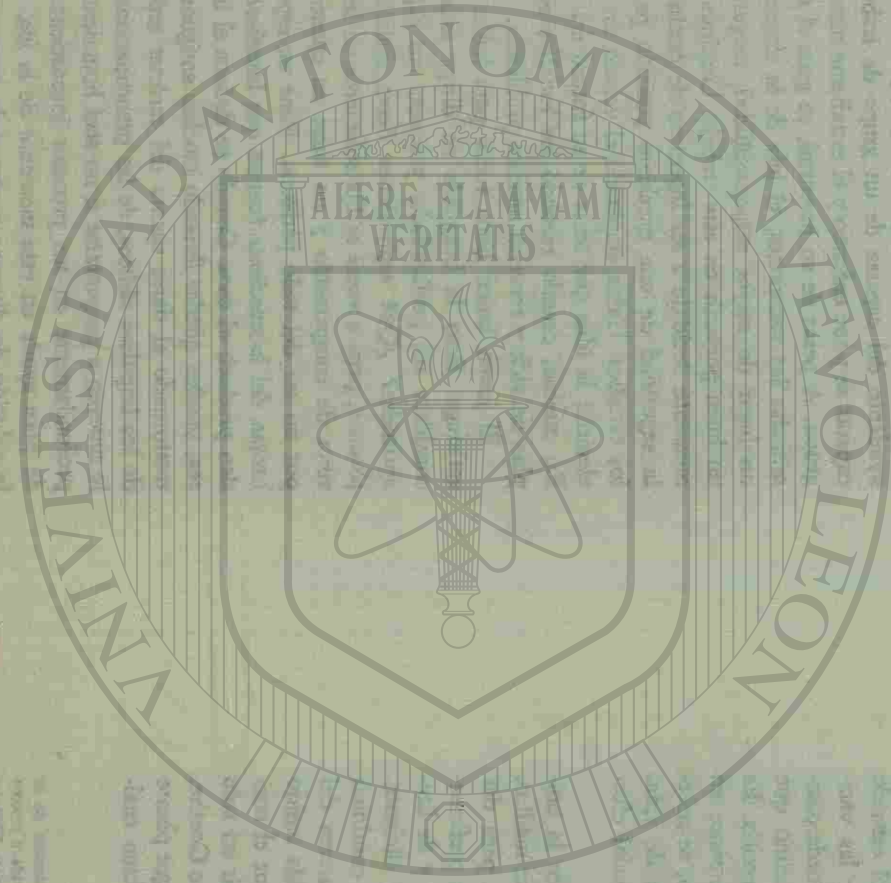
Adolescencia

forma de vida pueden parecer cosas relativas a la decisión, en cuanto dependen de una decisión, más bien que de una indecisión crónica, la elección se basa en determinantes inconscientes que reflejan profundos problemas. Un brillante estudiante que se unió a grupos bohemios en Greenwich y Berkeley para experimentar con marihuana y hasta con heroína, no solamente era incapaz de identificarse con su padre (o con una figura parental), sino que necesitaba demostrarse a sí mismo que era diferente de su padre. Era también incapaz de relacionarse con mu- jeres, que experimentaba como figuras absorbentes, aplastantes, en las que no podía confiar; se orientaba hacia una identidad homosexual o luchaba reactivamente contra ella. El estudio de este joven reveló graves trastornos familiares y evolutivos. Como observó Keniston²³ en su investigación sobre estudiantes alienados, el joven pudo haber sufrido una gran decepción respecto de su madre, que había intimidado seductoramente con él pero que luego le había traicionado adhiriéndose a su esposo, o una desilusión respecto al padre que, a pesar de las apariencias, resultó ser débil, poco eficiente y quizá afeminado. Otros jóvenes se desilusionaron al comprobar que uno de los progenitores o ambos eran poco honrados, incurrieran en aventuras extramatrimoniales y eran desleales con el cónyuge y el hijo.

Problemas de identidad en la muchacha

La crisis de identidad de la adolescencia final afecta más frecuentemente al sexo masculino que al femenino. La muchacha puede dudar entre seguir una profesión o prepararse para el matrimonio. Cuando se produce en una joven una crisis de identidad grave, es probable que ésta implique la seguridad sobre la identidad de sexo y la falta de preparación para reclamar las prerrogativas masculinas. La sociedad contemporánea otorga gran valor al éxito, a «ser alguien», y las muchachas están influidas por estos valores. La educación superior prepara para ejercer una carrera. La muchacha piensa que podría tener una profesión de título universitario, o seguir una carrera de música o ser arquitecto y cree que actuaría en estas profesiones mejor que muchos de sus compañeros masculinos. Se resiste a renunciar a una carrera.

23. K. KENISTON, *The Uncommitted* (6). Esta trágica situación se describe literariamente en forma dramática y realista en *Death of a Salesman*, de ARTHUR MILLER y *Long Day's Journey into Night*, de EUGENE O'NEIL.



El ciclo vital

Perturbaciones en el adolescente y difusión del yo

Son tan frecuentes estos problemas al final de la adolescencia que se consideran por muchos autores como un elemento inherente a este período. La adolescencia final es una época de conflicto y es casi inevitable cierto sufrimiento neurótico. Puede ser difícil determinar la gravedad de los problemas. El peligro no consiste tanto en no alcanzar una solución inmediata y hallar una identidad y un camino para seguir en la vida (muchas personas tardan varios años en encontrarse a sí mismas) como en caer en una solución negativa: el muchacho «abandonado», se siente derrotado y sufre una «difusión del yo» (*ego diffusior*), en la que renuncia virtualmente a dirigir su vida conscientemente, entregándose sin resistencia a motivaciones inconscientes. Va a la deriva, tal vez haciéndose más o menos esquizofrénico, o se siente amargado por el modo de ser de la sociedad y de los adultos con los que ha de tratar. Se siente como alienado, como un extraño, negándose a identificarse en una forma cualquiera de las aceptadas por la sociedad. Es posible que adopte, como consecuencia de esta posición, un modo «alienado» de vivir, convirtiéndose en «beatle» o en «bohemio» o viviendo como un «artista» sin serlo.²

A pesar de que la incapacidad de hallar una identidad positiva y una

22. La nueva tendencia al empleo de la marihuana y la LSD como manera de encontrarse a sí mismo y descubrir una nueva verdad y un nuevo sentido gracias a un más inmediato acceso a la inconsciencia está claramente relacionada con la religión dionisiaca de la antigua Grecia. Dionisos (Baco) era el «liberador», el dios que, estando el nulo preparado por el vino y la exaltación de la bacanal, confiere a una persona el poder de dejar de ser ella misma durante un breve período, liberándose del sentido de responsabilidad y de la carga de continuar siendo el mismo. Era como una huida del espíritu apolíneo, que se proponía comprenderse a sí mismo por medio de la experiencia, que buscaba la comprensión del mundo con el auxilio de la revelación. Dionisos era un dios de ilusión, que ofrecía un grato medio de evadirse de la planificación del control. Aparecía en una época en la que el individuo empezaba a emerger de la solidaridad de la familia y le parecía que «el peso de la responsabilidad de la vida era difícil de soportar». El objetivo del culto era el cumplimiento del éxtasis, como un perderte a sí mismo, y su función psicológica consistía en «satisfacer y dar alivio al impulso a rechazar responsabilidades, impulso que existe en todos nosotros y puede convertirse en ciertas condiciones sociales en un afán irresistible». La LSD se emplea con propósitos semejantes, principalmente por adolescentes del subperíodo final y por adultos jóvenes, para los que la carga de completar la identidad del yo es excesivamente onerosa. La ilusión de la inicación profunda de sí mismo y del sentido del universo, tan frecuentemente experimentada bajo la influencia de la droga, la hace especialmente tensadora y peligrosa. El drogado tiene la ilusión de encontrarse a sí mismo perdiéndose. El empleo de la droga está frecuentemente ligado a un ritual de grupo en el que el individuo se siente libre de responsabilidad por su conducta y puede ser arrastrado como lo eran los participantes de las bacanales. Interesa señalar que algunos adictos tratan de ritualizar el uso de la LSD, convirtiéndolo en un rito religioso. (Véase E.R. DAVIS, *The Gréeks and the Irrational* [2], p. 76-77.)

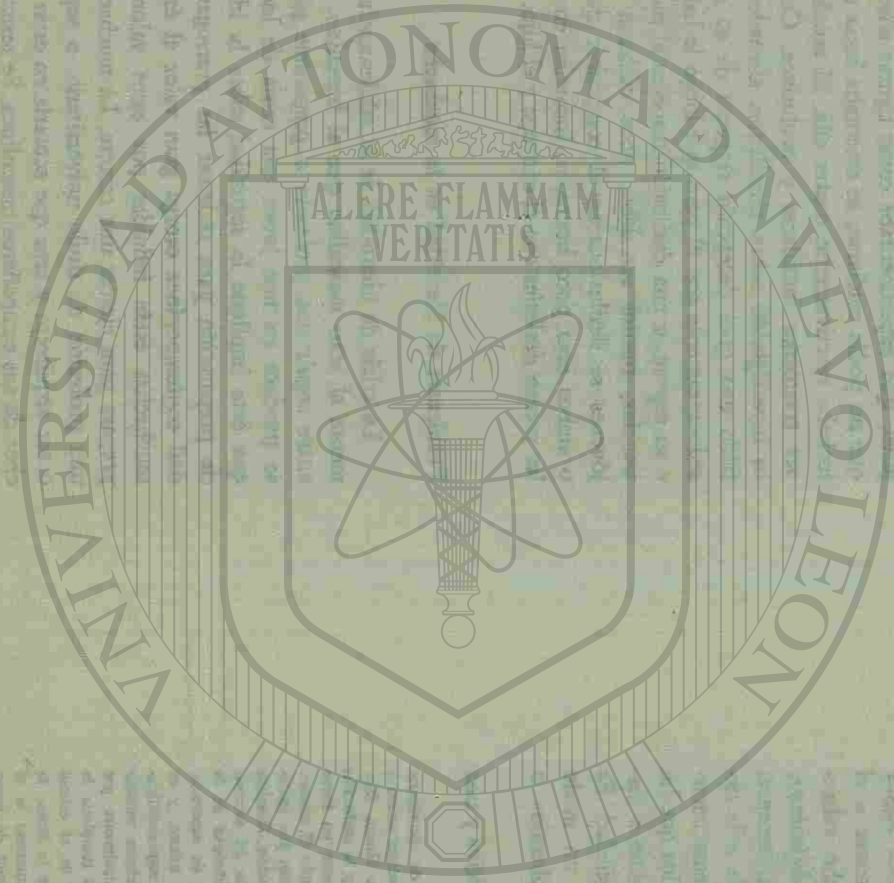
Adolescencia

forma de vida pueden parecer cosas relativas a la decisión, en cuanto dependen de una decisión, más bien que de una indecisión crónica, la elección se basa en determinantes inconscientes que reflejan profundos problemas. Un brillante estudiante que se unió a grupos bohemios en Greenwich y Berkeley para experimentar con marihuana y hasta con heroína, no solamente era incapaz de identificarse con su padre (o con una figura parental), sino que necesitaba demostrarse a sí mismo que era diferente de su padre. Era también incapaz de relacionarse con mu- jeres, que experimentaba como figuras absorbentes, aplastantes, en las que no podía confiar; se orientaba hacia una identidad homosexual o luchaba reactivamente contra ella. El estudio de este joven reveló graves trastornos familiares y evolutivos. Como observó Keniston²³ en su investigación sobre estudiantes alienados, el joven pudo haber sufrido una gran decepción respecto de su madre, que había intimidado seductoramente con él pero que luego le había traicionado adhiriéndose a su esposo, o una desilusión respecto al padre que, a pesar de las apariencias, resultó ser débil, poco eficiente y quizá afeminado. Otros jóvenes se desilusionaron al comprobar que uno de los progenitores o ambos eran poco honrados, incurrieron en aventuras extramatrimoniales y eran desleales con el cónyuge y el hijo.

Problemas de identidad en la muchacha

La crisis de identidad de la adolescencia final afecta más frecuentemente al sexo masculino que al femenino. La muchacha puede dudar entre seguir una profesión o prepararse para el matrimonio. Cuando se produce en una joven una crisis de identidad grave, es probable que ésta implique la seguridad sobre la identidad de sexo y la falta de preparación para reclamar las prerrogativas masculinas. La sociedad contemporánea otorga gran valor al éxito, a «ser alguien», y las muchachas están influidas por estos valores. La educación superior prepara para ejercer una carrera. La muchacha piensa que podría tener una profesión de título universitario, o seguir una carrera de música o ser arquitecto y cree que actuaría en estas profesiones mejor que muchos de sus compañeros masculinos. Se resiste a renunciar a una carrera.

23. K. KENISTON, *The Uncommitted* (6). Esta trágica situación se describe literariamente en forma dramática y realista en *Death of a Salesman*, de ARTHUR MILLER y *Long Day's Journey into Night*, de EUGENE O'NEIL.



El ciclo vital

Luego, cuando ya ha seguido una orientación determinada en el aspecto profesional, vuelve a considerar y endereza de nuevo su interés por el matrimonio. Son muchas las razones interrelacionadas de este cambio de perspectiva. Como se ha mostrado en capítulos anteriores, todo el tipo de desarrollo de la muchacha la orienta a hallar su plena realización en el matrimonio y en la maternidad. En muchas jóvenes, si no en todas, existe la creencia inconsciente de haber nacido privadas de algo importante, de ser incompletas, lo que las hace sentirse instrumentalmente insuficientes a pesar de las protestas y de los alardes de capacidad. En la escuela elemental y en los institutos de enseñanza secundaria, la muchacha, posiblemente, ha procurado de forma inconsciente demostrar que su inteligencia es tan buena como la de un chico y algunas veces la ha usado agresivamente, fílicamente. Como antes se ha señalado, su intención cambia por lo general cuando puede desplazar su identificación masculina hacia un hombre al que ama y siente que puede alcanzar satisfacción mediante los éxitos de este hombre. El rol que se proyecta ahora sobre la muchacha es el de un pronto matrimonio y es muy posible que esté influida por lo que los demás esperan de ella. Es casi seguro que influirán sus amigas y sus compañeras de clase que nunca tuvieron verdaderas aspiraciones en su carrera y tratan de encontrar un esposo que les vaya bien. Estaba acostumbrada a ser apreciada como estudiante de enseñanza superior, pero luego ve que lo más celebrado es encontrar marido.

Las aptitudes intelectuales y los éxitos en este aspecto atraen a un número de hombres bastante limitado y la muchacha tiene miedo de fracasar en su camino hacia el matrimonio. Puede ser importante el hecho de que, como en el sexo masculino, la muchacha se tome una pausa antes de entrar en la competición del mundo de los adultos. No sólo ha de adoptar decisiones sobre la profesión que seguirá, sino que considera la cuestión de cómo será el ambiente masculino en el área en que se desenvolverá y las probabilidades de éxito como mujer en este ambiente. Pero, a diferencia de sus compañeros masculinos, no está obligada a seguir una carrera. La prerrogativa femenina de continuar siendo dependiente y ser considerada por los éxitos del esposo es más rentadora. Su anterior menosprecio del rol de la mujer en la vida y de las mujeres que se dan por satisfechas con el mismo se trueca en la apreciación de sus ventajas. Además, si su desarrollo ha sido más o menos normativo para la sociedad y su familia le ha proporcionado un ejemplo de los beneficios del matrimonio y de los papeles de esposa y

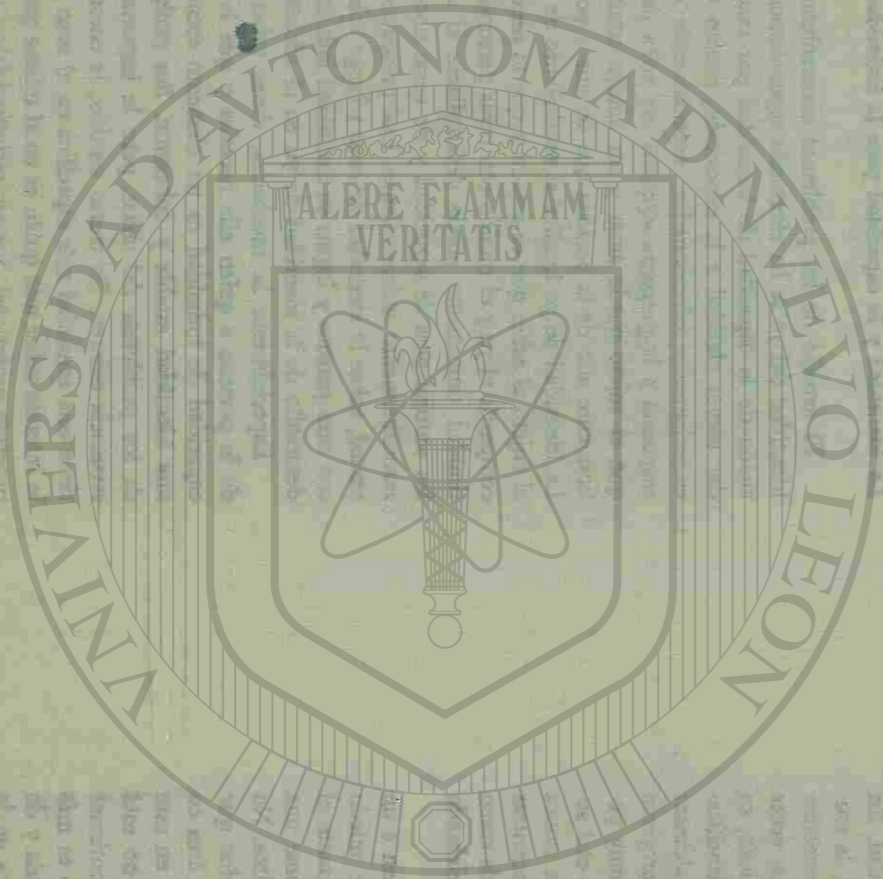
El ciclo vital

madre, piensa que su sentido final de plenitud en la vida se basa en tener esposo e hijos y dedicar a ellos sus energías. Su sentido de plenitud depende tanto de este objetivo que tiende a conseguirlo antes que el joven. Claro está que la muchacha puede continuar sus estudios, pero en la mayoría de casos pierden su importancia central porque no basa el futuro en la profesión propia.

La identidad y la capacidad para la intimidad

El estudio de los problemas concernientes a la consecución de la identidad del yo se ha efectuado separadamente del relativo a la adquisición de la capacidad de intimidad por razones arbitrarias, sólo para dar mayor claridad a la exposición, puesto que ambos procesos están estrechamente conexados, especialmente en el sexo femenino. La respuesta a la pregunta «¿quién soy yo?» depende, en parte, de saber que el sujeto puede amar y ser amado como individuo y más específicamente aún de la persona que se ama y por la que desea ser amado. La identidad de yo implica el sentimiento de plenitud que experimenta el sujeto al saber que es amado y que lo necesitan, de saberse capaz de compartir el yo y el mundo con otras personas. Pero la capacidad de intimidad únicamente puede desarrollarse al consolidarse gradualmente los sentimientos de seguridad y de verse uno mismo como integrado y razonablemente independiente. Las preocupaciones sobre la capacidad sexual, sobre la identidad de sexo y luego sobre la capacidad de intinar con otra persona y lograr su intimidad influyen considerablemente en el desarrollo de la identidad de yo en el adolescente.

Especialmente la muchacha, desea saber quién es por exigencia de la persona a quien ella necesita y que la admira y la necesita. Su capacidad de intimidad es un elemento esencial para la obtención de una identidad estable y coherente. Sus problemas no difieren mucho de los problemas del chico, pero la importancia de cada factor y su secuencia difieren. En cierto sentido, la cuestión de «¿quién soy yo?» tiene una tonalidad más específica en el sexo femenino. A la muchacha le interesa saber más quién es en sí misma que en lo que se refiere a su progreso profesional. Sus aspiraciones básicas radican muy definitivamente en su constitución biológica orientada a tener hijos y a educarlos y los roles asociados tienen una notable semejanza en todas las mujeres de todas las sociedades. Su principal interés radica en hallar una relación



El ciclo vital

Intima adecuada a sus necesidades, ya que su vida dependerá en gran parte de cómo sea el hombre con el que se case. Su interés se centrará principalmente en la exploración de sus cualidades propias y en considerar qué tipo de joven y de hombre puede generar en ella un sentido de plenitud. Como la edad en que por término medio se casan las jóvenes es de unos veinte años, su interés por la intimidad es en ellas más apremiante que en el sexo masculino; se orientan al matrimonio más pronto y más resueltamente que los jóvenes. Su atención, consciente e inconsciente, central y periféricamente, se dirige a tener un marido conveniente. Como las costumbres de nuestra sociedad exigen que la mujer no busque activamente este importante objetivo, sino que se muestre pasiva y receptiva, aprende diversas clases de artificios, utiliza medios apropiados para atraer a los jóvenes y trata de parecer pasiva aunque se dedique de una manera activa a dicho objetivo. Es un papel difícil y penoso; no es de extrañar que con frecuencia la joven se manifieste agresiva y tenga un comportamiento de cazador con trampa, que puede alarmar y alejar a un joven que está tratando de hacerse independiente de su madre, el cual huirá de una muchacha con tales características tan rápidamente como el gamo que nota el olor del cazador.

Aunque la mayoría de muchachas se preparan para una profesión y empiezan a ejercerla, se trata corrientemente para ellas de una cuestión secundaria, de una ocupación temporal que, si la ejercen de casadas, es sólo para ayudar al esposo interinamente, contribuyendo a los ingresos de la familia mientras no han de cuidar a los hijos. La elección de profesión no se basará en los propósitos de ganar prestigio, alcanzar una buena posición económica o adquirir dominio, sino que, en general, la mujer buscará una función auxiliar o de asistencia o educativa (maestra, enfermera, etc.). Es cierto que existe un cierto número de mujeres que siguen carreras más masculinas debido a razones muy diversas, a veces porque no saben amoldarse a su identidad femenina y desean competir con el hombre y sobrepujarlo, pero también, en muchos casos, por miedo al matrimonio y a la maternidad o a los peligros de una situación de dependencia.

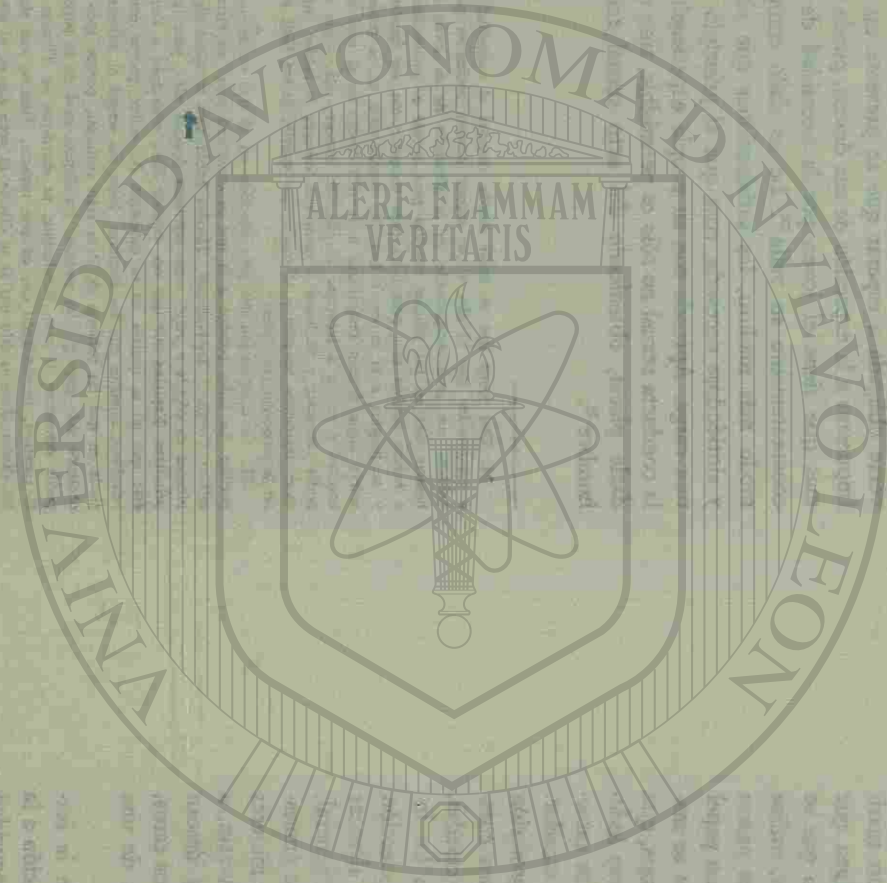
La capacidad para la intimidad es una parte inherente de la formación de la identidad en la mayoría de muchachas y la disposición a la identidad requiere la aceptación de la identidad femenina y la seguridad en ella. La muchacha puede entrar en la adolescencia final firmemente asentada en la identificación con su feminidad, deseando primordialmente complementar la vida del esposo y hallar la felicidad en la fami-

Adolescencia

lia. Puede no sentirse indebidamente masoquista al aceptar el rol más pasivo. Por lo general, sin embargo, puede serle todavía necesario descubrir por medio de la experiencia los valores positivos de ser mujer. Pueden ser precisos aún algunos cambios en sus actitudes conscientes e inconscientes, lo que ocurre a menudo cuando se enamora. La envidia inconsciente del pene puede desvanecerse al ver que puede ser amada y admirada no teniéndolo o, mejor dicho, precisamente porque no lo tiene. A pesar de que pueden ser para ella una carga la situación de verse obligada a esperar que se presente un esposo y las limitaciones impuestas a la expresión de sus deseos, puede simpatizar con los problemas que tiene el joven por la necesidad de demostrarse a sí mismo constantemente su valía²⁴. Le es dado comprender entonces, de un modo más maduro, las satisfacciones que obtenía su madre amando y sintiéndose necesaria, cosa que al principio podía parecerle más bien una carga. Aprende con su propia experiencia y la de sus amigas que la conducta sexual no sólo es permisible, sino que el rol de mujer puede darle placer, obteniendo del acto sexual tanta satisfacción como el hombre²⁵.

24. Una joven que se había estado durante el subperíodo de la adolescencia final y llegó a comprender que al día ni su esposo estaban realmente preparados para la vida de casados hablaba con gran comprensión de la situación de su joven esposo. Explicó que ya no podía basarse éste en sus proezas atléticas para apoyar su autoestimación, que se había visto obligado a buscar medios más protegidos para competir con sus iguales; que era constantemente juzgado y se juzgaba a sí mismo a base del rendimiento en su profesión. Dijo que cuando el marido sufría algún fracaso profesional tenía dificultades en el acto sexual y entonces se sentía menos hombre y tendía a separarse de ella. En cambio, ella, según decía, ya no tenía que esforzarse; podía descansar y dedicarse a cosas que siempre le habían interesado. Si no tenía el deseo de tener relaciones sexuales y el marido las quería, le era fácil prestarse a la unión sexual aunque no le proporcionara placer.

25. La comparación del goce obtenido en el acto sexual por cada sexo es, naturalmente, imposible. La única persona a la que se consideró capaz de formar juicio sobre este punto fue el mítico Tiresias. Efectivamente, Tiresias había sido transformado en mujer cuando vio a dos serpientes en cópula y vivió como cortésana durante años, pero luego volvió a recobrar su anatomía primitiva. Explican que una vez, cuando Hera reprochaba a Zeus sus muchas infidelidades, le dijo éste que no se quejara de su condición de mujer, porque como tal obtenía más placer de las relaciones sexuales que los hombres. Hera no aceptó el universal conocimiento de su esposo; insistió en que las palabras de Zeus eran ridículas, porque todo el mundo sabía que los hombres obtienen más goce que las mujeres. La disputa pasó de lo particular a lo universal, pero ninguno podía convencer al otro. Finalmente, se acordaron de Tiresias y le llamaron para que decidiera la cuestión, reconociendo que en este aspecto, Tiresias, aun siendo mortal, podía saber más que los dioses. Tiresias dijo que si se dividía el goce que da el acto sexual en diez partes, nueve correspondían a las mujeres. Esta afirmación irritó a Hera, que se vengó volviendo ciego a Tiresias. Zeus no pudo deshacer lo hecho por su mujer, pero quiso compensar a Tiresias dándole la vista interior; le convirtió así en el más grande de los videntes y le concedió una duración de la vida siete veces superior a la normal, lo que explicaría la intervención de este personaje en mitos de diversos tipos.



Intimidad y amor

Aunque el adolescente haya tenido varias experiencias sexuales, no está por lo general preparado para entrar en una relación íntima hasta el final de la adolescencia y aun entonces puede tratarse sólo de ensayos. Ha tratado de hallar salida a sus tensiones, ha ampliado sus conocimientos y ha buscado excitaciones, pero se ha ocupado en explorar sus sentimientos y los de las personas de sexo opuesto más que en buscar la plenitud del yo mediante una relación permanente. En realidad, una relación de amor estable antes de la adolescencia final denota con frecuencia la incapacidad de tolerar la independencia respecto a las personas esenciales y puede bloquear el desarrollo de una firme identidad del yo. Aunque los impulsos sexuales son tan imperativos como antes, el adolescente del período final se encuentra a menudo menos afectado por ellos. Ordinariamente, ha encontrado algún medio de resolver sus necesidades sexuales, aunque sólo con una base transitoria, y el superyo es más tolerante en esta edad. El misterio no ejerce ya tanta atracción y el joven se siente más seguro de su capacidad. Ha encontrado y reforzado defensas contra los impulsos y se permite algunas expansiones sin demasiados conflictos.

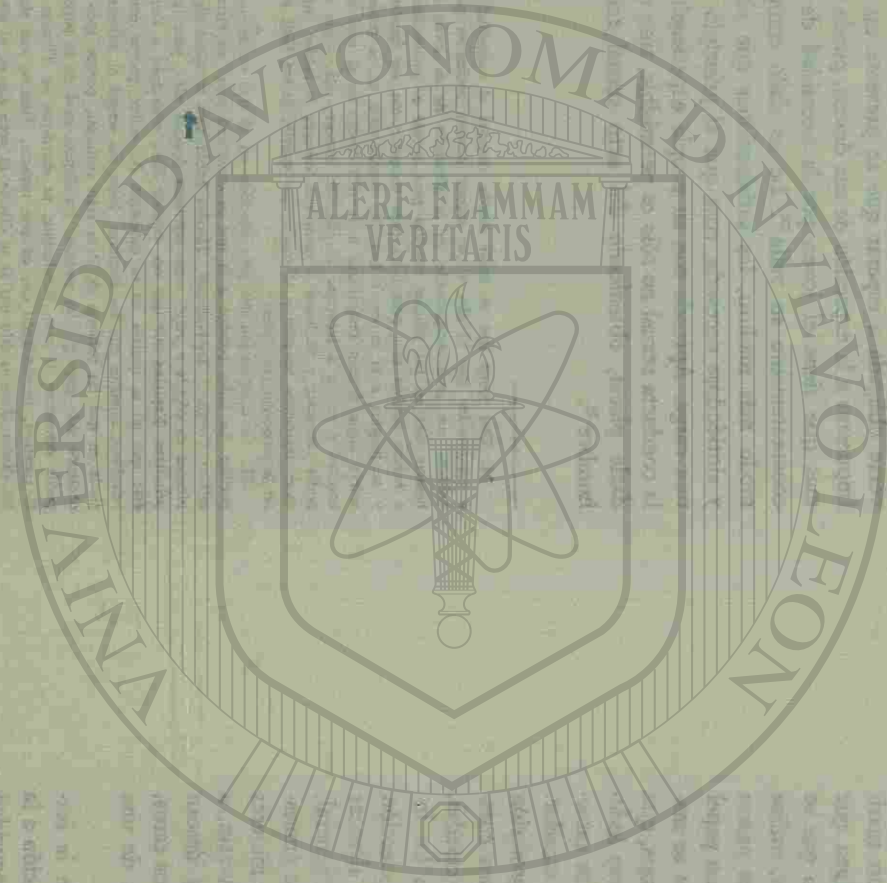
Gradualmente, el adolescente empieza a tener respecto a sus tendencias sexuales y afectivas una orientación menos centrada en el yo y menos narcisista. Entra en relaciones de amor en las que también da importancia a la dicha del coparticipante y la satisfacción que obtiene el tú es fuente de placer para el sujeto. Siente el joven, aunque no se dé cuenta de ello conscientemente, que por sí solo es incompleto y que una persona no puede sentirse completa sin la unión con otra persona de sexo opuesto. Desea hallar a alguien cuyo rol y cuyo modo de amar sean complementarios de los suyos, a alguien que obtenga satisfacción de lo que él hace, que no sea un rival. Una persona que lo necesite. Ya no busca a una persona semejante a él o a un miembro del sexo opuesto en quien vea atributos que le hubiese gustado poseer, sino a alguien que lo complete y lo admire. Cuando el adolescente persiste en buscar un amor no correspondido, la tendencia romántica adquiere un carácter patológico, como si el muchacho o la muchacha estuviesen condenados a repetir las frustraciones de la situación edípica en lugar de encontrar situaciones que pueden aportar plenitud.

El ciclo vital

Adolescencia

Entonces, cuando el individuo ha empezado a hallar solución al problema de quién es y tiene una identidad del yo bastante definida, es frecuente que se enamore seriamente. La significación y la intensidad del enamoramiento varían según la madurez del individuo, pero hasta los amoríos de la adolescencia inicial pueden tener un impacto considerable. Crece en la pareja la mutua atracción y la vida de cada uno se atempera a la del otro. Hay una acuciante necesidad de estar juntos y compartir experiencias. Y cuando se hace algo separadamente, se piensa en el otro. La separación puede ser dolorosa y el temor de ser reemplazado por otro genera auténtico sufrimiento. El amante inviste intensamente la imagen del ser amado y aunque esta vivencia puede llegar a veces a ser dolorosa, la experiencia de sentirse impulsado hasta más allá de la vida propia, de estar íntimamente unido a otra persona en el sentir y en el pensar, conduce a una difuminación de los límites del yo, a una liberación extática. Por primera vez, gracias a un intenso afecto en el que se suma el carifio y el erotismo, puede reemplazarse el intenso apego a un progenitor, al que hubo de renunciarse antes. La intimidad psíquica se mezcla usualmente con una intimidad física y sexual, de la que derivan tales sentimientos.

Soy incapaz de hacer las veces del poeta para cantar la felicidad del primer amor, cuando el yo se disuelve parcialmente en el amor a otro, cuando el embarazo de la conciencia de sí mismo se cambia en la gracia de ser deseado. A pesar de que la mayoría de los primeros amores se rompen más pronto o más tarde, son importantes presagios para el futuro. Indican que puede superarse la decepción originada por las frustraciones en la familia, que las represiones de la sexualidad no son demasiado grandes y que las defensas no son excesivamente rígidas. La relación puede romperse porque la persona elegida se parece de modo excesivo a un progenitor o, al contrario, porque es demasiado diferente, o porque el joven (o la joven) no está preparado todavía para renunciar a una independencia recién adquirida; o porque quedan aún por realizar diversas tareas encaminadas al logro de la seguridad y la terminación de una carrera. Las frustraciones sexuales pueden ser causa de muchos roces. Tales relaciones son una parte importante en el desarrollo que conduce al estado adulto, un ensayo de cómo se relaciona el sujeto con una persona de sexo opuesto en términos de intimidad; forman parte de la expansión de la adolescencia pero, además, satisfacen la necesidad de delimitar y de compartir. Estos amoríos tienen más carácter de ensayo que de relación firme.



Intimidad y amor

Aunque el adolescente haya tenido varias experiencias sexuales, no está por lo general preparado para entrar en una relación íntima hasta el final de la adolescencia y aun entonces puede tratarse sólo de ensayos. Ha tratado de hallar salida a sus tensiones, ha ampliado sus conocimientos y ha buscado excitaciones, pero se ha ocupado en explorar sus sentimientos y los de las personas de sexo opuesto más que en buscar la plenitud del yo mediante una relación permanente. En realidad, una relación de amor estable antes de la adolescencia final denota con frecuencia la incapacidad de tolerar la independencia respecto a las personas esenciales y puede bloquear el desarrollo de una firme identidad del yo. Aunque los impulsos sexuales son tan imperativos como antes, el adolescente del período final se encuentra a menudo menos afectado por ellos. Ordinariamente, ha encontrado algún medio de resolver sus necesidades sexuales, aunque sólo con una base transitoria, y el superyo es más tolerante en esta edad. El misterio no ejerce ya tanta atracción y el joven se siente más seguro de su capacidad. Ha encontrado y reforzado defensas contra los impulsos y se permite algunas expansiones sin demasiados conflictos.

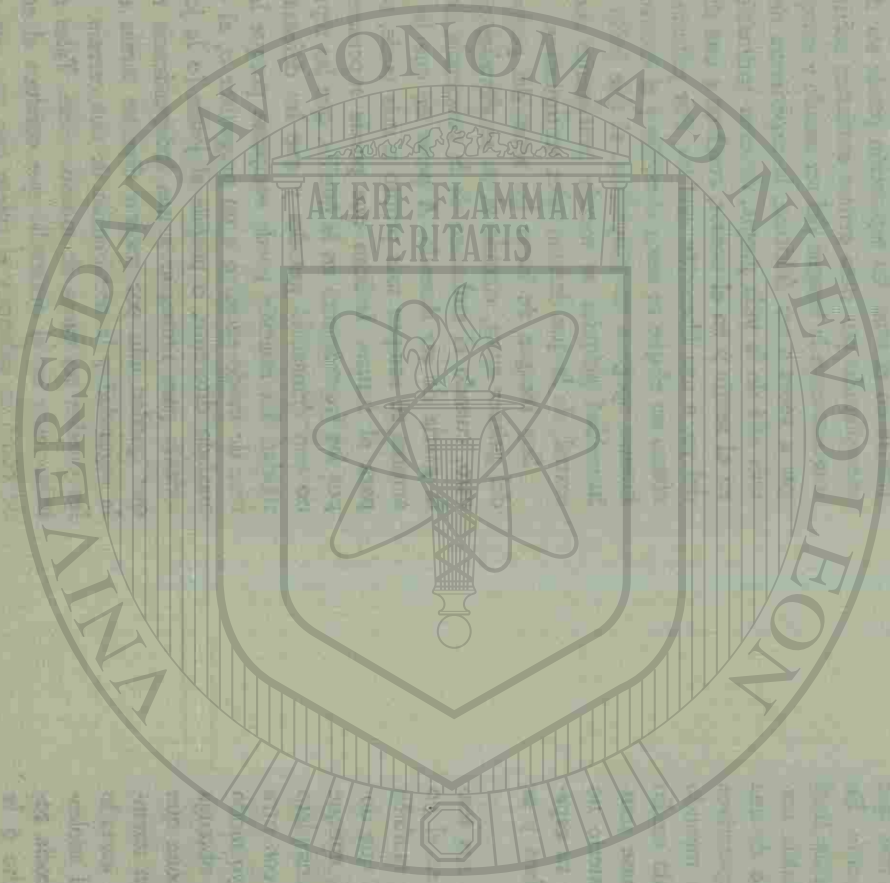
Gradualmente, el adolescente empieza a tener respecto a sus tendencias sexuales y afectivas una orientación menos centrada en el yo y menos narcisista. Entra en relaciones de amor en las que también da importancia a la dicha del coparticipante y la satisfacción que obtiene el tú es fuente de placer para el sujeto. Siente el joven, aunque no se dé cuenta de ello conscientemente, que por sí solo es incompleto y que una persona no puede sentirse completa sin la unión con otra persona de sexo opuesto. Desea hallar a alguien cuyo rol y cuyo modo de amar sean complementarios de los suyos, a alguien que obtenga satisfacción de lo que él hace, que no sea un rival. Una persona que lo necesite. Ya no busca a una persona semejante a él o a un miembro del sexo opuesto en quien vea atributos que le hubiese gustado poseer, sino a alguien que lo complete y lo admire. Cuando el adolescente persiste en buscar un amor no correspondido, la tendencia romántica adquiere un carácter patológico, como si el muchacho o la muchacha estuviesen condenados a repetir las frustraciones de la situación edípica en lugar de encontrar situaciones que pueden aportar plenitud.

El ciclo vital

Adolescencia

Entonces, cuando el individuo ha empezado a hallar solución al problema de quién es y tiene una identidad del yo bastante definida, es frecuente que se enamore seriamente. La significación y la intensidad del enamoramiento varían según la madurez del individuo, pero hasta los amoríos de la adolescencia inicial pueden tener un impacto considerable. Crece en la pareja la mutua atracción y la vida de cada uno se atempera a la del otro. Hay una aguda necesidad de estar juntos y compartir experiencias. Y cuando se hace algo separadamente, se piensa en el otro. La separación puede ser dolorosa y el temor de ser reemplazado por otro genera auténtico sufrimiento. El amante inviste intensamente la imagen del ser amado y aunque esta vivencia puede llegar a veces a ser dolorosa, la experiencia de sentirse impulsado hasta más allá de la vida propia, de estar íntimamente unido a otra persona en el sentir y en el pensar, conduce a una difuminación de los límites del yo, a una liberación extática. Por primera vez, gracias a un intenso afecto en el que se suma el carño y el erotismo, puede reemplazarse el intenso apego a un progenitor, al que hubo de renunciarse antes. La intimidad psíquica se mezcla usualmente con una intimidad física y sexual, de la que derivan tales sentimientos.

Soy incapaz de hacer las veces del poeta para cantar la felicidad del primer amor, cuando el yo se disuelve parcialmente en el amor a la gracia de ser deseado. A pesar de que la mayoría de los primeros amores se rompen más pronto o más tarde, son importantes presagios para el futuro. Indican que puede superarse la decepción originada por las frustraciones en la familia, que las represiones de la sexualidad no son demasiado grandes y que las defensas no son excesivamente rígidas. La relación puede romperse porque la persona elegida se parece de modo excesivo a un progenitor o, al contrario, porque es demasiado diferente, o porque el joven (o la joven) no está preparado todavía para renunciar a una independencia recién adquirida; o porque quedan aún por realizar diversas tareas encaminadas al logro de la seguridad y la terminación de una carrera. Las frustraciones sexuales pueden ser causa de muchos roces. Tales relaciones son una parte importante en el desarrollo que conduce al estado adulto, un ensayo de cómo se relaciona el sujeto con una persona de sexo opuesto en términos de intimidad; forman parte de la expansión de la adolescencia pero, además, satisfacen la necesidad de delimitar y de compartir. Estos amoríos tienen más carácter de ensayo que de relación firme.



El ciclo vital

Cambio en las costumbres sexuales

Los cambios que se han producido en las costumbres sexuales de los adolescentes han permitido a muchos de ellos, en estos últimos decenios, incluir las relaciones sexuales en su experimentación de las relaciones íntimas. Es posible que no haya habido mucho cambio en el número de adolescentes del subperíodo final que efectúan corrientemente experiencias sexuales íntimas en comparación con las generaciones anteriores, pero hay probablemente más uniones sexuales que caricias intensas conducentes al orgasmo (*heavy petting*) que en los primeros años de nuestro siglo²⁶ y mayor liberalidad para la cohabitación. Existe probablemente mucha más libertad para una relación sexual sin plena dedicación al copartípe, especialmente por lo que se refiere a las muchachas, en comparación con otros tiempos. Basta a veces un mínimo de exclusividad para que la muchacha no se considere dada a la promiscuidad. La mayor parte de los esfuerzos se han dirigido a que las relaciones sexuales prematrimoniales fuesen más casuales y menos exclusivas. Los cambios en las normas de los internados en lo que se refiere a los dormitorios reflejan la insistencia de los estudiantes en considerarse suficientemente maduros para adoptar por sí mismos decisiones sobre las relaciones sexuales y en no aceptar que relación sexual equivalga a inmoralidad.

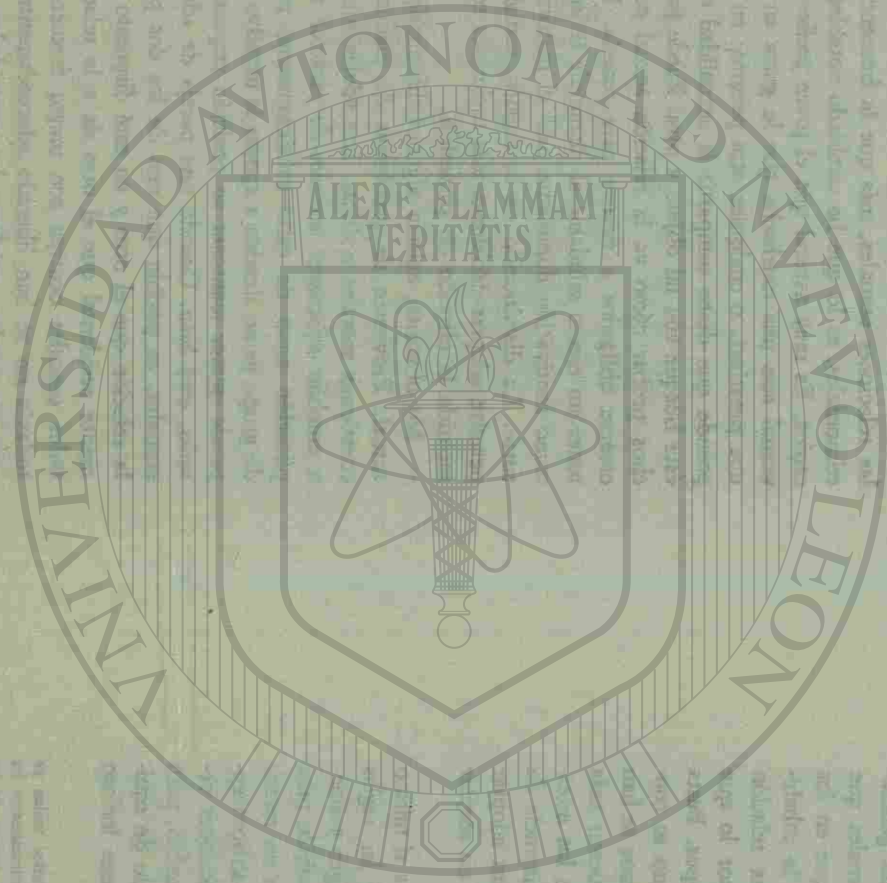
Se observa también que el adolescente puede permitirse a sí mismo mayor atrevimiento y necesita estar menos protegido por las reglas del internado, porque el acto sexual implica hoy menos peligro y amenaza menos a la continuación de la carrera que antes y también para la muchacha ha disminuido el peligro de verse empujada a un matrimonio indeseable. Los perfeccionamientos en los métodos anticonceptivos y la menor gravedad de las consecuencias de las infecciones venéreas son importantes factores en la producción de este cambio, pero también muchos dirigentes religiosos progresistas han dejado de equiparar la abstinencia sexual con la moralidad y algunos creen incluso

26. Es preciso señalar que en muchos otros países los estudiantes universitarios tenían ya relaciones sexuales prolongadas incluso antes de la segunda guerra mundial. Particularmente en los países escandinavos, las costumbres sexuales difieren notablemente desde hace tiempo de las que predominan en Estados Unidos. La práctica del *heavy petting*, que se ha considerado en Estados Unidos más permisible que la de las relaciones sexuales normales, tiene un cierto carácter perverso, porque los preludios eróticos se convierten en el objetivo buscado, lo cual les parece muy extraño a muchos europeos.

Adolescencia

que una mayor libertad en la expresión sexual puede conducir a un decrecimiento de las motivaciones inconscientes hacia una conducta inmoral. El concepto, procedente originariamente de las enseñanzas psicoanalíticas, de que la represión sexual puede ser perjudicial para el armónico desarrollo del individuo ha tenido una influencia considerable sobre educadores, sacerdotes, médicos y padres. La mayor aceptación de la sexualidad por los adultos permite tratar abiertamente de estas cuestiones con los adolescentes y esta libertad de palabra sobre las relaciones sexuales, más que la frecuencia de las relaciones prematrimoniales, es lo que ha cambiado notablemente en estos últimos decenios. Es muy natural que el joven prefiera hallar alivio a su tensión sexual con una muchacha que le gusta en lugar de buscar para ello una prostituta o cualquier otra persona; en cuanto a la chica, se comprende que desee compartir la sexualidad con su amigo antes de que éste busque con tal objeto a otra. Puede parecerles conveniente a muchos probar cómo va la relación sexual con diferentes personas, sin creerse obligados a casarse para tenerla. Esta nueva libertad puede tener un efecto saludable al disminuir la importancia del deseo sexual como motivación dominante para el matrimonio y la elección de consoorte. La disminución de la tensión sexual en la adolescencia tardía permite adoptar decisiones más racionales respecto de otras cuestiones, incluida la elección de profesión.

No obstante, existen algunas dificultades inherentes a la situación actual. Proviene de problemas de madurez emocional más que de cuestiones morales o éticas. Los adolescentes de ambos sexos tienden a entablar relaciones sexuales de carácter transitorio o de mayor implicación antes de estar suficientemente preparados. Las costumbres de grupo ya no tienden a apoyar la negativa o la dilación y el individuo puede querer mantener su posición respecto de lo que, según su criterio, está bien. Cuando una pareja de adolescentes tienen relaciones sexuales, es posible que uno de los dos ponga más de sí mismo en la relación que el otro y no esté dispuesto a aceptar el carácter meramente accidental que el otro da a la relación. Las auténticas dificultades sexuales ocurren con mayor frecuencia entre adolescentes que todavía no se han liberado adecuadamente de los apegos edípicos y que no pueden satisfacer las necesidades de dependencia del copartípe cuando ellos mismos distan mucho de ser independientes. Como es natural, análogos problemas se observan en los matrimonios jóvenes. Observamos que no es cuestión de edad, sino de preparación y



El ciclo vital

que las parejas pueden estar mejor preparadas cuando tengan que considerarlo también las duraderas implicaciones del matrimonio. No se puede disponer fácilmente de soluciones, porque no cabe dar respuestas generalizadas. Nos limitamos a señalar aquí que el adolescente considera frecuentemente estas cuestiones en términos de normas de moralidad y de decoro que desea cambiar, cuando lo más pertinente consiste en tener en cuenta las cuestiones de madurez.

Variados usos de la sexualidad

Es posible que el adolescente empiece a usar de su sexualidad con otros propósitos que los de obtener una disminución de la tensión sexual. La sexualidad compulsiva que hace que un joven se tenga por un verdadero hombre y que permite a la muchacha considerarse como una sensual irresistible (o, por lo menos, hacerlo creer a los demás) es a menudo una defensa contra el temor a la homosexualidad o a un profundo sentimiento de inferioridad; o quizá un modo de huir de la soledad y el vacío. Algunos usan la sexualidad como medio de dominar sádicamente al compañero sexual o para humillar al sexo opuesto o para que el otro se sienta sexualmente incapaz o carente de valor. Cabe también la posibilidad de que el placer del acto sexual pueda inducir a una persona con una identidad insegura a buscar únicamente solaz y esparcimiento en el acto sexual, convirtiéndose para él la sexualidad en un juego. El uso del sexo como juego o diversión en la adolescencia final y al inicio de la vida adulta es bastante frecuente. Puede formar parte de la competición con camaradas del mismo sexo; en otros casos, la seducción con diversas tácticas y estrategias se convierte en un objetivo en sí. Algunos consideran tales actividades como un componente inherente a la conducta propia de la edad en el sexo masculino, una diversión que no es necesariamente perjudicial, a menos que se transforme últimamente en un substitutivo de la búsqueda de una intimidad real.

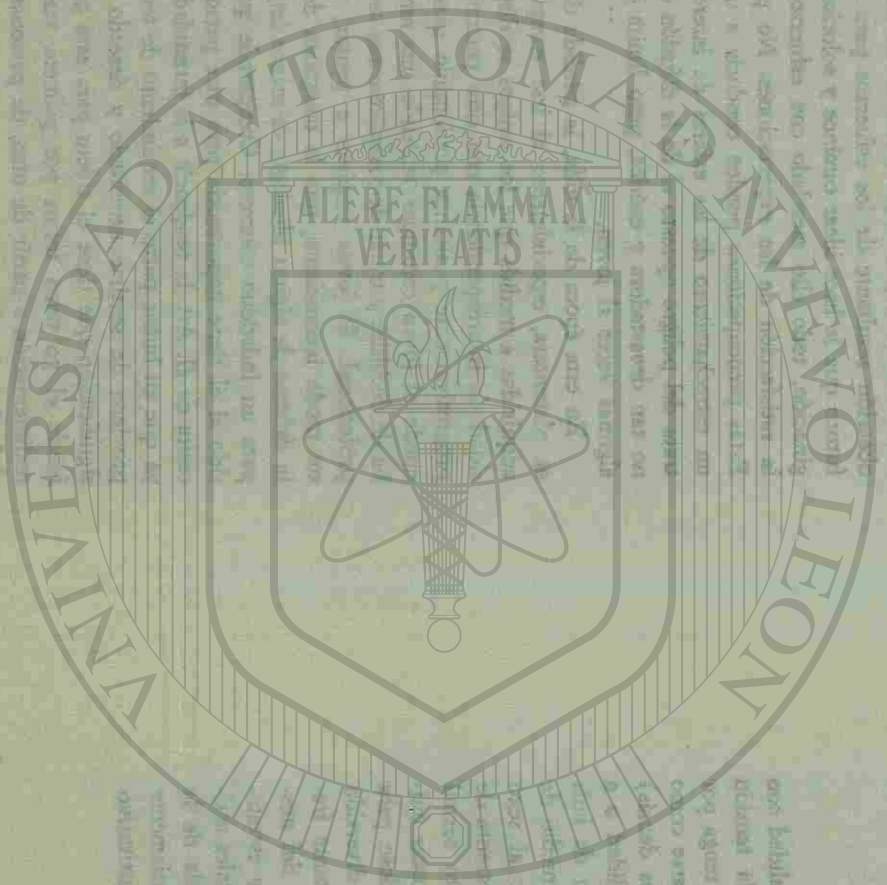
Final de la adolescencia

Tarde o temprano, termina la adolescencia en la mayoría de las personas (no en todas), pero este fin puede tener lugar de diversos

Adolescencia

modos. Podemos decir, generalizando, que una persona entra en la madurez y se convierte en adulta cuando se siente suficientemente independiente y ha explorado bastante el horizonte. Empieza a sentir que el mundo es demasiado grande y que uno puede perderse en él. Comprende también, muy vivamente, que el éxito en la profesión escogida depende del esfuerzo que ponga en ella, porque compete con otros que son tan capaces como él. Puede desarrollarse una tonalidad obsesiva en un joven que antes no se preocupaba por nada; es una obsesión resultante de los esfuerzos para superar la ansiedad ante el futuro que le hace idear caminos y soluciones y ensayarlas con la imaginación, todo ello mezclado con esfuerzos compulsivos en busca de la satisfacción de las expectativas. No puede permitirse el fracaso. Estas preocupaciones pueden conducir a una excesiva delimitación, a un estrechamiento de las esferas de interés y de la personalidad. Se trata del peligro opuesto al de la difusión del yo. Es una consecuencia no tan devastadora y caótica, pero limita el área de acción y paraliza algunas veces al joven.

En esta época de la vida, la pérdida de los lazos familiares ya no es placentera, especialmente al irse rompiendo las nuevas relaciones adquiridas a medida que los amigos se dispersan y se casan. La necesidad de interdependencia con otra persona y de intimidad se afirma progresivamente y alcanza predominio entre las motivaciones. Ya no puede el joven continuar teniendo una ambición indefinida, sino que ha de decidirse y tratar de conquistar una sección específica en el mundo profesional. El joven empieza a pensar, aunque frecuentemente de un modo inconsciente, que la conquista de la fama o de riquezas o la defensa de alguna ideología es menos importante que significar algo para un individuo concreto. Comprende que la vida tendrá más sentido si él tiene importancia para otra persona y esta otra persona necesita de él. Así, la tendencia a la intimidad y a la identidad se aúnan, ya que en buena parte el sentimiento de tener una identidad específica proviene de sentirse necesitado y deseado por otra persona y de la significación que tiene el sujeto para esta persona. Así como en la infancia el yo toma forma por primera vez mediante un proceso de realimentación a partir de otro, de personas significativas, así también al final de la adolescencia una persona especialmente significativa ayuda a definir el yo. La intimidad llega cuando un individuo es capaz de equilibrar el dar y el recibir y puede proponerse satisfacer a otro en lugar de buscar meramente la propia plenitud y realización.



El ciclo vital

En esta época, al término de la adolescencia, el joven se orienta frecuentemente hacia la superación de una perspectiva del mundo centrada en sí mismo. Empieza a verse a sí mismo como uno que avanza a través de un mundo complejo y un laberinto de gentes diversas y somete menos a los demás a su propio juicio²⁷. Comprende que vive en un corto período de la historia, aislado en una parcela del inmenso espacio. Puede considerarse afortunado si encuentra sentido en el mundo y no se pierde en su insignificancia. Reconoce que hay maneras de ver el mundo muy distintas de la suya. Puede acabar decidiendo, no sin disgusto, que aun cuando vale la pena hacer algo por las ideologías, ha de mirar ante todo por su propio futuro. Ha quedado atrás el egocentrismo de la primera fase de operaciones formales. Comienza también a ver a sus padres como personas que siguen sus propias vidas, sumergidos en sus ocupaciones, en su matrimonio. Ya no los ve simplemente como figuras parentales; comprende que tienen flaquezas y deficiencias e incluso piensa a veces que logrará hacer lo mismo que ellos. Puede empezar de nuevo a aceptar componentes de sus padres como objetos conscientes de identificación y normas de los mismos como parte de su superyo. Al salir de la adolescencia, puede lamentarse de no haberse atrevido a más o de no haber sido capaz de permanecer adherido a ideales que había sido hasta entonces faro de su vida. En cierto modo, duele ver que ya en el inicio de la edad adulta se vuelven algunos jóvenes tan conservadores y convencionales como sus padres.

Bibliografía

1. THERESE BENEDEK y BORIS B. RUBENSTEIN, *The Sexual Cycle in Women: The Relation Between Ovarian Function and Psychodynamic Processes*, en «Psychosomatic Medicine Monographs», vol. 3, n.º 1 y 2, National Research Council, 1942.
2. ERIC DOBBS, *The Greeks and the Irrational*, University of California Press,

27. Un joven de diecinueve años de edad se disponía a regresar a su casa después de haber visitado la población en la que había pasado sus primeras vacaciones de verano durante sus estudios superiores. Había hecho en esta localidad diversas amistades. Mientras se dirigía a la estación, repasaba sus pensamientos y sentimientos: «Me hallaba como deslumbrado; la gente que iba por las calles de una parte a otra se me aparecía de un modo diferente a como la veía antes. Veía que todo permanecía; yo había pasado y me había ido, pero ellos continuaban allí, siguiendo sus vidas, enamorándose una y otra vez, cambiando de estudios, encontrando nuevos intereses. Y yo me sentía exterior a todo aquello que apenas me interesaba. Claro está que también veía antes todo esto, pero no lo sentía.»

Adolescencia

- Berkeley 1951; trad. esp.: *Los griegos y lo irracional*, Revista de Occidente, Madrid.
3. D. J. DOUHE, W. SCHONFELD y S. TOMKIEWICZ, *Physical Aspects of Adolescent Development*, en G. CAPLAN y S. LEROVITZ, *Psychiatric Approaches to Adolescence*, International Congress Series, n.º 208, Excerpta Medica Foundation, Nueva York 1966.
 4. ERIC H. ERIKSON, *The Problem of Ego Identity*, en «Journal of the American Psychoanalytic Association» 4 (1956), 56-121.
 5. BARBEL INHELDER y JEAN PIAGET, *De la logique de l'enfant à la logique de l'adolescence*, *Essai sur la construction des structures formelles*, 1955.
 6. KENNETH KENISTON, *The Uncommitted: Alienated Youth in American Society*, Harcourt, Brace & World, Nueva York 1965.
 7. ALFRED KINSEY, WARDELL B. POMEROY y CLYDE MARTIN, *Sexual Behavior in the Human Male*, W.B. Saunders, Filadelfia 1948.
 8. ALFRED KINSEY, WARDELL B. POMEROY, CLYDE MARTIN y PAUL GEBHARD, *Sexual Behavior in the Human Female*, W. B. Saunders, Filadelfia 1953; trad. esp.: *Informe Kinsey: la conducta sexual del hombre; la conducta sexual de la mujer*, 4 vols., siglo xx, Book's Internacional, Buenos Aires 1967.
 9. HANS LOEWALD, *Ego and Reality*, en «International Journal of Psychoanalysis» 32 (1951), 1-9.
 10. JEAN PIAGET, *Logic and Psychology*, Basic Books, Nueva York 1957; trad. esp.: *Psicología, lógica y comunicación*, Nueva unión, Buenos Aires.
 11. WILLIAM A. SCHONFELD, *Primary and Secondary Sexual Characteristics: Study of Their Development in Males from Birth through Maturity, with Biometric Study of Penis and Testes*, en «American Journal of Diseases of Children» 65 (1943), 535-549.
 12. LEV S. VYGOTSKI, *Thought and Language*, trad. de Eugenia Hanfmann y Gertrude Vakar, M.I.T. Press y John Wiley & Sons, Nueva York 1962.

Lecturas recomendadas

- PETER BLOS, *On Adolescence: A Psychoanalytic Interpretation*, Free Press, Glencoe, Ill. 1962.
- HELENE DEUTSCH, *Selected Problems of Adolescence*, en «Psychoanalytic Study of the Child», Monograph n.º 3, International Universities Press, Nueva York 1967.
- ANNA FREUD, *Adolescence, en The Psychoanalytic Study of the Child*, vol. 13, International Universities Press, Nueva York 1958, p. 255-278.
- IRENE M. JOSSELYN, *The Adolescent and His World*, Family Service Association of America, Nueva York 1952.
- KENNETH KENISTON, *The Uncommitted: Alienated Youth in American Society*, Harcourt, Brace & World, Nueva York 1965.
- SANDOR LORAND y HENRY I. SCHNEER, *Adolescents: Psychoanalytic Approach to Problems and Therapy*, Paul B. Hoeber, Nueva York 1961.



U A N L

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA